



*La  
venganza  
de los  
inocentes*



SOLEDAD PALAO

**Soledad Palao**

**“LA VENGANZA DE LOS  
INOCENTES”**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1ª Edición

ISBN Edición en papel: 978-84-697-6728-3

ISBN Edición en Epub: 978-84-09-00596-3

Impreso en España / Printed in Spain

Editado por: Soledad Palao

Socio de la sociedad de escritores de Madrid.

Socio de CEDRO Num. A23870.

SIN ESTOS COLABORADORES ESTE LIBRO NUNCA SE HUBIERA EDITADO.

© 2017 Soledad Palao [www.soledadpalao.com](http://www.soledadpalao.com)

© [www.impulsoliterario.com](http://www.impulsoliterario.com). Agencia de promoción y Marketing para escritores © [www.doygestion.com](http://www.doygestion.com). Versión digital.

© [www.alexiajorques.com](http://www.alexiajorques.com). Diseño de portada.

© Gloria Males. Fotografía.

© Verónica Martínez Amat. Correctora.

*A mis hijos.*

*A Paloma, por ser mi apoyo constante, por preocuparse tanto por mí, y por darme a mi primera nieta, que tantas penas me quitó de encima. A Álvaro por ser el gran amor de mi vida desde que llegó a este mundo. A Cristina por su gran tesón, valentía y arrojo, por estar siempre a mi lado y por demostrar que se puede con todo. Y a Lara, por su cariño, su dedicación, y porque cuando ya creía que no iba a coger más un bebé en los brazos, llegó ella, y me alargó la ilusión de ser madre. Os quiero con todo mi corazón.*

*“Lo único que debemos hacer es adquirir plena conciencia del poder que poseemos y no olvidarnos de que nadie puede hacer nada sin el pueblo, que nadie puede hacer tampoco nada que no quiera el pueblo. ¡Solo basta que los pueblos nos decidamos a ser dueños de nuestros propios destinos! Todo lo demás es cuestión de enfrentar al destino.”*

**Eva Perón**

“Si los pueblos no se ilustran, si no se divulgan sus derechos, si cada hombre no conoce lo que puede, vale, debe, nuevas ilusiones sucederán a las antiguas y será tal vez nuestra suerte cambiar de tiranos sin destruir la tiranía.”

**Mariano Moreno**

# PRÓLOGO.

Reconozco que me gustaría que este prólogo fuera absolutamente coloquial, pero asumo que conlleva una latente responsabilidad; que en este caso se ve acrecentada por un plus de simpatía, cariño, respeto y sintonía, y por la admiración que profeso, desde siempre a "la Sole", que por ende es capaz de crear desde la nada, una gran obra de tan bella y profunda trama, en conexión con un formato absolutamente actual y desgraciadamente universal.

Después de impactarnos con sus anteriores y geniales obras “EL SECRETO QUE CAMBIÓ MI VIDA”, y “EL LABERINTO DE LOS SUEÑOS”, de nuevo nos despierta la conciencia y acaricia el alma con "LA VENGANZA DE LOS INOCENTES" tocando un tema que forma parte de nuestras más enraizadas costumbres.

Memoria histórica y que forma parte integral de nuestro ADN.

Soledad define de forma concisa y directa las costumbres del momento, con léxico de posguerra y yo diría que sobre todo con las ilusiones de la época. Rápidamente me veo inmerso en la España profunda, y dentro de ella, en la franja social que copaban los llamados "poderes fácticos": Cura, guardia civil, alcalde, farmacéutico, aristócratas, etc, con sus costumbres, necesidades y privilegios perfectamente diferenciados. Sus grandes fiestas, su relación con el clero, sus pinacles y sus obras de beneficencia... En cruel contrapunto con la humildad, el duro trabajo del campo, pastoreo y la asfixiante a veces, opresión del latifundista... y peor aún del "señorito", muchas veces rama torcida de tronco noble.

La autora nos describe un relato imaginario, profundo, con colores de inocencia, amor, brujería y sobre todo ilusiones agridulces.

Esta historia que se nos presenta como "no real", pero que ocurrió en

aquella nuestra España en cientos de ocasiones.

Acuciado por el mandato de no desvelar el genial desenlace, al mejor estilo Julio Verne... En primer lugar te felicito, amigo lector por la elección y te invito sinceramente a que te sumerjas, vivas, sufras y disfrutes de "LA VENGANZA DE LOS INOCENTES.

*Rafael Espigares. Historiador de la vida.*

# Índice

## PRÓLOGO.

“Caudal inagotable, el cariño de una madre”

## CAPÍTULO I.

“Más vale sencillez y decoro que mucho oro”.

## CAPÍTULO II.

“El rayo y la maldición, dejan sana la ropa y queman el corazón”.

## CAPÍTULO III.

“Ropa Dominguera del portal para afuera”.

## CAPÍTULO IV.

“Al hombre venturero, la hija le nace primero”.

## CAPÍTULO V.

“Padres arrieros, hijos comerciantes, nietos señoritos y biznietos mendicantes”.

## CAPÍTULO VI.

“Trabajando por cuenta ajena, poco se gana y mucho se pena”.

## CAPÍTULO VII.

“El que se casa por todo pasa”.

## CAPÍTULO VIII.

“Precio al trabajo justo, son honra, provecho y gusto”.

#### CAPÍTULO IX.

“Con beatas y beatos, mucha vista y poco trato”.

#### CAPÍTULO X.

“Al buen hacer jamás le falta premio”.

#### CAPÍTULO XI.

“Con amor y aguardiente, nada se siente”.

#### CAPÍTULO XII.

“Amores añejos, acaban con los pellejos”.

#### CAPÍTULO XIII.

“Gente castellana, gente sana”.

#### CAPÍTULO XIV.

“Añorar el pasado es correr tras el viento”.

#### CAPÍTULO XV.

“Amar sin padecer, no puede ser”.

#### CAPÍTULO XVI.

“A Dios rogando, y con el mazo dando”.

#### CAPÍTULO XVII.

“Amor trompetero, tantas veo, tantas quiero”.

#### CAPÍTULO XVIII.

“Los castellanos, tienen más lengua que manos”.

#### CAPÍTULO XIX.

“Cada loco con su tema, y cada lobo por su senda”.

#### CAPÍTULO XX.

“Amor verdadero, el que se tiene al dinero”.



CAPÍTULO XXI.

“La verdad, aunque severa, es amiga verdadera”.

CAPÍTULO XXII.

“La monja y el fraile, oren y callen”.

CAPÍTULO XXIII.

“Ata bien y siega bajo, aunque te cueste trabajo”.

CAPÍTULO XXIV.

“Del cura, lo que diga; del médico lo que haga; y del boticario ni lo que diga ni lo que haga”.

CAPÍTULO XXV.

“Amor que no es osado, amor poco estimado”.

CAPÍTULO XXVI.

“La cruz en los pechos y el diablo en los hechos”.

CAPÍTULO XXVII.

“Gente de sotana, logra lo que le da la gana”.

CAPÍTULO XXVIII.

“A Dios rogando y con el mazo dando”.

CAPÍTULO XXIX

“Cada día que amanece, el número de tontos crece”.

CAPÍTULO XXX.

“Amar sin padecer, no puede ser”.

CAPÍTULO XXXI.

“Amigo en la adversidad, es amigo de verdad”.

CAPÍTULO XXXII.

“Lo que se aprende en la juventud florida, jamás se olvida”.

CAPÍTULO XXIII.

“No críes hijo ajeno, no sabes si te saldrá bueno”.

CAPÍTULO XXXIV.

“El que se casa por todo pasa”.

CAPÍTULO XXXV.

“Que espléndida inocencia muestra un ser humano, cuando no teme que le hagan daño”.

CAPÍTULO XXXVI.

“¿Qué tiene mi hijo feo, que no lo veo?”

CAPÍTULO XXXVII.

“Alegrías y pesares, te vendrán sin que los busques”.

CAPÍTULO XXXVIII.

“La buena educación conviene, para usarla con quien la tiene”.

CAPÍTULO XXXIX.

“Mira de quien te fías, que hay en el mundo mucha falsía”.

CAPÍTULO XL.

“De oportunidades perdidas, se encuentra llena la vida”.

CAPÍTULO XLI.

“Nadie se puede evadir de lo que está por venir”.

CAPÍTULO XLII.

“Hijo eres, padre serás, cual hicieras, te harán”.

CAPÍTULO XLIII.

“El malvado la pena dilata, pero de ella no escapa”.

CAPÍTULO XLIV.

“Los grandes sufrimientos, ni tienen lágrimas ni lamentos”.

#### CAPÍTULO XLV.

“Los malvados siempre creen, que todo les saldrá bien”.

#### CAPÍTULO XLVI.

“Permita Dios que te mueras con la pena, y que camisa en tu cuerpo se te llene de gangrena”.

#### CAPÍTULO XLVII.

“A todo cerdo le llega su San Martín”.

#### CAPÍTULO XLVIII.

“Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas”.

“La mentira es justa cuando, por hacer bien, la verdad se oculta.”

#### AGRADECIMIENTOS.

## *“Caudal inagotable, el cariño de una madre”*

Era yo chiquillo, cuando mi madre que nació por aquellas tierras olvidadas de la castilla profunda, me refirió esta historia que voy a contarles, que se me quedó grabada en las entendederas, tal y como ella se refería a esa madeja que llevamos dentro de la cabeza y que algunos llaman mente, otros cerebro y quizá algunos ingenio.

Me lo refería por la noche, cuando ya las sábanas me llegaban al cogote, siempre antes de recibir su beso de buenas noches. Aunque su afán por taparme era insistente, yo prefería sentarme apoyado en la almohada y escucharla con toda atención, mientras degustaba el vaso de leche, que ella colocaba en la mesilla.

Me la contaba con su sabia jerga, tal y como ella llamaba las cosas, siempre directa, utilizando sus pleonasmos y redundancias, aquellas palabras con las que los inocentes de su pueblo, usaban en su jeringonza y sus galimatías.

Yo, siempre callado y procurando no moverme, sin preguntar algunas cosas que no entendía, no fuera a ser que diera por terminado el relato de aquella noche, me quedaba embobado, preguntándome, si aquella historia que día a día adquiría más intriga, era real, o las mentes de mi madre como ella las llamaba se las inventaban.

Tanto se me quedó grabada esta historia, que he querido referirla siempre a quien ha tenido a bien recibirla de la forma y manera en la que ella la interpretaba.

*Espero que les guste.*  
**CAPÍTULO I.**

*“Más vale sencillez y decoro que mucho oro”.*

Las patatas cocían al amor de la lumbre dentro de aquella chimenea de piedra que el abuelo Jacinto construyó con aquellas manos tan diestras y preparadas para cualquier labor que se le encomendara. Y bien que lo hizo, que ni revoco tuvo jamás, ni pavesa alguna dejó escapar al centro de aquel pequeño habitáculo que servía de comedor y cocina. Al lado de la leña que ardía dejando que el calor inundara la habitación, se asaban dos palomas que el Marcial había cazado a la amanecida. La Edelmira las había pelado y destripado, estando atenta de guardar las patas y las cabezas que junto con alguna de las verduras de la huerta, darían sabor al caldo que prepararía para la noche. Un pequeño ventanuco dejaba entrar la luz del sol hasta casi la mesa del centro; la que usaban para todo, tanto para comer, como para trocear la comida, o repartir y limpiar las verduras de aquel huerto que con tanto mimo cuidaban, y hasta para tomar el recuelo del café que gustaba de tomar el Marcial después del guiso.

Con una cuchara de palo, que ya usaba su madre cuando ella era chica, le daba vueltas a las patatas, que machacaría con el mortero de madera, añadiendo una miaja de nuez moscada para elaborar un sabroso puré, con el que acompañaría el guiso de las palomas.

Arrimó la leche al fuego y puso un tazón sobre la mesa, en el que desmigó un trozo de pan sobrante de la noche anterior y vertió sobre él dos cucharadas de azúcar bien colmadas. Introdujo un cacillo sopero y esperó a que hirviera la leche.

En una cama que perteneció a la abuela Dionisia, de aquellas resistentes con buen somier y cabecero de hierro, situada en la pared frente a la chimenea, dormía la Rosita, su única hija, ya mocita, que dieciséis primaveras cumpliría para San Tirso. Buena como un pajarillo, hacendosa y limpia al igual que su madre y su abuela, con una planta que ya dejaba ver el esplendor de su cuerpo, y una belleza natural que regaba todo lo que miraba con aquellos ojos verdes, que también había heredado de la madre y la abuela.

Muchos eran los mozos que la rondaban por el camino largo, y los gañanes que en la era aflojaban su labor solo para verla pasar. Harta estaba la Edelmira de apartar moscones que la niña atraía como atrae la miel a las

moscas. Ya llegaría su momento, pronto era para pensar en noviazgos ni amoríos. Una niña parecía, que todavía gustaba de ver sus muñecas de vez en cuando apiladas y tapadas como cuando era chica bajo el tejado, en un rincón del sobrao, al lado de los racimos de uvas, que colgados esperaban a convertirse en pasas que venderían en Navidad.

Hora era ya de espabilarla. Las ocho habían dado en el reloj de la iglesia de la plaza hacía ya varios minutos, y varios meneos tendría que darle, que bien le gustaba remolonear un rato en la cama, calentita, sintiendo el calor de la chimenea.

El Marcial marchó temprano, después de dejar la caza en la mesa y comerse un tomate aliñado con un poco de aceite del que mandaba su hermano, el Tomás, el de Fuente Clara, que de guardés estaba en las tierras del marqués de la Encina. Iban ya para veinte años que se había colocado de custodio de la finca, donde le habían dado un chamizo para guarecerse, que él había arreglado y acomodado para las necesidades del matrimonio y de los dos hijos con los que la Virgen le había bendecido.

Para dos años hacía que no se veían, aunque las cartas mensuales eran recibidas con toda puntualidad, al igual que su contestación. Ya había hablado con el Marcial, que pasado el cumpleaños de la niña nadie la iba a quitar el capricho de verse de nuevo con aquel hermano al que tanto quería. Tendría que pedirle al patrón un par de días, que mucho hacía que no guardaban fiesta por nada. Gran queja daba en lo referente al cuidado de las ovejas, que ya de viejas morían sin renovar por otras nuevas, ni quedarse con cordero alguno. Pronto faltarían animales y con ellos el trabajo de los hombres del pueblo, que gracias al ganado y a las tierras de los señoritos llevaban el sustento a casa.

El patrón se quejaba de la ruina que andaba por llegar, que pocos mozos querían arrimar el hombro con los animales, ni con las tierras, que baldías estaban por los pocos brazos con los que contaba para las labores del campo. Los jóvenes emigraban a la capital en busca de trabajos menos duros y más beneficios.

El pasado año ya mandó sacrificar la mitad de las mecas que vendió a carniceros de Valladolid, y sus buenos cuartos sacó sin tan siquiera repartir

unas monedas con ningún jornalero, ni al Marcial, al que siempre decía lo mucho que apreciaba.

Mentiras podridas las que salían de la boca de los ricos, que para ellos tiraban y para nadie más, que aunque se le acabaran los animales y secaran las tierras, no les faltaban las buenas ganancias que les daba el banco por su dinero, ni la casona de la finca, ni los pisos que arrendados tenían en la capital. Ganas de hablar es lo que echaban a la boca, para que los pobres no pidieran. Y mientras existieran tontos, tan tontos como su Marcial, los ricos siempre serían ricos y los pobres siempre serían pobres.

Por algo sería esa diferencia de clases. Siempre había existido. Debía ser que Dios había querido que unos malvivan y otros no, quizá porqué irían de cabeza al mismísimo infierno, que ya se sabía que un rico pasaría antes por el ojo de una aguja que por las puertas del cielo.

Ya hervía la leche. Ayudándose de un paño agarró el cazo y vertió aquel calostro limpio y recién ordeñado que su marido sacaba a las ovejas en el tazón que esperaba a la Rosita.

—Vamos, muchacha, que se acaba el día y aquí encamada vas a estar.

—Ya voy, madre, ya voy. Estoy tan calentita.

— Se enfría la leche, échate la toquilla por encima y tómatela, hija, ya te aviarás después.

Rosita, posó los pies en las zapatillas negras que compró su madre en la alpargatería del pueblo, se echó la toquilla gris que compartían y se sentó a saborear el desayuno.

—Madre, saque un tomate de esos tan rojos que trajo ayer de la huerta, se me hace la boca agua solo con pensarlo.

—Qué muchacha ésta más gazuzona, mira que te gustan todos los mejunjes, menos mal que melindrosa no has salido.

—Me sabe a gloria madre, el aceite del tío Tomas está de guinda.

—Deja ya de mojar pan niña, que te vas a poner como la tía Basilia que ni a la plaza baja ya de los kilos que le sobran.

Rosita se levantó de la mesa, echó agua del cubo que su madre siempre mantenía lleno al lado de la lumbre y vació un poco sobre la palangana que preparada estaba encima de la pila. Se agachó hacia ella para asearse, mientras sujetaba su largo pelo ondulado, cobrizo como el fuego con una goma en lo alto de la cabeza. Pasó al único dormitorio de la casa, el que ocupaban sus padres, y sacó del armario que compartían una bata gris de manga larga abotonada en la parte delantera, unas medias de lana negra y una chaqueta también de lana tejida por su madre en tonos marrones con unos ochos en los lados como único adorno, porque aunque pronto caería el estío, las mañanas seguían frescas. Volvió a la cocina, se miró en el espejo, soltó la goma del pelo y dejó que su madre le hiciera una trenza que alcanzaba su diminuta cintura.

—Estira tu cama y cuando acabes nos vamos para la huerta.

Salieron ya pasadas las nueve hacia el camino del Roncal, donde a pocos pasos la Edelmira se ocupaba de un cacho de terreno que el patrón había tenido a bien dejarle para trabajar una huerta que daba unas verduras que gloria daba verlas, con las que conseguía el consumo para la familia y parte de los vecinos, a los que la Rosita regalaba buenos tomates, lechugas, puerros y toda clase de hortalizas.

La Edelmira se acercó hasta la reguera que pasaba a pocos metros del huerto y llenó su cubo de latón para ir rociando las verduras, mientras la Rosita quitaba malas hierbas con el azadón pequeño. Más de veinte viajes tuvo que dar hasta ver la huerta bien calada. Caía un sol de justicia, pronto les sorprendería el verano por aquellas tierras, en las que raro era el Agosto que no pasaran los cuarenta grados.

Una vez remojadas las hortalizas, llenaron el cubo de zanahorias, judías verdes, unos tomates y tres buenas lechugas de las que una de ellas iría a parar a la casa de su vecina la Matilde. A Dios daba gracias la Edelmira por contar con una colindante de tan buena ley y tan buen humor, que siempre que la había necesitado, allí había estado ella. Que bien dicen que un buen vecino es mejor que la mejor de las familias.

Viuda quedó iban ya para cuatro años, sin hijos, solita en el mundo, apañándose con la triste paga que le dejó el ayuntamiento, que con tan buen



miramiento y sufriendo escaseces estiraba como podía. No faltaba noche en la que la Edelmira le pasara parte de la cena, total, que más daba un cazo más o uno menos, si de pobres no iban a salir. Mucha mano le echó cuando nació la Rosita, que muchas mañanas quedó con ella, mientras ésta apañaba el huerto y hacía la compra. Y dicen que de bien nacido es ser bien agradecido, y la Edelmira de eso no carecía, bien sabía recompensar los buenos favores, que como decía el refrán, “a cada uno lo suyo”.

Un año estuvo la pobre Matilde sin levantar cabeza. Ni miaja de ruido hacía, hasta miedo daba lo delgada que quedó, consumida por la pena de perder a su hombre. Bueno como el pan y buen mozo que era, guapo como un san Luis y persona de fiar, que bien lo sintió el Marcial, que hasta lágrimas echó en el campo santo cuando vio cómo derramaban la tierra sobre la caja, que ya reposaba en aquel agujero donde le dieron sepultura.

Los únicos cuartos que tenía gastó la Matilde en una lápida de mármol que mandó traer desde Valladolid, con una cruz de hierro repujada y un grabado que decía: “La Matilde no te olvida”. Aunque los señores de la fábrica de losas no lo pusieron bien. Dejaron una palabra sin grabar y aquello quedó en: “Matilde no te olvida”. Decían que decir *la Matilde* no estaba bien dicho, y su buen disgusto se llevó ella. Después del entierro quedó como muerta, echada en la cama, como si no existieran el día y la noche, que a cucharadas forzando la boca tenía que darle el caldo de gallina con verduras que preparaba para que se repusiera. El Marcial mandó venir a don Mariano, el médico, que ya no sabía qué hacer el pobre. De todas las pastillas de la botica de don Hilario echó mano; y tantas veces como venía, tantas veces como se extrañaba de la conducta de la pobre Matilde.

—Si ella no quiere, poco he de hacer —decía el hombre.

Allá, pasado el año de la muerte del marido, la Edelmira se enfrentó con ella. Le dio un bocinazo y dos tortas en la cara que le vinieron mejor que un buen cordero a la brasa.

—¡Muérete si quieres, Matilde! ¡Muérete si es tu deseo! Pero hazlo ya, porque nos vas a llevar a todos por delante. Que todo tiene un límite y tú ya lo has pasado.

Se fue dando un portazo después de aviarle un poco la casa y al poco rato la tenía en su puerta diciendo que la vida era la vida y lo pasao, pasao, que Dios podría entregarle prenda por haberse dejado morir, que de buen cristiano no era. Desde aquel día hizo vida normal sin quitarse el luto, que llevaría toda la vida, que como decían en el pueblo: “viuda quedarás y luto lucirás”.

Casi quince minutos les llevaba el paseo desde la huerta y ya para las once iban a dar.

Había retirado las palomas, que asadas quedaron y las patatas preparadas para el puré. El Marcial llegaría para el mediodía, dejando a las ovejas en la loma. En la mesa encontraría la comida nada más llegar, un par de naranjas y el recuelo que gustaba de tomar adormecido encima de la cama de la Rosita, ni diez minutos de siesta, que en duermevela los dormía. Y después a marchar para la loma, no escaparían las ovejas; aunque bien vigiladas quedaban por el Canelo, perro de buena ley que les regaló el patrón de chiquito, ni los ojos abría de pequeño que era. Como un muñeco le crio la Rosita a base de pan mojado en leche. Ya iba para dos años que se lo dieron. Las sobras comía el pobre y dormía acurrucado a los pies de la cama de la niña, caliente con los rescoldos que quedaban toda la noche en el hueco de la chimenea.

—Abre, Matilde, que buena lechuga te traigo y ahora te paso un par de tomates y unos pepinos.

—Pero, muchacha, ¿a dónde vas con tanta cosa? Que tengo dentro todavía una que me sobró de la cena.

—Espachurrá estará, leche. Anda tira eso y prepara una nueva, que mira que cara tiene esta.

—Madre, acuérdesese que de mañana no pasa bajar al pueblo.

—¿Qué mosca te ha picado a ti ahora?

—Me prometió comprar tela de aquella rosa tan bonita, la que vimos en la tienda de coloniales del señor Felipe, que ni un vestido decente tengo para poner, que vergüenza me da llevar el de hace dos años, madre, que ya clarea y no puedo ir a la misa del domingo con esas trazas.

—Bien dices, Rosita, hija, bien dices. No te apures que de mañana no pasa.

—Compra la tela a la niña que yo le coseré el vestido. ¿Has pensado cómo lo quieres?

—Si madre comprara alguna de esas revistas que traen de la capital, podríamos copiar alguno.

—Para dispendios no estamos, niña.

—Madre, por favor, de qué voy a saber entonces como lo quiero.

—Está bien, de todo me convences, anda dale un beso a la Matilde que bien bonito te hará el vestido con esas manos que le ha dado Dios.

—Como una virgen vas a ir a la misa con el vestido nuevo, con esa carita de ángel que te ha dado el altísimo y ese talle, que para sí lo quisiera hasta la mismísima reina de España.

—Que yo sepa, Matilde, en España no tenemos reina.

—Ya la tendremos Edelmira... ya la tendremos.

La Rosita avió la casa, abrió los dos ventanucos para dejar entrar el aire para que con él se llevara los miasmas de la noche. Sacudió las sábanas y las mantas y agarró la escoba para barrer la pequeña morada, quitó el polvo con el paño que guardaban bajo la pila y recogió el tazón del desayuno.

Salió a la puerta y colocó el banco de madera que recostado en la fachada y adornado con unos cojines, había confeccionado la Edelmira haciendo pedazos una de las colchas viejas, consiguiendo que la entrada fuera un lugar curioso y limpio, en el que madre e hija gustaban de sentarse por la tarde a hacer labor.

Recogidas al respaldo de la pared de la fachada, los rayos de sol de la atardecida eran una fuente de calor para los cuerpos que allí descansaban. Mientras la Rosita tejía una bufanda, la Edelmira terminaba la mantelería que después añadiría a la vieja maleta donde guardaba los enseres que llevaría la niña como ajuar el día que a bien tuviera Dios casarla.

Sus tres buenos paños había confeccionado, dos juegos de sábanas de hilo bordadas y la mantelería que si sacaba tiempo, bien podría tener acabada para su cumpleaños.

Una mesa de madera que desde los tiempos de la abuela hacía buen avío, el botijo y dos platos de cerámica colgados en la portada, completaban el mobiliario del zaguán en el que pasaban no pocas horas en la primavera y en las atardecidas del verano.

Poco faltaba para que llegara el Marcial, reclamando el condumio que caliente aguardaba al pie de la chimenea junto con el pan que horneaban madre e hija en la tahona del pueblo, y que tres días les mantenía los buches llenos. Tapado con buen paño y sintiendo el frío de la noche en la fresquera, aguantaba hasta que la Edelmira cortaba las rebanadas que fueran menester para el día, y las aguantaba al calor de la lumbre para que se pusieran crujientes y pasaran bien por las tragaderas.

Echó la nuez moscada sobre las patatas y las machacó con el almirez hasta convertirlas en puré, que con un poco de manteca harían las delicias del gaznate del Marcial, que bien merecido lo tenía después de las madrugadas que se echaba encima.

—¡Rosita! ¡Da unas zancadas hasta el gallinero y mira a ver si las gallinas se han ganado las sobras de la comida! Que no estamos para mantener animales que no devuelvan lo que se les da. Y de que llegues pones la mesa, que tu padre anda al llegar.

—En una miaja me llevo, madre.

La Rosita recogió casi una docena de aquellos huevos, mientras se le hacía la boca agua pensando lo ricos que estarían fritos en el aceite del tío Tomás.

Al abrir la puerta sujeta con alambre a la tela del gallinero, le pareció ver entre la penumbra de los plataneros, aquellos que daban sombra al camino que daba paso a la calle Real, al señorito Hilario caminando despacio con la cabeza alta, ayudado de aquel bastón con empuñadura de plata del que siempre se valía, no porque le hiciera falta, sino para hacer más elegante la estampa agraciada con la que Dios le había bendecido. Alto y de espalda

ancha, buena figura, a la que acompañaba siempre ropa de buen paño, que hacían para él sastres afamados de Valladolid. Su pelo rubio y algo rizado, le caía por la frente, haciendo que su mano lo separara de la cara con una especie de tic, que añadía con un guiño de sus ojos grandes y azules, heredados de su padre, don Hilario el farmacéutico, dueño de la única botica del pueblo. Su piel blanca pero curtida por el sol era fina, sin arrugas como las que llenaban la cara los jornaleros que trabajan la era.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo sin saber por qué. Muchas eran las veces que acudía a ella la misma sensación cada vez que veía pasar al señorito Hilario y sus ojos se cruzaban con los de ella. Rápidamente giraba la mirada, no fuera que se dejara entrever el nerviosismo que le producía su presencia. Mientras, el señorito dejaba caer sus ojos de arriba abajo por su cara y por su cuerpo, sin desasosiego ni desazón, con una sonrisa que permitía ver aquellos dientes tan blancos y bien formados que hacían de su gesto una provocación que a ella le empezaba a quemar el alma.

Al sentirle próximo volvió la cabeza. Le daba sonrojo solamente escucharle hablar.

—Buenos días, buena moza.

—Buenos los tenga usted, señorito Hilario.

—¿Cuánto me cobras por una docena de esos huevos, prenda?

—Tendrá que hablar con madre, señorito.

—Yo lo que quiero es hablar contigo.

—Pues aquí estoy para lo que guste mandar.

La Eldelmira que terminaba de deshuesar las palomas, al escuchar voces en el gallinero se aproximó a la charla, y al observar al señorito piroppear con descaró a su Rosita, comentó:

—¿Qué se le ofrece, señorito?

—Hablaba con tu moza sobre el precio de los huevos, Edelmira.

—Dos pesetas la docena.

—Que me los acerque la niña a la finca, que ando de paseo y no los voy a llevar encima.

—Iré yo.

—No hace falta, Edelmira, que se acerque la moza y le daré unas telas que sobraron de las cortinas cuando hicimos la remodelación de la finca.

—Iré yo, señorito.

—¿No pensarás que me voy a comer a la zagala?

—Yo, ni pienso, ni dejo de pensar, a cada uno lo suyo, al pan, pan y al vino, vino.

—Eres más terca que una mula, Edelmira.

—Iré yo a la recogida de la tarde.

—Está bien, toma los dineros.

—Dios le guarde, señorito. Pasa para dentro Rosita, que está al caer tu padre.

—Adiós bella moza, que cualquier día rompes con la mirada el árbol grande del camino, con esos dos faros verdes que Dios te ha dado.

—Entra para dentro, no lo tenga que repetir.

—Ya voy, madre, ya voy, no me empuje, que ya entro.

—Será descarao, igual que su padre, mujeriego nació y mujeriego morirá.  
De tal palo tal astilla.

Quien no se conforma con lo que tiene y busca en casa ajena, mal final tendrá. Que Dios le guarde.

## CAPÍTULO II.

*“El rayo y la maldición, dejan sana la ropa y queman el corazón”.*

—Madre, déjese de maldiciones, que bastante tenemos ya con el mote que nos ha caído desde que nació la bisabuela.

—De antes nos viene, Rosita, de antes. Las malditas nos llaman. Culpa no tengo que las mujeres de mi familia nazcan con ese don metido en la sesera. Ya la abuela Dionisia le barruntó a la abuela del Felipe, el del colmado, que baldía quedaría después del primer hijo, y seca quedó como una pasa, que más hijos no supo dar y con las ganas quedó.

—¿Y qué hizo ella para merecer tal maldición?

—Ser mala, mala como una rata rabiosa, que la envidia le comía al ver pasar a la abuela Dionisia, que culpa no tenía de ser más bonita que un lucero, ni de tener esos ojos verdes, con los que nacemos las mujeres de esta familia. Más fea que un difunto y con mala entraña, que ya de herencia le venía, pero la gente de posibles se cree en el derecho de humillar al de abajo. Fueron muchas las escaleras que fregó la abuela en su casa para los pocos cuartos que le daban, que ni para la comida llegaba. Y demasiadas las risas que tuvo que soportar, y muchos los cubos que le tiraron al suelo de una patada para divertirse con ello a base de chanzas y burlas, mientras pisaban la tesela de mármol todavía mojada, que la abuela había dejado como un jaspe, acabando con los riñones resentidos y la columna torcida.

Cuántos insultos y risotadas tuvo que aguantar la pobre para sacar adelante a mi madre, que chiquita era cuando falleció el abuelo, que tirado en la calle quedó, calcinado por un rayo que en mala hora le partió en dos en una noche de tormenta, cuando a la anochecida regresaba a casa de la faena en los campos del patrón. Ni un lo siento y ni una perra chica le dieron a mi abuela Dionisia, que desde aquel día se remangó las enaguas y limpiando las casas de los ricos supo ganarse el sustento con el que crió a mi madre.

Pero hasta en la viña del señor todo tiene un límite y un mal día en la que no le acompañó ni el buen humor, ni la sonrisa franca que a veces nos sale de dentro, mal la pillaron las jaranas de la abuela del Felipe que, cuando quiso dar la patada al cubo de fregar, la inercia hizo que aquel puntapié llegara hasta el costado de mi abuela. La miró a los ojos como solo sabemos mirar las mujeres de la familia y la sentenció una maldición que se hizo cierta. Frente a ella se plantó con los brazos en jarras y mirando al cielo la sentenció

que un solo hijo daría al mundo, y muchas serían las penas que le haría pasar ese vástago, por mucho que intentase y muchos fueran los dineros que gastara en sacarle adelante, para después de parirlo, quedar seca por dentro sin poder concebir más hijos.

Blanca como la cal que recubre la fachada quedó al escuchar la sentencia que  
sabía cierta. Jugó

con fuego y se quemó, por ignorante y envidiosa, que de antaño vienen las maldiciones que heredamos de madres a hijas. Dios no hubiera permitido tal condena sino la hubiera merecido. Llorando corrió hasta el camino grande que en ese momento recorría a caballo su padre, que no le dio importancia a la maldición, aludiendo locura y trastorno a la cabeza de la abuela, a la que inmediatamente pusieron de patitas en la calle.

—¿Y cómo salió adelante, madre?

—Gracias a la vendimia, al campo y a las sábanas que le daban a lavar las señoras que podían pagar esos menesteres, a las cuatro patatas que recogía de la huerta y, muchas veces, a la caridad de las vecinas.

Murió de vieja, dejando a mi madre casada y bien alojada, testándole esta casa en la que vivimos, que de antaño viene, y antes de morir varias maldiciones echó a quien le hizo mal, juramentos que siempre se cumplieron al pie de la letra.

Mi madre casó con un buen mozo, gañán, pero alto y espigado, de fuertes espaldas y trabajador de sol a sol.

Un buen hombre, de corazón sano, que fue buen marido y un padre cariñoso. Sabía guardar los pocos minutos que le concedía el día para jugar conmigo, y los pocos cuartos que tenía gastó para que me enseñaran a leer y a escribir cuando nadie en el pueblo sabía. Al igual que he hecho yo contigo Rosita, que la lectura y la escritura son buena cosa para sacar adelante una familia, por mucho que digan los ricos, que es dinero perdido para los pobres, se me alegra la cara cada vez que te veo con un libro en el zaguán, sentada en el banco, con la mirada metida en otros mundos ¡De algo te servirá! Digo yo.

—Y mucho que lo disfruto, madre, que los leo y releo, hasta que se me



llena el alma de palabras. ¿Y por qué la abuela heredó el mote, madre?

—¿Por qué va a ser, Rosita? Porque maldijo. Ya te he dicho que las mujeres de la familia nacemos con ese don, aunque solo lo usamos cuando nos hacen mal, que no es de buen cristiano ir haciendo daño al prójimo sin necesidad.

Un cura joven llegó al pueblo, gallardo, varonil y con mirada de ángel. Buenas palabras echaba en la iglesia subido al púlpito y varias fueron las jóvenes y hasta las casadas que perdieron el dominio ante aquel espécimen con ese físico tan poco visto por estos lares, a los que acostumbradas estamos a la poca galantería y a las escasas palabras de nuestros hombres, que llegan rudos y sudorosos de los campos.

Ya predijo mi madre lo que pasaría si aquel sacerdote que parecía un querubín seguía en el pueblo, echando guiños y miradas a las jóvenes y no tan jóvenes del lugar. Buena fue la charla que tuvo con el tonsurado, que mirando a mi madre por encima del hombro, hizo caso omiso de sus acertadas palabras, desestimando el don con el que Dios la había agraciado, aludiendo a intrigas del demonio sus presagios y buenos consejos. Ni tan siquiera llegaron las cartas escritas al obispo de puño y letra de mi madre, censuradas por el boticario, el alcalde y el propio cura, que no dejaron que tales misivas alcanzaran su destino. Dicho y hecho. La propia mujer del alcalde dejó sucumbir su honradez de mujer casada por las miradas y lisonjas del clérigo, al que más le importaban las faldas que el sermón de los domingos.

—Madre, nunca me había hablado de eso.

—Hora va siendo que lo sepas, Rosita, y te vayas enterando de las bromas que gasta la vida.

—Siga, siga, madre, que intrigada me tiene.

—Su propio marido pagó la ignorancia al no confiar en la palabra de mi madre, Dios le tenga en su gloria, que culpa no tuvo, solo inconsciencia y el analfabetismo de la época. Varios fueron los ratos que pasó tu abuela advirtiendo al cura que se dedicara a su labor eclesiástica, y varias fueron también las chanzas y risas con las que la recibía.

La mujer del alcalde cayó presa de las palabras de amor del religioso, que desoyendo los buenos consejos de tu abuela y desestimando la labor a la que estaba encomendado, cayó en el peor pecado que puede caer el clero, pecar contra el sexto mandamiento.

Las habladurías de pueblo, los clamores populares, incluso el sofoco del alcalde no paliaron la desfachatez del sacerdote, que por soberbia e incluso por no renunciar al poder que ejercía en el lugar, negó con rotundidad las acusaciones a las que estaba sometido por incumplir las buenas obras que Dios le había designado.

La Josefa, la mujer del alcalde que había caído entera en las redes del cura, no soportó los comentarios del pueblo, ni la vergüenza con la que la señalaban con el dedo. Ni al balcón asomaba en las procesiones, ni tan siquiera para el pregón de fiestas. Acurrucada quedó en la cama, cuando un buen día el sinvergüenza del religioso la dejó tirada, perdida por el bochorno y preñada de tres meses.

—¿Y qué paso, madre?

—Una desgracia, eso es lo que pasó, que entre la pena y la vergüenza postrada en la cama quedó, consumiéndose entre la rabia y el arrepentimiento. Unos dijeron que murió de sonrojo, otros que se la llevaron las fiebres, contaron también que ella misma se arrojó al río para paliar sus pecados, cometiendo la mancha de suicidio que es lo más ignominioso que hay. El marido calló y el médico que trajeron de la capital también. Lo cierto es que se llevó con ella aquel hijo que guardaba en sus entrañas, mientras el cura seguía dando el sermón desde el púlpito, sin que alma humana se atreviese a culparle. Y allí mismo en la mitad de la iglesia, antes de que diera la homilía, se levantó mi madre del banco y le plantificó la maldición delante de todo el pueblo. Le vaticinó que la mala muerte se lo llevaría de este mundo, tres años le dio y tres fueron los que vivió. El incendio de la sacristía se lo llevó con él, entre grandes lamentos y alaridos de dolor al sentir en su cuerpo como le consumían las llamas. Ni tiempo tuvo de confesar sus pecados ni de recibir la extremaunción. Ese fue su castigo que penando estará en el mismísimo infierno.

Algunas más fueron las maldiciones con las que tu abuela obsequió a

algunos parroquianos del pueblo, y todas se cumplieron, ya te he dicho que las mujeres de mi familia heredan el don.

—Más de uno andará con miedo al verla pasar, madre.

—Así es, hija, más de uno, mientras que otros no lo echan en cuenta, paparruchas lo llaman; que lo llamen como quieran, pero como que Dios existe que dentro llevo esta gracia con la que me parió mi madre, al igual que la llevas tu Rosita.

—No sé qué pensar, madre, cosas de pueblo se me hacen y narraciones imaginarias de esas que pasan de padres a hijos.

—Piensa lo que quieras, ya te llegará el día. Y vamos a dejarlo, que de seguro que ni tiempo me da a preparar la sopa de la cena.

Cuando el Marcial hizo su aparición, dejó asomar una sonrisa en su rostro, a la vez que la nariz se le inflaba al reconocer el olorcillo que desprendía la sopa que cocía sobre los rescoldos de la chimenea. La Edelmira salió a la puerta con un vaso de vino, que el agradeció con un beso en la mejilla, mientras la Rosita observaba el borbollón del caldo. Al ver entrar a su padre, al que ya había besado a la hora de la comida, de una zancada se situó a su lado y le agarró del cuello, mientras le besaba como si no le hubiera visto en varias jornadas. El Marcial descansó el vaso ya vacío en la mesa y correspondiendo a los mimos de la Rosita, la levantó por el aire, dando vueltas ante las protestas de la Edelmira que presagiaba que con tanto alboroto derramarían la jarra de agua puesta ya en la mesa para la cena.

Las ocho campanadas habían dado en el reloj de la iglesia, hora era ya de recogerse y de enfundar los cuerpos al calor del hogar. El Marcial procedió a la rutina diaria, refrescándose en el barreño de zinc que su mujer le había preparado mezclando el agua caliente que siempre reposaba tras la albardilla del fogón. El caldo de verduras ya llenaba los tazones de barro sobre la mesa, además de la vieja ensaladera que ya usaban en tiempos de la abuela, repleta de hojas de col, cebolla, pepinos y los tomates que tanto gustaban a la Rosita aliñados con el aceite del tío Tomás.

—No remojes tanto la hogaza, Rosita, que te vas a poner como las vacas del patrón.

—No puedo, madre, no puedo, que se me hace la boca agua nada más contemplar como hace usted el aderezo.

—¡Qué chiquilla esta!

—Déjala, Edelmira, que mal no le vendrían unos kilos de más, que cuando pasa parece que hubiera pasado un suspiro en vez de una hija, que ni rellena las medias de lana, medio caídas las lleva. ¿O no te has fijao?

—Tiempo tendrá, Marcial, que toda la vida tiene para meter chicha al cuerpo, que una zagalilla es aún y no quiero que se le estropee el talle antes de tiempo.

—¿Cómo andan las ovejas, padre?

—Guardadas han quedado en el cobertizo del patrón, ya van para diez las preñadas, esperemos que deje en paz a los corderos y no le dé por venderlos como la otra vez, que a este paso sin sustento termino.

—Ni en broma mientes el tema, que sin nada para llevarnos a la boca quedaríamos.

—Nunca dejaría yo que eso pasara, Edelmira, antes a la capital marcharía, que mientras yo viva nunca ha de faltarnos ni un buen plato de comida, ni leña para calentarnos, que para eso me ha dado Dios estos dos brazos para trabajar y para protegeros que mi obligación es como hombre de la casa.

—Dios no lo quiera, padre. ¿Qué haría yo sin sus bromas ni sus mimos?

—Mira, la chiquilla, lo que le da por pensar. A ver si crees que no iba a venir a veros, si lejos tuviera que buscar el sustento. Sois lo único que tengo en el mundo. Nunca te han de faltar mis mimos Rosita, nunca.

Esperemos que la razón alcance al amo, que viejo se está haciendo y no quiere quebraderos de cabeza, que eso es lo que dice que son los animales: “Pérdidas” les llama. Dineros no le faltan, y sus buenas casas guarda en la capital, que rodeado de cuidados tendrá la vejez y no le faltarán manos para atenderle.

—No hable de eso, padre, que algo se le ocurrirá al patrón para que a usted no le falten los dineros.

—Esperemos que así sea, hija... Esperemos.

Mientras el Marcial se retiraba al aposento, la Edelmira echó a la pila los cacharros de la cena, que con un poco de jabón y mezclando el agua caliente que reposaba en la lumbre, dejó escurrir en un paño. Le pasó la escoba a las migas que quedaron en el suelo y se retiró junto a su marido, mientras la Rosita ya retozaba en la cama, bien tapada con su cobertor al arrullo de los rescoldos que rociaban de calor la cocina. Antes de irse, una voz le dio al Canelo que aprovechando el jaleo de la cena se había aposentado a los pies de la cama de la Rosita.

Cerró la puerta del dormitorio y al meterse en la cama, abrazó a su marido para calentar su cuerpo, que respondiendo a su gesto, se volvió, y al mirar aquellos ojos verdes se ajustó a su abrazo, apagó la luz y le susurró al oído aquellas palabras bonitas que nadie como él sabía decir para hacerla subir a lo más alto, mientras sus besos y caricias envolvían su cuerpo.

## CAPÍTULO III.

*“Ropa Dominguera del portal para afuera”.*

No había amanecido cuando el Marcial dejaba en la mesa una liebre recién traída de monte. La Edelmira, ya vestida le esperaba en la mesa con el recuelo preparado en un tazón blanco con el pan migado de la noche anterior. Un plato con dos tomates aliñados junto con unos trozos de pepino esperaban a que su marido los degustara. Envueltos en un papel de estraza: un cacho de hogaza con el queso, que ella misma elaboraba con leche de oveja, y un buen trozo de tocino que el Marcial comería a media mañana, ayudado con la navaja que siempre llevaba encima, junto a un buen trago de vino de la bota que siempre guardaba en el interior del roble alto.

El Canelo relamía las sobras de la cena que la Edelmira había depositado en el suelo sobre un pedazo de papel, dispuesto a seguir a su dueño a realizar su trabajo como pastor, labor de enseñanza que tantas horas le habían ocupado al Marcial.

Las cinco y media pasaban, cuando con su morral al hombro se encaminó hacia el redil del patrón para llevar las mecas al monte en aquella trashumancia diaria donde gustaba de ver la salida del sol.

La Rosita seguía en su placentero sueño, mientras su madre abría el ventanuco de su dormitorio apoyando encima las sábanas permitiendo que entrara el aire mañanero en la pequeña habitación.

Mucha mala suerte sería que el patrón dejara sin los cuartos semanales al Marcial. La emigración a la capital debería ser la última opción, antes iría a las casonas de los señoritos por si falta les hiciese algún hombre fuerte para faenar en el campo, o para cualquier cosa, que su marido lo mismo levantaba un muro, que subía al monte con las ovejas, que aunque no era versado en letras, Dios le había dado buena mano para los quehaceres domésticos o de granja. Arreglaba la chimenea, desbrozaba los campos o reparaba cuantas cosas se estropearan, y de las que desechaban, hacia verdaderas obras de arte. Convertía un campo en un parterre, o metía el agua corriente en la casa de los señoritos, que eran los únicos que se lo podían permitir. Versado en letras no, pero mañoso sí que era. Después le diría a la Rosita que pintara en un papel los nombres de las fincas de los aledaños, por si al patrón le daba la mala idea de deshacerse del Marcial, Dios no lo permitiera.

Las ocho y media habían dado en el reloj de la iglesia y la Rosita dormía, a pesar del trajín de su madre entre cacharreo y los golpes contra el suelo que daba a la liebre para ablandar su carne. La echaría a las habichuelas que dejó en remojo, con media bastaría y con la otra mitad cocinaría unas patatas con una miaja de vino blanco.

—Vamos Rosita, hija, mira que te gusta el remoloneo. Levanta ya, muchacha, que se va enfriar la leche, que hasta le he migado el pan y dos tomates con aliño esperan encima de la mesa.

—Con ese desayuno, volando me levanto, madre, que me ruge el estómago  
de pensar en el moje  
del aliño.

—Mira que eres galguera, muchacha, lo que te ha gustado toda la vida el mojete del pan con cualquier cosa. Ya llegará el momento que no puedas

hacerlo, porque los kilos se te acumulen. Avíate, chiquilla, que ya está el agua caliente en la fregadera.

Como cada mañana, Rosita se lavó con aquel jabón que elaboraba su madre mezclando algo de hierbabuena y que dejaba ese olor en la piel tan característicos de la madre y de la hija.

Una vez llenado el buche, se vistió con su bata gris y sus medias de lana y dejó que su madre le cepillara el pelo y lo recogiera en una trenza.

Se encaminaron en dirección al colmado del tío Felipe, no sin antes pasar por casa de la Matilde por si algo precisara, que era de buena ley ser cumplidora con las vecinas, que a veces más que familia son.

Subieron la cuesta del árbol grande hasta coger el camino largo que daba paso a la calle Real, que les llevaría a la plaza de la iglesia, donde se encontraba la tienda de coloniales del tío Felipe.

Múltiples eran los cachivaches que desbordaban la tienda y variado el colorido de las telas, cintas, botones y puntillas, según él, llegadas de ultramar y que hacían las delicias de las féminas del pueblo.

Ungüentos, afeites, comestibles, alpargatas, barreños, escobones y casi cualquier trasto imaginable rebosaban los anaqueles, vasares y rincones de aquella dependencia que dirigía el tío Felipe, que junto a su mujer y Anicetín, su hijo, no daban abasto en atender a la clientela que se agolpaba entre tantos armatostes.

La Rosita iba de un lado a otro entre telas de seda, terciopelo, raso o tisú, acercándolas a su cara y mirando a su madre para conocer su opinión, mientras esta se entretenía charlando con la mujer del Felipe que le aconsejaba sobre la calidad de aquellos paños traídos de unos lugares exóticos de los que ella nunca había oído hablar.

Al final, la Edelmira optó por un tafetán azul marino, color sumiso y nada pretencioso, que en un par de años cambiándole el cuello y los botones, podría pasar por uno nuevo. Media manga con bordes de organdí blanco y jaretas en la pechera. Mandaría forrar los botones de la misma tela y a las manos de la Matilde, quedaría como el vestido de una princesa.

—Madre, ¿no se pensará que voy a llevar el vestido con medias de lana y las alpargatas de la huerta?

—Ya está la chiquilla ésta sacándome de mis casillas.

—La risión del pueblo seré, madre.

—Le traeremos unos zapatos a la Rosita, Edelmira, que razón lleva la muchacha, y unas medias finas color carne, aquí las tengo, llévalas y que las gaste el día que estrene el vestido.

—Bien está lo que bien parece, las llevaremos y sea lo de los zapatos, pero ni una miaja de tacón quiero que lleve la niña, que tiempo tendrá de llevarlos.

—Como quieras, dos o tres pares traeré para que elijas; en cuanto estén, se echará una carrera hasta tu casa el Anicetín, y te tomas el tiempo que quieras para la opinión.

—Gracias, mujer, no hace falta tanta molestia, ya nos llegaremos en unos días a la que vamos a la huerta.

—Como quieras. Con Dios, Edelmira.

—Queda con él, Gloria.

—Qué buen día ha quedado, madre, nos podíamos llegar hasta el camino de la ermita a coger unas pocas de margaritas, que por allí florecen cerca del camino del río.

—¿Para qué queremos margaritas del camino de la ermita? Si crecen por todos lados como la mala hierba.

—Las del camino del río son más grandes y más lustrosas.

—¿Cerca de la hacienda del señorito Hilario?

—Si, por ahí creo que están.

—¡Qué casualidad!

—No masculle, madre, que la siento rezongar.

—¿No será que el remilgado ese te está haciendo tilín?



—Pero que tilín, ni que tolón. ¡Hay que ver las cosas que se la ocurren, madre!

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Como usted diga, madre, pero no vaya a olvidarse del jarabe de padre, que lo tenían preparado ya en la botica.

—El caso es ir en busca del señorito Hilario.

—¿También voy a tener la culpa de que sea hijo del boticario?

—Malnacido el padre, y malnacido el hijo.

—¿Por qué le tiene tanta ojeriza a don Hilario?

—Cosas del pasado que pasadas están. Iremos a por el brebaje, que tu padre no ha parado de toser en toda la noche.

—Buenos días, Edelmira y compañía.

—Buenos días tenga usted, don Hilario. Veníamos a recoger el brebaje de padre.

—Hay que ver que buena moza se está haciendo la Rosita, es igualita a ti, Edelmira, en tus buenos tiempos. ¡Quién los pillara! Y lo pasao, pasao.

—Usted lo ha dicho, don Hilario, lo pasao, pasao.

—Mira que eres quisquillosa, Edelmira.

—Llevamos prisa, no hay tiempo para majaderías. ¿Qué le debo?

—Nada me debes, Edelmira, nada.

La Edelmira se plantó delante del boticario dejando el paquete de la tela en la encimera y mirándole fijamente soltando destellos de aquellos ojos tan verdes, rebuscó en los fondos del bolso de paja con el que se acompañaba a todos los sitios, sacó tres pesetas y de un manotazo las incrustó sobre el mostrador.

—Nunca he debido nada en mi vida, y mucho menos a usted. Otros no pueden decir lo mismo. Quede con Dios, don Hilario.

Como si de una sacudida se tratase agarró las telas con una mano y la Rosita de la otra.

—Madre, me está haciendo daño.

—Te quedas abobá, leche.

—¿Por qué se ha puesto así con el boticario?

—Por nada que te importe.

—Vaya manía que le ha tenido toda la vida al pobre hombre, con lo amable que es él, siempre que me ve algo me regala.

—No sé cómo hay que decirte a ti las cosas, mil veces he rematado que te quiero lejos de esa familia, mala gente son y mal han de acabar.

—Manía que les ha cogido, madre.

—Para ti la perra gorda, que ganas de discutir no tengo, pero como que Dios existe, que mala familia es. Mujeriego como un perro, que muy mala vida le dio a la señora, que la dejaba sola para ir a entretenerse entre las faldas de otras, con las que después no cumplía.

—¿Y en qué tenía que cumplir madre?

—Cosas mías, ni miaja de caso me hagas, pero muy mala fue la vida que le dio a la pobre señora, que murió de tisis dejando al señorito Hilario muy chiquito, al cuidado de niñeras y amas de cría. Ni una lágrima le vi echar por la muerte de la señora, a la que Dios tenga en su gloria. Libertino el padre y libertino el hijo, que pronto casará con la señorita Pilar, la hija de don Alfredo, el terrateniente de las tierras de Peñas Albas, y aunque prometido esté, de tenorio va calle arriba y calle abajo, echándole requiebros a cuanta moza encuentra en el camino, y no se me ha pasado por alto cómo te mira, ni las lisonjas que salen de su boca cuando pasa por tu lado.

—Paparruchadas tuyas, madre. Que ni el padre es como le pinta, ni el hijo tan lisonjero.

—Yo sé lo que me digo, Rosita, y ni pizca de gracia me hace cuando te mira, ni los ojos que tú pones, que sabe el encanto que tiene, el muy galán, al

igual que su padre cuando era joven, que de tal palo, tal astilla.

—Mira que le ha dado fuerte, madre.

—Tú mantente lejos del señorito y todo irá bien, no quiero tener que repetirlo, que muy niña eres para escuchar galanterías de un conquistador, y él está comprometido, que vergüenza debería darle andar de allá para acá, sin nada que hacer, solo porque esté podrido de dinero y nada vaya a faltarle. Que de hombre no es estar ocioso todo el día a verlas venir. Mucho le ha consentido su padre, al ser único hijo, todo le ha dado, y mal acabará, tu madre te lo dice Rosita, que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Pobre señorita Pilar, la de Peñas Albas, que por juntar dos patrimonios, no sabe la incauta lo que le va a caer encima, que embobada se la ve, cuando agarrada de su brazo se pasean por la plaza después de la misa. No, si pico no le falta, ni galanura tampoco, que como un pincel sale bien entrada la mañana a tomar el aperitivo y a pasear a caballo recorriendo las tierras de Peñas Albas, como si suyas ya fueran.

—Calle ya, madre, que buen afán le ha dado con la familia esa.

—Ya me callo, Rosita, ya me callo, chitón por mi parte, vamos a casa de la Matilde a que te tome las medidas del vestido.

## CAPÍTULO IV.

*“Al hombre venturero, la hija le nace primero”.*

El Marcial, apoyado en el árbol grande, sacó la navaja con la que partió el cacho de tocino y el queso que en el morral había depositado la Edelmira y, junto a un trago de la bota de vino, le dejaron el abazón colmado hasta la hora de la comida. El canelo al acecho de los trozos sobrantes que cazaba al vuelo, había dejado recogidas las ovejas que pastaban tranquilamente en lo alto de la peña.

Malo sería que el patrón decidiera abandonar los pastos y vender los animales. No dejaba de dar vueltas a la sesera, ni consumir su racionio en el remedio que daría al sustento de las dos mujeres a las que más quería en el mundo. Media tierra recorrería con tal de mandarles un jornal decente, que la Rosita pronto casaría. No se le pasaban por alto las miradas de los mozos, sabiendo que muchos de ellos querían casorio con ella, al igual que él cuando vio a la Edelmira por vez primera. Cuando sus ojos vieron los suyos, aquellos reflejos verdes le hechizaron y allí mismo juró que esa moza sería suya para lo bueno y lo malo, y juró por lo más sagrado que la haría su mujer, pesara a quien pesara y fuese como fuese, sin saber que aquella zagala llevaba dentro un hijo de otro.

Cuando a pedirle matrimonio se presentó a la casa de la abuela Dionisia, ésta se plantó en jarras, le sacó un vaso de buen vino y le puso las cosas claras: que la Edelmira mocita no era, le dijo, y que cargaría con el hijo de otro hombre. Aun así, nada más quiso saber, ese hijo sería suyo y de padre haría, que quien acepta a una mujer, acepta todo lo que trae consigo. Y nunca se arrepintió de nada y nada quiso saber. La Rosita suya era, lo que más quería en el mundo.

Nunca le pidió razones a la Edelmira, aunque ella, muchas veces quiso dárselas, buena moza era, de buena cuna y honrada de nacimiento, algo malo le tuvieron que hacer.

—Nadie te hará más daño mientras yo viva, le dijo. Y ahí estaba él, para

que nada faltara a las dos mujeres de su vida.

La Edelmira, después de dejar a la Rosita en casa de la Matilde, procedió a dar vueltas a las alubias que cociendo había dejado junto a los trozos de la liebre que había cazado el Marcial aquella mañana. A gloria bendita olía la cocina. Le añadió una hoja de laurel, unos granos de pimienta y un aliño que machacó en el mortero de ajo perejil, pimentón y una miaja del aceite del que le mandaba su hermano Tomás, el de Fuente Clara. Un buen tazón le pasaría a la Matilde que mucho era para los tres.

Dios no había querido bendecirle con más hijos, que bien lo intentaron y nada sacaron en claro. Mucho tenía que agradecerle a ese buen hombre, que todo lo había dado por ella y por esa hija que en el vientre llevaba cuando casó con él. Que un padre había sido para ella. Hasta su buena llorera echó el día en que Felisa la partera la puso en los brazos del Marcial. Aquel abrazo en el que puso toda su alma, y al que ella había correspondido toda su vida, creyéndole su padre. Y nada debía de saber. Su padre era, que solo Edelmira y su marido conocían el secreto, aunque su verdadero padre se rumiara la verdad cuando la miraba de arriba abajo al verla pasar. ¡Maldito! ¡Maldito por siempre! En el infierno ardería por sus malas artes y por aquella tarde en la que engañada la llevó hasta la parte trasera del camino del Roncal, con el cuento de darle una bolsa de manzanas para su madre, donde la envolvió con sus lisonjas, sus halagos y sus palabras y promesas. Cuando ella retrocedió corriendo hacia el camino ya la tenía cogida de las enaguas que a tirones le desgarró.

Ya no supo más. Muy quieta quedó, hecha un ovillo, llorando de dolor y de rabia con las piernas pegajosas repletas de sangre y tierra del camino.

Allí la encontró su madre horas después, hecha una piltrafa, tras haberla buscado por todos los rincones del pueblo con el alma en vilo y el corazón encogido.

A veces su mente retrocedía hasta aquel momento y le jugaba malas pasadas, recordando aquella tragedia de su vida interpretándola de diversas maneras.

—¿Quién ha sido?—preguntó Dionisia.

—Nada sé, madre. —Y nada contó jamás a nadie. Solo ese mal hombre y ella sabían de su pecado. Su madre nunca más preguntó. Lágrimas echó con ella y mucho afán puso en curar su alma rota y dolorida, hasta que envolvió en sus brazos aquella cara de ángel que la miraba con ojos verdes luminosos pidiéndole protección y cariño. Allí se borró todo aquella tarde, el dolor y la pena. El beso que le plantó el Marcial y aquella vida que Dios había puesto en sus manos, desvanecieron los malos ratos y las angustias pasadas. Los recuerdos no hicieron que en su alma anidara el perdón, jamás perdonaría, ya llegaría su momento, llegaría, como Dios existe que llegaría...

## CAPÍTULO V.

*“Padres arrieros, hijos comerciantes, nietos señoritos y biznietos mendicantes”.*

Hilario Díaz de Montiel, hijo único y heredero de la gran fortuna acumulada por su padre, que no solo se debía a la botica, sino a las tierras y haciendas que pasadas de padres a hijos tenían arrendadas en toda la provincia. No poseía grandes dotes para el trabajo, ni para la dirección de las fincas, para eso ya estaban los mayorales y los contables, ni tan siquiera para la botica, que con tanto acierto dirigía su padre por afición, ya que falta no le hacía; pero era tal la pasión a las fórmulas que inventaba para elaboración de potingues, afeites y jarabes que hasta un laboratorio había mandado construir en los bajos de la casona.

Gustaba de pasear por las fincas a caballo. Observar las posesiones de las que algún día sería dueño y señor, viajar por la provincia y no faltar dos o tres veces al año a Madrid, donde era recibido por los grandes terratenientes del lugar. Se sentía agasajado, a la vez que visitaba teatros, era invitado a fiestas y no dejaba pasar la temporada de los grandes conciertos, óperas y zarzuelas de las que era gran admirador. Mandaba confeccionar trajes y camisas a la última moda, y no le pasaba por alto avisar al peluquero una vez por semana para conseguir llevar ese cabello rubio según marcarse el estilismo de la época.

No faltaban en la casona flores frescas en cada aposento, ricos ornamentos, cuadros, tapices, ni muebles que copiaba de las mejores revistas de decoración de París y que mandaba traer al pueblo desde la capital gala solamente para él.

Mujeriego, al igual que su padre. No había moza en el pueblo, ni alrededores, que se resistiese a su galantería y refinamiento. Algunos conflictos había causado a varias familias, pero no hay nada que el dinero no tape, ni hueco que no esconda la deshonra. Siempre existían padres necesitados de favores y familias acomodadas a las que Dios no había sabido premiar con un hijo y, en último caso, estaba la Flora, la curandera de Villabeza, que por unas cuantas monedas sabía siempre cómo actuar y cómo deshacerse del mochuelo que causaría el sonrojo de la moza en apuros que hubiera caído en sus brazos.

Pronto casaría con Pilar, moza buena y piadosa, la mejor elección para ser la madre de sus hijos. Selecta y refinada, versada en letras y arte. Agraciada no era, pero no se puede tener todo, y juntando las dos fortunas sería el terrateniente más poderoso y acaudalado de la región. Ya se abastecería él de buenas mozas para sus ratos de ocio, que seguro estaba no le faltarían. Solo una espina tenía clavada: antes del casorio tenía que vencer la timidez de la Rosita, la hija de la Edelmira, la del camino del Roncal, aunque sola no quedaba ni un momento, que la maldita no la dejaba ni a sol ni a sombra.

Zagala más hermosa no habían visto sus ojos, ni mozo que no perdiera el norte al contemplarla pasar hacia la plaza. Alta y espigada, con una figura que debajo de aquella bata desgastada y vieja ya dejaba entrever un cuerpo delgado y bien formado, cuello esbelto y altanero, y una cara, que ni la mismísima virgen dejaba asomar en la procesión. Nunca había contemplado unos ojos como los de esa chiquilla. Verdes como el mar, con reflejos dorados como el trigo hablaban por ella; y ni falta que le hacía articular palabra. Tan solo con mirar esos ojos, llevaban a quien los contemplara a la mismísima gloria. De su madre y su abuela los había heredado y, aunque algo apagados, todavía mantenían ese color los de la Edelmira, que a más de uno quitaban el hipo si no fuese por el miedo que desprendía su talante y su fama de maldita. Que muchos creían en la verdad de sus maldiciones. Pero ni sus paparruchadas de pueblo, ni la ignorancia de sus habitantes iban a hacer

desistir al señorito Hilario en su afán de conquista de la Rosita, que como que Dios existía, pronto caería en sus redes. No podía existir moza que a él le quitara el sueño.

La Edelmira tuvo que dar dos voces a la Rosita para que despertara o no llegarían a misa de nueve. Ya quedaba hecho el condumio: un buen conejo al ajillo, que el Marcial, como de costumbre, había cazado a la amanecida, que ni el domingo dejaba de madrugar. Había reavivado la lumbre de la chimenea, donde el Canelo descansaba al calorcillo que desprendían sus brasas. Ni se había movido del sitio, parecía como si el animal presintiera que era domingo y que las ovejas quedarían en el redil.

Se puso el único vestido que guardaba para la misa, que de una tela que compró en las coloniales del Felipe le confeccionó la Matilde. De un tono verde oscuro, que negro no quería el Marcial que vistiera: *Negro para los lutos, decía, y tú estás vivita y coleando*. De manga larga y hasta media pierna, con una chaqueta a juego, que mal no quedaba. Se atusó el pelo, que hasta media espalda llegaba, y lo enredó en un moño que prendió con horquillas, echándose por encima el velo de blonda de su madre que guardaba con tanto mimo.

El Marcial se colocó la única corbata que tenía, regalo del patrón, y una camisa que metida por dentro del pantalón de pana limpio y recién planchado sería la envidia de todos los mozos del lugar.

Ya se desperezaba la Rosita, ante las protestas de su madre, que presentía que no tardarían en sonar las campanadas de la llamada a la misa solemne que todos los domingos a las nueve celebraba el cura para festejar el descanso de los jornaleros.

—Ay, madre, qué nerviosa estoy, ni desayunar me apetece.

—¿Y a qué viene tanto alboroto?

—Madre, que hoy estreno el vestido que me hizo la Matilde, y las medias y los zapatos.

—¡Acabáramos! Pues date prisa, que pronto llamarán a misa, y ni tiempo te va a dar a vestirte con las galas nuevas ¡Qué chiquilla esta!



Sorbió la leche como un perrillo, se lavó en la pila y entró en la habitación de sus padres a engalanarse sin dejar que estos entraran para contemplar su cara de sorpresa al verla salir.

Pasado un cuarto de hora, y empezando a colmar la paciencia de la Edelmira, se abrió la puerta y la imagen de la Rosita hizo que el Marcial se recostara en la silla. Nunca sus ojos habían contemplado estampa más bella. Se volvió hacia su mujer y sin decir nada le transmitió con el pensamiento que tendría que cuidar de aquella belleza sobrenatural más que de su propia vida.

—Madre, se ha quedado callada. ¿Qué le parece?

El vestido azul marino, rematado con encaje en las mangas y el cuello, resaltaba el color de sus ojos, que junto a su melena cobriza, suelta y caída en ondas que recordaba a aquellos cuentos de sirenas que leía de niña, ofrecían una imagen de belleza absoluta.

—¿No sería mejor recoger ese pelo?

—¿Y para qué lo quiero largo, madre?

—¡Deja a la chica, Edelmira. ¡Que ni la mismísima virgen aparecería tan bella! ¡Que nada tiene que ocultar! ¡Que hasta la cara lavada lleva! Agarra mi brazo hija, que vamos a ser la envidia del pueblo y a quien le duela a la botica.

Recogieron a la Matilde y ya por el camino del Roncal, los mozos y los no tan mozos, no dejaron de apartar la mirada de aquella aparición que parecía bajada del mismísimo cielo.

Nada más pisar la puerta de la iglesia se subió el velo que llevaba a modo de toquilla cubriendo su pelo. La mirada de las gentes del lugar que ya ocupaban su asiento en los bancos no se hizo esperar, al igual que los cuchicheos que pasaban de una boca a otra, haciendo sonar en el silencio de la ermita una especie de siseo como si de un rezo se tratara.

Se sentaron en un banco hacia la mitad de la parroquia, cuando don Anselmo el cura hizo su entrada, haciendo que los feligreses se levantaran para el comienzo de la misa.

Los primeros bancos los ocupaban los terratenientes y señoritos de la zona. Don Hilario, el boticario, con su hijo y la señorita Pilar, su novia, que junto con su padre don Alfredo, vestían sus mejores galas.

Don Gerardo, el alcalde, con Marina la alta, su esposa, y sus dos hijas ya casaderas: Francisca y Marinita. Don Mariano, el médico, con Lucía la chata, su esposa, y su cuñada, hermana del galeno, Patrocinio. “Patro la solterona” la llamaban en el pueblo, pues con ese carácter que gastaba ningún mozo había querido rondarla. Antolín, el sargento de la guardia civil, ya viudo de muchos años y sin descendencia, que quiso Dios que su mujer abandonara este mundo al poco del casorio; persona de mal agüero, y malas artes, más franquista que el propio Franco, mala persona, inculto, además de envidioso y malcarado. Y el cabo Manolo, el del Molino, buena gente, de buen humor y dicharachero, que siempre arremolinados llevaba a los chiquillos del pueblo, a los que tiraba caramelos y aquellas cosas pegajosas que llamaban chicles que traía el tío Felipe de la capital. Y en pieza principal don Manuel Figueroa Baltierra, barón de Baldeaguas, buena gente donde la hubiera, persona destacada en el pueblo a la que todos los vecinos guardaban el respeto requerido, aunque a él le avergonzaban tantas inclinaciones de cabeza, pues a todos consideraba iguales. Condecorado por Franco al término de la guerra civil por salvar del enemigo a todos sus hombres de una muerte segura. Y siempre a su lado, su fiel Ignacia, el ama de llaves, a la que como una madre consideraba, y que había colocado con él en el sitio de honor de la iglesia, a pesar de los colores que se le iban y venían a la buena mujer al saberse en boca de todo el pueblo por ocupar aquel lugar insigne, solo preparado para las altas jerarquías.

No pudo por menos Edelmira que santiguarse cuando vio al señorito Hilario volver la cabeza y mirar fijamente a Rosita, como si la observara por vez primera. Vergüenza tendría que darle, ni recato alguno en la iglesia, en la casa del Señor, ni con su prometida delante. Más de medio pueblo se dio cuenta del gesto del pollo, que ya iban para cuatro las veces que había girado la cabeza. Tampoco le pasó desapercibida a Edelmira el sonrojo de la Rosita, ni cómo le devolvía el gesto, que hasta un pisotón tuvo que darle. Una charla tendría que tener con ese pisaverde, que bastante tuvo que aguantar al padre y sufrir lo que no está escrito, como para tener que soportar al hijo, “que a ella

lo que fuera”, pero a su Rosita ni tocarla. Un padre nuestro habría de rezar para que al Marcial le pasasen desapercibidas las miradas del señorito, que como buen gañán que era, aguantaba hasta que no le rozaran lo suyo, pero en lo tocante a la Rosita, como que Dios existe, no aguantaría ni una chispa.

Al acabar la Misa, prisa se dieron en salir de la iglesia, con la Matilde a un lado y la Rosita al otro, pero ya se había encargado el tunante de cogerles la delantera y esperar a las puertas de la iglesia, del brazo de su novia.

—Buen día tengáis, Edelmira y compañía.

—Buenos, y para usted también señorita Pilar. Que sea enhorabuena, que pronto la veremos vestida de novia.

—Así será si Dios lo quiere, Edelmira, y para que lo celebréis, pásate luego por la finca de Hilario, que unas prendas quiero darte para la niña, que ya moza es y seguro que han de venirle bien.

—Gracias, pero nada necesitamos, señorita.

—No irás a hacerme el feo, Edelmira.

—Nada tengo en su contra, señorita Pilar, pero la Rosita de nada necesita.

—¡Pásate luego y no se hable más! Que es de mi gusto regalarle unas cuantas cosas a la chiquilla.

—Bien está, señorita, a la tarde pasaré.

—Id con Dios

—Con él quede.

La Rosita se adelantó cogida del brazo de la Matilde, no sin responder con una sonrisa o con una buena palabra a cada lisonja que tenían a bien ofrecerle los vecinos del pueblo.

—Qué bonita esta la niña, Marcial, muchacha tan guapa jamás vieron estos ojos.

—Gracias por el cumplido; buena moza es, tú lo has dicho.

—A la capital habrías de llevarla, Edelmira, para esos pases de modelos que hacen ahora las señoritas en las revistas que se ven en el colmado del tío Felipe.

—No digas chirigotadas, Maruja, la niña aquí ha nacido y aquí seguirá.

—Mujer, lo decía por lo guapa que está

—Ya lo sé mujer, ya sé que es buena la intención, que mal no me ha parecido, pero Dios dirá que muy niña es todavía.

—Andad con Dios, que paséis buen domingo.

—Lo mismo os deseo, Maruja.

Muchos fueron los requiebros hacia la Rosita y muchos los paisanos que les iban parando con su charla sobre cualquier cosa. Costumbre era intercambiar palabras con los vecinos a la salida de Misa, hasta que tuvo que tirar de la manga de la camisa del Marcial, que se entretenía hasta con las moscas que le pasaban por delante.

—Madre, para una vez que estreno, ya podrían usted y padre llevarme a pasear un rato a la plaza, que todos los del pueblo acostumbran a hacerlo, y más va a parecer que algo escondemos y que estuviéramos siempre encerrados por alguna causa.

—¡Si será presumida la muchacha esta! ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en la plaza?

—Mira, que a veces te pones agorera, Edelmira. ¿Qué mal hace la chiquilla en querer lucir su vestimenta nueva? Si no os apetece, ya la paseo yo y hasta a una gaseosa la invito en las mesas que pone a la calle el tío Felipe, o en las de la taberna del Benito, que mal no haremos a nadie por sentarnos un ratico a ver como engalana los domingos la gente del pueblo —comentó Marcial.

Va para dos años que solo salgo de la casa a la iglesia y de la iglesia a casa —rezongó la Matilde, ante la sorpresa de Edelmira.

—Vamos pues —dijo el Marcial—, si hay que tomarse unas gaseosas, las pago yo, que para eso soy el hombre. Bueno estaría que además de pasear a la

niña, echaras los cuartos en ello.

A la Rosita se le agrandó la sonrisa, como si aquello fuera la historia más maravillosa que le hubiera pasado en la vida.

Razón llevaba su madre, pensó Rosita al sentir los colores que le subían a la cara cada vez que la miraba el señorito Hilario. Se le encogía el estómago y una sacudida repentina le quitaba hasta el raciocinio, se le cortaba la garganta y ni las palabras le salían cada vez que él se acercaba. No sabía por qué los otros mozos del pueblo no producían esa sensación en ella, ni le sacaban los colores, como solo él sabía hacer. Cierto que el casorio tenía encima y no estaban bien esas miradas que le echaba de arriba abajo como si quisiera reconocerla, al igual que hacía don Mariano, cuando de chica la llevaba madre para que le pasara el aparato ese para escuchar el sonido de la tos que le salía del pecho. ¿Y la razón de aquellos colores que repentinamente teñían su cara? Tampoco sabía de dónde venían, pero la sesera le dictaba cada vez más que las empezaba a necesitar, al igual que necesitaba el condumio diario o el agua cuando el sol apretaba.

Tres gaseosas y un chato de vino les sacó el Benito a la mesa de madera que descansaba en la acera, desde donde podían observar la plaza y la calle Real, en la que costumbre era pasearla los domingos y después sentarse en alguno de los bancos los pobres, y en las mesas de madera de las dos tabernas que había en pueblo los ricos.

—Échale a la mesa un platejo de olivas que tienes en la barra para que les pasen las gaseosas por las tragaderas a las mujeres, que no están acostumbradas a dispendios —comentó el Marcial, sacando de dentro una voz algo socarrona.

—¡Ay, padre, qué bien lo estamos pasando! ¡Esto tendría que ser todos los domingos!

—¡Mucha vergüenza me estáis haciendo pasar! —dijo la Edelmira—. Qué ricos parecemos, como si no nos costara ganar las cuatro patatas que tenemos para echarnos a la boca. ¡Ya daremos de qué hablar toda la semana! ¡Como si quisiéramos lucir a la Rosita para que la pida el mejor postor!

—¡Jesús, que papo! ¡Las cosas que se le ocurren a esta mujer! —comentó

la Matilde—. ¡Será posible! ¡Deja a la chica en paz! Que escondida la tienes como si fuera oro, y eso sí que da que hablar, que bastante fama tienes ya por las maldiciones de tu familia. ¡Déjalo estar! ¿No ves cómo está disfrutando la Rosita? ¡Terminarás por amargarnos el único rato de disfrute que hemos tenido en años.

—Está bien, callaré, no quiero que se diga que os jorobo la mañana, y lo que bien se hace bien parece. ¡Si dicen que digan! ¡No... si a quién se le diga! ¡Ya me habéis convencido! Si en el fondo se me va la fuerza por la boca.

—Mira quién se aproxima, Edelmira —comentó el Marcial—. El señorito Hilario, y del brazo de la señorita Pilar, que bien elegante se ha puesto para la misa.

—Pues elegante será, pero guapa no es, padre.

—No... no lo es... Razón llevas Rosita, que Dios no ha querido dedicarle galanura, pero a cambio le ha dado buenos dineros, lo contrario que a ti hija, que Dios no te dio dinero, pero te hizo más bonita que la virgen de la Roca. ¡Que Dios la bendiga!

La Edelmira se dio cuenta de que los pasos del señorito Hilario se dirigían hacia la taberna del Benito, y que vergüenza no tendría en ocupar la mesa que libre estaba al lado de la de ellos. ¡Ya tendría papo que me amargara la mañana, el muy ladino! ¡Bien sé a lo que viene! ¡Maldita sea su estampa!, pensaba la Edelmira, mientras degustaba con ganas la gaseosa, que años hacía que no probaba.

Como si de una predicción se tratara, el señorito Hilario abordó la mesa colindante a la suya. Retiro la silla con compostura para ayudar a sentar a su novia y como si amigos de él se trataran les dirigió el saludo.

—¡Dios les guarde, Marcial y compañía!

—Con él esté siempre, señorito Hilario. Bien acompañado anda esta mañana. Hay que ver que bien luce, señorita Pilar, tan guapa y elegante como siempre.

—Para guapa esa moza que Dios te ha dado, Marcial —respondió la

señorita—. Que no hay zagala en el pueblo... ¡Que digo en el pueblo... ni en la provincia! Una jovencita que se le iguale en belleza y compostura.

—Gracias, señorita, se agradecen sus palabras —contestó sumiso el Marcial.

—Esta tarde pasarás por las telas, Edelmira, que con ellas más vestidos podrás confeccionar a la niña, y no te olvides de los huevos del señorito Hilario.

—Allí estaré, señorita, no se me ha de olvidar.

—Trae a la niña, que le voy a probar ropa que se me quedó pequeña, y una pena será tirarla.

—No ha de molestarse, señorita, que la Rosita no necesita nada de nada.

—Mira que te hizo Dios esaboría, Edelmira —rezongó el señorito Hilario.

—Razón lleva señorito, que a orgullosa no hay quien la gane —confirmó el marcial.

—Sea pues, que no quiero que se ande diciendo que no soy agradecida —contestó la Edelmira, mientras notaba el puntapié que la Matilde le daba por debajo de la mesa.

—Benito, trae otra ronda de mi parte —voceó el señorito—. Unos berberechos y parte un poco del jamón y del chorizo que guardas tras la barra, y media hogaza, que no les falte de nada al Marcial y a su familia.

—No ha de molestarse, señorito —dijo el Marcial—, que no quiero yo que gaste a lo tonto. Nosotros con la gaseosa estamos apaños. Un buen guiso nos espera que dejó la Edelmira al calor de la lumbre y a gloria olía.

—Deja ya, Marcial, es de mi gusto invitaros. Hay que disfrutar de la mañana, ganas dan de quitarse hasta la camisa con el sol que cae, y bien a gusto que se está bajo la cornisa de Benito viendo pasar a unos y a otros.

—En eso lleva razón, mucho hacía que no disfrutábamos de una mañana de ocio.

—Pues a gozar de la mañana, que para eso creó Dios el sol, para que diera días como este.

—Bueno, ¿y esa moza tan bonita? ¿A qué esperáis para buscarla un buen novio? Que muchos habrá que ya estén pensando en casorio con ella — comentó la señorita.

—Muy joven es todavía, que una niña parece, y una niña es. Dios dirá. Aún queda mucho para pensar en novios y menos en casorios señorita Pilar —contestó la Edelmira.

—Ay, madre, como está este jamón, desde que era pequeña que no lo cato; creo que lo probé en Fuente Clara, en casa del tío Tomás cuando de chica me llevó usted, y no se me ha olvidado el sabor.

—¡Mira la Rosita! Qué buen gusto tiene —dijo el señorito—. Menudo sabor tiene este jamón, que de Salamanca lo trae Benito. Ahora mismo le voy a pedir que eche medio jamón a una cesta para la Rosita, que veo que es de su gusto.

—Ya le he dicho que la Rosita nada necesita. No se ande molestando; mientras tenga un padre, nada ha de faltarle —replicó la Edelmira.

—Ya salió el genio de tu mujer, Marcial, no te molestes, pero a veces da coces como una mula.

—No, cómo ha de molestarme, señorito, bastantes años la sufro.

La Edelmira hizo un gesto a modo de risa, aunque por dentro se la comieran los demonios, tan solo otra patadita de la Matilde hizo que volviera a la realidad y tuviera que fingir buena cara, que nada más que ella y su vecina, sabían de las intenciones del señorito. Ya le pondría al tanto al Marcial de las miradas del pisaverde engominado hacia la Rosita. Ya sabía ella que todos los mozos casaderos del pueblo andaban tras la niña, pero otras eran sus intenciones, de gañanes buenos y honrados se trataba, no como el hijo del boticario, que de su padre había heredado el donaire y las buenas palabras para llevarse al huerto a cuantas jovencitas se le ponían en el camino. Pero jamás con su Rosita, que no había dejado tanto desvelo en el camino, para que un petimetre la dejara sin la honra que siendo tan bonita



podía perder entre los brazos de aquel mozo presumido y adinerado. Bastante había sufrido ella. Dentro llevaba su sentir como si de ese mismo día se tratara, y no iba a consentir que su hija sufriera el mismo destino. No todas tenían la misma suerte que tuvo ella al encontrarse al Marcial. ¡Muchos años le durara! ¡Ni una pregunta hizo! ¡Ni ella se la dio! Y dentro de su alma llevaba el odio por aquel malnacido que le quitó la virginidad de aquel modo tan abominable y repulsivo. Ganas le daban de vomitar cada vez que le venía el episodio a la memoria, la mayoría de las veces de manera obtusa, como si fuera una película del cinematógrafo unas, otras convertidas en forma de amor obscuro y a veces traducidas a amor verdadero que su mente siempre negaba. Tiempo estuvo odiando aquel rito asqueroso, hasta que gracias a la paciencia y cariño del Marcial, supo apreciar aquel acto sagrado de amor que ambos compartían.

Como si le leyera la cara, sintió a la Matilde.

—Deja ya las cosas pasadas, Edelmira, que pasadas están. Te conozco más que si te hubiera parido, mira lo que te depara el futuro, que el presente ha sido contigo bien agradecido.

—Bien dices, Matilde, sabes de sobra lo que ahora me preocupa.

—Nada ha de pasar, bastante encima de ella estás, no tiene por qué repetirse la historia.

—Dios no lo quiera.

—Así será, Edelmira, bien vigilada está la moza, y ahora disfruta del día. Mira la cara del Marcial. Mucho está disfrutando la mañana, y deja que lo haga, que bastante merecido lo tiene.

—Bien está lo que bien parece, deja ya de darme monsergas, cambiaré la cara por ti, por el Marcial y por la Rosita.

—Gracias por el detalle, señorito, agradecidos le quedamos, que razón lleva la niña, tiempo hacía que no catábamos un buen jamón —susurró Edelmira sin gana alguna.

—Esto sí que es nuevo, Edelmira, jamás te había observado un buen gesto, y todavía estoy por enterarme del porqué del mal humor que llevas

siempre dentro.

—Tontunas, señorito, no me las tenga en cuenta.

—Y así ha de ser, Edelmira —contestó la señorita Pilar—. Estamos unos para otros, no se han de mirar los dineros, solo la buena fe de las personas. Has de saber que no he creído jamás en las bobadas esas de las maldiciones de tu familia.

—Muchos son los que piensan como usted, bobadas y paparruchadas sin sentido.

—¿Y tú lo crees, Edelmira? ¿Es cierto que las mujeres de tu familia siempre han llevado ese don?—preguntó la señorita Pilar.

—Tan cierto como que me llamo Edelmira, aunque nadie esté obligado a creerme.

—Casualidades, lo llamaría yo.

—Puede que así sean, señorita.

—Y eso son mujer. Somos un país civilizado después de lo que hemos pasado con esta guerra cruel que sufrimos. Menos mal que por fin tenemos la protección de nuestro querido Caudillo. ¡Que Dios nos lo guarde muchos años! Él nos ha traído cultura y prosperidad, tenemos que dejar atrás estas martingalas de pueblo y avanzar, y no lo haremos si seguimos creyendo en cosas de brujería.

—Como usted diga, señorita Pilar.

La Matilde le arreó otra patada por debajo de la mesa, temiendo que la Edelmira dijera lo que pensaba. Bien sabía ella sus opiniones sobre el generalísimo, después de perder a varios de sus primos allá en el monte, donde se refugiaron cuando fueron perseguidos por los nacionales.

Tampoco a ella se le pasaron las miradas del señorito Hilario hacia la Rosita, que un color se le venía y otro se le iba. Ese ahínco de fijación hacia sus ojos que como dos esmeraldas evitaban la mirada del lechuguino, para no azorar a su padre, ni las sonrisas que cambiaban el gesto de su cara, cuando las notaba. Atenta estaba la Edelmira volviendo la cabeza de un lado a otro

no fuera a levantar las sospechas de la señorita Pilar. Razón llevaba en denominar de sinvergüenza al pollo, que ni por atención a su novia dejaba en paz a la Rosita. Tendría que poner fin a la cuestión, con el Marcial o sin él. Mucho empeño ponía el señorito y mucho peligro notaba la Edelmira en los azoros de la Rosita que andaba en edad peligrosa, cuando más duelen las entrañas y más abobás quedan las mujeres ante las miradas y requiebros de un galán, y galán como el señorito Hilario ninguno había en el pueblo. Buen porte y gallardía gastaba, con ese pelo rubio rizado y esos ojazos azules. Alto, fuerte, igual que su padre años atrás, que a más de una cautivó y mucha fue la que tuvo que esconderse para desoír las críticas de las comadres del pueblo. Muy mala fue la vida que le dio a la señora Asunción, que entre unas y otras le daban a diario la martingala de los comentarios del pueblo, y mucho fue el dinero que tuvo que soltar para callar a unas y a otras. Y entre las malas comadreja a las que las corroía la envidia, la insidia de las comadres que pasaban los cotilleos de unas a otras, como si de pólvora se tratase, el olvido de su marido y un mal catarro que la cogió el pecho, abandonó este mundo en lo mejor de la vida, dejando al señorito Hilario muy chico, al cuidado de criadas y niñeras. Resultando malcriado de tanto mimo y zalamería que le dio su padre al que se parecía cada vez más.

Tres fueron las gaseosas y cinco tajos de hogaza con chorizo y jamón lo que metió la Rosita en el buche antes de que todos levantaran de las sillas. Ni una moneda dejó el señorito que sacara el Marcial, y con aspavientos y buenas formas de despedida, marcharon cada uno por su lado, no sin antes coger el Marcial el medio jamón envuelto en papel de estraza que el señorito Hilario había tenido a bien regalar a la Rosita.

—Ay, madre, que buena mañana hemos tenido, ya no me cabe ni una miaja de guiso. Y cuenta se habrá dado de que ni una mancha he dejado que cayera en el vestido nuevo.

—De muchas cosas me he dado cuenta, Rosita.

—¿Qué mascullas mujer? —preguntó recelado el Marcial.

—Como siempre andas en las nubes... Desapercibidas te habrán pasado las miradas con las que hace tiempo obsequia el señorito Hilario a la Rosita, que ni estando delante la señorita Pilar deja de poner empeño.

—¡Tontás! Eso es lo que son. ¡Tontás!

—De tontás nada, Marcial —replicó la Matilde—. Yo también he estado al tanto, y no solo hoy, muchas son las veces que se llega a la casa a por huevos y muchas las que pasea como un pincel por el camino del Roncal solo para ojear de lejos a la Rosita. Todos sabemos de qué pie cojea el pollo. Al igual que el padre ha salido. ¡Dios proteja a la pobre señorita Pilar! No sabe dónde ha ido a caer, que con tal de juntar las dos fincas mejores del lugar, han promulgado ese casorio del que tarde o temprano se arrepentirá, que por muy enamorada que esté, y por desoír a las comadres, ya le llegará el momento de pagar la boda que va a hacer. Sea por obligación, o por ignorancia, pero que caro le va a salir a la pobre.

—Mucho os gusta hablar a las mujeres. Tendréis las dos metido en la sesera que soy tonto, pero de tonto no tengo un pelo. ¿Pensáis que no sé, qué la Rosita es la moza más hermosa del pueblo? ¿O que se me pasan las miradas que la echan los gañanes al pasar? Ya sé que el señorito Hilario es un cantamañanas, pero antes de que toque a la Rosita me corto un brazo o le arranco la vida. Una niña es todavía, que ni piensa en mozos ni casorios, y ni cuenta se da de las ojeadas que como requiebros la echa el señorito, que en las musarañas no ando y también lo he percibido.

La Matilde y la Edelmira se miraron cómplices al comprobar lo tontos que podían ser los hombres en cuestiones de amoríos, y más tratándose de una hija. Estaba creído de que la Rosita no percibía los piropos del señorito Hilario, cuando bien sabían ellas los sonrojos que padecía la niña cada vez que el señoritingo se le acercaba. Y cómo los nervios se le apoderaban cuando notaba su presencia. Bastante sería el empeño que tendrían que poner las dos para quitarle de la sesera a la Rosita la imagen del pisaverde.

Más de veinte minutos le llevó llegarse a la casona de don Hilario. Una vez cogida la calle Real y atravesar la plaza de la iglesia, pan comido era. Razón llevaba la Rosita, buenas margaritas se dejaban ver a los lados del camino que conducía hasta aquella verja verde de hierro repujado que permanecía siempre abierta. Una vez cruzada, dos tinajas de barro repletas de violetas y garberas situadas a cada lado del camino inundaban con su aroma el sendero que conducía a la casona.

Frondosos robles, sabinas y serbales de Virviestre tapaban la fachada del caserón que no se dejaba ver hasta escasos metros de la terminación del camino, que sus tres o cuatro minutos distaba de la entrada.

A la puerta de atrás salió a recibirle María la cocinera, que colocó los huevos en una cesta de mimbre preparada para ese fin.

—¿Cómo va esa vida, Edelmira?

—Tirando, hija, tirando.

—Pues así andamos todos. Ya me comentó el señorito que te acercarías a traerme los huevos. ¿Están pagados?

—

Lo  
están,  
María.

—

Pues  
con  
Dios,  
Edelmira

—Con él quedes, María.

—¿Qué prisas llevas, Edelmira?

—Las de siempre, señorito Hilario, las de siempre.

—Espera, que la señorita Pilar te prometió unas telas y lo prometido es deuda.

—Nada necesito, señorito

—No te ofendas mujer, que nada de eso pretendo. Una pena será tirarlas y con esas manos, seguro que sabrás darlas labor.

—Agradecida, si de manos de la señorita vienen.

—¿Qué mosca te ha picado, Edelmira?

—Vaya con Dios, señorito.

—Con razón dice mi padre que siempre has sido una mula, Edelmira.

—Usted a sus cosas y yo a las mías, nada voy a contestar.

—Como quieras.

—Con Dios.

—Con él quedes, Edelmira.

Al volver a la casona, Hilario pidió a la cocinera que le subiera a su aposento una copa del mejor vino de la bodega, de aquel que su padre gustaba tomar antes de la comida cuando llegaba de la botica. Se sentó en el butacón desde donde podía contemplar el camino hasta la verja repleto de frondosos árboles, que ya estaban cuando compro su abuelo la vieja casona, y que él se había encargado de reformar, porque si fuera por su padre vivirían como en el siglo pasado, sin decoraciones nuevas y con los muebles de antaño. Bastante era el tiempo que había gastado en esos menesteres y muchos viajes los que le habían llevado hasta Valladolid e incluso a Madrid, donde estuvo una semana en el Ritz, observando las telas de las cortinas, cuadros y tapices, para adecuarlos a la casona. Meses le llevó la francachela de cambios de imagen, aguantar carpinteros, yeseros, ebanistas y pintores. Mucho padeció en el regateo para ahorrarle a su padre sus buenos dineros, que si no llega a ser por sus buenos manejos, estarían las arcas medio vacías. Aunque eso no pasaría nunca, el casorio con Pilar, heredera de la hacienda de Peñas Albas, le conseguiría un futuro cierto, sin preocupaciones ni tareas de envidia. Bueno fue el consejo de su padre, que aunque pecaba de incordiante, buenas ideas le venían a la sesera de vez en cuando. Le echó el ojo a Pilar al enterarse de buena tinta de la fortuna que ya desde niña poseía, además de las tierras y la hacienda, que podían compararse con la del marqués de la Encina, afamada por ser las más lujosa del lugar.

Nada le llevó conquistarla, dos requiebros al paso y un beso furtivo, sin ganas, bien lo sabe Dios, que por su galanura no destacaba. No poseía una

cara desagradable, pero aquel contorno entrado en carnes de cintura para abajo y liso en la pechera hacía que pareciera una escultura desigual, como si hubiera sufrido una malformación de nacimiento. Mayoría habían sido los mozos que rondaron su puerta, sin que gozaran ni siquiera de una simple mirada,

—Afánate —dijo su padre—, otra cosa no has de hacer.

Y eso hizo, afanarse en ganar sus favores. Bien sabe Dios, qué mucho no le costó, ni mucho ruego tuvo que mendigar para que con solo una mirada cayera en sus redes, como cae el pez en el anzuelo del pescador. Solo tuvo que imaginar el talle de Rosita la hija de Edelmira y esos ojos verdes que destellaban belleza por donde pasaban. Una mocita era, jugosa como la uva recién cogida y si alguien había de catarla, ese sería él, que nadie le llevaría la delantera por mucho que se empeñara su madre y por mucho que la guardara tras las cuatro paredes del chamizo donde vivían.

Sus pensamientos se mezclaron con el sonido del caballo de su padre atravesando la verja del camino. Bajó al salón portando su copa y ocupó el sillón para recibirle

—¿Qué tal la mañana, padre?

—De Valladolid me llevo, de pedir los ungüentos que faltaban, además de los mejunjes que pidió el médico y prometí tener mañana mismo. Habrás de recogerlos tú, que bastante trote llevo y ya se me cansan las piernas.

—Así lo haré, padre.

—Podías llevar la calesa para invitar a tu prometida al viaje, lleváis a Marita la doncella de carabina y no daréis cuentas al pregonero.

—Si es su deseo, padre, no hay más que hablar.

—El tuyo debería ser.

—En mis sentimientos no mando, padre. Es lo que he de hacer y lo haré, no tendrá queja de mí.

—Es buena mujer Hilario, no la faltes, que enamorada se la ve.

—Es fácil de decir padre, pero no puedo dejar que mis ojos se posen en otras mozas.

—Al decir otras mozas, ¿a la Rosita te refieres?

—A esa misma.

—Mil veces te he dicho que esa zagala no es para ti. Que todo el monte es orégano y muchas hay en la viña del señor ¿Tiene que ser esa?

—¿A qué viene tanto remilgo, padre? No es usted un ejemplo precisamente.

—Sé que no soy un dechado de virtud, por eso te digo constantemente que lleno está el monte de orégano, pero no ese. ¡Ese no!

—No le entiendo, padre.

—Ni falta que te hace, que mis razones tengo y no hay más que hablar.



## CAPÍTULO VI.

*“Trabajando por cuenta ajena, poco se gana y mucho se pena”.*

Después de dejar sobre la mesa, como todas las mañanas, el condumio que había cazado a la amanecida, el Marcial partió hacia el redil del patrón a comenzar la faena diaria. Soltó las ovejas y partió hacia la loma alta, no sin antes observar que el coche del amo estaba aparcado en el camino de la hacienda. Noche había hecho en la casona, ya se pasaría al mediodía a saludarle. Días hacía que no bajaba de la capital y ni una palabra había cruzado con él.

Noche cerrada era cuando les abrió la portona del aprisco a las ovejas, que nada más sentir el ladrido del Canelo enfilaron en manada camino arriba.

Habiendo pasado las once y apoyado en el roble alto sacó la bota de vino y el cacho de tocino que junto al pedazo de hogaza le había echado la Edelmira en el morral. Aunque apretaba el sol, la sombra de las ramas le resguardaban del calor que envolvía la loma alta y al echar el trago al vino, observó encaminarse allá a lo lejos al Fidel, el guardés de la finca del patrón. Buena persona donde las hubiera. Amigos desde chicos eran. Con ocho años ya araban juntos las tierras del amo, y muchos chascarrillos contaron mientras lo hacían. Todavía recordaba el Marcial cuando mandó llegarse el patrón al veterinario, porque jugando los dos en las cuadras, al esconderse el Fidel bajo uno de los caballos, buena fue la coz que le arreó en una pierna, levantándole media pantorrilla. Tanta sangre vertió que al observarlo cayó desmayado y no pudo salir corriendo a dar cuentas al amo y por poco se muere el Fidel. Cuando despertó, sin saber el tiempo que había transcurrido, creyó que su amigo ya descansaba con san Pedro y, zancada tras zancada, sin respirar siquiera se llegó a la puerta del patrón llorando como una magdalena, sin que los hipos le dejaran expresarse, hasta que el amo le dio un golpe en la espalda y todo lo que había pasado le salió de carrerilla. Algo cojo quedó el muchacho desde entonces y buen costurón lucía en la pierna, que todo el

pueblo había visto, pues bien le gustaba presumir de cicatriz y de valiente, pues ni una lágrima echó mientras el veterinario le juntaba las carnes para pasar por ellas aquella aguja tan grande. Muchas veces le había escuchado relatar a todo el que observaba la huella que le había dejado el caballo que le llegaba desde la rodilla al tobillo.

—Échale un trago a la bota, Fidel, que ni respirar puedes.

—Agradecido.

—¿Qué te trae a estos rincones?

—El patrón quiere verte, Marcial, que me ha dicho que te pases a la recogida, cuando recopiles las mecas al redil.

—Mala espina me da.

—No te pongas en lo malo, algo que se le habrá antojao.

—De sobra lo sabes, que a ti el trabajo no te va a faltar si el amo marcha, pues es de normal que alguien quede cuidando la finca, sobre todo por si se llegan los hijos. Pero las ovejas... ¿A quién han de gustarle las ovejas? Un pimiento les importará a los herederos, que seguro le recomendarán que las venda para carne y deje ya de criar. Así que mucho me temo, amigo, que poco nos vamos ver por aquí, y algo que hacer he de buscarme con ligereza.

—No penes, Marcial, que estás hablando antes de tiempo, ya sabes que el señor no es mala persona y si se le ha metido en la mollera vender las mecas, alguna idea le rondará en la cabeza para no dejarte a la sopa boba.

—No lo es, Fidel, ya sé que no lo es, que gracias a él han llenado el buche toda la vida las mujeres de mi casa, pero has de saber que son otros tiempos y mucha gente a opinar. De todas formas gracias por subirte, Fidel, engánchale otro poco a la bota.

—Se agradece. Queda con Dios.

—Con él quedo, Fidel.

Mucho fue el mal pensamiento que le acudió a la sesera. En todos los años que llevaba de guarda del ganado, nunca le había mandado llamar. Lo

que se le hubiera pasado al patrón por la cabeza bueno no habría de ser, de eso estaba completamente seguro, como que se llamaba Marcial que se veía buscando faena antes del alba. Mucho lamentaría tener que separarse de las mujeres. Solo a ellas tenía en el mundo y mientras él tuviera dos brazos nada habría de faltarles, si hiciera falta salir de la Ceca a la Meca saldría, aunque muchos sudores llevara para sacarlas adelante.

## CAPÍTULO VII.

*“El que se casa por todo pasa”.*

Pilar, la hija de don Alfredo, dueño de la finca de Peñas Albas, contemplaba el ajuar que había expuesto sobre su cama, orgullosa de llevar a su boda aquellas prendas bordadas a mano con todo mimo. Confeccionado por las hermanas Carmelitas de Toro, pueblo afamado de Zamora por sus buenos vinos, pero también por sus conventos de clausura, donde las monjas además de pasteles y dulces eran famosas por sus manos privilegiadas para el bordado, pasamanería, bodeques y puntillas, siendo las señoritas de los alrededores sus mejores clientas al confeccionarles las mudas e indumentarias de sus casorios. Buenos dineros estaba gastando su padre en los preparativos de la boda. Nada escatimaba, ni capricho alguno le negaba. Bien se notaba que era su única hija, y la baba se le caía nada más verla pasar. De muy pequeña se quedó sin madre, que en mala hora se la llevaron unas fiebres que médico alguno supo diagnosticar. Pero Dios quiso que su tía, la única hermana de su padre, Violeta, viuda y sin hijos, se hiciera cargo de ella una vez que la requirió su padre, nada más dar reposo a su mujer en el campo santo. Ni los tres años había cumplido cuando la tía llegó a la finca y desde entonces no se había separado de ella, que como una madre la había criado, con el mismo mimo y el mismo cariño.

Ya estaba todo ultimado, hasta una orquesta de fama de esas que tocaban en los salones de Madrid. Las flores de la iglesia, las mejores vajillas y cuberterías para la cena que se celebraría en los jardines, ya engalanados para la ocasión y su precioso traje de novia, realizado en encaje de guipur con una cola de casi tres metros, que dos damas de honor se encargarían de que no se

enredara en ningún obstáculo. El velo sería el mismo que lució su madre, al igual que la diadema de brillantes, a juego con los pendientes. Varias habían sido las veces que Hilario, su prometido, había querido ver su vestido y varias las negativas que había tenido que darle.

Mira que era curioso, como si no se supiera que era de mala suerte que el novio viera el vestido antes de la boda.

Todavía no se hacía idea de porque la había elegido a ella entre tantas buenas mozas que le rondaban, y no solo labradoras, que ella tenía sabido que señoritas de alta alcurnia de Valladolid habían llamado a su puerta y no obtuvieron respuesta, ni del padre, ni del hijo. Ya de chica se prendó de él, nunca hubo muchacho más galano, ni más altanero, que ya de niño lucía buen porte y buenas maneras; pero no fue hasta hacía un año, cuando ella comenzó a notar sus miradas y alguna frase que otra que le hicieron sentir una pizca de esperanza.

La tía Violeta le aconsejó prudencia.

—Date a valer, niña, que no note lo colada que estás por él, que es buen mozo y tiene dónde elegir, tú, como si no le vieras.

Y ella pasaba por su lado con la cabeza alta, del brazo de su tía, sin mirarle siquiera, aunque por dentro le nacía un calor nuevo para ella, cuando notaba que aquellos ojos azules se posaban en su cuerpo.

Ella notaba como sonreía, con aquel rictus picaresco y esos requiebros que ni delante de su tía se cortaba en echarle.

Hasta que un día se presentó en Peñas Albas preguntando por su padre. Cuando Marita le puso al tanto de los acontecimientos, corriendo se presentó en la habitación de la tía Violeta. Esta, sin dudar un momento, le dijo que se pusiera sus mejores galas y esperase en su habitación. De seguido, bajó al salón a reunirse con su hermano, esperando que no la hicieran salir, para dar cuenta a la niña de cualquiera de las noticias que trajeran a la finca.

Pilar recorría su habitación de una esquina a la otra, con los nervios de punta. ¿Qué le traería al condenado a su finca? ¿Para qué habría requerido la presencia de su padre?

No debía de hacerse ilusiones, seguro que de tierras trataría la cosa, don Hilario y su padre poseían los mejores cultivos del pueblo y algún negocio tendrían entre manos. ¿Por qué motivo iba a llegarse a la finca para hablar de ella? ¿Por dos piropos y alguna que otra mirada?

Marita entró sin llamar en su habitación y colocó encima de la mesita camilla una bandeja que portaba una taza de tila caliente.

—Tómesela, señorita, que ese bandido va a acabar con sus nervios y con los míos.

—¡Ay, Marita! ¿Has escuchado algo?

—Algo, señorita, y que conste que lo he hecho por usted.

—¡Vamos dime de una vez!

—La conversación no he podido seguir, porque no hablaban todo lo alto que hubiera querido, pero que su nombre ha salido unas cuantas veces, como que Dios existe, que he escuchado *Señorita Pilar* en varios momentos. Su tía de usted anda dentro, que también la he escuchado hablar contándole al señorito Hilario lo hacendosa y recatada que es usted, que hasta de sus dotes para con el piano han hablado y de sus buenas artes para llevar una hacienda.

—¡Ay, Marita! ¿Seré yo el tema de conversación?

—Ni lo dude, señorita, que ese galán ha venido a pedir su mano, tan cierto es como que yo me llamo María Teresa. Y tómese la tisana antes de que se enfríe.

—Vuelve otra vez, Marita, a ver qué escuchas, que me reconcome el alma.

—¡Cálmese, por Dios, señorita, que le va a dar algo! Ya bajo no se apure.

Cuando Marita bajaba las escaleras, se abrió la puerta del salón y don Alfredo le conminó a avisar la señorita Pilar para que bajara al salón, a la vez que le pidió que preparara un té para todos.

Pilar, reteniendo la inquietud que le producía la interrogante situación y procurando retener su zozobra, se hizo esperar unos minutos siguiendo

los consejos de su fiel Marita.

—¿Me ha llamado, padre?

—Pasa, hija, acomódate, que he encargado el té a Marita.

—Buenas tardes, Hilario. ¿Cómo usted por aquí?

—Por usted vengo, Pilar.

—¿Y en qué puedo servirle?

—En mucho, si usted quisiera.

—Mejor dejemos los requiebros para otro momento, Hilario, que lo que le trae es cosa de enjundia. Siéntate, Pilar, que tengo algo que decirte: aquí el mozo se ha llegado a la finca a pedirme permiso para comenzar relaciones contigo, pero ya sabes que nunca te he obligado a hacer algo que no quisieras, así que piensa en lo que tengas que decir al respecto y mejor será que se lo digas a él. Después de hablar con este mozo largo y pausado nada por mi parte tengo que objetar. Os dejo un momento para que comentéis lo que tengáis que comentar.

Don Alfredo y su hermana salieron dejando sola a la pareja, no sin advertir a Marita que sirviera el té y no los dejara solos.

—Cada día está usted más bonita, Pilar.

—Muy zalamero ha empezado la tarde.

—Como le ha comentado su padre, me gustaría verla más a menudo, siempre y cuando a usted le parezca bien.

—Si es solo vernos, mal no ha de parecerme.

—Me da usted una gran alegría, que boquiabierto quedo cada vez que la veo salir de la misa, que aposta espero para observar esos ojos que iluminan la plaza cada vez que usted sale.

—Ni que se supiera de memoria las lisonjas, que a eso no hay quien le gane.

—Lisonjas que solo salen de mi boca para usted, Pilar.

—Muy halagador, Hilario.

—¿Qué le parecería que pasara mañana a buscarla para pasear junto al río? Con carabina, por supuesto, que no es mi intención incomodarla, que mi propósito es bueno y con miras de futuro.

—No eche cuentas tan pronto, Hilario, que nos tendríamos que conocer primero.

—Y eso haremos con su permiso.

—Ya lo tiene.

—Hasta mañana entonces, quede con Dios, Pilar.

—Con él quedo, Hilario.

Desde aquel día, no hubo ni uno solo en que dejaran de verse, y su amor por él ya era algo inevitable. Desde que empezaron a congeniar, ni la providencia podría separarle de ese hombre que le tenía comida la sesera desde que era niña.

Nada tenía que reprocharle desde que pidió su mano, que tan solo algún beso furtivo le había arrancado y como un caballero se portó siempre y si Dios lo tuviera a bien en tres meses serían marido y mujer.

## CAPÍTULO VIII.

*“Precio al trabajo justo, son honra, provecho y gusto”.*

Ya la recogida de la noche era cuando el Marcial dejó las ovejas en el redil y se encaminó a la casona del patrón.

—No te quedes en la puerta, Marcial, pasa a la cocina que preparado te tengo un vaso de vino de la cosecha de aquel año en que ganamos el premio a la mejor de toda la comarca.

—Agradecido.

—¿Te habrá dicho el Fidel que quería verte?

—Así es, patrón. Y mucho me temo que para nada bueno.

—No has de tomártelo a mal, que de seguro ya te barruntas lo que he de decirte. He vendido las ovejas a un terrateniente de Valladolid que tiene tierras en Zamora, y la hacienda con las tierras y avíos a don Hilario el de la botica, que la quiere para su hijo, que como bien sabes casará en unos meses, y el casao, casa quiere. Yo ya no puedo con esto, Marcial, que mucho ha sido el trabajo que le echado al cuerpo toda mi vida y hora va siendo de la retirada.

—¿Y qué va a ser de mi familia, patrón?

—¿No te habrás pensado que te voy a dejar en la calle, Marcial? Que va para veinte años que me sirves con rigor y eso merece recompensa. Don Fernando Muriel va a ser tu nuevo patrón, que las ovejas le vendí a condición de que te llevara con él, para que a tu familia no le falte nunca el condumio.

No distan muchos kilómetros y aunque a diario no podrás venir, ya está hablado que los Domingos son sagrados y cogiendo la camioneta podrás acercarte a echar un ojo a tu familia. No más de dos horas te llevará el camino. Y para el alojamiento te han preparado un chamizo pegado al redil de las ovejas, con una buena chimenea, y los cuatro muebles que te van hacer



falta. El salario aumentado va a quedar en un cinco por ciento y en este sobre llevas unos billetes que te has sabido ganar por estar tantos años a mi lado.

—Agradecido le quedo, patrón. Y si no es molestia la pregunta ¿qué pasará con el cacho de huerta que cuida la Edelmira?

—No será problema. El señorito Hilario ha tenido a bien seguir como hasta ahora. Pegas no ha puesto. Además, me ha sugerido que la niña bien podría servir en la casa después del casorio, que la señorita Pilar le ha echado el ojo, y bien os vendrían unos cuartos más.

—Lo hablaré con la Edelmira, patrón.

—A tu buen entender lo dejo, Marcial, tampoco os sintáis obligados, sino os viene bien colocar a la niña y otra cosa habéis pensado, se lo decís al señorito Hilario, que compromiso no hay, bien claro lo he dejado. Que en tocante a los hijos, las cosas siempre se ven de otro modo. Y si la chica tiene madera para las letras y queréis enviarla a la capital a estudiar, yo me haré cargo.

—Dios se lo pague, patrón. Bien sabe Dios que siento todo esto por usted, que un buen amo ha sido y gracias a lo bien que se ha portado nunca nos ha faltado de nada.

—Lo que tú has merecido, Marcial. Ve preparando los avíos que en una semana a lo más tardar marcharás. Quiero que vayas junto a las ovejas en el traslado y allá quedes con ellas, que acostumbradas están a ti.

—Ya marchó, amo, y agradecido quedo por todo.

—Dios te guarde.

—Con él quedo.

Ni ojo pegó la Edelmira en toda la noche, la llorera le daba solo de pensar que la separaban de su hombre, que a bueno y a cabal no le ganaba nadie. Ni una noche habría de dormir con él en cuanto marchara, ni saber en qué condiciones estaría en el cuchitril que le habían preparado para descansar, ni

los comistrajos que el mismo se prepararía, y la ropa, ¿quién se la iba a remedar y quedar limpia? Que como un jaspé gustaba ella de llevarle siempre, que nadie podría decir jamás que su Marcial no reluciera en la misa de los domingos.

Y que Dios la perdonara, pero si triste estaba porque marchaba el Marcial, más rabia sentía en sus adentros por tener que agradecer de ahora en adelante al señorito Hilario el cacho de tierra que le prestaba para usar como huerta, que bien que lo necesitaba para la pitanza diaria, y solo de pensar en agachar las orejas delante del padre y del hijo mala entraña la entraba.

Ya se lo comentó a la Matilde, en cuanto llegó el Marcial con las nuevas noticias, y cómo la vería que hasta una tisana tuvo que prepararla.

—No te hagas mala sangre, mujer —le dijo—. Hay que apechar con lo que le viene a cada uno.

Tú por lo menos a dos horas le tienes, mientras que yo al mío bajo tierra le dejé. Y en cuanto a don Hilario, bastante atareado está con el casorio de su hijo, como para recordarte lo que pasó, que aquello está muerto y enterrado, que solo lo sabemos tú y yo y el cura, y así ha de quedar. Punto en boca, que ni el señorito Hilario sospecha nada. Y nada has de temer que ya se ha encargado el patrón de dejarle las cosas bien claras en lo tocante a la huerta. Y no seas tan altiva, si se acercara por estos andurriales, le das los saludos y tan pancha, de vez en cuando le llevas dos lechugas para que vea que eres agradecida.

En cuanto a la niña, le dices que muy chica es para ponerse a servir, que tiempo tendrá, que no es de tu parecer que la zagala trabaje tan pronto, ya te tocó a ti hacerlo y para tu hija quieres algo mejor.

Y nada ha de decir, y si lo dice, que Dios le guarde, lo peor que podría hacer es quitarte la huerta y malo no sería que cualquier otra hacienda del lugar no te dejara un cacho de terreno. Le dices que se la meta donde le quepa y tú a lo tuyo y él a lo suyo.

—Qué sabia eres cuando quieres, Matilde.

—Ni sabia ni nada, un poco de cabeza y nada más, que las cosas en caliente se ven peor. Deja que pase la noche y lo verás de otra manera.

—Gracias por todo, vecina, queda con Dios.

—Con él quedo, Edelmira.

Volando pasó la semana, pidiendo a la virgen de la Roca, patrona del pueblo, que a su Marcial no le faltara de nada en el nuevo avío que le esperaba. Toda la ropa limpia y planchada reposaba en la maleta, unos cachos de jabón del que ella elaboraba, junto con el peine y la navaja de afeitar metió en una bolsa de tela que apechugó a un lado de la vieja maleta heredada de su madre. Su buen tocino, chorizo, unas morcillas dulces y el trozo de jamón que quedaba del que le regaló el señorito Hilario a la Rosita, envolvió en papel de estraza que le daba la mujer del tío Felipe, del que le sobraba de la tienda, dos botellas de buen orujo que ella misma elaboraba y dos botellas de aceite de su hermano, el Tomás, el de Fuente Clara.

—¿Dónde vas con tanto, mujer? Ni que me fuera a la guerra, que en una semana he de volver. No pienses que os vais a librar de mí, que en la sesera os llevo a las dos y no habrá domingo si la salud me lo permite que falte a la cita de volver a veros, y a traeros el jornal.

A la puerta le esperaba el camión con las ovejas; habían atado al canelo con una cuerda al remolque. Falta le haría al Marcial en las nuevas tierras hasta que las ovejas se acostumbraran al lugar.

—Padre, ¿no pensará llevar al Canelo andando todo el camino?

—No lo haré, habrá sido idea del conductor. No te apures que en mis brazos le cargaré, me lo llevo porque enseñado está y no sabría estar sin él.

—Ay, padre, nadie se hace idea de lo que le voy a echar de menos. Solas vamos a quedar sin su amparo. ¿Qué voy a hacer yo sin usted?

—Calla ya, chiquilla, que me vas a hacer llorar. En nada estoy aquí otra vez.

Se abrazó a la Edelmira, como si con aquel abrazo quisieran decirse lo que sentían el uno por el otro y la pena que percibían al separarse. Al igual que si de un arrebató se tratase, se soltó de repente de aquel achuchón y secándose las lágrimas con una esquina del delantal dijo:

—Marcha cuanto antes, Marcial, que se nos está haciendo un nudo en la garganta y tampoco es para tanto, que en breve estarás de vuelta.

—Tú lo has dicho, mujer, que más parece que me fuera al frente, y eso ya lo hice y Dios quiso devolverme al pueblo vivo. ¡Que Dios os guarde! Nada más llegar os dará cuenta el patrón que a bien tendrá usar el teléfono para saber que he llegado de una pieza y os mandará recado.

—¡Cuídate mucho, Marcial, y lleva el pecho bien abrigado que ya sabes que siempre te resientes, te he echado a la maleta el mejunje que te mandó don Mariano y que tanto bien te hace cuando te dan las toses, ya sabes que has de tomar una cuchara bien colmada a la noche, junto con vaso de leche bien caliente.

Al poco, el camión desapareció del camino del Roncal hasta coger la calle Real, dónde llegando a la plaza, le llevaría hasta la iglesia de la virgen de la Roca a las afueras del pueblo para tomar el camino hacia Zamora.

Ya eran más de las diez cuando el Fidel les llegó con la noticia de que el Marcial había llegado con fortuna a su destino. Esperando estaban al calor de la chimenea, deseando recibir la noticia para poder acostar tranquilas.

Esa noche la Rosita se acostó al lado de su madre y juntas encauzaron el sueño a esperar lo que les deparase el nuevo día. La primera jornada que iban a estar separadas del Marcial.

## CAPÍTULO IX.

*“Con beatas y beatos, mucha vista y poco trato”.*

Nada más tomar el desayuno se llegaron a la ermita de la Virgen de la Roca para pedir por el Marcial. Vacía se encontraron la iglesia, era lunes y no era de extrañar que cada uno estuviera a lo suyo. No había anunciadas ni novenas ni rosarios, aunque de haberlas serían por la tarde, que era la hora que gustaban las beatas de reunirse a rezar, para después sentarse en los poyos de piedra de la salida a cotorrear a todo ser viviente del pueblo. Nunca había entendido la Edelmira como don Anselmo consentía tales chismorreos a la puerta de la ermita. Bien estaba que se juntaran las vecinas al pie de los portalones a hacer labor en las tardes del estío y que disfrutaran mirando a diestro y siniestro a los paseantes, pero de ahí a sacar las afiladas lenguas a cualquiera que pasara iba un abismo, y de sobra sabía el cura quiénes eran las cuatro comadres que revolucionaban el pueblo. Nadie mejor que él lo conocía, que en confesión escuchaba a todos los habitantes del lugar. Por un buen sacerdote tenían la Edelmira y la Matilde a don Anselmo. Siempre había dejado ver la buena persona que escondía para sus adentros, pues no era amigo de alabanzas ni halagos, y bien sabían a quién ayudaba con las limosnas que sacaba a los ricos. Nadie que acudiera a su puerta se había ido jamás de vacío, y más de una vez sin sustento quedó para dar a los pobres. Bastante sabía de eso Lorenza, la cagataderas, que solterona quedó y desde su cuarentena, al ver que mozo alguno la pretendía, don Gerardo, el alcalde, le dio el puesto de criada de la casa del cura. Y demasiados eran ya los años que le servía gustosa, sabiendo de qué pie cojeaba cada aldeano del lugar. No podía remediar el cura darle charla a la comida y soltar por su boca cosas que no debiera, de esas que desahogaban el alma, y que era menester que la Lorenza tuviera amistad de la buena con la Matilde y la Edelmira. Sus buenas lechugas, tomates y pepinos le enviaba recién sacadas de la huerta, que hacían las delicias del cura.

No es que fuera atea, ni creyente a pie juntillas, pero devoción le tenía a la virgen de la Roca, que salvó a la Rosita de alguna que otra fiebre que le atacó

al pecho y pensaba que la perdía, y no sé si serían las oraciones que con tanta fe le rindió, o las medicinas que le trajo don Mariano, que hicieron su efecto cuando debían, el caso es que seguía echando limosna en el cepillo de la ermita y rezando al pie de la virgen, no fuera que el demonio la enredara y le trajera el mal que no deseaba.

El rosario estaban acabando la Rosita y Edelmira, cuando se acercó don Anselmo por si fuera precisa su ayuda mientras el Marcial anduviera por la capital.

Una vez terminado el rezo, las pasó a la sacristía y les ofreció un vasito de vino dulce que no dejó ni probar a la Rosita, aunque notara su cara de mal genio.

—Nada ha de faltarnos mientras yo sea vuestro párroco, Edelmira, que sois gente de buena fe y buen talante, trabajadora, honrada y servidores de la iglesia y aquí estoy yo para lo que haga falta. —Pues si de molestia no le sirve, mañana me llegaré por aquí a estas horas. Cosas he de platicarle que me crujen las entrañas y solo es conocedora la Matilde, que ya sabe usted, padre, que como hermanas nos tratamos.

—Aquí estaré, Edelmira, que en lo que a mí me toque, ya sabes que de aliado me tienes.

—Se agradece. Nos vamos ya, don Anselmo, que ni la comida he puesto, que no solo vamos a echar de menos la presencia del Marcial, sino la caza que nos dejaba encima de la mesa a la amanecida, antes de irse con las ovejas del patrón a lo alto de la loma.

—Si comida os falta, ya le pondré yo remedio.

—No ha de preocuparse por eso, padre. Buena despensa tengo que he ido guardando; con eso, la huerta y algo de manteca que posada dejo en salazón con chorizo de la matanza, da de sobra para la Rosita, para mí, y para la Matilde, Dios me la guarde muchos años.

—No voy a repetirte que aquí estoy yo para lo que te haga falta, Edelmira, y aquí te espero mañana a primera hora, que luego tengo que pasarme a la iglesia de la plaza para la misa de nueve.

—Hasta mañana. ¡Id con Dios!

—Que él le guarde, padre.

## CAPÍTULO X.

*“Al buen hacer jamás le falta premio”.*

Se llegaron a la casa por el atajo de las casas bajas que llevaban directos a la suya, atravesando algún camino dentro de la finca del mayor terrateniente del lugar: La casona de Baldeaguas, nombre que le dieron no solamente por las aguas de manantial que se hallaron en sus terrenos, sino por el título con el que condecoró el generalísimo a su propietario don Manuel Figueroa Baltierra, barón del mismo nombre, Baldeaguas, y grande de España, condecorado con la medalla al valor, concedido por el arrojo que demostró al salvar el solo a todos sus hombres de la división acorazada de Brunete. Varias fueron las veces que don Anselmo le nombraba y ponía como ejemplo en el sermón de la iglesia en la misa de los domingos y muchas las que seguía relatando sobre tan noble señor. Por buena persona se le tenía en el pueblo. Grandes eran sus limosnas a la iglesia. Y no solo a la iglesia, sino que de grandes apuros sacó a gentes que no llegaban ni llegan a fin de mes por las miserias que les pagaban los patronos. Hombre alto y bien plantado, no más de treinta o treinta y cinco años tendría, que bien joven marchó a la guerra, siendo el único de las familias adineradas de la provincia por el que no pagaron sus padres para librarle de las bombas. Y no porque no quisieran, sino porque se negó rotundamente que desembolsaran dinero alguno por separarle de lo que él consideraba una obligación como hombre y como persona.

Nada más llegar del frente, una vez acabada la guerra, perdió a sus padres que dejaron este mundo a causa de la tisis, que hizo mella en ellos de una manera brutal. Dicen que se la contagiaron el uno al otro, pues tan enamorados estaban que no pudieron estar separados ni a la hora de la muerte. El señorito Manuel se hizo cargo de la finca agrandando sus posesiones con su buen hacer, y no por eso dejó sin pan al de abajo, que mucho trabajo dio al pueblo y a muchos mozos que al llegar de la guerra vinieron con una mano delante y otra atrás. Ya se había cuidado él de que a sus familias no les faltase de nada mientras estaba en el frente, y sus buenas



matanzas repartió entre todas las familias del pueblo.

Poco se dejaba ver, aunque alguna vez dejó caer su semblante en la misa del domingo, para después tomar un chato en la taberna del Benito. Demasiadas eran las mozas casaderas que volvían la cabeza a su paso, y a las que sus madres daban un pescozón por descaradas. Buen galán, amable, educado y de pocas palabras. Adiestrado fue en los Alesianos de Madrid, para después forjar carrera de ingeniero de montes en Salamanca, donde nada más terminar los estudios fue llamado a la guerra, sin casi poder ejercer la profesión a la que estaba destinado y a la que al recuperar la finca pudo dedicar todo lo que había aprendido en la universidad. Contaban las malas lenguas que sus más y sus menos tuvo con el señorito Hilario por una moza casadera del término de Medina de Rioseco, que con su mirada embaucó a los dos mozos, no siendo de ninguno a final de cuentas, ya que su padre la casó con un señor de Madrid al que debía dineros y así quedó el favor pagado. Cosas de señoritos y adinerados que eran capaces de vender a una hija para unir capitales o pagar ayudas recaudadas.

Varias eran las damiselas nobles que quedaban sin casar por el entorno y alrededores y que buena prenda harían llevando al altar al señorito Manuel, pero ni las comadres comentaban su favor hacia unas y otras, ni tan siquiera jóvenes de alcurnia había traído de Valladolid, ni de Madrid, adonde viajaba por asuntos de negocios. En solterón terminaría por convertirse, pues fama de mujeriego no tenía. No como el señorito Hilario, que pretendía a cuanta falda se le arrimaba y a las que no, también.

Desde campo a través se veía la entrada a la casona, la mejor de la provincia. Con piedras traídas de Galicia levantaron la mansión. Ya en tiempos de los abuelos se mandó construir. Más de mil metros tenía, decían las comadres y de extrañar no era, que solo una vez pisó la entrada con el Marcial, cuando les mandó llamar el señorito Manuel, que a bien tuvo regalarles las gallinas de su corral. Mas jaleos no quería, que según sus propias palabras, la tranquilidad tenía ganada, después de lo que había pasado en la guerra. Ni gallos que le despertaran, ni aves que le evadieran del sosiego del silencio que daba la tierra. Y tuvo a bien regalarles todos los volátiles que guardados tenía en un corral, que para ella hubiera querido. Más parecía una casa que un guarnizo de animales.

La puerta les abrió la Ignacia, mujer de confianza de la finca, que se ocupaba de cuidar al señorito desde que nació. Buena persona donde las hubiera, les pasó al patio trasero y por mandato de don Manuel les sirvió unos buenos chatos de vino dulce que sabían mejor que los de la misa que bendecía don Anselmo en la ofrenda de los domingos. Unos platos con matanza a base de chorizo y morcilla, que junto a media hogaza de pan les encalomó junto al vino. Mirándose el Marcial y ella estuvieron un buen rato, preguntándose a que se debía tanta cortesía y tanto miramiento al que no estaban acostumbrados.

No era de uso del pueblo que los señoritos ofrecieran viandas de picar a los pobres en su propia casa, hasta que la Ignacia les comentó que quizá no fuera de uso en otras casonas, pero que su señorito siempre ofrecía un tentempié a cuanto Cristo viviente pisara su casa. Distinción alguna hacía entre ricos y pobres a la hora de ofrecer la educación que de buena mano había recibido en Salamanca. Y sin esperarse presencia alguna, salió de su despacho para darles saludo. La mano al Marcial y dos besos que le plantó a ella en cada mejilla, que hasta le subieron los colores, no por lo buen mozo que era... Que lo era, bien lo sabía Dios, sino por el trato al que nunca estaba acostumbrada de parte de los señoritos. Sentado quedó un rato degustando la matanza con ellos y tanto vino les sirvió, que llegó a notar cómo le flaqueaban las piernas y mano tuvo que echar del brazo del Marcial, no fuese a dar la nota y caer redonda en medio del patio. Unas veinte gallinas y tres gallos, junto a dos faisanes, seis codornices, una pareja de guanajos y seis patos de nombre raro que todavía no le habían quedado en la sesera pero que venían de un país de esos que no entraban en su conocimiento y que jamás había escuchado nombrar, pasaron a formar parte del chamizo que construyeron dos hombres que tuvo a bien mandar el señorito, y que junto con el Marcial y los dineros que también les obsequió para aquel menester hicieron que desde ese momento no les faltara carne de ave, ni huevos para la manduca, ni para la venta. Hasta una alberca de un material que no conocía mandó poner en el corral para que los patos no pasaran desidia, ni murieran.

A la semana tuvo a bien acercarse a llevarle una cesta con lechugas, tomates y pepinos, más una botella de aceite , con una nota de agradecimiento que escribió la Rosita, haciéndole saber que le agradecían de

corazón la ayuda recibida con lo que podían, y con lo que más cuidaban que eran los productos que les daba la tierra.

La Rosita no se cansaba de coger margaritas y azucenas silvestres que daban por doquier las tierras del señorito Manuel, que bien sabía Dios que hacía más de cuatro años que no veían, y le parecía haber quedado como una desagradecida al no haber enviado alguna cesta más con productos de la huerta; que, aunque falta no le hicieran, pues muchos eran los cuartos que manejaba, siempre era de bien nacido ser bien agradecido. Así que pensando en esa comanda que no dejaría pasar ni tan siquiera un día, se fueron alejando hasta encontrar el camino Real que las llevaría directamente a casa.

## CAPÍTULO XI.

*“Con amor y aguardiente, nada se siente”.*

Ya de llegada, se puso a cocer unas acelgas y partió unos trozos de tocino para convertirlos en torreznos fritos en buen aceite. Aún quedaba parte de la hogaza que llevaron el día anterior a hornear a la tahona. Se sirvió un chato del vino del que bebía el Marcial mientras sus manos se entretenían en los menesteres de la comida y sacó unas olivas de las que reposaban en la cuba aliñadas por ella desde hacía más de un mes y que se dejaban comer, dejando un regustillo algo picante en las tragaderas. La Rosita se arrimó como se arrima el lechón a la marrana, atajando las aceitunas y la hogaza a un paso de gacela. Qué muchacha más tripera, jamás habían visto sus ojos cosa igual.

—Anda, tragaldabas, llégate en cá la Matilde y le dices que venga a tomar el condumio con nosotras, que sería una bobada que echáramos la comida al buche separadas.

—Ya voy madre, y le llevaré parte del ramo que he cogido en las tierras del señorito Manuel.

—Lleva lo que quieras, hija.

Un buen plato de acelgas con patatas rehogadas con ajo y pimentón se metieron para el buche, para acabar con los torreznos doraditos, metidos en la buena miga de la hogaza. Ya se había encargado la Matilde de preparar unas natillas aderezadas con canela que eran la delicia de la Rosita. Sus dos buenos tazones metió por el gznate y repetir pidió, y ya le servía el tercero la Matilde a no ser por el manotazo que le tuvo que dar en la mano, que como una vaca de esas de la sierra se pondría si seguía tragando de esa manera. Que si no fuera por la figura que ella gastó de jovenzuela, desapercibida le habría pasado al Marcial y sin marido estaría, solterona como la Lorenza la cagataderas se habría quedado y hasta hubiera tenido que marchar del pueblo. De segura estaba que las comadres lo habrían deseado, con sus malas lenguas al saberla preñada y sin marido.

Las ocho daban cuando la Edelmira espabiló a la Rosita. Había prometido ir al convento de las Dominicas a recoger la capilla de hornacina de la virgen de la Roca, que se irían pasando los vecinos de semana en semana. Aunque sus dudas tenía sobre el más allá, mal no le haría tener a la virgen una semana en la casa, para después pasársela a la Matilde. Por sorteo lo hacían las monjas y su nombre había salido el primero.

Ya del tiempo de la bisabuela levantado estaba el convento de las dominicas, que no sabía de qué siglo era. Austeras como ellas solas, aunque con el tiempo hasta las monjas se modernizaban, que decían las comadres que hasta una radio se escucha desde los muros que acotaban la huerta. De los dulces que elaboraban, de la labranza, del licor de hierbas y de las primorosas manos con las que algunas de ellas realizaban los ajuares de las señoritas vivían, además de las limosnas de los ricos, aunque ni compararse podían con las Carmelitas de Toro, que había que ver cómo estaban bordadas las sábanas de la señorita Pilar, la prometida del señorito Hilario, que por algo se desplazó hasta Zamora teniendo a las dominicas tan cerca.

—Madre, ¡calle ya! ¡Qué mucho le desesperan los cotilleos de las comadres, pero usted no se queda corta!

—De algo hay que hablar, Rosita, y mentira no digo. Anda termina ya. Que más de veinte minutos de camino nos va a llevar el paseo. Además como hemos de atravesar el trazo de las tierras del señorito Manuel, había pensado llevarle algo de la huerta a la Ignacia, que con otra cosa no podemos obsequiarles.

—¿Aviso a la Matilde?

—Ponla en aviso en un momento a dónde vamos, por si quiere venir.

Llenaron la cesta de pepinos, lechugas, tomates y calabacines y enfilaron hasta coger la calle

Real, que les llevaría hasta la plaza, para después cruzar el pueblo y tomar el camino de la finca de Baldeaguas, teniendo que pasar por la verja que delimitaba las lindes, que siempre permanecía abierta y atravesar entre las encinas, olivos y vides que sus buenos vinos daban a la bodega del señorito Manuel, vinos que llevaban su marca: Baldeaguas, y que famosos eran ya en

toda España.

Apretaba el calor, se notaba próximo el verano y por aquellas tierras caía el sol de plano, de no haber sido por la Matilde que cogió tres sombreros de paja ya tendrían la sesera achicharrada.

Unos cinco minutos pararon en la fuente del manantial que el señorito había mandado construir con azulejos traídos de Portugal. Cuatro caños dejaban caer sus chorros al pilón decorado con motivos ornamentales en colores azulados, que dejaba siempre abiertos para regocijo de todo el que pasaba por su finca y donde todos los vecinos se llegaban a llenar los botijos por alegar que contenía aguas curativas, aunque la Ignacia se reía al escuchar tales afirmaciones, que paparruchadas llamaba. Bien decía que de aquellas aguas había bebido toda su vida y nunca le quitaron los dolores de espalda que ya de chica sufría. Quitaran o no los dolores, a ellas les quitó el calor de la mañana.

Llamaron al portón y les contestó una voz fuerte y vigorosa, que más parecía de un gañán de los campos, que de una monja.

—¿Quién vaaa?

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

—Vengo a por la capilla, hermana.

—¿Eres la Edelmira?

—Esa misma.

—¿Te has llegado sola?

—Con la Matilde y la Rosita vengo.

El sonido de aquel portón al abrirse simulaba el rugido de un león de esos de la selva. Mucha fuerza debía de tener aquella mujer para empujar tamaña puerta.

—Esperad aquí.

Un solo banco de madera vieja era toda la decoración de la entrada, oscura y desangelada, que ni una sola ventana tenía para que entrara una miaja de luz.

No tardó ni tres minutos en salir con la pequeña capilla de madera donde descansaba la Virgen de la Roca.

—Habréis de esperar un rato más, que la superiora quiere verte, Edelmira. Pasad a la sala de visitas, que ahora os saco unos dulces y unos vasitos de licor de hierbas.

—Agradecidas, hermana.

—¿Qué querrá la superiora de nosotras, madre?

—¿Y cómo he de saberlo, Rosita? De saludarnos tendrá intención, que va para diez años que no se deja ver. Con cinco añitos te traje para que besaras el manto de la virgen y solo me viene a la memoria que sor Luciana te cogió en sus brazos y muchos fueron los besos que te dio, aduciendo que eras la niña más bonita que sus ojos hubieran visto nunca. Te dio la bendición y no se me olvidarán nunca las palabras que salieron de su boca:

—¡Anda con cuidado, Edelmira! Que muchacha más bonita jamás existirá en la provincia y muchos serán los sinsabores que podrían acarrearle tanta belleza, aunque la muchacha es buena, buena de corazón y de alma, pero no todos los que la prediquen la querrán por su alma, que mucha atención llamará su belleza. Ha heredado tu don y el de todas las mujeres de tu familia. Habrás de enseñarla a usarlo para bien.

—Después de aquello nunca volvieron a verla mis ojos. Me enteré que fue elegida superiora hace cinco años sor Cristina, después de morir la madre, y mis adentros me dicen que también lleva la bondad en el corazón. Las malas lenguas cuentan que era de una familia muy rica de Valladolid a la que sus padres enclaustraron en el convento porque un malnacido la dejó preñada y una familia de tan grandes aires no podía permitirse una lacra como aquella. No sé cómo se deshicieron de la criatura, o si se la sacaron del cuerpo antes de tiempo, o si todo son farfollas de las alcahuetas que gastan el tiempo en inventar historias, pero que me dice la mollera que es buena gente ¡Como que me llamo Edelmira que lo es!

Casi no había terminado la frase la Edelmira, cuando la hermana portera se presentó con una bandeja repleta de dulzainas y una botella de licor de hierbas con tres vasos.

—Ni sueñes en probar el orujo, Rosita.

—No digas tonterías, Edelmira —corrigió la monja—. Licor de Dioses es. ¿Cómo no va a probarlo siquiera la chiquilla? ¿O piensas que nosotras no lo catamos? A diario, después de la comida del mediodía. Bueno es para la digestión, para que funcione la vejiga, para el dolor del mes de las mujeres y para la leche de amamantar. Cura cólicos del riñón y despega las toses de los pulmones.

—Deja ya de predicar, hermana Nieves —dijo la superiora, haciendo acto de presencia en ese momento en la sala de visitas.

Cómo un resorte se levantaron las tres y de rodillas se pusieron ante ella.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? Soy una pobre monja, no un santo. ¡Levantad del suelo!

Se acomodó en una silla a su lado y se sirvió un vaso de aquel licor que a gloria bendita sabía.

—Mucho tiempo sin saber de vosotros, Edelmira.

—Así es, madre.

—He salido de mi rezo diario, porque al comunicarme la hermana Nieves que habías venido a por la capilla, he querido llegarme a ver a la Rosita, que mucho cariño la tenía la madre Luciana que en gloria esté, y muchas veces me contó de la belleza con la que Dios había tenido a bien otorgarle. Y me doy cuenta de que no me equivoqué al presentir su belleza, lo que no sé es si lo hice al predecir también su bondad.

—Ni una miaja, madre. Una bendita es, tan hermosa por fuera como por dentro. Una niña es aún, espero que la vida no la depare tristeza alguna.

—Eso espero yo también, Edelmira. Supe lo de tu marido, Matilde. Has de saber que las hermanas rezamos por él, y varias misas le pedimos a don Anselmo por el descanso de su alma.



—Agradecida, madre.

—Quiero que sepas que aquí siempre habrá un hogar para la zagala, si su camino se tuerce. Nunca sabemos dónde se esconde el maligno, al del infierno me refiero, que tonta no soy y también me llegan las comandas que demonios disfrazados también existen en el pueblo y están vivitos y coleando, y tu más que nadie sabes a quién me refiero.

—Lo sé, madre, lo sé, y malmetiendo anda como siempre.

—A mis oídos ha llegado su cara dura y que loquito anda por atrapar a su próxima víctima. Con mil ojos has de andarte, Edelmira. Lleva la niña a la ermita y que le rece a diario a la virgen de la Roca para que proteja su honra y su dignidad, que nadie tiene el derecho a arrebatársela.

—Madre, no me disgustaría quedarme con las monjas, si la superiora tuviese a bien admitirme, feliz me quedaría.

—¡Madre santísima lo que le da por decir a la muchacha esta! —dijo Edelmira.

—Déjame a mí —contestó la superiora—. ¿Tendrías a bien levantarte a las cinco de la mañana para el primer rezo? Desayunar a las seis y comenzar con la limpieza, seguiríamos con dos horas de silencio absoluto y meditación. Al ser novicia no podrías entrar en la cocina, tu trabajo sería dejar los suelos relucientes y fregar los platos de la comida de las hermanas, cultivar la huerta y lavar los hábitos una vez en semana, que al ser tantos, te darían trabajo diario, hasta que las manos se te pusieran rojas y a veces llenas de sabañones. Solo podrías ver a tu familia una vez por semana, media hora y de momento no saldrías del convento. Cuando tengas la seguridad de poder aguantar todo lo que te digo te llegas a hablar conmigo, siempre que Dios te lo haya pedido y hayas sentido su llamada.

—Perdóneme, madre, no sabía que era tan difícil y no creo que pudiera echarme de la cama a las cinco. Si no puedo ni a las nueve cuando me llama madre, cómo podría estar arriba sin salir el sol.

Una risa general se dejó escuchar en la sala de visitas que incluso contagió a la hermana Nieves.

—Solo quería decirte que cualquier cosa que precisas, estaré aquí para ayudarte en lo que me sea menester. En toda la comarca se conocen las maldiciones de tu familia y aunque paparruchadas las llamen, sé de cierto que llevas ese don en el alma, al igual que la Rosita, y no quisiera que pasara alguna desgracia. Por eso te repito que estas puertas estarán abiertas para cualquiera de vosotras si se avecinaran malos tiempos.

—¡Ay, madre, me está asustando! ¿Por qué habrían de avecinarse?

—Sé lo que me digo, Edelmira, que aunque me encuentre metida entre estas cuatro paredes, más sabe el diablo por viejo que por diablo y no me gustaría que motivos tuvieras para usar el don con el que estás agraciada. Sé de sobra que eres un alma buena, pero a veces se nos clava un puñal en el alma si mal hacen a los nuestros y somos capaces de cualquier cosa.

—Dios la bendiga, madre.

—Con él quedaréis. Y antes de que os vayáis, la hermana Nieves os pondrá en un capacho algunas dulzainas y un par de botellas de licor de hierbas, que ya te ha hecho ella la propaganda de todas las enfermedades que cura esa bendita bebida que con tan buena mano preparan las hermanas. Y tú, Matilde, cuídate que mucha vida te queda todavía por delante.

—Gracias, madre, ha sido un placer volver a verla.

—Lo mismo digo, y lo dicho, Edelmira, no tengo que repetirte que este portón estará abierto para la Rosita siempre que lo precise y no necesariamente para que ingrese en la orden, sino para lo que demande.

Cargando con la capilla, con la cesta de hortalizas y con las viandas de las monjas, volvieron a atajar por las tierras de Baldeaguas, llegándose hasta la puerta de la casona para llevar las verduras a la Ignacia y que tuviera a bien preparárselas al señorito Manuel.

—Ya voy un poco piripi, Matilde, que acostumbrada no estoy a las hierbas esas de las monjas. Y la hermana Nieves dirá lo que quiera, pero demasiado me barrunto que mucho es el alcohol que gastan en el brebaje.

—No me saques la risa ahora, Edelmira, que pronta estará la Ignacia a abrirnos la puerta.

—¡Vaya, con buena visita me premia el día! ¡Entrad, que se os ve algo sofocadas!

—Será del orujo de hierbas de las dominicas, que un par de vasos hemos tomado y andamos algo amonadas.

—Anda, anda, Edelmira, no me hagas reír, aunque mal no me vendría, que hace más de un mes que no salgo de estas cuatro paredes.

—Te traigo estas hortalizas de la huerta para que las guises al señorito Manuel, que mucho ha hecho por nosotros y poco se lo hemos agradecido.

—¡Bobás y tontás! Como si al señorito se le pasara tan siquiera una miaja por la sesera que tú le debas algo. Ahora bajo del despacho de llevarle un tentempié, para que llene algo el buche mientras anda con las cuentas de la finca.

—Le creía en la capital.

—Ayer llegó, después de una semana negociando con unos y con otros, y para mí que se llega a la casona porque es su casa y a algún sitio tiene que volver a descansar el cuerpo, no por apego.

—¿Qué quieres decir con eso, Ignacia?

—¿Qué cariño le va a tener a la casona si nadie le espera? ¡No será porque no le doy la matraca con el tema! Es de sobra conocido, el seguimiento de las mozas que le rondan, y no solo del pueblo, que su fama de solterón hasta Madrid ha llegado y él como si nada. Sé que pasa sus buenos divertimientos con unas y otras, que aunque serio se le ve, tonto no es, pero bien le haría tener una familia, una buena mujer y unos hijos que le esperaran de sus viajes.

—Razón llevas, Ignacia, que ya dijo nuestro señor “que no es bueno que el hombre esté solo”.

—Mandé venir a don Anselmo, que buenos pregones le da con el tema, pero por uno le entra y por el otro le sale.

—Será que no le habrá llegado la hora, Ignacia —comentó la Matilde—. Segura estoy que en cuanto sus ojos y su corazón encuentren a la mujer indicada, esta casa se llenará de chavalillos.

—Dios te oiga, Matilde, deseando estoy de escuchar las risas de chiquillos trajinando por la finca. Anda echa un poco del orujo ese de las monjas en estos vasos, que si nos tenemos que amonar, pues eso, que para unos años que va a vivir una, por lo menos que los vivamos con buena ley.

—Ni pensar quiero como vamos a llegar a la casa, Ignacia.

—Si mal te ves, aquí hay sitio hasta que se te pase la mona.

—¡Jesús, qué papo! —dijo la Matilde—. ¡Solo faltaba que nos tuviéramos que quedar aquí achispadas y llegara a oídos de las comadres!

—De nada han de enterarse las chismosas, que de estas cuatro paredes no ha de salir ni media palabra de lo que hacemos o dejamos de hacer.

—¿Y qué es lo que hacéis? —Escucharon de repente decir a una voz masculina, que se dejaba ver bajando las escaleras.

—Ya ve, señorito Manuel. La Edelmira, que se ha llegado a traerme unas verduras de la huerta para que se las guise; dice que no ha tenido a bien traerle nunca nada, después de lo que usted hizo por ellos.

Las tres se levantaron de la silla de un salto, como si hubieran recibido un chispazo. La Matilde tuvo que agarrarse un poco a la mesa, notaba que las hierbas comenzaban a hacer su efecto y no estaba dispuesta a que el señorito Manuel pensara de ella lo que no era.

—Mucho tiempo sin verte, Edelmira; ni a ti, Matilde. Dichosos los ojos. Ya sabéis que bien sois recibidas en mi casa, que es la vuestra.

—Agradecidas, señorito Manuel.

—¿Y esta señorita no será Rosita?

—Ella misma, señorito —contestó la Edelmira.

Terminó de bajar las escaleras y con un beso en cada mejilla obsequió a la

Edelmira y a la Matilde, y al llegarse hacia la Rosita, sus ojos la recorrieron de arriba abajo, pero no con gesto de lascivia, sino como se mira una obra de arte a la que no puedes dejar de observar. La Rosita bajó los ojos y su cara se encendió como la grana.

—Así que esta es Rosita. Hay que ver lo que has cambiado, si eras una niña cuando me llegué a tu casa a contemplar que tal iban las obras del gallinero. Andabas por ahí con muñecas y mira... te has convertido en toda una mujer y preciosa además, al igual que tu madre, que todo hay que decirlo.

—Nos va a sacar los colores, señorito.

—Pues no hay porqué, la verdad no hay que negarla. Todo el pueblo sabe que las mujeres de tu familia han sido siempre las mejores mozas de la región, y que vais heredando de unas a otras esos ojos verdes, que si he de decirte, se van mejorando. A la Rosita le ha tocado lo mejor de cada una de vosotras, hace mucho tiempo que mis ojos no contemplaban moza más guapa; es más, no creo que haya otra igual en la provincia.

—Se agradece, señorito, pero muy niña es todavía para recibir halagos.

—No te enfurruñes, mujer, que lo digo de buena fe. Que Dios me castigue si pretendiera otra cosa, que tú lo has dicho, mocita es todavía. Pero los moscones siempre acuden a la miel Edelmira y has de llevar cuidado, pues un diamante guardas en tu casa y más de uno te lo querrá robar.

—Ya aparecen de vez en cuando por la puerta, señorito. Pero no le quito el ojo de encima.

—¡Madreee! Parece que no supiera cuidarme sola, va a pensar el señorito que soy tonta.

Una carcajada salió de la boca de Manuel, a la vez que les hacía una seña para que volvieran a tomar asiento y siguieran degustando los orujos. Él se acercó otra silla y se sirvió otro, como si no quisiera dar por finalizada la velada.

—Ignacia, saca algo de la matanza, que no se diga en el pueblo que la hacienda de Baldeguas no trata bien a sus invitados.

—¡Por Dios, señorito, no se ande molestando por nosotras! Que ya deberíamos haber cogido camino para la casa.

—Sé que Marcial no te aguarda, Edelmira, ya me enteré que está trabajando en la capital. Así que no hay más que hablar.

Ignacia apareció portando una bandeja repleta de embutidos de la zona, un plato de olivas, una buena ensalada y una hogaza recién sacada del horno. De la alacena sacó una botella de vino de la marca de la casa y varios platos y vasos.

—Los colores me van a salir, señorito, que no era menester tomarse tanta molestia por nosotras.

—A casa llegaréis comidas, así podréis iros directas a la siesta después de tanta caminata. Y os vais a llevar una bolsa de matanza y un buen jamón para cada una, de esos que guardo para los regalos que les hago a los hacendados para Navidad.

—¡Dios se lo pague señorito! ¡Que bien sabe la Virgen de la Roca, que aquí la llevamos en su hornacina, que no hay otro como usted en la región! Como bien dice la Ignacia, bendita será la señorita que logre conquistarle. Es usted igualito a su padre de buena persona.

—Ya está Ignacia otra vez con sus casorios, no me deja en paz. Todavía no me ha pasado por delante la moza que me lleve al altar, Edelmira. Ya llegará, todo tiene su momento, no estará de Dios que sea hora de requiebros ni casorios.

—Pues debería fijarse en otros —comentó la Ignacia.

—Si lo dices por Hilario, allá él con sus tejemanajes, que no hay que ser muy tonto para saber que va a casar con Pilar solo por su dinero. Mucho me temo que muy feliz no va a ser esa muchacha, que aunque muy agraciada no sea, es buena persona, cabal y de bien. Con su pan se lo coman. No es asunto mío. Cada uno a la suyo.

—Bien dice, señorito Manuel —contestó la Edelmira con voz afirmante—. Que case de una vez y que deje en paz a las mozas casaderas del pueblo, que vergüenza debería de darle, estar a puertas del altar y andar fijándose en unas

y otras, de tal palo, tal astilla.

—Razón llevas, Edelmira, el hijo es calcado al padre. ¿No te habrá dado razones de queja con Rosita?

—Se va acercando agazapado el muy artero, que a veces sin venir a cuento se deja ver por la casa a comprar huevos, como si yo no supiera que es muy gallo el pollo para esas labores, que para eso tiene la casa llena de sirvientas. Sin embargo, a mí no me engaña, que sabe más el diablo por viejo que por diablo y a la Rosita ya la llevo yo agarrada de la mano procurando que no se me escape.

—Si algún problema vieras en ese pisaverde, no dudes en venir a contármelo, ya tomaría cartas yo en el asunto, que cuando el pollo cacarea y hace demasiado ruido se le corta la cabeza y se le guisa con condimentos para la cena. No me faltaría ni el valor ni la destreza para defender a tu hija.

—Agradecida, señorito.

—Y ahora si me disculpáis sigo con mis quehaceres, no llevéis prisa ninguna, y que Ignacia os ponga la comida que ya vais tarde, y mejor que lo hagáis con la tripa llena. Y tú, Rosita, cuídate de galanterías zafias que no llevan a ningún sitio, solo mal pueden hacerte las lisonjas de Hilario, que solo busca diversión con las mozas bellas como tú, porque galanura no te falta muchacha; tanta llevas que no pasa desapercibida, y muy tonto hay que ser para no ver que eres la zagala más guapa de toda la comarca. Quedad con Dios.

—Con él quede usted también, señorito Manuel.

Rosita al escuchar las galanterías del patrón notó como le subía la calentura a la cara, que aunque sabía que el dueño de Baldeaguas era demasiado mayor, no podía evitar el sonrojo cada vez que alguien le profería esas frases a cerca de su belleza.

—Cosa nos da darte trabajo, Ignacia, que bastante llevas con esta casona tan grande.

—Deja de decir bobadas, Matilde, que si el señorito Hilario tiene sirvientas, aquí se las dobla. Yo ya he quedado para dar órdenes en esta casa,

que mucho he bregado en ella y ganado me lo tengo. Me ocupo de la comida porque me gusta y porque al señorito Manuel no le agrada comer de cualquier sollastre. Aprecia la mano que tengo con los guisos y ya puesta, hago el perolón para todos. Hoy me ha dado por poner unas patatas con bacalao que no se las salta un gitano.

Después de subirle al patrón la bandeja con el condumio, prepararon para ellas la comida en la mesa, debajo de la sombra que daban las higueras.

—A gloria bendita sabe esto, Ignacia. ¡Qué buena mano te ha dado Dios para el guiso! —dijo Matilde entre cucharada y cucharada.

—Malas no deben de estar, la Rosita no levanta los ojos del plato — contestó Ignacia dejando escuchar una carcajada.

—¡Qué buenas, Ignacia, mucho hacía que no comía cosa tan rica! Y la matanza ni digamos, que ya me duele el buche y ni miga me entra, y solo de ver las natillas que tienes preparadas en ese azafate no me queda más remedio que hacer hueco en las tripas.

—¡Santa Virgen de la Roca, no sé lo que voy a hacer con esta chica! ¡Lo que le gusta comer! Me hartó de decirle que se va a poner igualita que la tía Basilia y no podrá ni entrar por la puerta cuando tenga que escuchar los galanteos de los mozos.

—¡Calla ya, Edelmira! La chiquilla arrastra tú mismo porte y el de su abuela Dionisia, es de talle fino y por mucho que coma, lleva la galanura en la sangre. ¿O es que no has escuchado las lisonjas que le ha echado el patrón?

—Sorda no soy, Ignacia, mejor que nadie he de saberlo, que soy su madre, que más de cuatro braceros se la comen con los ojos, y que las comadres se vuelven hacia ella en la misa los domingos, al igual que los labriegos hacen alto en su labor para verla pasar.

—A nadie le pasa desapercibida la chiquilla —observó Matilde—. Muy tonto se ha de estar para no ver su galanura, que no se me han pasado desapercibidas las miradas que la ha echado el señorito Manuel. ¡Nada quiero decir con esto! ¡No saquéis las cosas de quicio! ¡Que al fin y al cabo hombre es! ¡Y muy tonto habría de ser para no percibir las bondades de la niña!



—Dices bien, Matilde, que por tonta no me tengo... Gracias le daría a la virgen si el señorito se encaprichara de la niña... pero en el buen sentido... No me lo tengáis a mal... Que por señora de esta casa la querría yo — rezongó Ignacia—. Pero que al señorito Manuel le ha calado... Eso os lo digo yo... como que me llamo Ignacia, nombre que me pusieron por mi abuelo, Ignacio el chinche... Así le llamaban por la mala leche que gastaba con todo aquel que se le acercaba. Menos mal que yo salí a mi abuela y heredé su buen humor y simpatía, que bien sabe Dios que no sé cómo la pobre pudo aguantar el carácter de su hombre durante toda su vida.

—¿Y qué otra cosa iba a hacer la mujer en aquellos tiempos Ignacia? ¿Cómo si por entonces pudieras mandar al infierno al hombre que te hubieran adjudicado los padres?

—Y ni ahora... No te digo esta... Para eso están los padres, para orientar a los hijos... para que no se nos descarríen... y guiarles por el buen camino.

—Pues ahí iba yo, Edelmira... ahí iba... que me has cortado. Como un hijo considero yo al señorito Manuel... Bueno... no habrá otro en la comarca... A trabajador nadie le gana... y sus buenos dineros guarda, y no solo guarda, sino que multiplica con su buen hacer y con la sesera que le ha dado Dios. Solo una mujer le haría falta. Una buena mujer que le comiera el seso... que fuera hacendosa, humana y caritativa... y que le diera hijos para que heredaran la hacienda.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Por tonta no te tengo, Edelmira... Nada más tienes que ver como se ha fijado el patrón en tu Rosita... La felicidad de esta casa sería, y la alegría de don Manuel... Y ya que estamos... la tuya Edelmira... que por muy guapa que sea la zagala, nunca encontraría mejor partido. Estoy muy segura de que feliz sería por estos andurriales, buena patrona y el amo la tendría como una reina.

—¡Mira tú, las cosas que se le vienen a la testera a esta mujer! Una cosa es que el patrón haya dicho que la niña es guapa... y otra que la Rosita aspire tan siquiera a ser el ama de estas tierras. ¿Es que te ha dado un jamacuco, Ignacia? No ves que niña es todavía... que nada sabe de amoríos, ni de

requiebros... que no te digo yo que no... que soñar es bueno... pero mejor será bajar a la tierra. ¡Que estás fantaseando con cosas que no han de ocurrir, Ignacia! El señorito se ha referido a ella como si de su hija se tratase, incluso te recuerdo que nos ha ofrecido su ayuda para con el señorito Hilario, como si su padre fuera, y él concertara la unión, dispuesto a defender la honra de la niña.

—Bien se ve, que poco conoces al señorito Manuel, como le conozco yo, que es como si mismamente le hubiera parido... Si yo te digo que prendado se ha quedado de la Rosita, es que ha así ha sido, y no me rechistes que sé descifrar hasta sus gestos... sus miradas... y hasta lo que piensa.

—Pues no le vendría nada mal a la Rosita que la pretendiera don Manuel... Edelmira hija, que con quince años casé yo y aquí me tienes, no me he muerto —rezongó Matilde—. Dueña y señora de estas tierras sería, y nada la habría de faltar, buen casorio sería para ella, y para vosotros. Sin olvidar que la niña sería ni más ni menos que la baronesa de Baldeaguas.

—¿Y yo? ¿No pinto nada en el asunto? Me estáis preparando la coyunda como si mía no fuera. ¿Tendré que estar enamorada? ¿Vamos... digo yo? Y el señorito Manuel es más viejo que mi padre, por muy barón que sea.

—¡Será descarada la muchacha! —contestó Edelmira— ¿Viejo? ¿Estarás atontada chica? Pero si es buen mozo.

—Madreee... me dobla la edad.

—Y a mí tu padre, ¿y qué? ¿Le ves viejo a tu padre?

—No me fijo en la viejura de padre. Solo sé que el señorito Manuel no es para mí.

—Tiene razón la zagala —contestó Matilde—. Castillos en el aire son todas las bobadas que estamos diciendo. Y tontunas que se le ocurren a la Ignacia, que muerta anda por que el amo busque cobijo en la cama.

—En la cama, en la hacienda y en la casa, Matilde... que el hombre debe de tener la compañía de una mujer... para que se oriente y para que nadie le retenga por ahí, que cualquier día se me queda en la capital con alguna pilingui que le saque todos los cuartos que tanto trabajo le cuesta ganar. Dios

sabe que mañana bajo a poner una vela a la virgen de la Roca, para que el señorito pretenda a la Rosita.

—Parecemos las comadres que andan sentadas desde por de mañana en los poyos del camino a la ermita, preparando bodorrios, haciendo de Celestinas y poniendo velas a la virgen ¡Y tú, Rosita... para ya, hija, que a lo tonto, a lo tonto, te has zampado tres cuencos de natillas!

—No marcháis sin probar el orujo de romero que guardo en la bodega, por cajas me hace comprarlo el señorito a las dominicas.

—Entre los licores que esta mañana nos han dado a probar ellas mismas y los que no estás dando tú, llegaremos a casa como el abuelo de Marina la alta, que iba a los sitios y nunca llegaba de las cogorzas que cogía por el camino —reseñó Matilde.

Les dieron dos horas de sobremesa, cuando cogieron el camino de vuelta.

—Larga la hemos echado, Matilde.

—Queda con Dios, Edelmira, que todavía tengo que poner las sábanas limpias a mi cama, que tendidas tengo en la cuerda.

—Con él quedas también, Matilde.

## CAPÍTULO XII.

*“Amores añejos, acaban con los pellejos”.*

Edelmira preparó la achicoria y leche caliente para Rosita y se sentaron las dos en la mesa del pequeño zaguán. La niña cogió la labor y sin decir nada comenzó a hacer la vainica de la mantelería de un retal de piqué blanco que Edelmira había comprado para su ajuar, mientras su madre dejaba la mirada perdida hacia el horizonte. Podía divisar al final de la calle Real, el campanario de la iglesia de la plaza, donde tantas veces había paseado con el Marcial y la Rosita de chica, que aunque faltaban dineros, limpios y

arreglados los había llevado siempre. Con cualquier trapo sacaba la Matilde ideas para hacerle un vestido a la chiquilla, que lucía preciosa ya de niña. Con la sonrisa siempre puesta para cualquiera que se acercara a contarles lo guapa que era y lo bonita que la llevaba, para después darse la vuelta y dejarla con el alma en vilo, y el desosiego prendido por si hubiera llegado al oído de las comadres del pueblo la verdadera procedencia de la Rosita y lo estuvieran pregonando sin ella saberlo. Cuánta angustia y cuánto desvelo por proteger la honra y que jamás llegara a sabiendas de la niña. Gracias daba al cielo por haber casado con el Marcial que la protegió de lo que aquel desgraciado manchó a la fuerza. Bien sabía el mal nacido que la Rosita era hija suya, que aunque los ojos fueran herencia de la abuela Dionisia, las demás facciones, el porte, la fachada y la distinción con la que se movía, sin que nadie la hubiera enseñado, eran de su padre, que ya de mozo cautivaba a cuanta fámula se cruzaba en su camino, sin dar ni arte ni parte, ni cuentas al pregonero, callado sin decir chitón, como una araña cuando teje su tela y va prendiendo sus trofeos. Al igual que su hijo, el señorito Hilario, que del padre había heredado esa chispa en la mirada y esos hoyuelos de pillo en las mejillas, que le conferían a su cara la picaresca requerida para cautivar a cuanta moza se encontrara. Aunque bien sabía ella, que su objetivo era la Rosita, como ella misma lo fue de su padre aquel día en el que la forzó a base de engaños y arrumacos fingidos. ¡Maldita fuera su estampa! Y la de ella, por no haber sabido decir un no rotundo a tiempo. Nada debía saber la niña, ni tan siquiera el Marcial conocía su procedencia, ni que el señorito Hilario y la Rosita eran hermanos. ¡Sacrilégio sería que la enamorara! Por eso debería andarse con cuidado y no soltar la mano de la niña. Bien sabía cómo se la gastaban los mozos de esa familia, con su facilidad de palabra, su porte y gallardía, eran capaces de llevarse al huerto a cualquier moza que no estuviera al acecho de sus malas artes. No había quien les igualase en la comarca. A solícitos, a gallardos ni a embaucadores. Sería muy fácil para él conquistar a la Rosita, pues una niña era y no conocía amoríos ni sentimientos de esos que se quedan prendidos en el alma. Bastarían dos ratos con el señorito Hilario para subirla a las nubes, que bien conocía ella de lo que eran capaces el padre y el hijo. Mal estaría dejarse seducir por semejante personaje, pero pecado de excomuniación sería yacer con su propio hermano.

Tan solo la Matilde y don Anselmo, el cura, sabían de la infamia que

cometieron con ella, y que la Rosita no era hija legítima del Marcial, y metería las manos en el fuego por que sus bocas estarían siempre selladas.

Jamás salió de ella solicitud alguna, y tan siquiera fue a pedirle cuentas, ni a reclamarle paga ni dispendio al boticario por ser el padre de su hija, que se le caía la baba, cada vez que la veía pasar, y no como hombre, sino como padre, que esas cosas se notan y él lo supo nada más verla al poco de nacer paseando por la calle Real. El orgullo le reflejaba la cara cuando asomaba la Rosita por la botica... Pobre mía... si ella supiese. Jamás... jamás lo sabría. Antes muerta que darles ese disgusto a ella y al Marcial, que aunque sabía que no era su hija de sangre, como tal la quería. Nunca quiso saber quién era el padre. Temía su reacción como hombre, y sabía que correría como la pólvora entre las comadres del pueblo. Su vida era la Rosita. Más no la hubiera querido si hubiera llevado su casta. Ya lo echaba de menos... tanto... que hasta le costaba respirar cuando entraba en la cama y al pasar la mano notaba su ausencia. Le dolía el alma pensar los comistrajos que se traería y como cuidaría las toses que de vez en cuando le daban la tabarra. ¡Mala suerte del demonio habían tenido! ¡En mala hora pensó el patrón quitarse de las ovejas! ¡Que pareciese que les hubiera mirado un tuerto!

—Madre..., se ha quedado atontá mirando hacia el campanario de la iglesia.

—¡Qué cosas tiene esta chiquilla! Razón llevas hija, que va siendo hora de que prepare la cena, que entre pensamiento y pensamiento me he quedado en la inopia.

—Pues vaya, madre, que ya me gruñe el estómago.

—¡Virgencita de la Roca! Acabaremos arruinados con el saque de la chiquilla. Ya voy. ¿Te apetecen unas buenas sopas de ajo?

—¿Cómo no iban a apetecerme, madre? Y una ensalada para rebañar el mojete.

—¡Santa María! ¿Qué voy a hacer con esta hija que solo piensa en comer?

## CAPÍTULO XIII.

*“Gente castellana, gente sana”.*

Manuel Figueroa Baltierra, barón de Baldeaguas, seguía en su despacho, revisando las cuentas del mes, que aunque el contable se afanaba en su trabajo, le gustaba repasar y cuadrar los detalles finales.

Dos noches llevaba acostándose a las tantas y durmiendo en hoteles de Valladolid. Hablando con unos y con otros. Amigos, testaferros de la zona, caciques de la capital de la provincia, buenas comidas y cenas, y por la noche, hasta la madrugada en locales nocturnos que echan el cierre solo para los conocidos, porque las autoridades solo permitían la jarana nocturna de puertas para adentro. A partir de las doce el champaña y las bebidas fuertes corrían como la pólvora, y solteros, casados y algún que otro mariquita se dejaban llevar a sus anchas buscando la compañía que solo la noche sabe ofrecer. Mujeres sobran, pagando y sin pagar, aunque él siempre era muy generoso para quien sabía proporcionarle un buen apoyo nocturno.

Esta noche tocaba descanso y no estaba muy desencaminada Ignacia cuando decía que ya era hora de que sentara la cabeza. Tenía que pensar en la hacienda y en dejar un heredero que la guiara. Pero la edad le había hecho perezoso para buscar mujer, y aunque tan solo una vez el amor llamó a su puerta, no fue demasiado para recapacitar y pensar en casorios. No había moza en la comarca que se le hubiera metido en la sesera, ni tampoco necesitaba que fuera de buen linaje, tal y como había buscado el boticario para su hijo Hilario, necesitado de unir fortunas. En Baldeaguas no faltaba dinero.

No se le había pasado por alto la conversación de Ignacia con Edelmira y Matilde, pues a través de la ventana del despacho llegaron sus charlas, queriendo casarle con Rosita, mientras la muchacha no dejaba de degustar las natillas, que unas cuantas se metió entre pecho y espalda. ¡Qué chiquilla! ¡Y ya querían emparentarla, siendo solo una niña! Pues eso es lo que era... una niña... con una belleza sin igual, no existía zagala en la provincia que pudiera igualarla, ni tan siquiera su madre a su edad, que buena fama tenía entre los lugareños. Y esa gallardía con la que movía el cuerpo y las manos al coger

los cubiertos..., y la elegancia que transmitía como si de la señora de una casa bien se tratara, sin haberla enseñado nadie.

Nunca había visto en mujer alguna unos ojos con ese verde repleto de reflejos, que se quedaban prendidos al alma de quien miraba. Ciertamente era que tenía locos a los gañanes del pueblo, y muchos eran los que ya estaban dispuestos a rondarla y a pedir dispendio al Marcial para poder cortejarla. Como cierto sería que como presa escogida ya la tendría Hilario para sus fines, y así manchar la honra de la niña. Pero ahí estaba él, de ninguna manera iba a consentir tal tropelía. Pondría a uno de los mozos de la hacienda a vigilar a Hilario, y todos los días tendría que traer noticias de sus andanzas. Nadie iba a troncar esa belleza, ni la pureza que llevaba dentro la muchacha. ¡Por encima de su cadáver!

Llamó a Ignacia y le hizo llegar sus intenciones, para lo cual pidió que dictara cuál de los zagales de labranza era el más espabilado para llevar a cabo la tarea que tenía en mente encomendarle.

—Y si no tiene a mal el señorito contestarme, ¿qué se le ha perdido a usted en este asunto? ¿Acaso es familia la muchacha? ¿En esta casa se le debe algo a la Edelmira? ¿Quién le ha dado vela a usted en este entierro?

—Ya salió la madre que llevas dentro. ¿Y a ti? ¿Quién te ha dado vela en este entierro a ti?

—No... si yo... no lo decía por nada... Solamente que puede... que vamos... que lo mismo anda usted encaprichado en la Rosita, porque si es así, debería usted darse prisa que la niña anda solicitada.

—¡Valiente bobada! ¡No ves que es una niña! ¿Cómo voy a andar pensando en ella de esa manera? ¡Tienes unas cosas mujer, que a veces pasmado me dejas!

—Bueno, bueno, patrón, no se ponga así... que nada he dicho, y nada he de decir, era un simple consejo. Quince años tiene la chiquilla y su madre ya andaba casada con esa edad. La que casorio celebra más tarde de los diecisiete es porque es más fea que el perro del tío Vicente, o porque va para monja, y entre los dispendios a la familia, el noviazgo que más de un año dura en las personas decentes y la preparación de la boda, la chiquilla, ya iría

para los dieciocho.

—¡Tira a buscar al zagal más despierto que veas en la hacienda y deja de decir sandeces!

—Derechita y sin torcerme... Pero piense un poco en lo que le he dicho, señorito. Que la niña es una guinda, además de buena y hacendosa, sé que habría que pulirla para ser señora de esta casa, pero precisamente por su juventud lo aprendería con más premura.

—¡Tira te he dicho, Ignacia, que consumes la paciencia al santo Job!

—Este no me engaña —murmuró Ignacia para sí mientras iba a buscar a Ferminillo, el hijo del ganadero de la finca, que a listo no le ganaba nadie, ni a formal tampoco, que sin haber cumplido los quince años ya leía y escribía como un notario—. ¡Que la chiquilla se le ha metido en la sesera nada más verla, como que me llamo Ignacia! Aunque ni el mismo se dé cuenta... Ya se la dará. En cuanto le venga su imagen a las mientes unas cuantas de veces. ¡Tonto habría de ser! Y bien sabe Dios que por memo no le tengo.

Rápidamente cogió el chaval las instrucciones de Ignacia y se puso manos a la obra con tal de no defraudar al patrón y llevarse unos dineros extras que le vendrían muy bien para comprar un libro que había visto anunciar en la gaceta local.

## CAPÍTULO XIV.

*“Añorar el pasado es correr tras el viento”.*

Mientras, en la iglesia de la virgen de la Roca, en la plaza de arriba, don Anselmo andaba agazapado por la sacristía preparando la misa de nueve. Había suspendido la de las ocho de la mañana, ya que únicamente asistirían cuatro beatas solo por el que dirán. La verdad era que mucho no le gustaba madrugar y a las alcahuetas que pisaban la iglesia los días de diario por la mañana, lo mismo les daba las ocho que las nueve. No tardaría en llegar Hilario el boticario. Le había citado, no solo para sacarle algunos dineros para



los pobres, sino para platicarle sobre un tema que desde que habló con Edelmira le tenía intranquilo.

Le sacó brillo a la patena y dobló el gremial y la hijuela. Colocó las vinajeras que brillaban como el jaspe y dejó doblados el ámito, la casulla y el cíngulo, cuando oyó pisadas en la iglesia.

Abandonó la sacristía cerrando la puerta con la llave que siempre llevaba colgada al cinto y saludó a Hilario con un apretón de manos.

Se sentaron en uno de los últimos bancos y, después de sacarle al boticario unos cuantos dineros para los menesterosos, abordó el tema que no le dejaba dormir tranquilo.

—Mucho me temo padre, que no es por sacarme las perras por lo que me ha mandado llamar.

—Bien dices, Hilario... bien dices. No vendría nada mal que te recordara un tema que llevas guardado desde hace dieciséis años y que tú y yo conocemos muy bien.

Al escuchar las últimas palabras, el boticario giró la cabeza a lo largo y ancho de la iglesia por si alguien pudiera escucharle.

—¿A qué viene eso ahora, don Anselmo?

—Pues viene... a lo que tiene que venir. A algo que deberías tener en mente y ser consciente de que puede volver a repetirse en tu familia. Y solo de pensarlo, sudores me entran; y bien sabe Dios que esta vez no callaría, aunque estuviera por medio el secreto de confesión.

—Atónito me tiene, padre.

—Vamos a dejarnos de tonterías, Hilario, me refiero a tu hijo, que no deja una falda quieta en toda la provincia, y si tú no sabes atarle la correa, voy a tener que tener una charla con él y contarle muchas cosas que no sabe y debería saber.

—Sabe que en dos meses habrá sentado la cabeza.

—A tu hijo no le sienta la cabeza ni María Santísima, y que Dios me

perdone por la blasfemia

que acabo de decir. Mucho no le va importar estar casado para llevarse por delante a cuanta moza se le ponga a tiro, y mucho me temo que aunque no se le ponga, como tampoco te importó a ti cuando le quitaste la honra a la Edelmira, que casado estabas y ella era mocita.

—Padre, son cosas que están olvidadas y en el en olvido deben quedar.

—No, Hilario, no. Debes de recordar lo que significó aquello, ni más ni menos que tienes una hija, que además resulta ser la moza más bella de todo el contorno, y que está echando un talle y una gallardía que a nadie pasa desapercibido, ni siquiera a mí, y eso que soy cura, pero no tonto ni ciego.

—Cierto es que la Rosita es la zagala más bonita del lugar. ¡Qué digo del lugar! ¡De la provincia entera! ¡Algo habrá sacado de mí!

—Vamos a dejarnos de bobadas, que por tonto no te tengo.

—Pues como no sea más explícito padre, le aseguro que no sé qué tengo yo que ver en esto. La honra de la Edelmira está saldada y la muchacha tiene un padre ante todo el pueblo. Que yo sepa solo la madre, usted y yo conocemos el asunto.

—Pues hay otra persona a la que deberías de poner al corriente.

—¿A quién se refiere?

—A tu hijo... A ese pisaverde que tienes por hijo me estoy refiriendo.

—¿Y a qué plan viene remover toda la historia ahora, y mucho menos que mi hijo la conozca?

—Bien se ve que te tiene ciego. Tu hijo anda rondando a la Rosita, y conociendo su fama y la ignorancia de la niña, aunque la Edelmira anda al acecho, mucho me temo que ese gañán que tienes por hijo sería capaz de embaucarla sin saber que estaría cometiendo el pecado de incesto.

Hilario cambió de color y se puso en pie. Ya había notado su cambio de cara cuando se cruzaba con la niña, y ya le había advertido que esa familia estaba prohibida para él, pero si había llegado a oídos de don Anselmo los

agasajos del chico para con la Rosita, es que muy desencaminado no estaba.

—No ha de preocuparse, padre. Ya me ocupo yo.

—¡Has de contarle la verdad, Hilario! De otra manera no cejará; como se le meta la chiquilla entre ceja y ceja, tendremos problemas y no lo quiera Dios.

—Nada he de decirle de aquel asunto. Pero ande tranquilo, le pondré veta al tema sin tardar ni un minuto. En cuanto llegue a casa me va a escuchar este botarate.

—Botarate que tiene a que quién parecerse, aunque espero que esta vez le pongas corrector al asunto.

—Por la cuenta que me trae lo haré, padre, cuente con ello.

—Está bien, Hilario. Queda con Dios y agradecido por la limosna.

—Quede con él usted también, don Anselmo.

Menos de diez minutos al paso sobre el caballo tardó en llegar el boticario a su finca, con la cara colorada y un humor de perros.

Le entregó el caballo a uno de los mozos, cerciorándose de que su hijo hubiera llegado a casa. Pensó en asearse primero, pero antes se acercó al salón a decirle a su hijo:

—Ponme una copa que tenemos que hablar.

Llenó la bañera y se introdujo en ella, saboreando lentamente el agua caliente que formaba una especie de vapor inundando aquel pequeño espacio.

Pensó en aquel día. Sabía que Edelmira no podría ser suya, era demasiado joven, aunque por aquel entonces las mozas con quince años ya tenían edad para casarse. Su matrimonio ya estaba establecido, lo único que importaba era unir los capitales de los caciques de la región, y el padre de Asunción era un hombre acaudalado y su hija un buen partido para él, aunque su cabeza no dejara de pensar nunca en Edelmira. Ese pelo cobrizo, y aquellos ojos tan verdes e inocentes que cautivaban todo lo que miraban le traían de cabeza. De buena gana hubiera mandado a la porra todo por ella, su casa, su fortuna y

hasta a su padre. Pero no se atrevió. Su padre le habría echado de casa... y adónde hubiera ido sin una perra y con una mujer que aunque le hubiera ganado el corazón era tan solo una niña.

Tuvo que casar con Asunción, a la que no quería, y pasar las noches montándola para echar un hijo al mundo que heredase su fortuna, mirando la cara de aquella mujer y pensando que era Edelmira a quien hacía el amor.

Aquel día la vio de lejos, no pudo dejar de mirarla, se acercó y le dijo los requiebros más bonitos que jamás habían salido de su boca. Ella le miraba impávida, sin saber bien lo que estaba pasando. ¡Pero no se iba! ¿Por qué no se fue cuando aún pudo evitarlo? Él no lo consiguió, era demasiado lo que sentía por ella y la había perdido. La tenía tan cerca... tan cerca que comenzó a hervirle la sangre. La muchacha le miró, se quedó quieta, correspondió a sus besos, a esos besos que le nacían del alma, por un momento la conciencia le dictaba dejarla ir, y lo intentó Dios sabe que lo intentó, cuando llegó el momento no quiso mancillarla, incluso le grito: ¡Vete Edelmira! Sal de aquí! No voy a poder contenerme, pero ella no se movió y a él se le revolvieron las tripas. Aquella zagala en la que pensaba día y noche, la que le quitaba el sueño, a la que con gusto habría hecho su esposa si se hubiera atrevido, la que debía de ser la madre de sus hijos, porque la amaba, bien lo sabía la virgen, la amaba con toda su alma, y en aquel momento la tenía a su lado, temblando en sus brazos y devolviéndole los besos y las caricias que él le daba. Fue un cobarde, un maldito cobarde, sabiendo que debería haberla dejado marchar. Una niña era, y se había prendado de él. ¡Malditos tiempos! ¡Malditas herencias! ¡Y malditas las malas lenguas por las que se dejaba embaucar el pueblo! No pudo... Fué más fuerte que él. El ardor de hombre le poseyó y aun no queriendo hacerla daño se lo hizo, ¿por qué no se fue? ¿Por qué no corrió al amparo de su madre? ¿Por qué le ofreció su boca? Esa boca roja y jugosa con la que él llevaba soñando tantos años. Y la hizo suya, de una manera lenta y saciándose de todo el cariño que les recorría el alma, sintiendo cada momento, cada palabra y cada mimo. Y allí quedaron aquellos sentimientos que le habían reconcomido toda su vida, la mujer a la que más había querido, pero jamás pudo tener, y allí la dejó llorando entre el barrizal de la huerta. Salió corriendo como un cobarde, dejando al amor de su vida sola, aterrorizada y dolorida, sin saber si él iba a poder recompensar su amor.

Cuando anunció la boda con Marcial el pastor, dejó de sentir aquel miedo y aquella culpa que le agarraba el alma, aunque se le removieron las tripas al saber que iba a ser de otro. Pero al pasar los meses y ver aquella chiquilla que era su vivo retrato a no ser por los ojos verdes de su madre, cayó en la cuenta de que aquella niña era suya.

Nada contó Edelmira, y nada contó él, solo don Anselmo lo supo en secreto de confesión.

Nada evitaba que al ver a la chiquilla se le encogiera el corazón, la colmaría de abrazos y besos para poder decirle:

—Soy tu padre niña... tu padre... Mírate y mírame a mí, clavaditos somos el uno al otro.

La llenaría la casa de regalos y si Edelmira quisiera, no dejaría que la niña viviera en esa casucha, él se encargaría de que su muchacha no pasara sofocos, hasta la enviaría a estudiar a la capital. Lo intentó y se lo hizo saber a la mujer que siempre había amado en silencio. Pero Edelmira era mucha Edelmira. El orgullo la cegaba, y con la cara mirando al cielo y los puños apretados le negó la paternidad de la niña. ¡Burda mentira! Esa hija era tan de él, como lo era Hilario. Por su mente jamás había pasado ofender a Marcial, pero esa cabeza dura no tendría que haber rechazado sus dineros para la niña, para su futuro, para que nada le faltara. Nadie tenía por qué enterarse. Sin embargo, Edelmira era la mujer con la mollera más dura que había conocido.

Sumido en sus pensamientos, se puso el pijama, una cómoda bata y calzó las zapatillas de estar por casa. Y así entró en el salón donde su hijo le estaba esperando con un buen coñac de marca.

—Usted dirá, padre.

—Mucho es lo que tengo que decirte, porque aunque te lo diga en idiomas distintos, no aprendes, hijo... no aprendes.

—¿A qué viene esto ahora? ¿No será porque no hago las cosas como y cuando las manda?

—Me refiero a los amoríos que te traes entre manos.

—¿Ha tenido usted alguna queja de Pilar? ¿O de su padre? Sabe que a pesar de que mi sentir no puede cambiar, y que no estoy enamorado de ella, de mí no ha de quejarse, la trato con todo el mimo del que soy capaz, la agasajo a cada momento y la colmo de regalos.

—No van por ahí mis quejas, Hilario.

—Está bien, padre, suéltelo de una vez.

—Han llegado a mis oídos tus requiebros a una moza del pueblo con la que te prohibí tajantemente amoríos. Te he dicho una y mil veces que no has de acercarte a esa familia.

—No sé de qué me habla. Agasajos ya sabe usted que le hago a unas y otras, pero sin más sentido del que agradar, que hasta Pilar sabe que lo hago sin motivo ni causa alguna.

—Me refiero a Rosita, Hilario, a la hija de Edelmira. Ya van chistando las comadres que no hay día en el que no te acerques a su casa con cualquier motivo y sonrojes a la niña. ¿Cómo he de decirte que no quiero que te acerques a esa familia?

—Pero, padreee, usted lo ha dicho, es una niña, solo la requiebro porque me hacen gracia los colores que muestra cada vez que le suelto alguna lisonja de las mías.

—Es la última vez que miento este tema, Hilario... la última... Si llega a mis oídos que una sola palabra ha salido de tu boca refiriéndote a la chiquilla, o te acercas a menos de cien metros de su casa... ¡Te juro por lo más sagrado y por la memoria de tu madre que te desheredo!

—Está bien, padre... está bien... No ha de ponerse así, ni llevar las cosas tan lejos, que no volverá a pasar. Pierda cuidado que cuando pasen por mi lado volveré la cabeza, aunque debería decirme a qué viene tanta inquina con esa familia, y que tiene Rosita que no tengan otras a las que también chisto. Ya sabe, padre, que es mi carácter, ya le he comentado que incluso Pilar se ríe de mis ocurrencias.

—Bien sabes lo que tiene Rosita que no tengan otras... belleza, galanura y buenos modales que a nadie pasan desapercibidos, pero esa chiquilla no es

para ti, ni tan siquiera la mires, además no tengo que darte explicación alguna, Hilario. En esta casa se hace lo que yo digo. ¡A esa familia... ni acercarte! ¿Me has entendido, o te lo relato en francés?

—Entendido padre... entendido... Échese un trago que al final le va a dar algo.

Hilario se sirvió otra copa de coñac y observó como su padre miraba al horizonte a través de la ventana mientras pensaba que razones le llevaban a poner a Rosita en un altar y, aunque cierto era que su belleza no tenía parangón con nada ni con nadie, no era razón suficiente para sacar esos modales de dentro, ni esa sin razón que no llevaba a ningún sitio, esa defensa para con la muchacha que ni le iba ni le venía. Ya sabía que pronto casaría con Pilar, pero también estaban las demás mozas casaderas del pueblo. ¿Por qué con Rosita? ¿Por qué ese empeño? ¿A qué venía ese encono con la muchacha? Bien sabía su padre que bastaba que le prohibieran algo para cogerlo con más ahínco, y la Rosita era su punto flaco. ¿Cómo iba su padre a reprimir lo inevitable? Cada vez que veía pasar a la zagala no era dueño de sí. Era una sensación que venía de dentro, no solo se trataba de llevarla al huerto, había algo más, daría lo que fuera por tenerla en sus brazos, por arrimarse a ella, por quererla, por abrazarla, por sentirla cerca y mirar su cara sonrojarse mientras él le iba relatando todas las lisonjas del mundo solo para ella.

¿Quién se llevaría esa joya? Quizá alguien que no supiera valorarla en su totalidad, alguien que no apreciara sus ojos, su boca, esa mirada inocente y tierna, esas manos que al moverse se adecuaban a los ademanes de una princesa... Y su amor... ¿Quién iba a ser el dueño de su amor? Solo con pensarlo se le removían las entrañas. Esa zagala tenía que ser suya, de una forma o de otra, pero suya... solo suya.

## CAPÍTULO XV.

*“Amar sin padecer, no puede ser”.*

Rosita despertó a las ocho y se hizo la dormida escuchando como su madre

removía todos los cachivaches de la cocina. Aunque ya estaba llegando el estío, todavía encendían la chimenea, pues la casa se quedaba fría por la noche y ella agradecía el calorcillo que llegaba hasta su cama. Echaba de menos al Canelo a los pies del catre y, como no, el beso mañanero de su padre a la amanecida antes de ir a por la caza que les apañaba la pitanza del medio día. Le rugían las tripas y la sesera le daba vueltas. ¡De hambre sería!, pensó, aunque siguió acurrucada entre las sábanas esperando la llamada de su madre que mucho no habría de tardar. Estaba confusa. Sus sentimientos se entremezclaban y sabía que nunca haría posible su sueño.

El gallo canta, el pollo pía, el cerdo gruñe, el caballo relincha, el burro rebuzna, la vaca muge.

Otra vez...

El gallo canta, el pollo pía, el cerdo gruñe, el caballo relincha, el burro rebuzna, la vaca muge.

Sus recuerdos de la escuela le ayudaban a concentrarse, le llevaban a aquellos tiempos en los que la vida era solo un juego: su cuaderno, el lápiz que con tanto esmero sacaba punta su padre con la navaja, el plumier de madera que le trajo el boticario de Valladolid y que tanto trabajo le costó conseguir ante la negativa de su madre a aceptar el regalo. Sus momentos, sus lugares, sus escondites.

Recordó de pronto la conversación en casa del señorito Manuel, mientras comía las natillas. ¡Qué afán les había entrado a todos con el dichoso casorio! ¡Ni loca se dejaría cortejar por un hombre tan viejo! ¡Ni barón, ni casona, ni señora de nada ni de nadie querría ser, a no ser que estuviera enamorada, y bien sabe Dios que lo estaba... Solo había una persona que sabía sacarle los colores, con la que su pensamiento dormía a la noche y seguía en su mente al despertar por la mañana. Bien la conocía su madre cuando refería los colores que reflejaba su cara nada más verle pasar. Esos ojos tan azules que se le clavaban en los suyos, los hoyuelos al reírse y mostrar esa dentadura tan blanca y perfecta. Su pelo rubio, que caía en desorden sobre la frente sin que pudiera evitarlo. Y si la tenían por tonta, estaban errados, que bien sabía ella que el señorito Hilario moría por sus huesos... que la buscaba... la esperaba, y se escondía detrás del árbol grande del camino del Roncal solo por si podía



verla asomar a la puerta. Y ella estaba al acecho, y se dejaba ver haciéndose la tonta, yendo de allá para acá, para que el señorito se saciara de su cara, de su cuerpo y de su alma, que ya se le había quedado prendida y bien agarrada a la de él. Sin embargo su madre no tenía un pelo de tonta, la vigilaba como vigila el cura la patena, o el pastor su rebaño. Sabía de sobra que el señorito la galanteaba en cuanto podía, y que buscaba los minutos y los segundos precisos para verla pasar, que tenía estudiado hasta el más mínimo detalle de su vida... de su horario... de sus salidas y entradas. Agazapado la esperaba y se dejaba ver como si de una casualidad se tratase. Y ella no podía dominar los latidos de su corazón, que parecían salirse por su boca, ni provocar el balanceo de sus caderas, ni el pestañeo de sus ojos, para que la encontrase cada vez más bonita. Mucho había llorado cuando se enteró que casaba en dos meses con la señorita Pilar, que nada le había hecho a ella, y bien sabe Dios, que buena persona era, pero no podía remediar tenerla encono. Se iba a llevar al hombre que la quitaba el sueño, con el que realizaba las más grandes quimeras que desde niña ya forjaba su imaginación, creyéndose suya y convirtiéndose en su mujer. Y cuanto más pensaba en él, más aversión sentía su madre hacia esa familia, que tan bien la había tratado a ella siempre. Ninguna queja habría de tener de don Hilario, que siempre tenía preparada alguna bolsa de caramelos, o alguna chocolatina, nada más verla pasar; regalos que la mayoría de las veces rechazaba su madre, y otras que escondía ella, siguiendo el guiño del boticario y guardando los obsequios en el bolsillo sin que su madre se diera cuenta. Una caja llena de cintas de colores guardaba en el altillo del camaranchón y encajes de pasamanería que le había dado don Hilario de chica, cuando saltando a la comba en la plaza, su madre se ausentaba unos minutos para ir a buscar la leche, o a comprar alguna legumbre a casa del tío Felipe. Dentro de la camisa interior las escondía, pues sabía de sobra que su madre se las devolvería a don Hilario con malos modos, y a veces hasta dando un puñetazo al mostrador que dejaba boquiabiertos a cuantos estuvieran comprando en la botica.

Por tonta la tenía, y tonta no era. De sobra sabía que algo de inquina tenía que haber entre las dos familias, aunque solo por parte de su madre. Observado tenía los buenos saludos que mantenían su padre y el boticario cada vez que se cruzaban, mientras su madre volvía la cabeza, de mal agrado y con mala educación.

¡Santa María, madre de Dios... que no case el señorito con la señorita Pilar! ¡Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día!

Entre la leja y la chimenea colgaba la capillita de madera y cristal que contenía la virgen de la Roca, y a ella se encomendó Rosita para que le fuera concedido su deseo, antes de levantarse y taparse la cabeza con el rebujo de sábanas para que Edelmira no la viera santiguarse.

## CAPÍTULO XVI.

*“A Dios rogando, y con el mazo dando”.*

Sor Cristina, actualmente denominada por todos “madre Crista” al haber sido elegida superiora del convento de las Dominicas por sus hermanas, se dirigió al pequeño habitáculo que hacía las veces de dependencia de trabajo, donde pasaba demasiadas horas al día, más de las que ella quisiera. Resolvía pleitos, asuntos internos, cuentas, compras, programaba visitas, adjudicaba trabajo a las hermanas, y tantas y tantas labores que el convento requería diariamente. Convento que con tan buena mano dirigía desde hacía 5 años cuando Dios tuvo a bien llevar a su presencia a la madre Luciana, superiora durante dos décadas, una monja de ley donde las hubiera, que aunque no tuviese buenas palabras, bien supo dirigir el convento y Dios sabe que fue su guía y su alma espiritual en el largo camino al que tuvo que someterse su alma después de todo lo acontecido. Y al altísimo le pediría siempre que la tuviera en su seno, por lo bien que se portó con ella al acogerla como una hija, sabiendo el recodo por el que había pasado su vida y lo mucho que había sufrido tras el abandono en el convento por parte de su familia, y sin saber qué fue de aquel hijo que le arrebataron de los brazos nada más nacer.

Muchas fueron las lágrimas que echó recostando la cabeza en las faldas del hábito de la madre Luciana, y muchas fueron las veces que acarició su frente mientras ella desahogaba su alma, relatando aquella villanía de la que fue víctima siendo todavía una niña. De cómo aquel mal nacido le arrebató su castidad a la fuerza, con tan solo quince años, sin saber tan siquiera por qué...

sin haberla guiado nadie en las artes que tienen los hombres para satisfacer su hombría, sin haberle contado persona alguna que aquel acto repugnante es el para bien que utilizan los hombres para cargar de hijos a las mujeres. Y allí quedó ella, desgarrada por dentro y por fuera... sin saber lo que había pasado, sin discernir que era aquella cosa pringosa que había penetrado en sus entrañas dejándole dañado el cuerpo y el alma.

Dos bofetadas recibió de su madre cuando la llevaron a casa medio desnuda y llorando como un alma en pena. La congoja no le dejó explicarse, aunque tampoco la habrían escuchado. Su hermano, heredero de la casa de Umbría, propietaria de un enorme terreno en los contornos de Valladolid, casaría de inmediato con la hija mayor de una de las familias más adineradas de la provincia, y de saberse que tenía una hermana sin honra, no se hubiera celebrado la boda.

Pasando los dos meses después de la felonía a la que había sido sometida, su madre se percató de la falta de menstruación y dio por hecha la preñez de su hija. Sin más dislates, preguntas, o sugerencias, decidió llevarse a su hija a tomar las aguas al mejor balneario de Lisboa, pregonando a troche y moche, su mala cara, dolores musculares, congoja interior y falta de apetito, todo ello con el dictamen y aprobación del médico de la familia.

Escondida la tuvo en aquel balneario mientras su cabeza se deshacía en preguntas, su corazón lloraba y su tripa aumentaba mes tras mes.

Cuando el abdomen estuvo resuelto a explotar, sintió que aquellos dolores le iban a partir en dos. La metieron en una habitación, con la única compañía del médico, su madre, y una señora a la que veía por vez primera. Después de dos días y dos noches pensando que aquel dolor atroz le llevaría al otro mundo, la comadrona sacó de su interior una criatura, que por caridad puso en sus brazos solamente unos minutos, aprovechando la ausencia de su madre. La ayudó a recostarse sobre la almohada y le puso al niño en sus brazos. Todo se fundió en su mente en un segundo. Solo en aquel momento comprendió que había parido un hijo, que aquel acto asqueroso al que había sido sometida se había convertido en aquel ser maravilloso, pequeño, rubio, de tez clara, que berreaba como si le estuviera pisoteando un caballo. Y todo se le olvidó... La ignorancia del porqué, los meses aislados, la irritación de su

madre, los dolores, las penurias pasadas sin saber el motivo y la razón. Solo sabía que había sido madre y entre sus brazos estaba su hijo. Sin conocer el motivo se vio obligada a abrazarle, le rodeó con sus brazos y le rozó la cara con sus labios. El chiquitín se calló, su llanto cesó en cuanto notó la cercanía de su madre y ella cantó... cantó una nana, la misma que le cantaba su madre cuando no se dormía... Y el chiquitín se durmió en sus brazos, feliz, como si hubiera llegado a su destino, como si hubiera estado esperando que llegara ese momento para sentir en el abrazo de su madre aquel sueño plácido que todos esperamos cuando llegamos al mundo.

Pasados unos diez minutos, entró su madre, y con malos modos le arrebató a ese hijo de entre sus brazos y se lo entregó a la mujer que había presenciado el parto, sin mediar palabra.

—Es lo mejor. Nadie puede saber nada de esto. Hundirías a la familia si algo de esto llegara a saberse.

—¡Madreeeee! ¡Es mi hijooooo!

—¿Qué sabrás tú de hijos? Esperaremos a que estés restablecida. No temas, tu hijo estará al cuidado de una buena familia, olvida todo lo que ha pasado. Ingresarás en el convento de las dominicas. La madre superiora, sor Luciana está avisada, te tratarán con el mejor de los esmeros y no habrá de faltarte de nada. Pero ingresarás en ese convento de por vida. Eres mi hija, te visitaré en cuanto me sea posible o tú lo requieras. Diremos a todo el mundo que ha sido tu decisión, que has recibido la llamada de Dios. Ahora duerme y olvida todo lo que ha pasado. Es por tu bien, no se te olvide nunca que esto lo hago por tu bien. Una muchacha de buena familia no puede ser mancillada, no habría hombre de tu clase al que pudiéramos endosarte, sin antes contarle lo que te pasó. Con el tiempo olvidarás todo lo que te hicieron y serás feliz, ya lo verás, encontrarás refugio en el señor como tantas otras. Todo lo que necesites te será entregado. Y nadie de la provincia podrá jamás poner en boca el apellido de nuestra familia. Ahora duerme, hija, has pasado dos días infames, lo necesitas. Estaré a tu lado hasta que ingreses en el convento, para eso soy tu madre.

La besó en la frente y marchó dejándola deshecha en lágrimas y con los brazos abiertos sedientos de la piel de su hijo.

Jamás volvió a verle, ni a saber de él. Su madre le refería en sus visitas que ni ella sabía dónde se encontraba, pero por referencia de la mujer que le ayudó a colocarlo en una familia decente, enterada estaba que era un buen mozo, guapo y altanero y que gozaba de una buena y cómoda vida.

Nunca le faltó de nada y a buena educación estuvo sometido.

Eso la reconfortó durante muchos años... mientras fue novicia y dedicaba su vida a Dios y a servir a cuantas labores le requerían en el convento. Sin embargo, según pasaban los años, más grande se hacía la añoranza de ese hijo del que solo pudo gozar de su abrazo una sola vez. Pero las cosas habían cambiado. Cinco años llevaba ya de superiora de las Dominicas y, aunque no era de una gran alcurnia, si alcanzaba el suficiente poder para realizar averiguaciones y bien sabe Dios que era hora de hacerlas, y para ello debería de contar con alguna ayuda. Sabía de la lealtad absoluta de sor Teresita, su querida amiga desde que inició sus andaduras como principianta en la comunidad. Fue a la única a la que le hizo sentir su pesar y sus miedos, y junto a ella recorrió aquella experiencia, al principio amarga, y según pasaban los años, resignada, hasta que Dios quiso que la madre superiora la refugiara en sus brazos, tratándola como a la hija que nunca tuvo. Gracias a ella se sometió al altísimo y logró gozar de la vida a la que él la había encomendado.

Sabía que lo primordial era averiguar quien fue aquella mujer a la que su madre entregó al niño. Tenía su cara reflejada en la mente, la veía a cada momento, no podía olvidarse de aquel rostro, de ello dependía el reencuentro con aquel pequeñín que le arrebataron. Con cualquier pretexto enviaría a sor Teresita a visitar a lugareños necesitados, con la misión de recoger sus peticiones más urgentes para enviarlas a la diócesis y hacerlas llegar al obispo. La clausura no tenía a bien sacar sus monjas del buen recaudo al que estaban sometidas, pero los tiempos estaban cambiando, y era preciso que la vida contemplativa fuera mudando por una actividad más sabia y con mejores resultados, y para eso no podían aferrarse al pasado, aunque alguna monja no estuviera de acuerdo con las modernidades de la época, según sus propias palabras. Bien sabía Dios que había familias en situaciones precarias, que necesitaban ayuda urgente, y aunque el convento hacía lo que podía, era necesario verlo con ojos propios, y sor Teresita era su mano derecha. A la vez que recorría las casas más míseras del pueblo, con esa cabeza avispada que

Dios le había dado, sería capaz de sonsacar hasta al más tonto del pueblo lo que ella necesitaba, que no era ni más ni menos que la localización de aquella mujer que, aunque solo vio durante unos minutos envuelta en dolores de parto y sollozos, jamás olvidaría. Y para ello solo contaba con la certeza de que gozaba de la confianza de su madre y con el físico de aquella mujer que siempre quedaría grabado en su cabeza.

## CAPÍTULO XVII.

*“Amor trompetero, tantas veo, tantas quiero”.*

Rosita degustó con ganas el sucedáneo de café con leche migado y un pepino aliñado con aceite. Una vez hubo terminado, se echó por encima del camisón la toquilla de su madre y marchó al corral a recoger los huevos que habían puesto las gallinas en la cesta de mimbre que siempre usaban para ese menester. No pudo evitar notar azoro en las mejillas cuando escuchó un silbido a modo de galanteo, que venía de más a allá de la tela metálica que separaba el gallinero que servía de linde con el camino vecinal. Su instinto le hizo alisarse el pelo desmarañado de la noche pasada, pues ni la cara se había lavado.

Sus entrañas le decían que aquella lisonja mañanera solo podía salir de la boca del señorito Hilario, que a saber el tiempo que llevaría escondido tras el árbol grande esperando su salida. Eran muchas las veces que lo hacía, aunque ella solía detectarlo a través de la ventana para que le diera tiempo a ponerse en condiciones, pero el muy ladino, ni tiempo le había dado a atusarse las greñas.

—Buenos días, prenda.

—Buenos los tenga usted, señorito.

—Aun sin lavar la cara y sin recoger la melena estás bonita, que eres como el sol que sale al amanecer.

—Deje... deje, señorito,... que va a salir madre y me caerá una buena.

—Dile que me he pasado a comprar huevos.

—Como usted diga... Voy a recogerlos y se pone de acuerdo con madre en el precio.

—Espera... espera, mujer,... no corras tanto. Que me gustaría parlamentar un poco contigo, buena moza.

—No le entiendo, señorito.

—Hablar Rosita... hablar un poco contigo. Que no hay manera de encontrarnos a solas y no será porque no ponga empeño en ello. ¿Qué le voy a hacer si tu madre te controla como controla el carcelero al preso?

—Algo de ojeriza le tiene madre, señorito, que cuenta me he dado de ello.

—Lo sé, niña, lo sé, y no me explico a qué se debe el encono.

—Y no solo a usted, su padre tampoco le pasa por las tragaderas.

—¿Y yo, prenda? ¿Te paso a ti por las tragaderas? En realidad es lo único que importa.

—¿Qué cosas tiene, señorito! —dijo la muchacha, sin siquiera levantar la vista del suelo.

—Me preguntaba ¿si serías capaz de dar esquinazo a tu madre al atardecer y encontrarnos en el camino a la huerta?

—No me dejará.

—¿No serás tan boba de contarle que vas a reunirte conmigo?

—¿Y qué le cuento?

—Que te apetece algo de lo que tengáis sembrado para comer mañana y vas a cogerlo. Te espero cuando las campanadas de la iglesia den las siete, a esa hora todavía no ha llegado la noche y tu madre no se negará. Si vas allí estaré esperando. Si no apareces lo tomaré como que no has podido convencer a tu madre, pero a partir de esta tarde, allí me llegaré cada anochecer hasta que pueda verte a solas, Rosita. Has de saber que no puedo ni conciliar el sueño pensando en esa carita que te ha dado Dios, ni en tus

andares, ni en tu porte, ni en esa boca que muero por hacerla mía.

—¡Por Dios, señorito, no me diga eso!

—Verdad es como que me llamo Hilario.

—¿Puede saberse que se le ofrece a estas horas de la mañana?

—Buenos días, Edelmira... pasaba por aquí y he visto a la niña recoger los huevos. Me preguntaba si tendrías a bien venderme una docena.

—Por tonta no me tengo... que para tales faenas suele usted mandar a alguna de las muchachas.

—Ni yo por boba te tengo, Edelmira, me pillaba de paso, no pienses lo que no es.

—Pensar es libre, y pienso lo que se me viene en gana

—No sea borde, madre, que el señorito solo me ha pedido unos huevos.

—Tú a callar y para adentro, que aquí no pintas nada. Que de sobra me sé los tejemanejes del señorito.

—Que mal pensada eres, Edelmira. De casta le viene al galgo.

—Usted lo ha dicho, que casta me sobra y sé lo que me digo. ¿Cuántos huevos quiere?

—Los que tengas, pero no los llevaré yo. Te mandaré a una de las muchachas a la tarde.

—Quede con Dios.

—Con él quedaré, y lo mismo te deseo.

A Rosita un color se le iba y otro se le venía, pensando en la excusa que le pondría a su madre a la tarde. Sabía de sobra que bien no estaba que fuera a reunirse con el señorito, pero en las entrañas le tenía metido, y aunque la sesera le decía que bueno no era lo que iba a hacer, aquellos retortijones de estómago que subían y bajaban no la dejaban razonar. Ni tan siquiera se le venía a las mientes la excusa que dar a su madre, mientras su alma se le



encogía y su corazón latía a mil por hora. ¿Qué tendría aquel maldito que le había robado el entendimiento? ¿Eso era amor? ¿Aquello que le paralizaba el raciocinio, que la tenía medio atontada, que le hacía sentir aquellas cosas maravillosas en el estómago y a la vez le hacía sufrir como un nazareno descalzo cuando pensaba que él pronto casaría con la señorita Pilar? Esa manía hacia ella, que la salía del alma, que a veces hasta la mataría cuando se acercaba a ella, le sonreía y le decía que se pasara por su casa que le iba a regalar los vestidos sobrantes. ¡Como si ella necesitara las sobras! ¡No era eso lo que ella quería que le diera, que se lo metiera en el mismísimo trasero! ¡Dios me perdone por estos pensamientos!, pensó, será el amor que me hace bajar el entendimiento. ¡Tendré que confesar a don Anselmo los pensamientos de odio que me invaden, y los de amor... también los de amor! Aunque se muriera de vergüenza, tendría que hacerlo. Un cura era como mudo. Eso decía él en el sermón de los domingos. Que la confesión era secreta y tendría que trasladarle su misterio si quería que Dios la perdonara por el odio hacia la señorita Pilar y por el amor que sentía hacia el señorito Hilario... que amor prohibido era por su casamiento ¡Maldita la hora en la que decidió casarse! ¿Por qué no lo hacía con ella?

Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara... Madrid Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara. Recuerda Rosita... recuerda el colegio, es lo único que te calma.

Aunque quisiera jamás le dejarían. El boticario siempre la había mirado bien, pero eso no quería decir que la quisiera como nuera, bien sabía que eran más pobres que las ratas, mientras que la señorita Pilar guardaba buen patrimonio, buenas tierras y buenos dineros. ¿Y qué tenía ella? Un vestido para los domingos, las medias de seda que cuidaba como un tesoro y cuatro gallinas, que ni la casa era de ellos, ni la huerta ni nada de nada. ¡Mierda de vida la que le había tocado!

Enseguida se arrepintió de aquellos pensamientos que ofendían a Dios. Nada la había faltado, tenía el cariño de sus padres. Mimos y besos nunca habrían de escasear, ni bocado que echarse a la boca. Tendría que agradecer a la virgen de la Roca el sacrificio de padre... tan lejos de ellas, para ganar los dineros que necesitaban para llevar una vida decente. ¡Maldita fue la hora en la que fue a rondarla el señorito! ¡Malditos los pensamientos que se le metían

en el intelecto! ¡Que le bajaba una sensación por el bajo vientre, que solo se deshacía pensando en él! Juntando las piernas y notando esa sensación pecaminosa que jamás se atrevería contar a nadie... Al cura... a ese sí debería contárselo en confesión. Se jugaba el alma... el infinito en el infierno, ardiendo en llamas por aquellos pensamientos infames que le llevaban a él... y solo a él. La reconcomía la vergüenza de enfrentarse al momento de la confesión.

—¡Maldita sea mi estampa! Pero iré, no puedo luchar con estos sentimientos que me invaden, acudiré a la cita... sea como sea... ya lo creo que acudiré. ¡Que Dios me ayude!

## CAPÍTULO XVIII.

*“Los castellanos, tienen más lengua que manos”.*

Sentada en aquella silla pequeña que ya usaba sor Luciana cuando era superiora del convento, la madre Crista repasaba las cuentas del mes. Muchas no eran las ganancias que dejaban los licores y pastelillos a la comunidad, pero gracias a eso, a los bordados y los donativos de las damas de alcurnia, junto a la dote de las nuevas novicias, iban tirando. Apuntado tenía desde hacía tiempo el presupuesto de la reposición de tejas nuevas en el ala derecha, justo encima de las celdas de las hermanas, que algunas pasaban la noche cambiando los cubos que llenaban los goterones cuando arreciaba la lluvia. Por más que le lloraba al tío Felipe para que les regalara telas para los nuevos hábitos de las monjas, este no soltaba ni tela, ni prenda, ni peseta alguna. Hora iba siendo hacer una visita al boticario con un par de botellas de orujo y dejar salir las dotes de artista con las que Dios le había premiado, no creía que el altísimo se lo tuviera en cuenta, que de un pueblo desgraciado salen grandes artistas, y más desgraciado en cuanto a dinero que el convento, no había otro. La hermana Antonia y la hermana Basilia, iban las pobres dando trompicones por el claustro, ya no les hacían nada los lentes que llevaban, que si no recordaba mal ya entraron de novicias con ellos, y con ellos seguían. Procedió a apuntar en la lista de los próximos gastos las gafas de las dos hermanas, subrayándolo como urgente. Era menester visitar al boticario y

mandar llamar a su madre. Iba para dos años que no la veía, ya observó como la edad había hecho estragos en ella la última vez, y aunque sabía de buena tinta que su salud era buena, no estaría de más comunicarse cara a cara con ella y aprovechar la visita para solicitar el dinero preciso para los remiendos que precisaba el caserón de las celdas. Vergüenza le daba pedir más limosna a Manuel el de Baldeaguas. El tejado de la iglesia puso nuevo, y de todo el pueblo era sabido las limosnas que daba al padre Anselmo para paliar las carencias de los pobres de la zona, a los que ella misma socorría con un buen perolón de patatas diarias. ¡Qué menos que un buen plato caliente para la pobre gente que nada tenía para echarse al buche! Y dos canastos de hogazas recién horneadas que dejaban embutir en leche para los chiquillos a primera hora de la mañana. Bien sabía ella que la hermana María, la encargada de la cocina, salía a la puerta creyendo que nadie la veía y repartía pastelillos a los niños, que le tenían cogida la hora, y más de una vez la vio calentando azúcar para fabricarles caramelos que ellos agradecían con una gran sonrisa y miles de besos que la hermana María reconocía como si fuesen el mejor de los premios. ¡Qué sería de ella sin sus hermanas! Con qué paciencia acogían la falta de dinero a veces, el frío otras, y los madrugones y rezos a los que le sometía el obispado, con horarios escritos que pegados a la puerta de entrada estaban dictados por él. Horarios que la mayoría de las veces ella se saltaba a la torera y cambiaba rezos por costura, y madrugones por coro al atardecer, por lecturas y por dos horas de asueto, en los que algunas cosían, otras dormían y alguna que otra tocaba la guitarra o escuchaba la radio que, aunque las comadres lo criticaran, los tiempos habían cambiado y tampoco era menester que se enterara el obispo de aquellos pequeños premios que ellas mismas se regalaban siempre con la mano oculta de don Anselmo, que era un buen cura y buen padre espiritual y, sobre todo, un buen hombre. Siempre se tomaba con una sonrisa las nuevas “locuras” como él llamaba a todo los artefactos modernos que iba introduciendo en el convento.

Como si de un ademán sin sentido se tratase, se santiguó pidiendo perdón al altísimo por aquellos pensamientos y el libre albedrío con el dejaba llevar su mente.

Ya iban a dar las doce y esperaba con ansia a sor Teresita, a la que había enviado al pueblo con el afán de comprar alguna cosa imprescindible para el

convento. Aunque la realidad era que llevaba dos días aleccionándola para ejercer de espía, y dar charla a unas y otras para llevar a cabo la investigación que se le había metido en la sesera averiguar, y como que se llamaba Cristina que se le había metido entre ceja y ceja encontrar el paradero de aquel hijo que le quitaron de las manos, y que a ella le usurpaba el sueño, que no había noche que no le rememoraran sus visiones aquella escena. Aquel chiquillo gordito y llorón que calló cuando le acercó a su pecho y aquellos ojitos azules que la miraban sin mirar y que jamás recordarían la cara de su verdadera madre. Tan solo don Anselmo y Teresita eran sabedores de aquella pena que llevaba tan dentro, y si el cura algo más sabía, callaba, aunque ella le sometiera constantemente a toda clase de encuestas en cada visita y en cada confesión.

—¡Algo ha de saber, padre!

—Mira que eres tozuda, hija, tendrás que rezar por esa cabeza tan dura que tienes.

—Ya lo hago, padre, que no ejerzo otra cosa desde que entré en estas cuatro paredes. Sabe usted al igual que yo que me trajeron a rastras dejándome en el corazón esta pena que no puedo quitar de encima. Sé que pecado de excomuniación sería que me contara un secreto de confesión, pero nada pasaría si no se tratara de eso. Y sé de buena tinta que usted vivió mi historia.

—¿Sabes lo que eres, hija?

—No, no lo sé.

—Eres igual de cabezota que el tonto que sigue la linde, porque la linde se acaba y el tonto sigue. Deja ya de atormentarte, nada puedo decirte sin ofender a Dios y sin poner patas arriba a una buena familia. Más habríamos de perder con la verdad, que destrozariamos tu vida y la de los demás. ¿O no has pensado que a tu hijo no le gustaría saber la verdad?

—Perdone, padre, pero me parece a mí que el tonto de la linde más parece usted que yo. ¿Por qué habría de enterarse el muchacho? He de ser yo la que sepa si está vivo, con eso y con saber dónde mora me conformo, que en otra cosa no he de meterme. ¡Ya sé que soy monja y lo seré hasta que me muera!

—Pues por eso, porque eres monja debes de cumplir con la obediencia, que hija mía, perdona que te diga, pero tú te pasas la obediencia por el dobladillo del hábito.

—¡Padre, por Dios! ¡Qué cosas dice!

—¿No he de decirlas, muchacha? Ya ni sé lo que me digo, que muchacha te llamo como si fueras una zagala del pueblo, claro... que bien sabe Dios que eso deberías ser, una zagala, y que el altísimo perdone a tu madre por hacer lo que hizo y a mí por hacerme decir tonterías.

—Quede con Dios, padre, ya insistiré la próxima vez, que no he de morirme sin ver a mi hijo, y si no es por su boca, será por la de otro, pero he de verle padre, compréndame, he de verle.

—¡Queda con Dios, hija! ¡Que él te guíe! Y que sea él quien se meta en esa cabeza dura, que para eso es el creador, y ha dejado a este pobre siervo con estos calentamientos de cabeza.

Según recordaba aquella última confesión con don Anselmo, a la vez que dejaba aflorar una sonrisa, escuchó como llamaban a su puerta.

—¿Se puede, madre?

—Pasa, Teresita, pasa. En ascuas me tienes. Ya sé que no es propio de una superiora estar en ascuas, pero lo estoy. Antes de que me cuentes nada, estarás fatigada, voy a pedir a sor María que nos ponga unos chupitos.

—¡Deje, madre, que ya voy yo!

—¿Cómo he de decirte, querida amiga, que no me llames madre cuando estemos a solas?

—Lo sé, Crista, lo sé, pero es que luego se me escapa delante de la comunidad.

La hermana María entró con una bandeja portando unos vasitos, una botella recién abierta de uno de los múltiples licores que elaboraban y otra bandeja con unos trozos de queso y dos rebanadas de una hogaza que había sobrado del desayuno.

—Gracias, sor María, no sé lo que sería de este convento sin ti.

—Sin usted no sería nada, madre, que mucho tenemos que agradecerle las hermanas por lo buena que es con nosotras, por lo caritativa y por otras cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Cree usted, madre, que se me escapa como hace la vista gorda cuando le doy a los chiquillos los caramelos con el azúcar, estando tan escasa? ¿Y los permisos que le solicitamos una y otra para ver a la familia? ¿Y las noches que pasa sin dormir pensando en la supervivencia del convento?

—Que buena eres al juzgarme así, querida hermana, no creas que soy tan perfecta, y no creas que el sueño me lo quitan los problemas del convento, que de todo hay en la viña del señor.

—Buena frase, madre, aquí estoy para lo que precise, sabe que las hermanas la queremos como a nuestra madre verdadera.

—Anda, anda, adúladora, ve a tus quehaceres y pillá un chupito.

—No, si ya lo hago, madre.

Aquel comentario les saco una carcajada a las tres.

Cuando quedaron solas, después de un traguito y un bocado de queso, la hermana Teresita pasó a referirle a la madre Crista sus indagaciones en el pueblo, que siendo la tercera vez que lo hacía y conociendo que las dos primeras sus pesquisas fueron inútiles, esta vez, puso una sonrisa de oreja a oreja creyendo traer noticias que fueran del agrado de su querida amiga.

—Suelta ya, Teresita.

—Está bien, lo primero es lo primero y de buen escribiente es ser buen lector, así que empezaré por el principio.

—Comienza entonces.

—De camino a la plaza, me crucé con alguna de las mujeres del pueblo, concretamente con Antonia la pajarera, que como sabrás lleva en el pueblo toda la vida de Dios. La saludé y después de decirme que rezáramos por ella,

porque tiene el estómago algo pocho... Apúntalo.

—¿Qué quieres que apunte?

—Que recemos esta tarde por el estómago de Antonia la pajarera, que lo prometido es deuda.

—¡Santa María! Apuntado queda, sigue de una vez.

—Bien... pues como iba diciendo, después de informarme de todos los eructos que le vienen antes y después de las comidas y de ponerme al tanto de como andaba su familia y mil cosas de las que ya ni recuerdo, me atreví a decirle:

—Verás, Antonia, ¿serías discreta si te pregunto algo?

—Se lo juro por la virgen de la Roca.

—Me pareció sincera, porque jurar por la virgen de la Roca, es un juramento muy gordo.

—Ando buscando un chiquillo que dieron en adopción hace más o menos veintidós o veintitrés años —le comenté. No dije la fecha exacta para no dar demasiadas pistas.

—Hiciste bien, Teresita... hiciste bien.

—Cuentan que se lo quitaron a la hija de una familia adinerada de la provincia y, si no estoy mal informada, llegó a estos contornos.

—¿Pero, Teresita, si no sabemos si anda por aquí?

—Bueno... por algún sitio habrá que empezar... digo yo.

—Dices bien.

—Ay, hermana, si yo le contará —prosiguió la pajarera, a lo que yo le remití:

—Pues cuenta, hija, cuenta.

—Por esas fechas hubo varias mujeres de la zona que emprendieron viaje, con la excusa de tomar las aguas en algún que otro balneario, aludiendo que

el embarazo les hacía padecer el mal de la melancolía unas, y el de los pulmones otras.

—Sigue... sigue, hija.

—Pues como le iba diciendo, hermana, a la vuelta, algunas a los cinco meses, y las demás a los seis o siete, vinieron casi para dar a la luz. Y muchos fueron los rumores que corrieron por el pueblo. ¡Ya sabe usted, hermana!

—Pues no... si no me lo cuentas no lo sé, hija mía.

—Pues que las comadres corrían las voces como corre la pólvora, que aquello eran preñeces falsas. ¡Vamos, que compraban los chiquillos! Y para disimular se largaban para que nadie notara que no crecían las tripas.

—¿Y sabrías decirme quiénes fueron las compradoras de niños?

—Bueno hermana... es solo un rumor, cosas de los pueblos, ya sabe usted.

—¡Qué me vas a decir, hija! Claro que lo sé, que aunque una esté encerrada en el convento, no te creas que no se me llenan las mientes de la vida mundana.

Y con tan mala fortuna que cuando Antonia la pajarera iba a soltar la lengua, se acercó Luisa la tuerta a que le diera la bendición. ¡Como si yo fuera un cura! ¡Ni que nosotras pudiéramos bendecir a las personas como si fuéramos santas!

—Sigue, sigue.

—Pues eso, que le dije, que para pedir bendiciones a don Anselmo, que yo solo era una pobre monja, y cuando quise darme cuenta, la pajarera se me había extraviado. Y no sabía cómo quitarme de encima a la Luisa, le tuve que decir que nuestros rezos de la tarde irían dirigidos a ella. ¡Apunta!

—Apuntada.

—Seguí camino adelante y casi llegando a la plaza, a unos metros escasos de la tienda de coloniales del tío Felipe, se arrodilló a besarme la cruz del cordón Marina la alta, ya sabes, la mujer de don Gerardo, el alcalde. Y la



mujer me contó que andaba algo escamada con el marido, que de todos es sabido que el hombre ha sido de toda la vida algo mujeriego, que ella andaba algo mosca. ¡Ya ves tú! ¡Como si nosotras supiéramos de esas cosas de infidelidades! Y sobre todo de don Gerardo que es un bendito de Dios, que cosas se le ocurren a esa mujer, que es más mala que la tiña.

—Sigueee.

—A lo que iba, no me quedó más remedio que decirle que seguramente eran habladurías del pueblo, que nadie tenía culpa de que su marido siempre hubiera sido un buen mozo y que de todos es sabido que desde que el hombre es hombre y la esposa mujer, el hombre es de la calle y la mujer de la casa.

—Anda que tú también ¿se te ocurren unas cosas? Solo te ha faltado decirle que se viniera al convento.

—Bueno, Crista, eso lo decía mi madre.

—¡Pues muy mal dicho!

—Total, que le he tenido que prometer que rezaríamos por ella.

—¡Santa María de la caridad! ¡Has prometido tanto rezo que vamos a tener que estar rezando hasta la noche!

—Sea como sea, apunta a Marina la alta.

—Apuntada queda. Aunque a algunas hermanas no les va a gustar, que sé que no goza de muchas simpatías en el convento.

—¿Y eso por qué?

—Porque dicen que Gerardo, el alcalde, en sus tiempos era un buen mozo, y Marina ya sabes cómo era : larguirucha y delgada, le sacaba dos cabezas, fea, ¡fea era una rato!

—¿No entiendo la manía de las hermanas? Ya tenía bastante la pobre por ser fea.

—Fea y mala, Teresita... muy mala, pregúntale a sor Basilia, el encono que le cogió a la Edelmira por ser la moza más guapa, creyendo que le iba a

quitar a Gerardo el alcalde, que aunque no lo era por entonces, si era acaudalado y de buena familia, y bien sabe Dios que se fijó en ella, por consejo de su padre para unir fortunas, como hacen por estos contornos. El pobre hombre hizo de tripas corazón y se casó con ella, y según cuentan después del casorio miraba por encima del hombro a unas y otras.

—Mucha malquerencia le han tenido en el pueblo a la Edelmira, por ser guapa, solo por eso, que a formal y buena mujer no hay quien la gane.

—Y por las maldiciones, Teresita, no se te olvide.

—Que yo sepa todavía no ha maldecido a nadie, y más vale que no lo haga, que aunque muchos piensen que son bobadas, otros que se trata de brujería y algunos de supersticiones, yo te digo que es un don... Un don que tienen las mujeres de esa familia, que se van pasando de unas a otras.

—Bueno, a lo nuestro, mañana te llegas a casa de la pajarera y le dices que hemos rezado por ella, le acercas unos pasteles y una botella de licor de hierbas, que ya sabes que sana los males del cuerpo, y a lo tonto, a lo tonto, sigues con la matraca.

—Eso haré, Crista, aunque no sé si lo que estamos haciendo te hace bien, o al final quedará en algo que jamás puedas sacar de la sesera.

—Lo que no puedo sacar del raciocinio es la duda, Teresita... la duda, que me está matando. ¿Seguirá vivo mi hijo? ¿Sufrirá? ¿Le habrá tocado vivir una buena vida? Solo con eso me conformo, no pienses que voy a ir por ahí deshaciendo familias.

—Dicho queda, Crista, sabes que siempre podrás contar conmigo, en primer lugar porque eres la madre de este convento y en segundo porque eres mi amiga del alma.

—Dios te lo premiará, Teresita.

—Con que quedes tranquila me doy por bien pagada.

## CAPÍTULO XIX.

*“Cada loco con su tema, y cada lobo por su senda”.*

Faltaba media hora para que dieran las siete campanadas en el reloj de la iglesia de la plaza y la sesera de Rosita era un mar de dudas. En nada debería buscar una excusa para acudir a la huerta y sabía perfectamente que su madre la seguiría con mil ojos y se preguntaría el porqué.

Solo de pensar que estaría esperándola le ardía el alma. ¿Y si no acudía a la cita? ¿Si le daba plantón? ¿O si llegara a oídos de su madre que se veía a escondidas con el señorito? Ni pensarlo siquiera quería. Sería capaz de llevarla al convento de las dominicas y dejarla allí encerrada ¿Pero cómo vivir con la zozobra de lo que podía haber pasado? De sentir esos ojos mirándola con aquella sonrisa que se le agarraba a los sentidos. Se moriría sin él, tenía que verle, guardaría recato, pero su corazón explotaría si no le contemplaban sus ojos.

—Te veo muy pensativa, chiquilla, ¿te pasa algo?

—¿Qué ha de pasarme, madre? Bueno para serle sincera sí me pasa.

—Pues si en mi mano está arreglarlo, suéltalo.

—No quedan tomates.

—¿Y eso es un problema?

—Si lo es madre... Para mí sí lo es. Que ya tenía en la mano la aceitera que contiene el aceite para aliñarme un par de ellos con cebolla y pepino, y al ver que la canasta andaba vacía, casi me mareo.

—¿Será posible la gazuzona ésta?

—Todo lo que quiera, madre, pero ya me había hecho ilusiones.

—A quién se lo cuente, no se lo cree. ¿Serás caprichosa?

—Me llevo en un momento a la huerta y pillo los que estén maduros, para

esta noche y para el desayuno de mañana.

—Está bien, coge la cesta de las verduras y rapidito, no te desvíes del camino, que hay ojos que lo ven todo.

—¡Que bobadas dice a veces, madre!

—Tú anda derecha y nada ha de pasar, que el árbol que crece derecho da buena sombra.

—En un rato vuelvo.

—No tardes.

—No tardaré, madre.

No sabía si correr, dar zancadas, o andar despacio para hacerse desear, aunque lo que verdaderamente deseaba con todas sus fuerzas era verle. Verle de nuevo, solo eso, observar aquellos ojos azules que la envolvían, que la dejaban ese desasosiego que invadía su mente, sus entrañas y se pegaba a su corazón, haciendo que latiera a mil por hora, y que recostada en la cama le llevaba a mundos extraños, a situaciones envolventes que jamás había vivido, a juegos multicolores, a los caballitos y a la noria que ponían en las fiestas del pueblo, a la explosión total de sus sentidos que le obligaban a dejar que la madeja de los pensamientos se enredara y desenredara, que sufriera y gozara, que la algarabía se multiplicara haciéndole perder el control de todo lo que hasta entonces había sido su vida, la rutina que envolvía cada paso que daba, los consejos de su madre, los besos de su padre, el conformismo con el que había actuado, hasta que aquel hombre se la prendió en el alma y la robó el sentido.

Había acudido a la cita. Le contempló de lejos. Su mirada se mezcló con la suya como la del vigía del barco que descubre tierra. Permanecía sentado en el suelo, en un remanso cercano a la huerta, la chaqueta le servía de asiento, mientras los tres primeros botones de su camisa permanecían desabrochados, dejando ver el comienzo de su pecho fornido. Se levantó al ver que se acercaba y alisó la americana de pana para que ella pudiera tomar asiento a su lado. Se sintió pequeña, insulsa y pobre. Jamás podría competir con aquella elegancia, con su forma de vestir, con el sentido del saber estar,

ni con la señorita Pilar que parecía estar hecha a su medida. Ese pensamiento hizo que su sonrisa al ver su presencia se tornara en tristeza y, en realidad, perenne, ya que por mucho que quisiera cambiar sus sentimientos siempre estarían dentro de ella los demonios que hacían realidad la verdadera situación de sus vidas.

Solo con ofrecerle la mano y notar su calidez desaparecieron los malos pensamientos y las emisiones negativas que habían comenzado a invadirla. Dejó que la ayudara a sentarse a su lado, sintiendo su cuerpo al lado del suyo. No pronunció palabra hasta que la rozó al aposentarse a su lado, se limitó a mirarla fijamente a los ojos y, en un gesto a modo de tic, le separó un mechón de pelo que cubría sus ojos y lo dispuso hacia atrás. Aquello hizo que su corazón saltara en mil pedazos. Deseó con todo fervor que la besara, y mil cosas más que la razón le negaba pero que sus entrañas pedían a voz en grito.

—No estaba seguro de que fueras a venir.

—Yo tampoco, señorito, ha sido así, como de repente.

—No vuelvas a llamarme señorito.

—No sé cómo llamarle entonces.

—Solo tengo un nombre.

—No sé si podré hacerlo.

—Inténtalo, por favor.

—Lo haré. No dispongo de demasiado tiempo.

—El suficiente para dejarme ver esos ojos que me tienen comido el corazón.

—No me diga eso, señorito.

—¿Por qué no habría de decirlo si es lo que siento?

—Pero está próximo su casorio con la señorita Pilar; y además estaría mal.

—Mi casorio es obligado, niña, no sé qué hacer para remediarlo. Solo

quiero que me digas que sientes lo mismo que yo.

—De sobra lo sabe, señorito, pero tenga en cuenta que si se enterara madre me mataría.

—Nos mataría a los dos. ¡Menudo genio gasta!

—Tengo que irme.

—Espera, prenda, ¿es que no vas ni tan siquiera a dejar mirarme en tus ojos?

Rosita le miró fijamente para complacer su petición y no pudo remediar cerrar los ojos, negándose a sentir esa mirada que le calaba el alma, y ese gesto aprovechó Hilario para engancharle en sus brazos y besarla en los labios dejando sentir en ese sentimiento toda su alma, todo el deseo reprimido, toda la mentira a la que estaba sometida su vida al obligarle a pasar toda su existencia con una mujer por la que no sentía nada. Reflejó en aquel beso su ternura, la de verdad, la que le salía de las entrañas, la pasión reprimida durante tanto tiempo. ¿Qué le estaba pasando? Jamás había sentido algo así. Ese beso fue la culminación de aquellos sentimientos escondidos, la verdadera razón que llevaba prendida dentro del alma. ¿Y qué iba a hacer ahora? ¿Cómo luchar contra aquello? ¿Tendría valor para enfrentarse a su padre? ¿Para dejar a un lado sus tierras? ¿Su fortuna? ¿Su herencia? ¿Cómo decirle a Pilar sus verdaderos sentimientos? ¡Que Dios le diera fuerzas para rechazarla! ¿Qué derecho tenía a perderse en su vida? Era todavía una niña... No podía hacerlo, aunque le fuera la vida en ello. Aunque le hubiera robado todo lo bueno que quedaba de él.

—Esto es un error. ¡Vete Rosita! ¡Vuelve con tu madre! ¡No voy a dejar a Pilar por ti! ¡No temas no llamaré tu atención! No puedo hacerlo... no debo.

—Si eso es lo que quiere... me voy —dijo Rosita, acariciándose los labios aún húmedos de aquel beso que se le había quedado prendido en el corazón.

La lucha interior le estaba matando, la tenía ahí colgada de su abrazo todavía y le estaba pidiendo que se marchase. No se reconocía, jamás había dejado pasar moza alguna teniéndola tan cerca. Cuando vio caer una lágrima

de aquellos ojos tan verdes, no pudo, no lo evitó, no quiso, el alma le quemaba al sentirla tan cerca. Le acarició la cara y limpió con su boca aquellas gotas saladas que resbalaban por sus mejillas.

—¿Usted no me quiere, señorito?

Se le derrumbó el alma, sintió un latido en las sienes y una congoja interior por primera vez en su vida, un sentimiento profundo y sano: afecto, dolor, tristeza, pesar y calor... Un calor intenso que le rompía la conciencia. No podía moverse, solo quería acariciarla, sentirla cerca, tenerla a su lado y hacerla suya. ¿Eso era amor? ¿Qué era aquello que le reprimía aun cuando su cuerpo y su ego le pedían poseerla, y que era más fuerte que él?

—No me quiere, ¿verdad?

—Te quiero más que a mi vida —dijo con una voz que no reconocía, con una voz que le salió de lo más profundo del alma.

Ella cambió el gesto de tristeza de su cara por una sonrisa que le enterneció por completo. Volvió a besarla, esta vez con más dulzura, con más cariño. Estaba seguro que era su primer beso y puso en su boca todo lo que le dictaba su corazón, todo aquello que estaba sintiendo por primera vez en toda su vida. Acarició sus labios con su boca, despacio... dejando que ella sintiera por vez primera lo que significaba la delicadeza, el desahogo y los sueños. Que recordara toda su vida el calor que él había puesto, el amor reprimido y ese cariño desbocado que jamás podría dejarse ver.

—Deja que te mire, princesa.

—Qué cosas dice, señorito.

—Solo quiero mirarte, grabarme cada milímetro de tu cara en el pensamiento para tenerte siempre presente.

—Tengo que irme, madre se estará preguntando la causa de mi tardanza.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Será difícil, me tiene muy controlada.

—Cuando puedas venir, déjame una nota enterrada bajo el árbol grande,

al pie del camino del Roncal.

—¡Que ocurrencias tiene, señorito!

—¿Quieres dejar de llamarme señorito?

—La costumbre.

—Pasaré todos los días, estaré pendiente y quiero que sepas que no pensaré en otra cosa hasta que vuelva a verte.

—Yo también.

—¿Tú también qué?

—Que pensaré en usted, señorito Hilario.

—Te quiero, princesa.

—Adiós, señorito, yo también.

—¿Tú también qué?

—Pues eso... que le quiero.

La vio marchar hacia los regueros de la huerta y dejó reposar su mirada hacia aquella figura que le había robado el alma. Se agachaba a coger tomates, que iba introduciendo en aquella cesta de mimbre vieja y gastada, con aquellas manos de seda que deberían estar cuidadas como las de una princesa. Al fondo la cúpula de la iglesia sobresalía por entre las casas del pueblo, recordándole su próxima boda con Pilar. ¡Maldito su sino! ¿Qué había hecho para tener que ocultar sus sentimientos? Cada vez que besaba a su novia, la besaba a ella, a aquella muchacha que se le había metido en la sesera y no le dejaba pensar; y cada vez que cogía su mano, cogía la de Rosita; y cuando miraba a Pilar, veía sus ojos verdes como dos faros encendidos que le llamaban. Era como una enfermedad que le estaba poseyendo. Tendría que hablar con su padre. ¿Qué podría perder? Le diría la verdad, que la quería, que la amaba con toda su alma, que aquello no era un capricho de niño rico, ni un pasatiempo de chiquillo. Ella era su vida, no podía pasar sin ella. Tendría que entenderlo, eran otros tiempos, ya pasó la época en que los príncipes debían de buscar princesas. ¡Maldita sea! ¿Para



qué queríamos más hacienda? ¿Y más tierras? Lo sentía de veras por Pilar, sabía que le quería, que estaba muy ilusionada con la boda. Pero solo adivinar la vida que le esperaba al lado de cualquier mujer que no fuera Rosita le daban ganas de tirarse a la alberca y dejar de respirar.

Antes de tomar el camino de vuelta, Rosita volvió la cabeza y observó cómo él seguía mirándola. Miró hacia todos los lados y cuando estuvo segura que no había nadie en su trayectoria le envió un beso, que él, a modo de pantomima agarró con su mano y se la llevó a los labios. Tanta era la tembladera que sentía que se le cayeron los tomates del capacho, comenzando a rodar hacia la linde de la huerta. No pudo evitar que le subieran los colores. ¿Pensaría que era una patosa? Seguro que sí. Se volvió a agachar a recogerlos y encaminó sus pasos hacia el camino del Roncal, que pasado el árbol grande la llevaría hasta su casa. No podía evitar tocarse los labios constantemente, podía sentir su sabor, su aliento, sus manos acariciándole la cara, sus palabras y esos “te quiero” que le rompían el alma. Se le salía el corazón del pecho, podía escuchar sus propios latidos y aunque intentara disimular, madre se daría cuenta. ¡Virgen de la Roca ayúdame! ¡No sabré disimular lo que me está pasando! ¡No sabré! ¡Ayúdame virgencita!

El señorito Hilario regresó a casa, no sin antes pasar por la taberna de Benito a tomar un chato. Tenía que pensar, ser sensato en sus palabras. Era mucho lo que se jugaba con aquella decisión. ¿Cómo convencer a su padre de aquella locura? ¡Locura sí! Porque locura era lo que sentía por la niña. Deshacer la boda. Serían la comidilla del pueblo ¡Que digo del pueblo! ¡De toda la comarca! El señorito Hilario con la chiquilla de la Edelmira, las comadres disfrutarían a sus anchas. Su padre ya le había advertido de que aquellos amoríos no le convenían. Jamás había puesto impedimento a sus escarceos con algunas mozas del pueblo, incluso le había reído las gracias diciendo que él también las tuvo de joven. Sin embargo, advertido le tenía que jamás lo intentara con Rosita. ¿A qué venía ese encono contra la chiquilla? Quizá no fuera malquerencia, sino todo lo contrario, puede que le pudiera la conciencia al verla tan zagala, o quien sabe... ¿Temor a las maldiciones de Edelmira? No... no tenía a su padre por un patán, creído en leyendas y tontunas de pueblo. Por más que le daba a la sesera no sabía cómo enfocar el tema; lo más prudente y lo que le dictaba la razón era realizar

casorio con Pilar y entenderse a la vez con Rosita, pero eso no era lo que le sugería el corazón y la conciencia. La quería para madre de sus hijos, despertar con ella cada mañana, pasear por la plaza delante de todo el pueblo, para hacerla su mujer. Ya se encargaría él de pulirla, de convertirla en una señorita, ademanes no le faltaban, ni raciocinio tampoco. Guardaría las normas como dictan los cánones del lugar, le pediría relaciones formales a Marcial y esperaría el año de noviazgo. Sabía que no contaría con el beneplácito de Edelmira. ¿Pero qué iba a hacer ella? Si pudiera convencer a su padre, lo demás sería pan comido.

—Mucho has tardado en recoger cuatro tomates.

—Cuatro no, madre, que había pepinos desprendidos y también los eché a la cesta.

—Muy colorada vienes.

—El calor, del ir y venir.

—Anda, agarra el cuchillo, el del mango de madera, que está recién afilado y parte los tomates para la ensalada, y echa también los pepinos. He cocido un par de huevos y un par de patatas, y con las olivas negras que guardo en el tarro nos vamos a chupar los dedos en la cena. Y cuando acabes, pasa a avisar a la Matilde, que veo que mucho va a ser para las dos.

Una vez terminada la ensalada y puesta la mesa de la cocina, Rosita salió al zaguán y tomó asiento dejando que su mirada se posara en el horizonte. El camino del Roncal, la calle Real, el árbol grande, la cúpula de la iglesia de la plaza, algunos tejados. Ese era su mundo, el de siempre, jamás había deseado algo más. Una vez de pequeña la llevaron a Valladolid a comprar tela para el traje de comunión que le hizo la Matilde, y el misal, y el rosario. Mucho tuvo que ahorrar su madre para permitir que aquel día vistiera como las demás niñas del pueblo, hasta una corona con florecitas le puso en el pelo, que aquel día llevó suelto hasta la cintura. Todavía volaba su mente hasta la salida de la ermita de la virgen de la Roca, donde en fila, salieron primero las niñas, con sus vestidos blancos y una cesta repleta de pétalos de rosa, que iban arrojando por toda la calle, y después los niños, con traje de marinero, diciendo adiós con la mano, como hacen las reinas y las princesas desde sus coches. Don

Anselmo presidía la procesión y detrás del todo la banda municipal.

Estaba feliz, era su día, su padre decía que no había visto jamás niña más bonita en el mundo, hasta don Hilario se lo dijo cuándo, al acabar el desfile, se acercó a su padre y le dio un sobre con dinero.

—Para que le compréis algo a la chiquilla —dijo.

—No hace falta —contestó su madre.

—No seas así, mujer —le reprendió su padre, con la voz algo airada—, que solo se hace la comunión una vez en la vida. Agradecidos le quedamos, don Hilario.

El señorito Hilario, que por entonces ya le sacaba la cabeza, no dejó de mirarla, y al escuchar la contestación de su padre, se acercó a ella y la dio un beso en la mejilla, diciéndole:

—Eras la más guapa.

Su padre y el de Rosita se echaron a reír, ella se puso más colorada que un tomate y su madre la cogió la mano y echó a andar hacia la casa.

—Estás atontada, Rosita. ¿No sabes que van a dar las nueve?

—Se me pasó el tiempo, madre.

—Vete a avisar a la Matilde.

Intentó comer con todas sus fuerzas, pero no podía, no le cabía nada en el estómago, era un nudo, algo que la impedía probar bocado. Sentía rugir las tripas, pero no de hambre, ni de ganas de vomitar, todo lo contrario, sentía una sensación de placidez, de felicidad, de asombro, de angustia, de miedo y de locura. Todo aquello se revolvía, le llegaba a la sesera y se traducían en aquellos besos.

Era como si los volviera a sentir, como si su lengua jugara con la suya y la mordisqueara los labios; y por más que quería quitárselo de la cabeza, no podía... y no quería... no quería. Se estaba volviendo loca. ¡Bendita locura! Jamás había sentido nada igual!

—Rositaaaaa.

—¿Qué pasa, madre?

—Tres veces he dicho tu nombre.

—Está bien, madre, tampoco hace falta me grite.

—Estas en babia, hija mía. ¡Anda ya! Quita la mesa y preparamos un recuelo, que mucho le gusta a la Matilde tomárselo en el porche y ver la caída del sol.

—Razón llevas, Edelmira. No puedo olvidar las tardes en las que mi hombre y yo dejábamos escapar la mirada por entre los tejados mientras degustábamos tras la cena un recuelo como el que nos vas a poner. Su voz pidiendo alguna golosina para acompañar el café, y esa sonrisa, y hasta una carcajada me viene cuando recuerdo aquellos pellizcos que me daba en el trasero cuando iba a la cocina a buscarle las dulzainas.

—¡Que cosas tienes, Matilde! ¡Aquí, delante de la chiquilla!

—Madre, ¿se va a creer que siempre voy a ser una niña? ¿Se piensa que no oigo sus risas en el catre entre padre y usted? Que tonta no he de ser toda la vida... y tiempo es de que me cuente usted las cosas que pasan entre los hombres y las mujeres cuando comparten cama. Llegaré al casorio haciendo el ridículo sin saber nada de nada. Que sé que entre hombre y mujer hay besos, y besos de otra manera, no como los de los chiquillos, o como los que nos damos con la Matilde al despedirnos, y va siendo hora de que me cuente si con los besos se puede traer un hijo al mundo, que voy a cumplir los diez y seis y más parezco una niña de cuna que una zagala que va para casadera.

—¿Será posible la niña esta? ¿De dónde te has sacado lo de los besos? ¿Y lo de los hijos? ¡Válgame el señor! Si le hubiera hecho esa pregunta a mi madre, dos buenos guantazos hubiera recibido.

—Razón lleva la niña, Edelmira, deja de decir tontunas, que eran otros tiempos y la vida avanza. Que ya hemos pasado una guerra y los tiempos han cambiado. ¿Cómo quieres que en un par de años se anuncie como mocita casadera si la pobre anda creyendo que los niños vienen de los besos de los padres? Tú a su edad, ya habías corrido lo tuyo, y mejor me doy punto en

boca, que luego todo se sabe.

—Un compromiso es, que no sé yo cómo empezar con el tema, que ya sabes, Matilde, la forma que tuve de enterarme.

—Por eso mismo, Edelmira, por eso mismo. ¡Apéate del burro! ¡Dale a la sesera! Y has de enfrentarte esta misma noche, que son cosas de mujeres y para eso eres su madre. Debe de estar prevenida por lo que pueda pasar. Deja las tontunas y los cuentos de la cigüeña para don Anselmo y para las comadres, que ellas no han pasado por lo que tuviste que pasar tú.

—Razón llevas, Matilde, esta noche me enfrentaré a ello con todo el dolor de mi corazón. Aunque lo haré, que para una madre no es plato de buen gusto contar ciertas cosas y descubrir que su hija ha dejado de ser niña. Pero remedio no queda.

—No entiendo nada de lo que hablan, madre.

—En cuanto recojamos la cocina, prepararé otro recuelo y tendremos la charla que precisas. ¿No querías saber las cosas que hay entre los hombres y las mujeres? Pues te las voy a explicar, Rosita.

—Pues recojo rápido, madre, cuando antes comience mejor, que deseando está mi sesera en despejar las dudas que como una maraña se enredan dentro de la cabeza.

—Pues halaaa, a la tarea, Edelmira, ¡que Dios te coja confesada! No te precipites y piensa bien lo que le vas contar a la chiquilla, y no mientas, eso déjasele a los curas. Dame un beso, Rosita, y gracias por la cena. ¡Dios os lo pague y quedad con él!

—Que pases buena noche, Matilde.

## CAPÍTULO XX.

“Amor verdadero, el que se tiene al dinero”.

El señorito Hilario se encaminó hacia la hacienda después de haber degustado

los vinos que le habían ofrecido en la taberna de Benito. Mientras, había reflexionado de todas las formas y maneras que le cogían en la mente en cómo enfrentarle a su padre lo que le corría por la sangre, sabiendo a ciencia cierta la respuesta que le esperaba. ¡Más valía que hubiera echado al gznate cinco o seis chatos más!

Ni diez minutos tardó en llegar al portón. Amarró el caballo a la puerta de las caballerizas para que el mozo llevara al animal a su establo y se encaminó a su dormitorio.

Se aseó rápidamente para la cena, sabiendo de antemano que su padre le estaba esperando, degustando un brandy aguardando su llegada.

—Tardanza llevas hoy, muchacho, que andan ya por ahí las muchachas preguntándose si llevan la sopa a la mesa.

—Me entretuve en la taberna del tío Benito, padre.

—Ya sabía yo que no era el trabajo lo que te había demorado.

—Vamos a cenar, padre, he de contarle algo y mejor será que lo haga cuando tenga el buche lleno.

—No me asustes que no estoy para malos tragos.

—Nada de susto le voy a contar, padre, sino todo lo contrario, que es la felicidad y la pura alegría lo que me llama a ponerle al tanto de mis elucubraciones.

Después de una buena sopa de pescado y una tortilla guisada, padre e hijo se sentaron en la entrada a degustar el café, acompañados de una copa de brandy el padre y un licor de hierbas de las dominicas el hijo.

Ya había caído la noche y las largas sombras de los abedules en la lejanía habían sido absorbidas por la oscuridad reinante, tan solo las farolas encendidas a ambos lados del camino que alumbraban la salida de la finca hacia la valla, iluminaban los parterres del jardín delantero y la fuente, que ya el abuelo mandó colocar a la entrada de la casa para dar frescor en las mañanas del estío, cuando el sol dejaba caer sus rayos en toda su plenitud. Los gorriones ya descansaban en las ramas de los olmos y tan solo se

escuchaba alguna piada de los ruiseñores, preparando su canto para adornar la amanecida de sonidos casi celestiales.

—¿Puede saberse que te traes entre manos, muchacho? No has abierto la boca en la cena.

—Guardaba la conversación para el café, padre, es el final del día, la hora del sosiego y el descanso, quizá es el momento en que la cabeza y los trasiegos del día dejan la mente despejada a la lucidez.

—Muy versado andas tú esta noche; déjate de bobadas y suelta lo que tengas que soltar.

—Es la boda, padre, me tiene consumida la sesera.

—¡Acabáramos! Ya sabía yo que la cosa venía por ahí. ¡Pues como a todos cuando nos llegó el momento, hijo! ¿Piensas que me he caído de un guindo? Ya sé que no quieres a Pilar, que la palabra matrimonio asusta, es como si adquirieses una nueva responsabilidad que no tenías... Lo sé, hijo... lo sé... es duro, y más para alguien como tú, que por mucho que lo niegues, mujeriego eres un rato, y no te lo voy a rebatir, que así era yo de muchacho, no hay duda que has salido a mí en esos lares, que nos gustan las mujeres más que a un tonto tocarse la verga. Pero cuando llega la hora... llega. Pilar es una buena mujer. La esposa que necesitas, la madre de mis nietos si Dios quiere ha de ser. Buena, hacendosa y te quiere a rabiar, que no hay más que ver la cara de boba que se la pone en cuanto cuelga de tu brazo.

—Sí, padre, lo sé, que ya me ha dado todas las monsergas del mundo, que no se acuerda de un día para otro, pero estará conmigo, que no es plato de buen gusto llevarse a la cama a una mujer a la que no quieres.

—¡Bendito de Dios! ¿Me vas a venir ahora con que has querido a todas las mozas con las que te has revolcado? ¡Esta sí que es buena! ¡Lo que me faltaba por oír!

—No me entiende, padre... no me entiende, o no quiere entender.

—Pues como no te expliques mejor.

—¿Cómo voy a casarme con una mujer a la que no quiero?

—Pues como todos. ¿O te piensas que las grandes fortunas están hechas de grandes amores? Nadie te está pidiendo que guardes fidelidad, sino que seas precavido. Las cosas bien hechas bien parecen, y cuando quieras, andas para la capital y le das un gusto al cuerpo, aunque no he de decirte que se acabaron las lisonjas y requiebros a las mozas del pueblo. Una cosa es que de vez en cuando echas una cana al aire y otra que avergüences a la madre de tus hijos, que de seguro no ha de merecerlo.

—No me entiende, padre.

—No, hijo, no te entiendo, esta conversación la hemos tenido varias veces, y que yo sepa nunca has estado en desacuerdo.

—Eso es cierto, padre, era cierto... hasta ahora.

—¿Y puede saberse en qué han cambiado las cosas?

—Estoy enamorado padre, enamorado sin remedio, no logro concentrarme en nada, solo vivo para el momento en el que veo pasar a la chiquilla que me quita el sueño. Observo todos los días el amanecer, me sé de memoria la salida del sol entre los abedules que lindan con la valla y no consigo que me entre bocado, tan solo tengo su cara grabada en la mente, su cuerpo de sirena, su sonrisa y esos ojos que iluminan el pueblo entero cada vez que lo cruzan.

Don Hilario no pudo remediar que se le viniera una carcajada desde muy dentro.

—¡Hijo... lo siento... perdona mi risa, pero por un momento parecías don Juan Tenorio!

—Ría..., padre..., ría todo lo que quiera, pero esto no hay quien me lo quite de la mente, de la mente y del alma, esto que siento se me ha agarrado a las entrañas y no puedo, padre, no puedo vivir sin ella.

—Está bien hijo mío... está bien. Vayamos por partes. Has hecho bien en contármelo, cosa que yo no pude hacer con tu abuelo, buen garrotazo me hubiera dado si le hubiera venido con tanto sentimiento y tanta cursilería.

—¿Le pasó a usted lo mismo, padre?



—Te repito lo mismo de antes, Hilario, ¿piensas que eres el único? ¿Crees que yo no me enamoré de otra mujer, cuando ya estaba pactada la boda con tu madre, que Dios tenga en su gloria? Y no solo yo he pasado por eso. ¡Es ley de vida! Los ricos deberán seguir ricos y los pobres... pobres. ¿De dónde sacaríamos la mano de obra que le hacen falta a las tierras? Todo tiene su sentido, su momento y su lugar. La edad, hijo mío, es un grado, por eso los padres han de actuar por el bien de sus hijos, algún día me lo agradecerás.

»Y ahora viene el consejo que debes de tomar al pie de la letra. ¿Quién te ha dicho que no puedes seguir viendo, cortejando y hasta amando a la muchacha que te quita el sueño? ¿Qué tiene que ver eso con la boda? ¿Por qué habría de enterarse Pilar de tus devaneos con otra? Siempre que sepas llevarlo, que seas inteligente, y sobre todo que no la dejes preñada. ¡Eso sería tu perdición!

—Usted no lo entiende, padre.

—Claro que lo entiendo. ¿Qué piensas? ¿Que no he sido cocinero antes de fraile? ¿Que no he caído en tentaciones? El macho, macho es hasta que se muere y la carne llama, hijo, ya lo creo que llama, y no he de contarte, pero cometí el error más grande de mi vida y no quiero que te pase a ti lo mismo.

—¿Qué le pasó, padre?

—Lo que te está pasando a ti. Me enamoré como un loco a las puertas de la boda con tu madre. Y lo he pagado toda mi vida.

—¿Y qué hizo?

—Lo que Dios manda, casarme con tu madre, eso hice, porque era lo que quería el altísimo, lo que debía de hacer y lo que quiso mi padre que hiciera.

—¿Y eso quiere que haga yo, padre? ¿Que lo pague durante toda mi vida?

—Mira que eres cazurro, Hilario, ¿no te acabo de decir que sigas con el enamoramiento con la moza después de casado? ¿Crees que fue eso lo que me aconsejó mi padre cuando ni siquiera me atreví a contárselo? ¿No te estoy diciendo que goces de la vida? ¿Que sigas los cánones pero que si el amor ha llamado a tu puerta no lo dejes? Sin embargo, tienes que tener

en cuenta una cosa, ¡por lo más sagrado te lo pido! ¡No quiero hijos bastardos! Los hijos con Pilar. ¿Me has oído?

—Sí, padre, le escucho... le escucho con toda la atención del mundo, pero no es eso lo que mis oídos quieren oír, lo que quiero que me diga es que deshaga la petición de boda de Pilar y que me case con Rosita. Es con ella con la que quiero casarme, con la que quiero pasar mis días y mis noches, ella es la persona que me quita el sueño, la que se me ha metido en el alma y la que me tiene prendida las entrañas. No puedo dejar de acercarme al árbol grande solamente por verla salir a recoger los huevos de la mañana, con eso me conformo, y al ángelus me paso a la huerta para verla de lejos recoger los tomates en compañía de la Edelmira, que sé de sobra que me mira con malos ojos; y a la tarde me hago el tonto paseando por el camino del Roncal por si la veo salir al porche.

—¡Bendito sea Dios! ¡Te lo prohíboooo! ¡Te prohíbo terminantemente que te fijes en esa chiquilla! ¿Me has oído? ¿Cuántas veces he de decirte que la dejes en paz? ¡Ni la mires! ¡Ni la chistes! ¡Ni le hables! ¡Ni te atrevas a dirigir tus ojos a los de ella! ¡Si me entero que vuelves a rondar su casa te mando a la capital y no vuelves a pisar esta casa! ¿Estás loco, muchacho? ¿No existen más mozas en el pueblo? ¿Tiene que ser ella? ¡Te has vuelto loco de remate! ¡Déjala en paz! ¡Escucha bien lo que te digo! ¡Olvídate del santo de su nombre!

—Padre, ¿se ha vuelto loco? Ha sido nombrar a Rosita y ha saltado como si del demonio se tratase. ¿No me acaba de decir que tenga amoríos con quien quiera, aunque case con Pilar? ¿Qué le pasa a usted con Rosita? Es nombrarla y parece que le picaran las chinches del lugar.

Don Hilario, se tomó de un trago del brandy que quedaba en la copa, se sirvió otro y volvió a tomárselo, con el afán de tranquilizarse y de que las palabras que salieran de su boca no delataran aquel secreto que guardaba en lo más hondo de su corazón.

—No me he vuelto loco, si es lo que piensas, hijo —contestó algo más tranquilo, llevándose la tercera copa de brandy a los labios—, ha sido la rabia del momento... Comprende, hijo, me sabe mal que andes cortejando a una muchacha que es casi una niña, que nada sabe de la vida. Que por si no te has

dado cuenta le sacas unos cuantos años. A eso se ha debido mi zozobra, y además que le he cogido cariño a la chiquilla, la veo como una zagalilla, y la sigo mirando como el día en el que se paseó por la calle Real vestida de blanco en su primera comunión —relató don Hilario, más tranquilo por fuera que por dentro, ya que a punto estaba de que le diera un infarto por lo que acababa de escuchar. ¡Maldita sea ¡ ¿Es que no había otra zagala en el pueblo? ¡Incesto sería! ¡Que hermanos eran por la gracia de Dios! Y por lo que le salió del cuerpo aquel día que arremetió a la Edelmira, que bien sabe el altísimo que fue amor lo que le dictó a hacer lo que hizo, aunque después se arrepintiera más de cien veces. ¡La quería tanto... tanto! Y la tenía tan cerca, y bien sabía la santísima virgen de la Roca que todavía se le removían las entrañas cada vez que la veía pasar con ese aire altivo, con esa cintura estrecha y ese cuerpo que le cortaba el alma cuando la veía pasear por la plaza con la niña. ¡Con su hija! ¡Pues su hija era! Que aunque la chiquilla había heredado la belleza de la madre, en los portes y los andares se parecía a él. Con cuánta galanura movía las manos, como si clases de protocolo de reinas hubiera tomado, y ese movimiento elegante y fino, digno de una princesa. Bien sabe Dios que le hubiera gustado pregonar a los cuatro vientos que era su hija. Se le removían las entrañas por no poder hacerlo. Y ahora... se repetía la historia... La virgen le guardara por lo que podría pasar. ¡Hermanos de padre eran! Y callado debería seguir aquel secreto que solo sabían la Edelmira, el padre Anselmo en confesión y él, y quizá la Matilde, que no se le pasaba por alto la mala leche con la que le miraba cada vez que entraba en la botica.

—Has de hacerme caso. Espero que no hayáis llegado a mayores. Búscate a la moza que quieras para desahogo que ya me encargaré yo de quitar las consecuencias. ¡Pero a la Rosita ni acercarte! ¿Lo entiendes? ¡Ni acercarte! ¡Que se te olvide el santo de su nombre!

—No le entiendo, padre, bien sabe Dios que no le entiendo, y si me está permitido decirle, ni usted a mí, no ha comprendido en absoluto lo que quiero decirle.

—¿No será porque no te has explicado bien?

—Debe ser que no, padre, o no me he explicado, o usted no me ha

entendido. Jamás he pretendido acercarme a Rosita con malas intenciones, me cortarí­a la mano antes de tocarla con malas artes o a destiempo. Le acabo de plasmar lo que siento por ella, mis sentimientos. Es la dueña de mi vida, de mis noches y mis días, de todos mis pensamientos, y para madre de mis hijos la quiero. Ha de convertirse en mi esposa y tenemos que deshacer la petición de matrimonio de Pilar.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia sería! \_Contestó fuera de sí.

—¿Pero qué dice, padre? ¿Se ha vuelto loco de repente? ¿Blasfemia? Está hablando como don Anselmo y mucho me temo que usted no es el más indicado, pues sus buenas juergas ha corrido de soltero, y de casado, que más de una comadre me ha venido con el cuento.

—¿Cómo quieres que deshaga una boda en la que el ajuar de la novia está preparado? No soy yo el que se ha vuelto loco, hijo mío. Recapacita. Esto me pasa por haberte consentido tanto. ¡Cómo te quedaste sin madre, tuve que ocupar su lugar! Y bien sabe Dios que nada quise que te faltara, todos los caprichos te di, y ahora estoy pagando las consecuencias. ¡Se acabó tanto capricho y tanta bobada! Te casarás con Pilar como me llamo Hilario! ¡Te casarás con ella! ¡Me darás nietos que perpetúen mi apellido! ¡Mandato de Dios es que las tierras pasen de padres a hijos y después a nietos! ¡Te vas a olvidar de Rosita por las buenas o por las malas! ¡Mañana te voy a llevar al mejor tugurio de Valladolid para que entiendas lo que es el desahogo de un hombre, que por lo visto, todavía no te has dado cuenta! Y si no quieres que hable seriamente con Edelmira de tus escarceos con la zagala, ¡aléjate de ella! ¡Y más vale que sea por bien, que como me pillas con mala hora, juro por los santos de mi nombre que lo vas a sentir! Quiero que a primera hora vayas sin falta a confesar con don Anselmo el sentir que te está arrugando el alma, no vayas a pensar que soy un mal padre y no se ponerme en tu lugar, ya te he dicho que pasé por lo mismo cuando era mozo, y estaba a puertas del casorio; pero lo mío no era tan grave, hijo, lo tuyo sí lo es, no es momento de explicaciones, y quizá no te las pueda dar nunca, pero Rosita está prohibida para ti. Bien sabe Dios que nadie más que yo quisiera que fueras feliz, que llevaras una vida plena y que tuvieras a tu lado a la mujer de tus sueños, pero no ha de ser así. ¡La virgen santísima no lo quiere! ¡Y ni el mismísimo sacramento lo permite!

Hilario se terminó de un solo trago la segunda copa de orujo, y con un saludo de cabeza a modo de despedida hacia su padre, se levantó del cómodo sillón y se dirigió a sus aposentos, subiendo las escaleras de dos en dos, no sabiendo bien si era pena o rabia lo que le consumía en esos momentos. ¡Maldita la hora en la que Dios le hizo rico!

Sin tan siquiera desnudarse se tumbó sobre la cama. Por más que le daba vueltas a la mollera no le encontraba explicación a las palabras de su padre. De sobra sabía que le iba a costar un trabajo atroz deshacer la boda con Pilar, incluso más de cien conversaciones habría de tener para que su padre le diera la vuelta a las cosas. Pero no era eso lo que le escamaba, sino el cambio de gesto, de mirada y ademanes de su progenitor al nombrar a Rosita. Fue como si le hubieran pinchado. Sin duda sentía un cariño especial por la chiquilla, claro estaba que le dolía más el daño que pudiera recibir la zagala, que el dolor que sentía su propio hijo. ¿Si tanto la quería porque no la dejaba entrar en la familia? Mal lo tenía, quizá debería tratar por todos los medios de olvidarla, pero la llevaba tan dentro... ¿Qué le había dado la chiquilla para robarle el alma de esa manera? Sería tan fácil cogerla entre sus brazos y hacerla sentir el amor que él podría darle. Abrazarla y hacerla ver el infinito, besarla repetidas veces y hacerla suya. Aquello le estaba matando, no se tenía por un hombre bueno, de sobra sabía que había sido un haragán toda su vida, se lo habían dado todo hecho desde que cumplió los catorce, fue de falda en falda y a más de una había amargado la vida, concibiendo hijos bastardos, y en más de un caso había pagado a Flora, la curandera de Villabeza, para que remediara quitando del medio los frutos de sus malas artes, después de soltar a los padres sus buenas monedas, con las que vivirían de balde casi un año, para que permanecieran con la boca cerrada.

Estaba pagando sus malos hechos, Dios le estaba castigando. Se moría por hacer suya a Rosita. Sin embargo, algo se lo impedía, algo que salía de muy adentro, de las tripas, de las entrañas, del entendimiento y quizá, por primera vez en su vida, aquella chiquilla le había hecho ser buena persona, quizá sin tan siquiera pretenderlo. Con su inocencia y su virtud le había hecho sentir lo que era el amor verdadero.

## CAPÍTULO XXI.

*“La verdad, aunque severa, es amiga verdadera”.*

Edelmira recogió los pocos platos del fregadero después de lavarlos y los colocó en el vasar. Preparó la achicoria para la Rosita y para ella, y se sentó en el pequeño porche a contemplar cómo caía la noche. Allí la niña la esperaba con el afán dibujado en la cara. No sabía de qué forma iba a enfrentar lo que le tenía que contar a la chiquilla, no era versada en letras, aunque sabía leer, y tampoco era lo suyo soltar grandes parrafadas, su carácter había sido siempre más bien callado, la experiencia le decía que era mejor escuchar. La mayoría de las veces cuando se habla se peca, sin embargo sabía que su hija la estaba esperando como agua de Mayo.

La luz del farol que colgaba del techo estaba envuelta por los pequeños dípteros que daban vuelta tras vuelta a la luz como si de un acto reflejo se tratara. El árbol grande cubría con sus ramas parte del camino del Roncal que desembocaba en la calle Real que les conducía a la plaza. Aquella era su vida, su día a día. Desde que marchó el Marcial, comenzó a invadirla una tristeza que jamás había conocido: “Nostalgia de hombre”, lo llamaba la Matilde. Tontunas de mujer de pueblo, pero cierto era que le echaba de menos. ¡Tanto... que hasta dolía! Deseosa estaba que llegara el domingo. Y para colmo de males tenía que enfrentarse ella sola a la charla con la Rosita, aunque bien pensado, de nada le hubiera servido el Marcial. Cosas de mujeres eran, no pintaba nada su padre en aquella conversación, que por otro lado le hubiera dejado avergonzado. No estaban los hombres preparados para tales menesteres. Miró a la Rosita de refilón. ¡Era tan joven! ¡Tan niña todavía! ¡Dios se la guardara muchos años! ¡Que no tuviera que pasar por lo que a ella le tocó pasar aquel mal día! Tan escondida llevaba su verdadera tragedia, que a nadie se lo había contado, ni siquiera a la Matilde, ni a don Anselmo en confesión. ¡Dios se lo perdonase! Pero no se atrevió. ¿Cómo iba a atreverse a contar a nadie que desde chica su sesera solo pensaba en el boticario? ¿Qué se reconcomía todas las noches, y hasta que el sol salía seguía pensando en él? ¿Cómo contar que cuando le agarró el vestido aquella tarde, su mirada no

reflejaba vehemencia sin control? ¿Cómo decir a nadie que aquel hombre reflejó amor en todos sus sentimientos? ¡En la forma de tratarla, de quererla, en sus palabras, en sus “ te quiero” , en sus caricias, a las que ella no se negó, porque le llegaban al alma, aquellos besos correspondidos que jamás pudo volver a sentir. En las lágrimas volcadas por los dos, abrazados, después de que la elevara hasta la montaña más alta. En aquella despedida en la que él se volvió a mirarla llorando como solo puede llorar un niño. ¿Cómo contar que ella consintió aquel amor que tanto tiempo llevaba desgarrándole el corazón? Se levantó, se rasgó la ropa, se arañó ella misma, y caminó hacia su casa. Después lo pensó mejor y volvió al sitio donde había sentido el amor por primera vez en su vida. Allí la encontró su madre, callada y llorando, dejó creer a todos que de una violación se trataba. Fue cobarde, pero su sesera le dictaba que era la única manera. Y, aunque mil veces le conminaron a revelar el nombre del padre del hijo que llevaba dentro, mil veces se negó a contestar. Él se acobardó, y ella también... eran otros tiempos y de nada hubiera servido, aunque de sobra sabía que aquel hombre la seguía queriendo, como ella le quería a él, desde dentro, desde el alma, desde lo más hondo, aunque sus modales y sus palabras hacia él dijeran lo contrario. Por eso no echó maldición alguna y le prohibió a su madre hacerlo, sabiendo el poder que poseían todas las mujeres de la familia. Le quería, le quería con toda su alma y nada malo habría de pasarle. Nada tenía que ver con el Marcial. En realidad, era el hombre de su vida, el que la sacó de aquel atolladero en el que se metió, por su mala cabeza, por amor, o vaya usted a saber. Pero bien sabía Dios que el boticario no la forzó, y en el alma llevaba prendida su mentira, su mala confesión al acusar a Hilario de cosas que no hizo. Aquello lo llevaba adosado a las entrañas y tarde o temprano se lo tendría que contar, tanto a don Anselmo, para que Dios la perdonara, como a Hilario, por haberle dejado cargar ante Dios con todas las consecuencias.

Le sirvió a la Rosita una taza de leche caliente y se sentó a observar la lejanía hasta que, al ver que la mirada de la niña no se separaba de la suya, no le quedó más remedio que afrontar el tema que tanto temía arrostrar.

—Mira, hija, sé que el tema de amor entre hombre y mujer es algo que llega un momento en el que a las mujeres nos rasga el alma. Sin embargo, no creo que sea todavía tu momento.

—¿Se va a echar atrás, madre?

—No, con eso no quiero decir que no hablemos del asunto, que te hablaré como está mandado. Aunque muy bien no lo veo, que ni mi madre, ni la abuela Dionisia hablaron de estos argumentos tan acalorados, que ni tú tienes edad ni yo la sapiencia requerida. Aunque, como dice la Matilde, los tiempos han cambiado y después de pasar lo que pasamos con esta guerra sin pies ni cabeza, ya nada puede sorprenderme.

—Madre, déjese ya de chascarrillos de vieja y explíqueme lo que tenga que saber, que de seguro cualquier día me sale novio y quedaré como la más boba de todo el pueblo.

—¡Bendita sea la virgen de la Roca! ¡Las cosas que se te ocurren! Está bien, que Dios me coja confesada y que sea lo que él quiera.

»»Verás, Rosita, no voy a adornar el asunto con tontunas ni bobadas, todo lo resume una palabra: pasión. Cuando un hombre y una mujer se enamoran surge una pasión oculta, algo que jamás se ha sentido, un sentimiento que nace de lo más hondo, un sentir por el que lo darías todo, que no te deja comer, dormir, y a veces ni respirar. La pasión es el complemento del amor que se siente por la otra persona, es lo que hace querer acariciar y besar a tu hombre, y desear que él haga lo mismo contigo. Sé que todavía no has notado esa conmiseración, pero llegará, te aseguro que llegará, y lo notarás de repente, alguien que se cruza, o quizá con un hombre por el jamás habías sentido nada y, sin saber por qué, se despierta ese efecto misterioso que te deja doblada en dos y no sabes de dónde viene.

—¿Y entonces es cuando te quedas embarazada?

—¡Jesús bendito! ¿De dónde has sacado esa tontuna?

—Y yo que sé, madre... Para eso me está usted contando estas cosas, para aclararme las dudas. ¿No es así?

—Para quedarse embarazada hace falta algo más que sentir y que enamorarse.

—¿Qué hace falta? ¿Un beso? ¿Con un beso te quedas preñada? No se ría, madre, que más parece que le estuviera contando un chascarrillo.



—Perdona, hija, perdona... A veces se me olvida que todavía eres una niña —rectificó—. No, hija, no, con un beso nadie te hace una barriga. Verás lo que te digo, cuando sientas esa emoción, cuando creas que estás enamorada, cuando alguien te haga sentir aquello que acabo de referirte me lo cuentas, y entonces será el momento de explicarte; no creo que necesites saber ahora ciertas cosas.

—¿Y si ya la sintiera, madre?

—¡Jesús! ¿Cómo vas a sentirla? Si no te mueves de mi lado.

—Usted ha dicho que se podría percibir simplemente con que alguien pasara por tu lado.

—Cierto, cierto es, pero no debes confundir sensaciones de chiquilla con estar enamorada. Eso es otra cosa. ¿Y puede saberse quién te conmueve tanto cuando pasa por tu lado?

—No me atrevo a decírselo, madre, pero lo que sí le digo es que esto que me está pasando no es cosa de chiquillas, como usted dice. ¡Estoy enamorada, madre! Y no es de ahora, desde niña, siento lo que siento, aunque se ha ido agravando con el tiempo. Últimamente ni ganas de comer tengo, se me llevan los demonios si no puedo verle, veo amanecer sin poder dormir pensando en él, y claro que me gustaría sentir sus besos y sus caricias y ennoviarme con él, sería la ilusión de mi vida. Moriré de pena por no poder casarme con él, porque no podré madre, no podré, y sé que le quiero, es toda mi vida, daría todo lo que tengo con estar un ratito a solas con él.

A Edelmira le cambió el color de la cara. ¿Qué era lo que estaba escuchando? ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que le pasaba a la niña? Pero si anteayer fue a por tomates porque tenía ganas de comer, claro que si hacía memoria, lánguida estaba, como apagada y sin ganas de nada, pero lo había achacado a la distancia del Marcial. ¡Santo Dios del cielo! ¡Que esto sea solo una bobada de muchacha! ¡Que no se repita la historia! Y si es amor, que pueda pedir casorio con alegría y dignidad, aunque por la cara de la niña se temía lo peor. ¿Tan mala madre era? ¿Una hija solo tenía y no se había enterado de que estaba sufriendo? ¡Pobre hija mía! Solo una chiquilla era y padecer de amores. ¡Santa María! ¡Haz que sea una locura de juventud! Me

duele hasta el alma escucharla y se me parte al verla llorar.

—Cálmate, mi niña, calma, que todo tiene arreglo en esta vida. Que enamorarse no es malo cariño. Si has de ennoviarte, se hará, no llores ni sufras, que en cuanto venga tu padre hablaré con él. Que solo un año mayor que tú casé yo. Antes me tenías que haber hablado de ese sinvivir que llevas dentro. ¿Se te olvida que soy madre? Tu padecer es el mío, hija, deja de llorar, que ya te he dicho que en esta vida hay arreglo para todo menos para una cosa. Te voy a traer una copita de licor de hierbas de las dominicas para que te calme, y me vas a decir quién es el afortunado. Ese que no te deja dormir y por el que estás echando tantas lágrimas.

—No he de decirlo, madre.

—¿Es que no tienes confianza en mí?

—Me matará en cuanto lo sepa.

—Deja ya de decir tonterías. ¿Has hecho algo de lo que tengas que arrepentirte?

—¡Madreeee! Claro que no.

—Entonces no has de tener reparo de contarme de quien se trata.

—No puedo, madre.

—¡Bebe el licor, te ayudará a sacar las penas del alma!

—Deje las cosas como están, olvide lo que le he contado, ya se me pasará la tontuna madre, no quiero seguir hablando del tema. Es más, no debería haber dicho nada. No es menester que sepa nada ni que se disguste por mí, tontunas de zagala han de ser.

—Si son tontunas de zagala, ¿qué es lo que te impide decir de quién se trata?

—Mejor lo dejamos, madre, no se empeñe.

—¡Me vas a contar ahora mismo quién es la persona que trae a maltraer! ¡Por las buenas o por las malas! ¡Me lo cuentas ahora mismo! ¡Ya lo creo que

me lo cuentas!

—Llame primero a la Matilde.

—¿Puede saberse que pinta la Matilde en nuestras cosas?

—Llámela, madre, sino la llama, no le diré nada.

—¡Malo ha de ser lo que vas contarme! ¡De sobra sé que siempre buscas protección en la vecina y que ella te la da siempre!

La pobre Matilde ya estaba enfundada en la cama, metida en el séptimo sueño, y al escuchar la llamada de la puerta se asustó pensando que ya era la media noche. Al ver a Edelmira en su puerta se temió lo peor.

—¡Jesús, Edelmira! ¿Le pasa algo a la niña?

—No lo sé, Matilde, no lo sé. Échate la toquilla por encima y entra para mi casa.

Una vez la pusieron al tanto del asunto, Matilde se sirvió otro licor de hierbas para que sus tragaderas pudieran digerir lo que se les venía encima.

—Vamos a ver, niña, ya nos estás contando quién es el zagalillo que te quita el sueño —dijo la vecina, con una voz tirando a risueña, como si el asunto careciera de importancia.

—No puedo decirlo.

—¿Para qué me has hecho venir entonces?

—Mi madre me matará.

—No creo que llegue la sangre al río.

—¡Habla ya, muchacha, que me estás calentando!

Rosita echó otro trago del licor que le había puesto su madre. Se había precipitado, sabía de sobra como se lo iba a tomar su madre, tenía que haber estado callada. ¡Maldita la hora en que abrió la boca! Ahora no había manera de volverse a atrás, menos mal que la Matilde le quitaría importancia, quizá pudiera disimular, contar que era una tontería de niña, bobadas tuyas... Eso

haría, incluso procuraría reír por la tontuna de la situación.

—¿Vamos a tener que esperar toda la noche, muchacha?

—Está bien, madre,... pero no se enfade, por favor.

—No lo haré, pero suelta de una vez quién es el agraciado que te quita el sueño, por el que ni comes ni duermes... Mucho hombre ha de ser para llevarse lo mejor de mi casa. ¡Habla ya, hija! Que estoy empezando a perder la paciencia.

—Es el señorito Hilario, madre. ¡Fíjese que tontería! El señorito Hilario, como si tuviera alguna oportunidad para ennoviar con él, si está a punto de casorio, no sé qué tontuna me ha entrado, no me haga caso, seguro que en un par de días se me pasa —comenzó a decir Rosita con una voz que quería reflejar desidia sin conseguirlo. Su voz se convertía por momentos en una mezcla de risa simulada, pena, amargura, y en todo el dolor acumulado por ese amor en sus pocos años de vida, rencor, rabia e impotencia. Una impotencia contenida que se transformaba por momentos en una oscura pena que le embargaba el alma, hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. Sin casi proponérselo, se abrazó a su madre, transformando su lloro silencioso en sollozos que salían desde su interior.

Edelmira respondió a su abrazo, acariciando su pelo, mientras observaba cómo las lágrimas de Matilde resbalaban por sus mejillas que trataba de contener limpiándolas con la toquilla.

Otra vez la misma historia, los años les castigaban con los mismos hechos. ¿Cómo podría deshacer lo que estaba hecho? Dios la estaba castigando a través de su hija por lo que pasó, por dejarse vencer por las habladurías del pueblo, por las comadres, por don Anselmo, por su madre, por aquellas clases sociales que siempre habían existido, y si Dios no lo remediaba siempre habrían de existir. Lo último que quería era causar sufrimiento a su hija, sin embargo tenía que ser firme. Cualquier señorito por el que hubiera suspirado, ella dejaría su alma en conseguirlo para su hija. Pero él no. No podía. ¿Cómo decirle que era su hermano? Tendría que haber hablado más seriamente con el boticario, conociendo la fama del señorito. ¿Qué se habría pensado el muy rufián? En puertas del casorio. Se estaba

precipitando, quizá el pollo ni siquiera se había dado cuenta de los suspiros de la Rosita, puede que cosas de chiquilla fueran, aunque en lo más hondo sabía que no era así. Su hija era, y la conocía como a ella misma, y el amor solo llama una vez a la puerta de las mujeres de la familia. ¡Bendita virgen de la Roca, cuida de ella! ¡Que esto solo sea cosa de ella! Por lo bajo rezó un padre nuestro, rogando que el pisaverde no hubiera notado el enamoramiento de la niña.

—Vamos a calmarnos, hija. Todo tiene arreglo en esta vida.

—¿Podrá evitar la boda, madre?

—Pero, muchacha, ¡tienes el juicio nublado! La señorita Pilar está ya en capilla.

—Él no la quiere, madre.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Es a mí a quien quiere, madre, solo a mí.

—¿Y cómo has de saberlo?

—Lo siento, madre, lo siento mucho... De verdad que lo siento, pero ayer me vi con él a orillas de la huerta, cuando le mentí diciendo que quería recoger tomates. El me citó y no pude resistirme.

—¿Qué pasó, Rosita? ¡Por la virgen de los Remedios te lo pido! ¡Cuéntame la verdad de lo que pasó en esa cita!

—Me estaba esperando, me acerqué hacia las tomateras y le vi sentado. La chaqueta de pana le servía de asiento. Me di cuenta de que no separaba la vista de mí en cuanto me vio doblar el camino del Roncal. Noté su sonrisa dejando asomar esos dientes tan blancos que recuerdo desde niña, desde antes de hacer la comunión, aquel día en el que me dio un beso que todavía llevo prendido en la mejilla. —Matilde miró con fijeza a Edelmira, que seguía el monólogo de su hija como si fuera la única persona en el mundo a la podría escuchar en esos momentos—. Permanecía sentado a pocos metros de las tomateras. Allí habíamos quedado el día de antes. Por eso la mentí, no podía dejar de verle madre, me ardía el alma, y me inventé las ansias repentinas de

comer tomates, no sabía qué otra excusa poner. Con la culpa en el alma y el desasosiego en las tripas, acudí a aquella cita que llevaba esperando desde chica.

Rosita echó otro trago de aquel licor que por momentos le estaba animando a hablar, además de hacerle sentir la boca algo más jugosa, pues seca la notaba, desde que comenzó con la charla. Su madre, como si de animarla se tratara, le volvió a llenar el vaso con el afán de que no se dejara nada en el tintero, aunque después le costara una buena dormida la resaca que sabía le iba a poner la cabeza como un bombo a la chiquilla.

—Sigue, cariño, no temas nada —animó Matilde con voz templada y cariñosa, para que la niña no notara ningún reproche en sus palabras.

—Dejé el capacho a un lado y me senté sobre la chaqueta del señorito, que hueco se había encargado de hacer para que quedara sitio suficiente para los dos. Madre, al sentir su contacto me creí en el cielo, tantos años escuchando sus lisonjas dejando que mis entrañas las taparan, que de niña me sabían a gloria, pero cumplidos los catorce, se me revolvían las tripas y sentía un vaivén en el estómago que llegué a pensar que alguna enfermedad me estaba acechando, y que él me la contagiaba, pues solo me pasaba al verle. Era un mar de dudas que no sabía en qué forma remediar, tan solo le comenté una vez y en voz baja a la Merceditas, la hija del Garrapiñado, el de los dulces del puesto de la plaza, que a bien tuvo hacer la comunión a mi lado, y me contestó que bien sabía ella que eso era mal de amores porque a su hermana Rocío, la mayor, la coja, esa que sufrió la enfermedad de chica que la dejó una pierna más larga que otra, le ocurrió algo parecido. Un buen día le contó que se le subían y bajaban las tripas cuando el Américo, el hijo del pregonero, se la quedaba mirando fijamente, como si de una obra de arte se tratara. Y es que como usted sabrá, madre, la Rocío, aunque quedó coja, era una muchacha de buen ver, con cara sonrosada y dientes blancos, que no todas pueden decir lo mismo, y ese pelo negro como el que gastaba el caballo del tío Felipe, que le llegaba hasta más bajo de la cintura. Y como usted sabrá hubo casorio en la ermita de la virgen de la Roca y ningún hijo heredó la cojera. Lástima que hubiera de recoger la melena en un moño en lo alto de casada, por eso de las malas lenguas, que van diciendo que la casada no debe de provocar más que a su hombre. En cuanto supe de tales menesteres,

entendí que me estaba pasando lo mismo que a Rocío, la coja; ya sabía yo que era menor que ella, pero quizá Dios me había premiado con más entendederas y me llegara antes que a las demás cualquier cosa que se barruntara. Siempre he querido conocer el saber que ofrecen los libros, los viajes que hacían los descubridores que iban a las tierras nuevas. Me preguntaba por qué los patrones rebosaban de dineros que nosotros no teníamos, sabiendo que padre se levantaba antes de salir el sol, para poder traernos el condumio diario. Mucha suerte tuve que usted me traspasara el buen saber de la lectura y la escritura, y en los primeros años me llevara a la escuela, que pocas chicas se podían permitir acudir sin que las criticaran las comadres. Aprendí de los mejores poetas y empecé a amar la música, aunque jamás se lo haya revelado, porque de sobra sabía que sería usted capaz de quedarse sin comer con tal de comprarme el instrumento que deseara. En la escuela nos dividían: derecha para los chicos e izquierda para nosotras, y mientras ellos sumaban las cifras, nosotras aprendíamos a bordar y a hacer la canastilla que tan precisa nos sería cuando contrajéramos matrimonio. Pero no me importaba, madre,... gozaba con ello. Jamás le conté mis peleas con los chicos del pueblo que presumían de conocer la historia, las matemáticas y la literatura, sin tan siquiera conocer, que yo por la noches aprovechaba la luz de la vela para estar en consonancia con ellos, robando, “ tengo que confesar”, hojas de aquí y de allá, copiando los textos que solo se les permitía a los chicos, para poder presumir cuando al día siguiente el profesor preguntaba la lección a alguno de ellos y era yo la que contestaba, levantando la mano y dejando sin respuesta y con cara de “no saber lo que pasaba” al maestro, pero trayendo a casa sus felicitaciones y consejos para que siguiera estudiando y pidiéndome que usted madre se acercara a hablar con él para dictarle el camino que debería seguir conmigo. Pero jamás me atreví a contárselo, temía un coscorrón en la cabeza o un tirón de orejas. Él, Hilario, que entonces se consideraba el mejor y mayor de la clase, era el único que salía en mi defensa. Poco le faltaba para ir a los superiores, pero no por eso dejaba de acudir cada día en mi ayuda, cuando la clase en pleno se reía de mí llamándome “solterona”, “no sabes coser ni bordar”. Más de una vez sacó los puños por mí. Y sabía que lo hacía de corazón, madre, me miraba como no lo hacía con ninguna niña de la clase y a mí se me subían y bajaban gusarapos por la tripa. Cuando marchó a estudiar a la capital creí que iba a morir, aunque no hubo ni un solo fin de semana que mis ojos no pudieran verle. Y

estoy segura que hacía por buscarme. Si no era factible cruzarnos con él en la plaza, ya se encargaba de llegarse hasta el árbol grande para verme salir a la puerta, me echaba una sonrisa y daba la vuelta. Por eso no pude resistirme a la cita, madre.

—Está bien, que tampoco hace falta que me relates hasta el antiguo testamento. Y ahora, cuéntame, ¿qué pasó en esa cita?

—Me senté a su lado y me dijo lo mucho que me quería. A mí un color se me iba y otro se me venía. Soltó por su boca las cosas más bonitas que jamás me haya dicho nadie. Yo quería volver a casa, pero me fallaban las piernas. Al ir a levantarme, me cogió del brazo y me besó madre, como se besan padre y usted cuando nadie les mira. Esté segura que se lo confesaré a don Anselmo, no le quede la mínima duda de que lo haré, pero casi me desmayo madre.

—¿Qué más pasó?

—¿Qué quiere que pasara? Nada más. Me dijo que me quería más que a su vida y que por eso debía marcharme, que no quería manchar mi nombre. Supongo que quiso decir que no estaría bien que nadie nos viera.

—¿Sabes que casará pronto? Lo sabes de sobra.

—Esa es mi pena, madre, que tendrá que casar con la señorita Pilar, y aunque no lo crea, él me quiere a mí, madre, me quiere.

—¿Tu que vas a saber, muchacha? Si no has salido todavía del cascarón.

—Lo sé, esas cosas se saben, lo noté en el beso que me dio, y vi cómo escapaba una lágrima de sus ojos cuando me dejó marchar. Al igual que llore yo por el camino de vuelta. ¿Qué culpa he de tener de ser pobre? ¿Qué tiene que ver eso con los sentimientos?

—Está bien, niña, por hoy ya está bien. Es mejor que te calmes y te vayas a la cama. Te voy a llevar una tila, hija, que andas muy nerviosa. Mañana hablaremos y habremos de dejar zanjado el asunto. Eres muy niña todavía, y el mal de amores raro es la muchacha que no lo ha sufrido, pero las cosas se ven de otra manera cuando ha pasado el tiempo.



—No podré soportarlo.

—Si podrás... Ya lo creo que podrás.

Una vez acostada Rosita, Edelmira preparó un recuelo caliente con leche que llevó al zaguán para Matilde y para ella.

—Esto es más grave de lo que parece, Edelmira, y no lo digo por el enamoramiento de la chiquilla, que a todas nos ha dado por ahí, y tarde o temprano las cosas pasan. Pero él, es un hombre hecho y derecho y conociendo su fama, y como ha desgraciado a más de una, no le hubiera costado ningún trabajo quitar la honra a la niña cuando tuvieron la cita a escondidas. Si la dejó marchar diciendo lo que le dijo y hasta aflorando lágrimas, me temo que esta vez puede ser verdad que se haya enamorado, pues es conocido de todo el pueblo que de la señorita Pilar no lo está. Sabemos que el casorio ha sido cosa de su padre, que la Encarna, la cocinera, anda contando las trifulcas que hay entre el padre y el hijo por ese tema.

—Peor me lo pones, Matilde, peor, bien sabe Dios que es mucho peor. A la Rosita ya me encargo yo de enderezarla, pero a él ¿quién le endereza? ¿Quién le pone los cuartos al pregonero? Si encaprichado está de la niña y la quiere, si se le ha metido entre ceja y ceja y es amor lo que siente, entonces, ¡que Dios nos proteja! Porque la separación será más difícil. No tengo dudas de que case con la señorita Pilar, pero de que va a dejar tranquila a la Rosita, de eso tampoco las tengo. Cuando a un hombre se le pone en los ojos una mujer, no hay quien lo pare. Te lo digo yo, que lo sé de buena tinta. De momento pecado ha sido lo del beso, desde luego tendrá que confesar con don Anselmo.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan religiosa, Edelmira?

—¡Parece que no te dieras cuenta de lo que han hecho, Matilde! Que un incesto ha sido, que entre hermanos no pude haber besos de amor.

—Tonta no soy, Edelmira, no voy a quitarte razón, que la llevas, pero antes no le dabas tanta importancia a los curas.

—Pues ahora sí, y más me vale, porque ha de ser don Anselmo el que interceda y ponga fin a esta situación, o me veo metiendo a la chiquilla en el

convento de las dominicas.

—¡Ni lo mientes siquiera! ¿Cómo vas a encerrar a esta hermosura de muchacha en un convento de por vida?

—No sería de por vida, Matilde, pero si esto sigue, no la vendría mal pasar allí algún tiempo.

—¿Qué va a pasar con el Marcial, que nada sabe de tu pasado?

—No me quedará más remedio que ponerle en antecedentes, que aunque nunca preguntó, quizá va siendo hora de que sepa lo que pasó, aunque solo sea por el bien de la Rosita.

—No le des más vueltas, Edelmira, quizá la cosa se arregle sola. Vamos a la cama a ver si la almohada nos aconseja con certeza. Marcho ya, queda con Dios y no dudes en llamarme sea la hora que sea si la chiquilla o tú me necesitáis.

—¿Qué sería de mí sin tenerte a mi lado, Matilde, que como una hermana te has portado siempre?

—Calla, anda. ¡Calla ya! Y déjate de zalamerías, que no eres tú de adulaciones ni cobas.

—Duerme bien, Matilde.

## CAPÍTULO XXII.

*“La monja y el fraile, oren y callen”.*

Habían dado las seis, el gallo cantaba con todo el vigor del que era capaz al recibir la primera claridad del día, mientras las hermanas del convento de las dominicas, después del primer rezo de la mañana, desayunaban en una larga mesa un tazón de leche caliente con el pan migado de la noche anterior. Una bandeja de los restos de la venta de la bollería que ellas mismas elaboraban centraba la mesa, dando uno de los caprichos que más gustaban a las profesas. Era domingo y se notaba en sus caras la alegría al tratarse de día de

visita. En tiempos de la madre Luciana, la cortesía solo se distinguía de mes a mes, y mucho lo agradecieron las hermanas, contando con que anteriormente solo se recibía visita una vez al año. Sin embargo, uno de los primeros cambios de sor Crista al ser nombrada superiora fue precisamente variar los registros, convirtiendo el domingo en día de visitación, ocio y tertulia. Según la biblia nuestro señor buscó un día de descanso, así se lo afrontó al obispo cuando pidió el permiso para tal requerimiento. Y tuvo a bien iluminarle Dios, pues la petición le fue concedida al momento, con la consabida algazara y algarabía de las monjas, que hasta la hermana cocinera dejaba el sábado el condumio preparado para poder gozar de un día de asueto.

Nada más terminar el desayuno y después de la visita, sor Teresita salió del convento y se encaminó a la finca de Baldeaguas a surtir a don Manuel de las botellas de licor de hierbas requeridas. Aunque no era ese su ánimo, dado que al ser domingo quedaba exenta de recados, sino fuera por el de visitar a Ignacia, la criada y mano derecha del amo, por si entre palabra y palabra comenzaba a sonsacar a unas y a otras el asunto que le quitaba el sueño a Crista, que no solo su madre era, como decían los preceptos del convento, sino una hermana, pues como a tal la consideraba, y más sufría ella al ver la zozobra que pasaba su querida amiga. Y bien sabía el altísimo que si estaba en su mano remediar su pena, lo haría.

—Buenos días nos de Dios, sor Teresita —le saludó Ignacia con una sonrisa en la boca, pues mucho era el aprecio que se tenía en la finca por las monjitas del convento de las dominicas.

—Buenos nos los dé, Ignacia.

—Siéntese bajo la parra, hermana, que vendrá cansada y enseguida le pongo un café, que no es de recuelo, es un café de no sé qué tierras que le mandan al amo desde ultramar, y deje en el suelo las botellas, que no tenía que haberse molestado, ya le habría mandado yo a alguno de los peones de la finca.

—No es molestia, Ignacia, que aunque esté mal decirlo, no está de más salir de vez en cuando del convento.

—Razón lleva, hermana, ¡que mucha cosa me da que una muchacha tan

preciosa como usted ande de por vida metida ahí como en una cárcel!

—No exageres, mujer, que tampoco es eso, tan muchacha no soy. Que la vida de monja no es tan mala. Y ya sabes que por estos andurriales de castilla son los hombres los que mandan y las mujeres, sobre todo las hijas pequeñas, jamás hemos tenido voz ni para cantar. El que nacía chico lo heredaba todo, la hermana mayor de casadera con algún señorito de la zona, si quedaba algún mozo de buena posición casaban a la tercera, y la cuarta como yo, de monja, que siempre le da postín a una familia de posibles y según decían les acercaba más a Dios. Siempre y cuando contaran con una buena dote, como fue mi caso, que sino ya sabes, a servir a casa de los señoritos.

—¡No me cuente, hermana! ¡Que demasiado lo sé! Que casi de chica entré a servir en esta casa, en los tiempos del padre del señorito Manuel. ¡Y no vaya a creer que las cosas eran igual que ahora! ¡Que el padre nada tenía que ver con el hijo! ¡Bendita la suerte que tuve cuando el amo heredó la hacienda y me convertí en su mano derecha, que como a una madre me quiere y como a una madre me necesita.

—No te quites mérito, Ignacia, que como una madre te has portado siempre con él.

—Este café está de rechupete, ¿sería mucho pedir que me sirvieras otro?

—¡Válgame Dios, hermana! Está en su casa, los que usted quiera.

—Que tiempos ¿verdad, Ignacia? Que aunque esté encerrada, aún me acuerdo de cosas que pasaban por estas tierras y de las muchas habladurías que llegan al convento.

—¿A qué se refiere?

—¡Cosas que se escuchaban por aquí y por allá! Secretos de familia, mentiras de mujeres a maridos, infidelidades... Hasta violaciones llegaron a mis oídos, Ignacia, que de todos es sabido que a muchas chiquillas metían a monja a edad temprana para tapar el mal de honra que les había practicado algún malnacido, que para cubrir los dimes y diretes acababan en el convento.

—¡Si yo le contara, hermana! ¡Si yo le contara!

—Ya me imagino, querida amiga,... ya me imagino. ¿Y sabes lo que más me apena?

—Dígame, hermana.

—¿Dónde acabarían esos pobres recién nacidos, si es que los dejaban nacer? Ni pensarlo quiero.

—Sí, sor Teresita,... nacer, sí nacían, menos mal que casi todos acababan en familias de bien, de posibles quiero decir, y se criaron como señoritos.

—¿Y ellos llegarían a conocer su procedencia?

—¡Qué va, hermana! ¡Por todos los santos! De los que yo conozco de por estas tierras ninguno sabe nada. ¡Menuda pena se le causaría al angelito de haberlo sabido!

—Razón llevas, Ignacia, que culpa no tenían esas almas que llegaron al mundo sin saber dónde iban ni de dónde venían.

—Me figuro que estarían destinados a familias estériles.

—Ahí iban, sí, aunque algunos pobres acababan en el hospicio, y más de un caso se ha dado en el que la mujer pudo esconder el embarazo al marido, engañándole de vil manera y haciéndole creer que el hijo era de él.

—¿Pero eso como puede ser, Ignacia? ¿Cómo ocultar algo tan evidente?

—Un mal embarazo, sientan mal estos aires, se necesitan balnearios, mejor cambiar de lugar para que la preñez llegue a buen fin, y si a eso le unimos el consentimiento del médico que recibía los buenos dineros de la falsa preñada, pues regresó feliz y con un hijo en los brazos.

¿Qué me dices, querida Ignacia! ¡Me estoy quedando hasta algo obtusa al escuchar tus palabras! ¡Jamás hubiera pensado tales engaños, ni tales pecados cometidos por personas que puede que a la vista de todos sean gente honrada y de buen hacer!

—Y que lo diga, hermana, ha de saber que más de uno se pasea por el pueblo como si con él no fuera.

—¿Y de dónde te llegaron tales afirmaciones? Si las sabes tú, más de uno habrá de saber tales acontecimientos.

—Quizá las sepan otros, pero de seguro de que como me llamo Ignacia, más de una mujer del pueblo que se las daba de señora, engañó a su marido, y de buena tinta me viene que el hijo no nació por infidelidad, sino por no ser capaz de parir y darle a su marido lo que más deseaba.

—¡Bendito sea Dios, de las cosas que se entera una!

—¿Otro cafetito?

—No hija no, que a este paso esta noche no pegaré ojo, acostumbrada a la achicoria y deleitando este café tan rico, hasta Dios será capaz de castigarme por gazuzona.

—No será nuestro señor quien la castigue, hermana, que no se lo merece.

—¡Qué cosas... qué cosas, Ignacia! Cada vez me alegro más de la vida monacal. Imagínese si llegara a oídos de algunos de los chiquillos de tapadera, que no son hijos de quién dicen.

—Una crueldad sería, sor Teresita, una crueldad.

—Mira, no te voy a rechazar otro café, pero cortito, no sea que no duerma.

—Para largo lo echa, hermana, de aquí a que cojamos el catre han de pasar horas.

—Pues hay que ser muy buena para mantener la boca cerrada como tú lo has hecho Ignacia, y también me imagino que no sería plato de buen gusto enterarte de semejantes situaciones. ¿Mucha confianza debería de tener contigo para contarte semejantes secretos?

—Nadie me contó nada, hermana, nadie fue.

—No me hagas caso, Ignacia que parezco una comadre de las que se sientan en los poyos a la salida de la ermita de la virgen de la Roca.

—Ande, ande, hermana, como voy a pensar tal cosa. Y no piense que de

tantos me enteré, que solo sé de dos casos en el pueblo que no son quienes dicen ser. Uno de ellos no me atañe, que ni esa familia sabe que ando enterada del secreto que guardan y la otra... la otra sí que la sé de buena tinta. No sé quién les diría que podían dirigirse a mí para hacer de alcahueta y colocar a un chiquillo que nacería en pocas horas y llevárselo a la familia que lo andaba esperando. Cómo me verían, que corriendo se fueron de aquí, como alma que lleva el diablo. Pero antes de negarme, ya se encargaron de ponerme sobre aviso de quiénes eran los donantes y los receptores. Una canallada fue lo que hicieron con aquella niña, que le arrebataron a su hijo de los brazos nada más nacer. Encontraron una trotaconventos que por algunos dineros se encargó de la transacción. Y aquí paz y después gloria, para que luego digan que los pobres no tenemos tragaderas.

—Nada voy a preguntarte, pero con pena me quedo sin saber que fue de la madre. ¿Mucho tuvo que sufrir cuando le quitaron a su hijo?

—Mucho, hermana, mucho. Desde aquí mismo escuché sus lamentos cuando la llevaron a...

—¿Adónde, Ignacia?

—No ha probado las pastas, sor Teresita, que aunque no sean del convento no por eso van a estar mal cocidas. Las elaboro yo misma, en ratos libres, ya sabe que aunque no son muchos, al señorito Manuel le gustan con el desayuno y por él las hago.

—Dos he comido y bien ricas que están, pero sigue,... Ignacia, sigue... que sé que la curiosidad es pecado, ya me lo confesaré, pero me has dejado perpleja con la historia. ¿Dónde dices que llevaron a la madre?

—Una chiquilla era, por catorce o quince años andaría.

—Pero dices que escuchaste los lamentos.

—Los escuché.

—¿Pues muy lejos no andaría de estos lares?

—No, muy lejos no andaba, no. Bueno, sor Teresita, siga usted con su café que marchó para dentro a colocar las botellas. Mucho han de agradecerle al

señorito Manuel, aunque no tenía que haberse molestado.

—Molestia ninguna ha sido, perdona la curiosidad, Ignacia, que vas a pensar que soy una de esas cotillas que se sientan a la sombra de los plataneros del camino de la virgen de la Roca.

—No diga tontunas, sor Teresita, y sepa que aquí tiene su casa. Y rece por mí, hermana, que ya me chascan las espaldas cada vez que me agacho.

—Lo haré, Ignacia, queda con Dios.

Cuando la hermana puso en antecedentes a la madre Crista de la conversación mantenida con Ignacia, las dos estuvieron de acuerdo en que bien pudieron ser sus lamentos los que había escuchado el ama de llaves de don Manuel, de los que se acordaba perfectamente haber proferido cuando la llevaron a rastras y en contra de su voluntad cuando solo contaba quince años, después de haberla obligado a abandonar a su hijo en los brazos de una mujer a la que nunca había visto, pero de la que nunca se olvidaría mientras viviera.

Cierto era que en vida de la madre Luciana, más novicias entraron en el convento con su misma edad, y la reverenda madre se llevó sus secretos a la tumba, pues a discreción no la ganaba nadie. Pero bien recordaba ella, que ese mismo año profesaron a regañadientes alguna novicia y más de un mes pasaron llorando: sor Engracia, sor Lucía y sor Melchora. Jamás preguntó a ninguna de ellas los desmanes que pasaron, ni cuál fue la causa que las obligó a entrar en el convento, ni tan siquiera cuando vivía la madre Luciana, ni cuando la eligieron entre todas madre superiora.

¡Que Dios la perdonara! Sabía que lo que se proponía hacer era en su propio beneficio. Sin embargo, hora iba siendo de tener una charla con aquellas hermanas que al igual que ella entraron por la fuerza o por causas mayores, obligadas por sus familias. No había ninguna otra manera de enterarse donde se encontraba su hijo, y aun así, lo más seguro sería que errara en el acierto. No obstante, por alguna situación debería comenzar. Y por lo pronto, la única que se le ocurría era averiguar si alguna de las hermanas que profesaron en aquel año dejaron algún hijo perdido por estos mundos de Dios, esperando que él no se lo tuviera en cuenta.



Acababan de dar las once y día de asueto era para las hermanas, aunque eso no le impedía invitar a una de ellas a un aperitivo en el cubículo que le servía de despacho.

Dejó resonar la campanilla y rauda acudió sor María.

—¿Desea algo, madre?

—Hija, si te causo desavío no dudes en decírmelo. Pero si tuvieras a bien servirme dos vinos dulces de los que prepara sor Benita y unas porciones de queso, te quedaría agradecida. Y si al mismo tiempo de la marcha hacia la cocina avisas a sor Engracia y le dices que quiero hablar con ella, seguro que el altísimo te lo tendría en cuenta.

—Qué cosas dice, madre. Estoy para servirla, que mucho es el bien que hace por el convento.

—Anda, aduadora. ¡Llámala rauda que quedo a la espera!

—¿Manda algo, madre? —preguntó la monja, a la espera de que sor Crista le diera el permiso para aposentarse en su despacho.

—¡Pasa, Engracia! ¡Pasa, hija, y toma asiento!

Alguna que otra mosca pendenciera se dejaba posar sobre el poco condumio que sor María había tenido a bien servir sobre la vieja mesa de despacho de la madre Crista, que para hacer sitio al plato de queso tuvo que depositar encima de una silla todos los papelotes que a diario repasaba.

—¡Maldita de cocer! —dijo la superiora, a la vez que daba un manotazo con la mano sobre la mesa tratando de cazar a la mosca que desde hace un rato la traía a mal traer, y que no paraba de volar en círculo sobre el queso que presidía la mesa—. ¡Anda, hija! Echa un chupito al gaznate y alégrate la vida con un cacho de este queso, que aunque sor María se ha quedado algo corta, que de seguro la pobre tendrá los trozos contados, buena pinta sí que tiene.

—Halagada me siento, madre.

—¡Sandeces! La bienaventurada soy yo por tener una hija como tú. He querido llamarte porque tiempo ha que no tenemos una charla privada y

muchas son las cosas que no se de ti, que estoy segura debería saber, al igual que saben las madres de sus hijas.

—¿Usted dirá, madre? Lo que esté en mi mano haré y diré.

—Verás, hija... ¡No sé qué me da llamarte de este modo, Engracia! ¡Que somos de la misma edad! Ya sabes que aunque a las monjas más antiguas no les guste mi parecer, los tiempos cambian y hay que adaptarse a ellos sin más remedio, y no quedar en el pasado si queremos avanzar.

»Si no me falla la memoria, creo que fue por el mismo año, que profesamos en el convento, y no se me va de la memoria que también lo hicimos manipuladas por las circunstancias. ¡Obligadas! Has de pensar lo que quieras, pero así fue, Engracia. ¡Obligadas! Que se me llenan los recuerdos de todas las veces que lloré apoyada sobre las faldas de sor Luciana al igual que tú. Desde mi celda escuchaba tus lamentos, mientras me reconcomían los míos, lamentos que aún llevo en el alma, como llevarás tú los tuyos. Sé que debería haber hablado contigo mucho antes. Sin embargo sabes que ha habido muchos cambios en el convento desde que la madre Luciana abandonara este mundo y entre todas tuvisteis a bien nombrarme superiora.

»He querido dar tiempo al tiempo para conocerte mejor, hija, al igual que haré con todas las hermanas, que una a una irán pasando por mi despacho, como debe de hacer una madre con sus hijas.

—Lo que usted mande, madre.

—¿Estás a gusto en el convento? ¿Algo te falta? ¿Es de tu sentir echar alguna cosa de menos? Solo has de decírmelo, que quiero que felices estéis todas y si está en mi mano remediar alguna falta no tengas duda que se hará. Ya que Dios ha querido que vivamos juntas que sea en paz y buena concordia.

—¡Qué buena es usted, madre!

—¡Déjate de bobadas, Engracia! Y trátame como si fuera tu madre de verdad.

—Eso hago, madre. ¡Ojala hubiera querido Dios que mi madre hubiera sido como usted!

—En el clavo has dado, hija, por eso te he llamado, es menester que me cuentes porque entraste en el convento y que desahogues tu alma. ¿Fuiste obligada por las circunstancias? ¿Te obligaron por alguna causa? ¿O por el contrario sentiste de niña la llamada de Dios? Voy a serte sincera, Engracia, tus lamentos se escuchaban varios metros a la redonda cuando te recogiste en este convento, y es de mí parecer conocer la verdad como madre tuya que soy. Nada me entristecería más que notar a alguna de mis hijas sentirse obligada en su deber.

—Perdone la curiosidad, pero ¿cómo han llegado a sus oídos los lamentos que proferí el día de mi llegada?

—De todo se entera una, hija mía, tarde o temprano todo llega a mis oídos, pero eso no ha de importarte, ni el cómo ni el porqué. Lo único que importa es que quiero que seas feliz en este convento, por lo menos mientras yo sea tu madre; y para eso has de contarme lo que te obligó a ingresar en el noviciado, que de mi boca no ha de saberse nada. ¡En ese parecer has de estar tranquila! Anda bebe otro chupito y echa al buche un trozo de queso.

—Ha de saber, madre, que confío en usted más de lo que nunca confié en mi madre verdadera, que muestras ha dado de quererme bien y esta reunión entre madre e hija lo confirman.

—Me alegro, Engracia, me alegro. Como madre tuya me alegro infinito. A lo que vamos, hija, si te he llamado es porque quiero conocer de tu boca los motivos por los que profesaste tan joven en el convento. No te avergüence confesarlo, que haya sido lo que haya sido, Dios ya lo ha perdonado. Muchas hermanas de las que conviven contigo entraron a servir a nuestro señor porque sus familias las sometieron a tal obligación. ¡Sé de muchas que a rastras las trajeron! Y no por eso se han arrepentido, muchas hay que por las malas desdichas de su familia andan penando en estos lares, e intentando estoy sacarlas del cuerpo esa penitencia que las consume, sin haber hallado ni su camino, ni su lugar, y si Dios quiere darme tiempo y algo de apoyo, lograré que salgan del claustro que jamás les ha correspondido.

—Sé a lo que se refiere, madre.

—Me alegro que lo sepas, hija. Por eso te he llamado. No quisiera que tu

lugar en este mundo fuera forzado, ni que todavía no te hayas acostumbrado al encierro. Si hiciese falta te dejaría salir con más frecuencia, que a veces gusta respirar un mundo distinto y conocer de propia vista las cosas que se cuecen fuera de estos muros. Quiero que vacíes tu alma, por eso te he mandado llamar, aunque lo que verdaderamente me desasosiega son los motivos que te llevaron a incluirte en la vida monacal.

—Me obligaron, madre, que yo no quería.

—¡Desahógate!

—Seis hermanos nacieron por delante de mí, con todos ellos tuve a bien llevarme. Mucho recuerdo sus juegos, sus mimos y sus caricias, y todas las alabanzas con las que me encomiaban como hermana pequeña que fui y única hembra entre todos los hermanos. Un juguete me consideraban. Mi niñez fue una bendición pues nada hubo de faltarme. Mi madre vio colmadas todas sus ilusiones al concederle Dios una niña para rematar el bienestar de su existencia. Mi querido padre al notar ese beneplácito y la alegría en el semblante de mi madre se sintió feliz al igual que ella.

»Crecí mimada y bendecida, nada me faltó: muñecas, juguetes y mucho menos la sonrisa de mi madre, que era feliz solo con verme cada mañana. Sin embargo, al cumplir los quince años, el tercero de mis hermanos, Lucas, que destinado estaba a casar con una de las hijas de un rico hacendado de Toro con el que mi padre uniría fortuna, en un arranque que jamás hubiera esperado se abalanzó contra mí y me dio un bofetón por haberle roto sin querer uno de sus tesoros más preciados: “su libro de comunión”, que guardado tenía en un arcón en el que escondía todos sus recuerdos. Al descubrir que había abierto aquel chiscón y espiado en todos sus vestigios se enfureció y noté como desde aquel día, de ser su niñita querida, me convertí en su peor enemiga. Quizá pensó que había ojeado unas cartas que retenía en el fondo, apiladas y recogidas con un cordón azul, cartas que después descubrí se trataban de una esposa infiel que exteriorizaba sus sentimientos hacia él.

—Bebe un poco de agua, Engracia, que seca te estas quedando por momentos.

—Agradecida, madre.

—Hasta mi madre le llamó la atención varias veces al advertir las miradas de rencor que me profesaba, y aunque fueron muchas las veces que me disculpé, mi hermano no las tuvo en cuenta.

»Ni dos meses habían pasado cuando sin haber salido ni siquiera el sol, con la casa en silencio, que hasta la servidumbre andaba todavía encamada, noté como con mucho sigilo alguien se había metido en mi cama. Me revolví con cara de susto y en solo un par de segundos vi a Lucas sobre mí, con la cara totalmente enloquecida. Ni tiempo tuve de gritar, pues me tapó la boca de tal manera que, aunque utilicé mis manos para arañarle y las piernas para darle patadas, se las ingenió para dejarme inmóvil. De varios tirones me arrancó el camisón y como si de un perverso se tratara comenzó a besarme y mordirme los pechos, mientras con el puño cerrado me propinó todos los puñetazos que quiso. Pero no fue tal el dolor que sentí, como el que noté cuando introdujo de un empujón algo dentro de mí. Jamás en mi vida he sentido tanto sentimiento de suplicio. ¡No entendía lo que estaba pasando, madre! La amargura y la vergüenza me estaban volviendo loca.

»Cuando por fin separó su mano de mi boca proferí gritos y chillidos, como los que emitía sin ton ni son cuando era pequeña. No pasaron más de dos minutos cuando mis padres abrieron el portón de mi cuarto y alcanzaron a contemplar la penosa escena que había configurado mi hermano. Ni corto ni perezoso, mi padre le agarró del pecho, le arrastró de la cama y estrelló su puño dos veces contra su cara con toda la fuerza de la que fue capaz, hasta que vimos que le había roto la nariz. Mi madre me abrazó llorando, dejando que sus lágrimas se juntaran con las mías. Y al ver el rastro de sangre que salía de entre mis piernas, gritó:

—¡Por todos los santos del cielo! ¿Qué has hechoooo? ¡A tu propia hermana! ¡Maldito... maldito seas por siempre!

—Pero el mal estaba hecho, madre, y fui yo la que pagó las consecuencias. Todo quedó tapado en aquella habitación, donde no dejaron entrar a nadie. Mi madre no permitió que entrara criada alguna, ni tan siquiera el ama que me había criado. Ella me lavó con todo el mimo que pudo sin dejar de llorar y mi padre no entró en mi cuarto hasta pasado el tercer día,

en el que ya pude levantarme al sillón. Se acercó a mí, me abrazó, y sintiendo sus lágrimas rodar por sus mejillas me dijo:

—¡Mi única hija! A la que tanto quiero y la voy a perder. ¿Por qué me haces esto, Dios mío?

—A los diez días ingresé en este convento del que pocas veces he vuelto a salir. No es que eche queja, madre, sin embargo, fue a mí a quien rompieron la vida. Al principio pensé que estaba en una cárcel, aunque mi madre, gracias a la buena dote que entregó al convento, me visitaba a diario. Me explicó dónde estaba y cuál iba a ser mi vida a partir de entonces.

»Lloré y lloré los primeros meses, y los primeros años, pero poco a poco me fui consagrando a Dios, y un buen día sentí la llamada. Quién sabe, madre, quizá estaba destinada a encontrarle.

»Con la comprensión y la ayuda de la madre Luciana, fui llevando todo aquello con acogimiento y cariño. Cuando ella faltó creí morirme, pero al saber que usted iba a ocupar su lugar, logré templar de nuevo mi alma.

—¡Santa María, Engracia! ¿Por qué no viniste a mí antes?

—Ya le he dicho, madre, que he logrado dejar mi alma en paz. Vivo tranquila con mis hermanas y me siento feliz de servir a nuestro señor.

—Menos mal que él nos acoge, cuantas como tú hemos ingresado en el convento sin sentir antes la llamada de Dios.

—¿Usted tampoco, madre?

—Tampoco, hija... tampoco. Me llegó después, al igual que a ti. ¿Qué otro remedio tenía? Que dios me perdone, no sé ni lo que me digo.

»Verás Engracia, mucho estupor me ha causado tu historia ¡Y suerte que no quedaste preñada! En fin... Llevo días pensando que necesito a alguien para que guíe a las novicias. Viendo las historias que se esconden detrás de cada una de nosotras, me veo en la obligación de aplicarles toda nuestra comprensión en su entrada, no sabemos en qué circunstancias vienen, ni cuáles son los motivos que las empujan a ocupar toda su vida a la oración y al trabajo. Mucho me temo que ninguna de ellas, cuando llegan a tan temprana

edad, ingresan por su propia decisión, y sus sentimientos quedan heridos de por vida.

—Razón lleva, madre.

—Nadie mejor que tú para darles la comprensión y el cariño que necesitan, encauzarles en el camino y lograr hacerles la vida más fácil. Que no se encuentren con el terrible sentimiento que tuvimos nosotras al ingresar. Tenemos que minimizar su pena, y con cariño hacerles soltar sus almas, que hablen de sus desdichas y lloren en nuestro hombro. ¿Y quién mejor que tú para escucharlas?

—Pero, madre, no sé si estoy preparada para esa labor.

—Lo estás, Engracia, lo estás, la vida te ha ido enseñando lo que debías aprender. ¿Piensas que no veo lo que pasa a mí alrededor? ¿Qué no contemplo como esas pobres almas jóvenes a las que sus familias empujan al convento a la fuerza no lloran sobre tu hombro? ¿Como las consuelas? ¿Y con qué cariño llegan a ti para contarte los males que afligen sus almas?

—Mucho espera de mí, madre.

—Así es, mucho espero. Mañana mismo, ya que hoy es día de asueto, anunciaré a la comunidad que serás la encargada de instruir a las nuevas novicias.

—Aunque no lo merezco, se lo agradezco, madre, no sabe lo feliz que me hace.

—Me alegro, hija, no dejes de consultarme las dudas que puedan surgir, cualquier problema, ya lo sabes. Que entre las dos y con la ayuda de Dios lo resolveremos.

La madre Crista se quedó algo pesarosa después de la conversación mantenida con sor Engracia. ¿Qué derecho tenía ella a averiguar su pasado? ¿Sus votos como madre superiora le concedían esa opción? Y si así fuera, su conciencia le dictaba que todo lo hacía por averiguar el paradero de ese hijo que perdió hace tantos años. No podía ni debía engañarse a ella misma, y mucho menos a sus hermanas. Se le reconcomía la conciencia.

—¿Dios mío, cómo sé que hago bien? Dame una prueba, no dejes que me

consume en el remordimiento.

En ese momento, sor Engracia volvió a pedir permiso para entrar en su despacho.

—Madre, no sería de buena ley sino le dijera que haber sacado toda esa angustia que llevaba dentro me ha dejado como nueva. No sé cómo podría darle las gracias.

—Ya lo has hecho, hija mía. Ya lo has hecho.



## CAPÍTULO XXIII.

*“Ata bien y siega bajo, aunque te cueste trabajo”.*

La camioneta llegó con veinte minutos de retraso. En la parada situada en la puerta de coloniales del tío Felipe pasaban tres o cuatro vecinas del pueblo que esperaban la vuelta de sus maridos que trabajan durante la semana en la capital, al igual que el Marcial.

De un salto bajó los dos escalones que le separaban de los adoquines y se abrazó a las dos mujeres que más quería en el mundo, como si en lugar de siete días hubiera pasado un año.

—¡Bendito sea Dios, Marcial! ¿Y la maleta?

—¿Para un solo día he de traerla, mujer?

—¿Y la ropa sucia?

—Mira que estás boba, Edelmira, ¿acaso no tengo dos manos? Crees que para un día que vamos a estar juntos te voy a tener todo el día a la faena. Es a otra faena a la que vamos a echar mano.

—¡Calla, por Dios! Terminaran por escucharnos, mira que tienes papo, hombre de Dios, ni oír quiero lo que dirán las comadres del sitio ese donde trabajas cuando te vean vestido como un Adán, de seguro que de cochina me tildarán.

—No es un pueblo, Edelmira, la aldea más cercana está a más de dos kilómetros y todavía ni la conozco. Es una hacienda como las que gastan los señoritos y a la parte de atrás hay un corral con una casa pequeña donde me recojo. No os apuréis que no está nada mal. Os he traído unas fotografías que, aunque viejas, que ya hace algunos años las sacó el nuevo patrón, valen para que os hagáis una idea. ¡Bien estoy, no habéis de preocuparos por mí! Tan solo siento vuestra soledad y la mía, válgame Dios que esa sí que la siento, es mucho lo que me trabajan las mientes acordándome de vosotras.

—¿Y el Canelo, padre?

—Con el ganado quedó. Al principio desconfiaba de todo, pero es listo y aprendió deprisa. Se ha hecho el amo de las ovejas, que a un ladrido suyo se juntan unas contra otras como si vinieran los lobos del monte.

—Algo más delgado te veo, Marcial, ya se ve que son comistrajos lo que te preparas. Buena tartera has de llevar a la noche, que ya lo tengo todo preparado.

—No digas tontadas, mujer, que todavía no sabes nada de nada de cómo me manejo.

Nada más abrir la puerta de la pequeña vivienda, Edelmira le ofreció a su hombre un chato de vino y partió en tres trozos el cacho de hogaza que quedó de la noche anterior, a la vez que depositaba en uno de los platos de barro unos trozos de queso y unos pequeños cachos de buen tocino entreverado.

—¡Cuéntenos, padre, que me tiene en ascuas!

—Habréis de saber que no es tan mala la vida que llevo como pensáis, y ni tan vil suerte he tenido.

»Al lado de la casa grande, la que habitan los señores, y digo habitan por decir algo, ya que pocas veces se dejan caer por la hacienda, que aunque no lo vais a creer, todavía no los conocen mis ojos. Sin embargo, recalán todo el año los guardeses. Un matrimonio ya entrado en años, pero buenas personas y trabajadoras y andan bien de salud. Se apañan de guinda. El Juan José, que así se llama el custodio, visita a diario la finca y cuida el jardín delantero, que siempre tiene limpio como un jaspe por si asoman los señores, que según él, pueden hacerlo cuando menos lo esperas y sin aviso previo. Y su mujer, la Manolita, mantiene la casona como un pincel, que no hay día en que le falte la limpieza a la vivienda, ni una miaja de polvo deja que se pose en los muebles, que deben ser de categoría, y como ya os he contado, no he tenido a bien entrar en la casona.

»Pues a lo que iba. Teníais que haber visto lo agradecidos que quedaron los dos a mi llegada. Por lo visto muy solos se sienten apartados de la gente y

sin poder hablar con persona alguna, a no ser que recorran a pie, los dos kilómetros que les separa la finca de la aldea, cosa que hacen pocas veces, a no ser que necesiten sustento, y para eso, se pasa una vez a la semana la furgoneta del dueño de los comestibles del pueblo. Y como me dijo el Juan José al llegar: bien hallado, Marcial, que a nadie le viene mal un buen vecino. Y se agradecen las tertulias que nos echamos a la noche, que ya andaba un poco harto de las conversaciones de la Manolita que solo habla de estos y aquellos y de las labores que con tan buena mano elabora en los ratos libres. Y un hombre necesita echar una partidilla de vez en cuando.

»Ni un solo día me ha faltado el condumio caliente. A eso de las tres de la tarde, sube a buscarme el Juan José para echar al buche la comida que prepara la Manolita, que por lo visto echa mano de la despensa de los señores, que permitido y obligado lo tiene. Cuenta que dentro de nuestro salario entra cuanta comida queramos meter entre pecho y espalda. Dice que no es trabajo echar un puñado más de garbanzos al guiso, y no solo eso, sino que trabajo no lo llama ella, sino obligación, lo cuenta como parte de su labor diaria preparar sostén para cuanto gañán trabaje en la finca, y no escatima en avíos ni buenas pitanzas, que según ella para eso las paga el patrón. Y allá a la recogida, nos sentamos los tres en el patio a echar al buche los buenos embutidos que cuelgan del sobrao de la casona, con el pan que hornea la Manolita todos los días en el hogar de la cocina de la casona grande. Muchas noches prendemos dos velas y nos echamos una partideja mojándola con un par de orujos que compra la señora de la casa en no sé qué convento de religiosos de la capital, y dicho les tiene que lo gasten, que al final se avinagrarán del poco uso que le dan.

—¡Jesús Bendito! Más parecen unas vacaciones pagadas que un sustento.

—¡Qué cosas tienes, Edelmira! Ahora os toca a vosotras. ¿Qué tal ha marchado la semana? A nada que necesitéis, ya os tengo dicho que echéis cuentas al Saturnino, el conductor de la camioneta.

A las malas, me ha dicho que de dos zancadas se acerca a la finca a la que pasa por el pueblo cercano a darme noticias si fuera menester y si os ocurriera cualquier cosa.

—Pierde cuidado, Marcial, que prestas estamos a lo que tenemos que

hacer. En caso de que nos viniera alguna complicación, capaz sería de enviarte a la Matilde, si alguna vez las cosas se pusieran de gravedad. Dios no lo permita.

—¿No hay novedades que tenga que saber? ¿Nada nuevo ha pasado en el pueblo?

Rosita miró a su madre temiendo que sacara la conversación que tanto temía y que tarde o temprano sabía que habría de contar a su padre, o quizá callara, pensando que debido a su edad pronto olvidara al señorito y que cosas de chiquilla fueran. ¡Nada más lejos de su pensamiento! Años hacía que le llevaba prendido a la sesera, y por mucho casorio que tuviera delante, nadie podría ya cambiar sus sentimientos.

—Nada nuevo, Marcial, ya sabes, esto es sota, caballo y rey, de aquí a la huerta y vuelta para la casa, a no ser un día que fuimos a recoger la hornacina de la virgen de la Roca a las dominicas, y la madre Crista tuvo a bien salir de su encierro para ver a la Rosita, y a la vuelta nos pasamos a echar una parrafada con la Ignacia, la del señorito Manuel, y a la pobre se le hizo todo poco. Unos cuantos chupitos nos dio a beber y casi volvemos piripis, menos mal que al final nos dieron las tantas y repartió con nosotras un montón de fiambres primero y, como no nos descolgábamos de allí, compartió con nosotras la pitanza que había preparado.

El señorito Manuel bajó a saludarnos y tuvo el buen gesto de sentarse con nosotras a compartir los embuchados. ¡Bendito sea! Que Dios se lo tenga en cuenta. No existe una persona con tan buen corazón en toda la provincia. Y poco más he de contarte Marcial, que los días son más largos y la calor comienza a apretar.

Mucho ha sido lo que te hemos recordado, que parece que la casa ande vacía. Todavía me echo de la cama a eso de las cinco esperando verte llegar con la caza. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Que a estas edades nos tengamos que ver así? ¿Como si fuéramos viudos?

—Qué cosas se le ocurren, madre, ni lo miente, que solo de pensarlo se me ponen las carnes de gallina.

Matilde se pasó al rato a dar un abrazo al Marcial y a entregarle dos

hogazas que había horneado la tarde anterior en la tahona del pueblo. Estuvo con ellos una media hora, y con mucho recato se retiró a su casa, pensando que debía de dejar a solas a la familia, pues muchas cosas habrían de contarse después de estar una semana separados. Aunque con buen acierto se le vino a la cabeza que la Edelmira se las compondría para quedar a solas con el Marcial y ponerle al tanto de los quebraderos de cabeza que la llevaban a mal traer desde que se enteró de los amores de la Rosita con el señorito Hilario, y de nada le serviría contárselo sin antes referirle por qué no podían pensar tan siquiera en un posible noviazgo entre ellos. No quisiera estar en su pellejo, que el Señor le echara una mano. No sabía cuál iba a ser la reacción del Marcial, porque una cosa era no querer saber nada y otra muy distinta tener que enterarse de sopetón quién era el verdadero padre de su hija.

## CAPÍTULO XXIV.

*“Del cura, lo que diga; del médico lo que haga; y del boti*

El boticario tomó asiento en uno de los bancos que adornaban la plaza a la salida de la iglesia. Su hijo llevaba del brazo a Pilar y se encaminaban a bajar la calle Real para sentar en una de las mesas que colocadas estaban en la acera de la taberna del Benito. Su hijo volvía la cabeza hacia ambos lados de la calle, solo interrumpido de vez en cuando por alguna charleta que Pilar le dictaba al oído, a lo que él dedicaba una sonrisa fingida. “Le conocía bien”. Percibía cada gesto de su cara, cada guiño de sus ojos, como detectaba

también si su sonrisa era verdadera o falsa. Le ardían los ojos, buscaban algo, movía las piernas constantemente y veía como las cruzaba sin ton ni son, como si de un tic nervioso se tratara.

El sol pegaba de lleno y Benito dejó caer el toldo que con tan buena mano mandó traer de la capital y que sus buenos dineros le costó. A pesar de la sombra que recogió de repente a los parroquianos que degustaban el aperitivo en las mesas, Pilar sacó su abanico y comenzó a dibujar aquel vaivén con sus manos, tratando de que le llegara el poco aire que aquel artefacto le ofrecía.

Se había recogido la melena castaña en un moño que su querida Marita había tenido a bien hacerle antes de salir de casa, y aun con la sujeción de las horquillas, algunos rizos resbalaban por su frente, que se retiraba constantemente valiéndose del abanico. Estrenaba un vestido de corte imperio que le había confeccionado una modista de Villabeza, en unos tonos claros con un estampado de florecillas color violeta que le iban bien a su color de pelo. Media manga, tapando el codo y cuello a la caja, por los hombros una mantilla de color negro que daba sobriedad a la misa, y dejando caer por sus hombros el velo de blonda negro. Zapatos marrones de medio tacón. Hilario era tan alto, que casi ni al hombro le alcanzaba.

Algo le rumiaba por la mente —pensó Pilar— aquella tranquilidad y parsimonia suya llevaba días sin aparecer, le notaba el talante alterado, algo se le había metido en la sesera que no le dejaba retener concentración alguna. “Los nervios de la boda”, contestaba cuando curioseaba sobre su estado. Tendría que creer que era por eso, que otro remedio no le quedaba. Ya le iría conociendo cuando el padre Anselmo les diera la bendición. Que su entendimiento hacia él se remontaba a pocos meses, y bien sabía Dios que hay matrimonios que aunque llevaban años juntos, todavía no se entendían. Eso no iba a pasarle a ella, pendiente estaría a cada gesto, a cada preocupación o a cada sentimiento que le embargara hacia el que sería su esposo para lo bueno y para lo malo. Para eso estaban las esposas, para salvaguardar a sus maridos de penas y congojas, que bastante tenían con llenar la cabeza de números para que a ellas no les faltara el sustento.

La iglesia, centrada en la plaza y rodeada de plataneros, daba sombra a casi toda la rotonda, asfaltada con adoquines que tantos años llevaban

salvaguardando los pasos de los viandantes del pueblo, y a los que la guerra no hizo mella, y tuvo a bien Dios salvar de los obuses. Rodeando el círculo, las techumbres de madera, formando una especie de porches sujetos con columnas a modo de postes, sujetaban aquellas antiquísimas tejas recogidas por traviesas de troncos elaborados de la madera de los árboles de la zona, dando a la plaza un tono que pasados los años denominarían: “Turístico”. Sin embargo en aquellos años cuarenta, resultaban solamente un apaño para sujetar la techumbre. A un lado de la ermita, la fuente de san Pedro Regalado, patrón de Valladolid, canonizado por sus muchos milagros. Fuente a la que acudían las beatas a coger agua para dar curación a los enfermos de tisis, y que junto al manantial de Baldeaguas, comenzaban a reunir a conjuntos de peregrinos que aparecían por la zona, aduciendo su llegada a las aguas curativas del lugar.

Las moscas resultaban pegajosas, como cualquier año al comienzo del verano. Mediados de Junio era, y aun sin entrar el estío ya resultaba insoportable esa calorina que no dejaba vivir a los vecinos.

El tío Felipe hacía el agosto con la venta de abanicos, casi todos ellos con el grabado de la virgen de la Roca, para el disfrute de las santurronas, o para los regalos de madres a hijas, o de los esposos, que el tío Felipe mostraba solícito para que llevaran a sus mujeres, haciéndoles saber la calor que pasaban en las labores del hogar.

Las casas de la plaza, casi todas propiedad de los terratenientes de la zona y arrendadas a familias de la capital, permanecían con las puertas abiertas, protegidas por una especie de lonilla de colores, siempre echadas para mantener las viviendas frescas y carentes de aquellos dípteros tan molestos que llegaban con el calor. Moscas y mosquitos, lagartijas y salamandras que como grabados eclípticos permanecían sonámbulos pegados a las fachadas encaladas. Sillones de mimbre y sillas con asientos de enea permanecían fijas en los portales de las casas de la plaza al llegar el estío, dejando ver aquellos portones donde antaño entraban las caballerizas y que ahora solo servían para decoración o recibidor decorado con largas mesas, bancos de madera o piedra y plantas para dar frescor a los visitantes.

La calle Real daba paso a los lugareños vestidos de domingo que la

recorrían arriba y abajo luciendo sus galas. Desde los altos de la virgen de la Roca hasta desembocar en la plaza del pueblo que coronaba la ermita. No les llevaba a los habitantes del pueblo más de cinco minutos subir, y otros cinco bajar, domingo a domingo. Costumbre heredada de padres a hijos, apañando cada alcalde de tanto en tanto, las aceras y los adoquines de aquella calle Real, que tan querida era por todos los vecinos del pueblo, para después retornar cada uno para su casa a eso del mediodía, salvo los señoritos que gustaban de tomar el aperitivo en la taberna del Benito, o en las mesas que colocaba delante de su tienda el tío Felipe y tenía a bien servir las bebidas que demandaban los latifundistas del pueblo.

Desde antes de que se rasgara la memoria, recordaba la plaza el boticario. Ya sus bisabuelos habían forjado esas tierras dejando su sudor y su trabajo para que otros vivieran y sacaran adelante el pueblo. A la testa le venían los recorridos que hacía su padre a caballo desde las eras hasta las cercadas del ganado, llevándole a veces con él. De lección le servía, como hijo único que era para que se dejara los ojos en aquellos lugares que suyos iban a ser. Al igual que su hijo, él perdió a su madre de niño. Solo la recordaba por el cuadro de la sala que su padre tuvo a bien mandar pintar a un pintor de fama de Madrid, para que a nadie se le olvidara el semblante de aquella esposa que le faltó tan pronto.

Mucho disgusto llevó cuando dejó su mujer este mundo, dejándole solo con un hijo a su cuidado. ¡Cuántas noches tuvo que pernoctar a su lado! ¡Cuántas pesadillas pasó con él, echándole agua en la frente! ¡Maldita la hora en la que su pobre hijo quedó sin madre! Dios sabía que solo la quiso como a una hermana, pues la sesera le pertenecía solo a la Edelmira, pero jamás le deseó mal alguno y nunca quiso causárselo, aunque en alguna falda se rebozó y alguna desgracia dejó escrita en el interior de alguna moza, que tuvo que resolver con dinero. ¿Qué iba a hacer? ¡Se lo ofrecían! Que notaba las miradas de las zagalas al verle pasar a caballo por la plaza. ¡Hombre era, por todos los santos! ¿Qué macho rechazaría a una buena hembra? Quizá le llegaron habladorías a su mujer, más de las que fueron, y más de las que quiso, pero bien sabía la virgen de la Roca que jamás quiso causarle pena alguna, y sufrió cuando Dios tuvo a bien apartarla de su lado. ¡Sufrió! Mentira no era. ¡Bien lo sabía Dios! Que por las noches echaba la mano a la



cama buscando su presencia y lágrimas echaba al darse cuenta de que ya no la vería más. Aunque jamás se le quitó de la mollera Edelmira y jamás se le quitaría. Mucho le costó dejar preñada a la madre de su hijo, años pasaron hasta que por fin le dio la buena nueva. Y mucho pasó la pobre en el embarazo, que no paraba de un lado para otro, por mucho que él tratara de tranquilizarla; los nervios se la comían por dentro. Era el miedo de no conseguir ese hijo que tanto deseaban los dos. Todos los días acudía el médico a su casa para vigilar su estado, hasta que dio con la curación donde le quitaron todos los males. Sus buenos dineros gastó para llevar a buen puerto el nacimiento de ese hijo que tanto trabajo le había costado sacar adelante.

Echó un ojo a la puerta de la ermita y observó como don Anselmo despedía a los dos últimos fieles que asomaban desde la puerta de la iglesia que, como si de la fila que las lugareñas guardaban a las puertas del colmado del tío Felipe se tratara, así aguardaban los fieles a la charla de los domingos con el cura. De tradición se trataba y las tradiciones eran sagradas en estos pueblos de castilla.

Agotado andaría el padre Anselmo de tanto darle a la lengua y de tantas bendiciones. Lo mejor sería acercarse a las mesas de Felipe a tomar un chato que más necesitaría el clérigo un buen vino que el mejor de los consejos.

Cuando le vio llegar le hizo una seña para que se aposentara en una de las mesas del tío Felipe. Bien sabía que su hijo todavía sentaba con Pilar en la taberna del Benito y no quería coincidir con él. Mucho no había de faltar para que se levantara y la llevase a su casa. Conociéndole, sabía que el cuerpo ya le estaba pidiendo la pitanza y una buena siesta. En cuanto le viera marchar, cambiaría de acera y después de un buen vino en la tienda de coloniales, invitaría a comer a don Anselmo en la taberna del Benito, que de seguro un buen lechazo no le faltaría en el horno. Mejor sería entrar en el bar y comer donde no les observaran las miradas de los vecinos, ni de las comadres que todavía andaban deambulando por la calle Real.

Demasiado era lo que había en juego, y también mucho lo que confiaba en el cura, que más que cura, por amigo le tenía y, aunque a veces su costumbre fuera poner a Dios por delante de todos los consejos que le pedían

unos y otros, tenía que reconocer que no le faltaba caletre para pensar, ni amistad para llegar al fondo de ese corazón que no le cabía en el cuerpo.

—Ya terminé, Hilario, que digo yo que más les valiera a algunos quedarse en casa con el fresco, que acudir a la misa de los domingos, pues por mucho que aconseje a los descarriados, descarriados siguen, lo llevan en la sangre, y los buenos, buenos son y no les hace falta mi palabra.

—No te quites méritos, amigo, que a muchos has guiado al buen camino.

—¿Eso no lo dirás por ti?

—¡Bendito sea Dios! ¡Y yo que había pensado invitarte a comer y le he encargado al Benito un buen lechazo!

—Bien está, olvida entonces las últimas palabras, que más vale un estómago repleto de buena comida que palabras que se han de quedar en desuso.

Después de dos chatos de vino y unas olivas en el colmado, viendo que el tío Felipe deseando estaba de cerrar el portalón de la tienda, cambiaron de acera y pasaron a las dependencias del interior de la taberna del Benito, donde este les tenía preparada la mejor mesa del local, frente a la ventana, con el toldo bajado para que no percibieran el calor del medio día.

Una buena botella de vino de Toro abrió el Benito y les sirvió en los dos vasos que estaban colocados en la mesa, que junto a dos platos y servilletas de tela esperaban al lechazo, con una buena ensalada central a base de lechuga, tomate y pepino. Unos cuantos pedazos de pan blanco de la zona reposaban en una cesta de mimbre, esperando a ser cortados para degustar el mojete del aliño que casi sobresalía de la ensaladera. Unas buenas olivas les fueron llenando el buche hasta que el Benito se llegó a servirles el medio lechazo que les dejó partido para que sirvieran ellos mismos en cada plato.

Casi no atinaron a hablar, pues tal era la magnitud del sabor del condumio que las tragaderas llenaron en todo momento, hasta que acabaron con las olivas, la ensalada, el moje y chuparon los huesos del costillar, del que solo dejaron los esqueletos pelaos y mondaos.

El Benito les recomendó de postre unos hojaldres de san Lorenzo rellenos

de crema que, según él, había elaborado con todo el mimo su parienta esa misma mañana.

Caso le hicieron, acompañando la sobremesa con una botella de aguardiente que el boticario rogó al Benito dejara sobre la mesa, junto con dos cafés solos bien cargados, mientras le pagaba la cuenta y le dejaba más de lo que se consideraba una buena propina para que cerrara la puerta del comedor y pusiera en marcha el ventilador de techo que solo encendía en raras ocasiones, por el consumo eléctrico que le dejaba los dineros silbando. Artefacto que había pedido a una fábrica de Madrid y que de seguro habían copiado de algunas películas americanas y que tan de moda estaban.

Cuando el Benito tuvo a bien dejarles solos, el cura se desprendió de los zapatos, no sin antes pedirle permiso a Hilario, que al notar el acierto de don Anselmo procedió a hacer lo mismo.

Habiendo degustado el primer chupito de orujo:

—¡Tú me dirás, Hilario! Que por hombre del puño cerrado no te he tenido nunca, pero eso de que

de buenas a primeras me invites a este festín tampoco es que me entre en la sesera. Con lo cual, y si no me he vuelto tonto de repente, es de seguro que algo tienes que contarme.

—Siempre has sido un hombre sabio, Anselmo, y perdona el tuteo ahora que no nos escucha nadie. Continuamente eras de los primeros de la clase, por tu atención al maestro y tu fuerza de voluntad, aunque para los deportes nunca estuviste acertado, porque al balón pie no dabas una, pero mentiría si dijera que no fuiste un lince en los estudios, nada más hay que ver que hasta cura has llegado.

—No digas más bobadas, Hilario, que solo soy un pobre cura de pueblo.

—Se ve que por tonto me tienes. ¿Piensas que no llegó a mis oídos tu llamada del obispado? ¿Qué no me he enterado que rechazaste la secretaría junto al obispo, solo por amor a tu pueblo? Ya... ya sé que nadie sabe ni media palabra del asunto, y de mi boca nada ha de salir, pero de sobra

conoces que tengo amigos fuera de estos lugares y nada más llegar la carta vinieron a contarme la buena nueva. No moví ni un dedo cuando supe tu elección, eres un buen amigo y no quería influir en tu decisión. ¡Y qué coño! ¡Tampoco quería tenerte lejos! Me alegré al saber que te quedabas con nosotros, pero como que la Virgen de la Roca es la patrona del pueblo, que ya había movido algunos hilos para que en la estancia del obispado nada te faltara y hacerte fácil la subida, sin que te costaran los escalones que te obligaran a subir.

—No, si ahora me voy a creer que eres buena persona, de seguro que no han de pensar lo mismo alguna que otra mujer del pueblo que yo me sé, y que tampoco he de decir, y no porque no sea cotilla. ¡Que lo soy! Sino porque ya sabes que estoy obligado por el secreto de confesión.

—Siempre has sabido todo de lo mío gracias a ese secreto, Anselmo, de sobra conoces que nunca me ha faltado tiempo para contarte mis penurias.

—No sería precisamente así como yo las llamaría.

—Penuria fue no poder hacer mi esposa a Edelmira, y penuria sigue siendo.  
¡Bien lo sabe Dios!

—¡Otra vez con la misma martingala! ¿Para eso has gastado tus dineros en esta comilona? Te los podías haber ahorrado, que me duele la cabeza de escucharte siempre lo mismo Hilario. Lo pasado... pasado está.

—Mucha razón llevas, Anselmo, y esa pena me quedará siempre en el alma, y aunque no es eso de lo que quiero hablarte, sí es verdad que anda relacionado. Dios me está castigando, amigo, vaya usted a saber por qué, pero es de seguro que ha sido por no saber aguantar mi hombría, por no resistir aquel amor que debí respetar en su momento, al que me tenía que haber enfrentado sin miedo, ni a mi padre, ni al qué dirán, ni al futuro que me aguardara. Pero callé como un cobarde y dejé que ella cargara con las consecuencias. Al principio pensé que era obra de la virgen buscar un padre a mi hija, pero ahora sé que erré en mis quebraderos de cabeza. El castigo me aguardaba.

—Me estás asustando, Hilario, que de sobra sé que no son baladí tus quejas, algo grave ha de pasar si además mezclas a nuestro señor en la

historia.

—Que Dios me perdone, que no es mi intención meter al altísimo donde no debe estar. Anoche tuve una charla con el chico. Fue cosa de él... Estaba fuera de sí, en la cara se le notaban los nervios que le comían por dentro. Si de otro momento se tratara diría que por fin ha sentado la cabeza... Sin embargo, que la virgen no me lo tenga en cuenta... pero... esto va a ser un desastre.

—¿Quieres dejar de darle vueltas al mochuelo? ¡Ve al grano de una vez!

— Como si de una penitencia se tratase, trató el asunto de la boda.

—Es no es ninguna novedad, no hay que ser muy tonto para darse cuenta de que la única enamorada de ese casorio es Pilar.

—El meollo de la cuestión es que está atolondrado hasta la médula por una zagala del pueblo, y si eso fuera todo tendría remedio, pero lo triste de esta historia es que la zagala, mucho me temo que coladita anda por él, y que además esta vez la cosa va en serio. Qué abobados andan el uno por el otro como que me llamo Hilario, que jamás han visto mis ojos llorar al chico con la amargura que lo hacía anoche, que casi se me quema el alma.

—Pues algo de razón tienes, que parece toda una tragedia griega y la pobre Pilar no tiene la culpa de tus tejemanajes de colindar tierras y dineros. Todo depende de ti. ¿Estás dispuesto a enfrentarte a tu consuegro, el de Peñas Albas? ¿De ser la comidilla del pueblo? Porque hay que echarle valor al tema, y mucho me temo que no te vas a atrever.

—¡Anselmo! La cosa es peor de lo que te imaginas!

—¡La ha dejado preñada!

—¡No, coño, no es eso! Te dije que se repetía la historia... Mi hijo y Rosita, la chica de la Edelmira, están enamorados. La cosa no ha llegado a mayores, pero arrumacos ha habido, y nadie mejor que tu debería saber que se trata de un incesto. ¡Pecado de excomuni3n! Estarían condenados los dos para el resto de sus días.

—¿Lo sabe la Edelmira?

—¿Y cómo he de saberlo?

—Si está enterada no tardará mucho en llegarse a la iglesia, y no sería mala cosa que lo hablásemos los tres.

—Lo haré por no desairarte si te parece que ha de hacerse, pero sabes bien que arreglo no hay. Son hermanos y no se hable más, por la buenas o por las malas hemos de separarlos. ¡Maldita sea mi estampa! ¡Dios me está castigando! ¡Tuve que hacer lo que mandaban los cánones, aunque me hubiera tenido que enfrentar a mi padre! ¡Y al pueblo entero si hubiera sido preciso! ¡Malditos tiempos los que nos han tocado vivir!

—¡Deja de maldecir! Que nada has de solucionar haciéndolo, mejor será que le demos al tarro para arreglar el problema.

—¡Qué tarro ni qué tarro! No le veo solución, Anselmo. ¿Es que no te das cuenta de a lo que nos enfrentamos?

—Más que tú, aunque no lo creas, mucho más, para eso soy cura, y eso amigo mío, a veces... solo a veces... trae alguna ventaja, y no para mí, que egoísta debería ser alguna vez que otra, aunque me doy por bien pagado si resuelvo este problema. ¡Que tiene miga no te lo voy a negar! Sin embargo, todo tiene arreglo en esta vida, Hilario... Ya lo sabes... Todo, menos la muerte.

—¡Que me aspen si te entiendo, Anselmo! ¡Pensé que te ibas a indignar y a proferir hasta maldiciones! Y te quedas ahí, perdona que te diga... pero como un tonto, eso es, te quedas como el tonto del pueblo, como si la cosa no fuera de preocupación.

—Lo es, lo es, Hilario... Pero no te alarmes, ya veremos en qué queda todo esto. No te alarmes y déjame a mí, que muchos amoríos he sacado adelante como si en vez de un cura fuera una Celestina... Ya sé... no hace falta que me recuerdes que son hermanos,... de sobra lo sé. Hablaré con la Edelmira y trataré que tenga a bien consentir una reunión de los tres en la iglesia.

—A cabezota no hay quien la gane, bien lo sabes. No querrá.

—Lo hará. Tratándose de la Rosita, lo hará, no desconfíes. En cuanto

tenga preparada la cita. Como la cosa apremia será lo antes posible, te avisaré.

—Está bien, cura. Estaré esperando tu aviso. ¿Echamos un orujo y una partida?

—Si estás dispuesto a perder, adelante con el orujo y con las cartas.

Hilario terminó la partida y hacia las siete de la tarde regresó a la hacienda, donde le esperaba la cama para una buena siesta aun sabiendo que casi era la hora de la cena. Bien fueran los orujos, el buen vino, ese yantar que le llenó el buche o las ganas de olvidar, pero así como estaba, sin tan siquiera desvestirse, se echó en la cama dejando que la corriente entre las dos ventanas del dormitorio hiciera mella para que el poco aire que desembocaba le inundase, y poder así dormir una siesta de por lo menos un par de horas.

Matilde llamó a la puerta de Edelmira, pasadas las ocho de la mañana. Bien sabía que la noche y las preocupaciones no le habían dejado pegar ojo. Cargaba en una bolsa de rejilla unos churros recién elaborados por ella, con un aparato que guardaba de su madre que, aunque antiguo y pasado de moda, su buen apaño le hacía. Ya vestida le abrió la puerta la Edelmira. Al ver el buen condumio que llevaba su vecina para el desayuno, se propuso elaborar un buen chocolate caliente para sorprender a la Rosita en cuanto abriera el ojo, que a buen seguro lo haría sin protestas, en cuanto le llegara el olorcillo a cacao que el tío Felipe decía importar de ultramar y que en las navidades pasadas tuvo a bien regalarles el patrón en una cesta repleta de ricos manjares, que buena pinta tenían y que ella quiso guardar para las buenas ocasiones.

Después de la charla entre buenas vecinas y antes de que la Rosita abriera el ojo, dispusieron que bueno sería consultar con don Anselmo las ojerizas que le consumían el alma a la Edelmira, aunque bien sabía Dios, que ni tiempo tuvieron a comentar los dimes y diretes de la conversación del día de antes, en cuanto dos llamadas a la puerta sonaron, aun sabiendo que raro era que a esas horas se aposentara alguien en su vivienda.

Sin miedo ni congoja alguna, la Matilde procedió a abrir el portón y como si de una aparición se tratara don Anselmo entró con una sonrisa de oreja a

oreja y demandando el desayuno que todavía no le había dado tiempo a degustar. “Y con buen acierto”, pensó, porque al observar el chocolate con churros, bien se alegró de no haberlo tomado.

Mientras, la Rosita seguía en el séptimo sueño, sin percatarse del buen tripeo del cura, de la vecina y de su madre. Don Anselmo al percibir que la niña seguía durmiendo profundamente, les puso al tanto de la charla mantenida con Hilario el día de antes, y aunque tampoco mencionó cosas íntimas de amigos de años, tampoco se cortó en soltar por su boca las preocupaciones de su amigo, que dejaron a la Edelmira mucho más preocupada de lo que estaba, corroborando lo que se temía. Dios no lo permitiera, pero si los chicos estaban enamorados y esta vez no era un pasatiempo para el señorito Hilario, apaños estaban, pues más difícil sería deshacer la cosa. A la Rosita con dos gritos y un buen tortazo si hacía falta podría dominarla, pero a un hombre hecho y derecho, a punto de pasar por el altar y que estuviera dispuesto a renunciar a dineros y órdenes de su padre... Eso... eso había de tener poco arreglo.

Antes de que despertara la Rosita, dejaron zanjada la reunión que se llevaría a cabo en la sacristía de la iglesia a las diez de la mañana del día siguiente.



## CAPÍTULO XXV.

*“Amor que no es osado, amor poco estimado”.*

Manuel Figueroa Baltierra, duque de Baldeaguas, aparcó su Mercedes Benz, aquel deportivo rojo que trajo de Alemania el año anterior, en la entrada de la casona, y se dirigió a la puerta de la cocina donde sorprendió a Ignacia introduciendo arroyo en unos frascos de cristal, para proceder a cocerlos al baño María en el fogón que ardía gracias a la buena leña y carbón, que en montones se guardaban en el cobertizo que se mandó fabricar, para que la buena mujer no tuviera que cargar mucho trecho con los cubos cargados para encender la cocina.

Sin que se diera cuenta, el señorito le dio un beso en el cogote, a la vez que le daba los buenos días.

—¿Si aún pensará que por un beso le voy a perdonar que me haya tenido toda la noche pendiente?

—¿Pendiente de qué?

—De su llegada, leche, que ni ojo he pegado, por si le pasaba algo por esos caminos con ese artefacto del demonio que le lleva y le trae a todas partes.

—Automóvil, Ignacia,... se llama automóvil.

—¡Como si mucho me importara el nombre del bicho ese! ¡Habiendo caballos! ¡Si fuera que no tuviera! Pero lleno está el establo de los pobres animales, que solo utiliza de poco en poco. ¡Cuántos quisieran!

—Deja de refunfuñar y ponme algo aquí mismo, que vengo muerto de hambre.

—¡Su buen ejercicio habrá hecho para que le pidan las tripas comida!

—¡Mira tú las cosas que te da por pensar! ¿Es que no puedo venir de trabajar?

—¿Se habrá pensado que soy tonta, después de tantos años?

—Ni un solo momento. ¡Que eres más sagaz de lo que yo quisiera!

—No se hable más, ahora mismo le sirvo un buen café y las migas con un par de huevos de los de la Edelmira, que son los mejores del contorno, y que la pobre me trae de vez en cuando por lo agradecida que dice estarle.

Mientras Manuel observaba a través del ventanal de la cocina el jardín de la entrada, tan bien cuidado y elaborado por los peones de la finca, la fuente que con su sonido hacía relajar las mientes de los habitantes del pueblo y el camino que llegaba hasta la linde, Ignacia le preparó un par de huevos con puntillas, migas y un cacho de hogaza del día de antes, que dejó crujir al amor de la lumbre de la chimenea que ya se había encargado de encender a la amanecida.

—Sírvete, Ignacia, y hazme los honores.

—¿Cómo dice?

—Que desayunes conmigo, mujer.

—Desde que lo hice, patrón.

—Pues un café, descansa un rato, que no paras, y no me extraña que a la noche te cruja la espalda.

—Bien está, me echaré en el cacillo uno solo, que ya sé que debería tomarlo con algo de leche pero, entre usted y yo, señorito, el café solo me sabe a gloria.

—Antes de que se me olvide, has de darle las gracias a Edelmira por andarse molestando en traer a la finca hortalizas, huevos, o lo que sea que traiga.

—Ya tuve a bien invitarles a comer, a ella, a la niña y a la Matilde, que buenas vecinas son. ¡Así habrían de comportarse todas las comadres del pueblo! Que a agradecidas no hay quien las gane, y aunque fuera por temor o por respeto a las maldiciones, que como que me llamo Ignacia, al igual que mi padre, que todavía no ha echado ninguna; pero el día que le dé por maldecir, como hizo su madre y su abuela, ¡que tiemble el pueblo! Y la

Rosita heredado lo lleva. Muy joven es, y todavía no lo sabe, y me dice la sesera que no lo controla, pero es algo que heredan las mujeres de su familia desde que el mundo es mundo.

—¡Por Dios, Ignacia! ¡Deja de decir memeces! ¡Después de tantos años a mi lado pensaba que habías aprendido algo!

—¿Y no habría de hacerlo? Claro que he aprendido... a guisar, a coser, a zurcir, a no dormir cuando viene tarde, a conocer sus malos humores y a llevarlos como los llevaría su madre, a la que Dios tenga en su gloria, a llevar la hacienda cuando está días fuera, a asumir el mando. ¡Que los peones me temen más que al demonio en cuanto saco el genio! Y hasta conocer de qué pie le cojea el carácter y la cabeza esa tan dura que tiene cuando le da por pensar.

—No, si ahora va a resultar que te van a contratar de maestra del pueblo, que hasta sabes lo que pienso.

—Lo sé... Como que estamos aquí, que lo sé.

—Pues no es que sea demasiado difícil, los problemas de la hacienda, los negocios de Madrid, las cuentas, los viajes, mira tú, ni que hubiera que estudiar ingeniería para conocerme.

—No he estudiado eso tan raro que dice, que no sé lo que es, pero no es eso lo que le preocupa, señorito.

—Anda, saca una botella de vino y cuéntame lo que me tiene alborotado, no sea que sepas adivinar el futuro, que casi me estoy pensando llevarte a un circo y nos hacemos ricos.

—Le puede sentar bien o mal. Para qué nos vamos a engañar, sé que lo va a negar todo, pero que como que vivimos en la finca de Baldeaguas, que desde el día que vino la Edelmira con la Rosita, me temo que anda usted deambulando de un lado a otro sin dar ni una. Se le ha metido la niña en el caletre y no ha de sacarla. Que la chiquilla una mocita es, y está en edad de merecer, y moza más guapa y más buena no han visto estos contornos, a no ser su madre, que también lo fue. Y la lleva incrustada en la sesera desde aquel día. Y escúcheme, patrón, sabiendo que a usted lo mismo le dan las señoritas, que las zagalas, que las pastoras, que no anda con los miramientos

de clases, ¿a qué está esperando? Mejor que la chiquilla no habrá de encontrar para madre de sus hijos, que lleva la belleza, la dulzura, la bondad y la clase metida en el alma, no sé de quién la habrá sacado, pero una marquesa parece en los movimientos y en los andares. No haría mal papel, ni en los viajes, ni en los hoteles, ni en las cenas o teatros a los que habrá de mostrarla. Prendados quedarían los que la conocieran, tan solo unas cuantas clases de corrección, o protocolo, o enseñanza, o como se diga, que más sabe usted que yo de esos menesteres. ¡Y para señora de la casa no habría otra, señorito, se lo digo yo, que lleva la buena fe prendida en la frente, al igual que su madre y la abuela. Y bien sabe la virgen que hacen falta chiquillos correteando por la finca, que den alegría y sonrisa a todo el que pase. ¿O se va a perder la hacienda? Después de lo que ha costado sacarla adelante ¿No ha pensado en lo que luchó su padre para tener la mejor finca de la provincia? ¿Va a dejarla perder? No le diría nada de esto sino hubiera notado sus miradas a la chiquilla, pero ya me lo puede negar todo lo que quiera, que como a un hijo le conozco, y sé que se le ha metido en el alma, como también sé que se lo niega a sí mismo, pues son muchos los años de soltería y no quiere compromisos. Veremos qué pasa cuando se la quite otro... algún gañán con más caletre que usted, y por tonto y por poca sesera la deje escapar. ¡He dicho! Se acabó por mi parte, ahora suba y acuéstese que viene cansado, y no de trabajar, que por tonta no me tengo. Duerma bien y piense en lo que le acabo de decir, que por su bien lo hago, señorito, bien lo sabe.

—Claro que me subo, a descansar y a no escuchar más tonterías. Mira que te gusta desgastar los pocos sesos que te quedan en pensar boberías y risiones, porque eso es lo que es: una risión... pero de las gordas. ¡A quién se le diga! Enamorado de Rosita, que no habrá cumplido de seguro ni los diez y ocho.

—Los diez y seis cumplirá en nada, y a esa edad ya andaba su madre de casorio, y si es menester esperar a que cumpla los diez y ocho, pues se espera mientras dura el noviazgo, los paseos por la plaza y los galanteos que se requieren antes de la boda, que no es moco de pavo preparar un casorio, su tiempo se lleva. Un ajuar completo que habría que pedir a las Dominicás, las vajillas, cambiar algunas cosas de la finca, y alguna obra que otra, que de seguro que a la pobre chiquilla le parecería todo esto muy antiguo, y un

dormitorio más moderno, de esos que salen en el cinematógrafo de las películas del pueblo.

—¡Habrás de callar, Ignacia! ¡Voy a llamar a don Mariano, que te mire la cabeza! ¡De seguro que se te ha escapado un tornillo! ¡Ni que hubieras comido lengua! Deja de pensar majaderías y me llamas para la comida ¡Y se acabó la conversación! ¡Para siempre! ¿Me has escuchado? ¡Se acabó!

Abrió la ventana de su dormitorio y echó los cortinones para que la claridad del día le dejara dormir. Se desnudó completamente y se tumbó sin retirar siquiera la colcha. Los negocios le llevaron a Valladolid y allí permaneció casi todo el día, aunque después de la cena se llegó a uno de los mejores tugurios de la capital. Echó un par de partidas de póker, solo para entretener la mente, pues no era de apuestas, que el dinero no se gana solo y no es bueno gastarlo de una sola vez. Pasó la noche en la mejor habitación del lupanar, la que le tenían reservada cada vez que Esmeralda, la dueña de la mancebía, le veía entrar por la puerta. Las meretrices eran limpias y se ganaban bien los cuartos con su buen hacer. Bien sabía que se le rifaban y hasta tenían sus más y sus menos entre ellas por estar con él, bien por sus artes amatorias, o por la buena propina que las dejaba en la mesilla cuando clareaba el día.

Se notaba seguro entre todas aquellas ramera que sabían cómo saciarle, aunque a la llegada de la mañana aquel sentido de culpabilidad estúpido hacía presa en él. Se sentía abatido, inútil y patético. Sabía que en la capital, y hasta en Madrid, tenía buenas pretendientes, señoritas de buena clase, bellas y de buenas familias, a las que estaba seguro de que sus padres empujaban para agasajarle y mostrarles sus buenas dotes de muchachas casaderas en cada fiesta a las que era invitado cada vez con más asiduidad.

Estaba negando lo evidente, ¿para qué hacerse el ciego consigo mismo? Dos meses antes tenía casi decidido echar a suertes cual de aquellas damiselas sería la agraciada para convertir en su esposa, aunque le invadiera la desidia y la repugnancia que sentía por él mismo ante tener que tomar aquella decisión de aquella manera. Sin embargo, por mucho que lo intentara su corazón no le respondía ante las alabanzas recibidas por todas aquellas jóvenes que parecía se estuvieran ofreciendo, como se ofrecen las vacas en

las subastas de la feria del ganado.

Tenía razón su ama de llaves, el día que vio a Rosita todo aquello que se traía entre manos perdió el interés. Jamás pudo imaginar belleza igual. Por más que Ignacia decía que era igual que Edelmira a su edad, él no se acordaba de la madre, ni por lo más remoto. Fue ver a la chiquilla y sentir una sacudida eléctrica. Por más que no le diera cuenta a la razón, desmintiera cada pensamiento y soslayara cada imagen que retenía en sus ojos. Ella estaba ahí... a todas horas del día y de la noche. Por más que visitara el burdel de Valladolid, los de Madrid y cuantos prostíbulos se encontrara por los caminos para olvidarla, era la cara de Rosita la veía en cada buscona o en cada cortesana con la que tenía a bien pasar la noche. Eran muchos los “te quiero” que decía en cada ofuscación con cada una de ellas, viendo el estupor, y hasta la esperanza que causaba en las caras de cada ramera con la que se acostaba.

¿Cómo iba a ser capaz de enamorar a la zagala? Si hasta vergüenza sentía con solo pensarlo. Se moría de ganas de tenerla, de hacerla suya, de convertirla en su esposa, en la dueña de su casa, de su cariño y de su alma. Se estaba volviendo loco. Un hombre hecho y derecho que parecía un despojo... Eso era, un despojo... De burdel en burdel, para tratar de eludir lo inevitable... Estaba totalmente enamorado de Rosita. Tendría que elaborar algún plan. ¿Pero qué sabía él de conquistas? Y menos a una chiquilla que seguro que le vería como un viejo. ¿Y si le confesara a Ignacia la verdad? ¿Sus verdaderos sentimientos? Era como la madre a la que no había conocido, la persona que más le quería en este mundo. No dudaba ni un momento que solo el bien querría para él. ¿Le ayudaría? Seguro que sí. Tendría que confiar en ella. ¿Qué otro remedio tenía? ¡Maldita sea! ¡Es que ni tan siquiera iba a poder conciliar el sueño! ¡Malditas moscas pegajosas! ¡Maldita fuera lo que le estaba pasando! ¡Después de luchar en una guerra que sintiera miedo de una chiquilla de quince años!

## CAPÍTULO XXVI.

*“La cruz en los pechos y el diablo en los hechos”.*

Don Gerardo, el alcalde, se sentó en uno de los sillones de mimbre, delante de la mesa camilla vestida con faldas de ganchillo que su mujer había tejido, situada en la entrada a la vivienda, debajo de los soportales de la plaza, justo frente a la casa consistorial donde, según mandaban los cánones, debía hacer la visita a diario. Para eso fue elegido como edil principal, por lo que se llevaba un salario más que digno y, para qué iba a negarlo, un “sueldo” que él mismo había dictado, que no era moco de pavo llevar los avatares de un pueblo tan conflictivo como el suyo. En plena Castilla, repleto de terratenientes, tierras de cultivo más bien de secano, buen ganado y hermosas vides que daban uno de los mejores caldos de la región, sin hablar de las aguas de Baldeaguas, que se encontraban en los terrenos del barón, baronía que según las malas lenguas consiguió su padre a base de hacer la pelota a unos y otros, título que había heredado su hijo “el Manolito”, como siempre se le había llamado, pero que ahora estaba prohibido después de que Franco le otorgase una condecoración por ser un defensor valiente de la patria en la guerra civil. Mentiras podridas con las se divertían las comadres, pues mejor familia en el pueblo no hubo jamás. Don Gerardo le denominaba señor barón, a modo de peloteo, aunque siempre se habían tuteado, cada vez que el ayuntamiento tenía a bien pasarse por sus tierras a hacer una visita para rogarle que renunciara al manantial y lo cediera como patrimonio al pueblo, para que sus aguas curativas llegaran a oídos de toda la nación. Si así fuera le daría al pueblo el empuje que le faltaba, habiéndole prometido a don Manuel que el ayuntamiento se haría cargo de las obras de un balneario, para lo cual lo único necesario sería requisarle las tierras colindantes a la fuente de aquellas aguas tan beneficiosas para la salud, según decían unos y otros. Ideas se le iban y se le venían, incluso había contratado unos expertos del cine para que grabaran los terrenos, el surtidor, y los efectos que habían causado en los lugareños que enfermos se encontraban, y manifestaban delante de aquellos aparatos de grabación la curación de sus dolores de estómago, de cabeza y hasta de los riñones que de seguido expulsaban sangre y, al catar las aguas, se encontraban como nuevos. De su propio dinero, sin que se enterase su mujer “Marina, la alta”, que de siempre había gastado muy mala leche, había pagado a los expertos que iban a elaborar el llamado reportaje —palabra desconocida hasta entonces—, que en secreto llevaba y que guardaría bajo siete llaves cuando estuviera terminado, para mostrar el efecto al señorito Manuel por si con eso le causaba algún remordimiento de conciencia y

permitiera que el pueblo se lucrara con los beneficios que podían aportar tales logros, y que de seguro, si estuviera dispuesto a colaborar, podrían llegar hasta el “NODO” y hacer del pueblo un lugar de veraneo digno de las familias más pudientes de toda España.

Si la Marina se enterase en lo que estaba empleando los dineros, posiblemente, ni le dejaría dormir en su cama, pero sisando de aquí y de allá lograba obtener cantidades para pagar lo que él llamaba “objetivos”, palabra que había escuchado a un forastero y de la que se sentía muy orgulloso por haberla retenido en la cabeza para usarla en las reuniones del consistorio, dejando con la boca abierta a los concejales y hasta a los terratenientes que acudían, que a más de uno había visto con cara de no saber ni tan siquiera de lo que se estaba debatiendo.

Benditas tierras aquellas, que hicieron más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. Fortunas heredadas de padres a hijos y tierras amalgamadas por los casamientos acordados para unir secanos con regadíos y barbechos con cultivos. Muchos fueron los mozos que perdieron la vida en la maldita guerra, que se llevó por delante mucha mano de obra que, al final de cuentas, fueron los pobres los que fueron al frente y los ricos los que quedaron detrás, en los mandos, pagando para salvar la vida. Aunque reconocía que en eso no había caído Manuel, el de Baldeaguas, que pudiendo pagar eligió estar en primera línea y de una muerte segura salvó a sus hombres con su valentía. En todos los diarios de España salió su semblante, cuando el generalísimo le condecoró por su arrojo y su intrépida valía.

Enfrascado en sus pensamientos seguía cuando Marina, la alta, se sentó a su lado, dejando que el sol de la mañana bañara su semblante tan poco agraciado. Puso una botella de vino en la mesa, dos vasos y unas olivas aliñadas en la tienda del tío Felipe y comenzó con la matraca diaria hacia su marido, que no era otra que la de enfocar el casorio de Francisca, su hija mayor, que según su madre se le estaba pasando el arroz, que diez y ocho años había cumplido y ni mozo altanero, ni terrateniente, ni gañán daban muestras de querer noviazgo con ella.

Era hora de tomar una decisión —pensaba Marina— ¿Para qué querían el dinero que daban las tierras sino era en beneficio de las hijas? Al fin y al cabo



algún día sería de ellas, y bien sabía la virgen que no quería una solterona en casa. Jamás en su familia quedó célibe ninguna moza, tan solo la tía Carmina, que por propia decisión entró en las dominicas, y allí murió dejando su vida al servicio del altísimo. Dios la tuviera en su gloria, que buenos dineros le costó a la familia la dote que entregaron a la comunidad.

—¿Qué quieres que haga, Marina? ¡Dime de una vez lo que quieres! ¡Porque te juro que como no vaya de casa en casa mendigando un marido para la niña! ¡Otra cosa no se me ocurre!

—¡Ten de seguro que no me cabe en la cabeza como eres el alcalde de este pueblo! ¡Más tonto que tú, no lo hay en la provincia! Menos mal que Dios quiso que dieras conmigo, si con otra hubieras dado, otro gallo cantarías, serías más pobre que las ratas y de barrendero del pueblo andarías callejeando. ¿Es que piensas que voy a casar a la Francisquita con cualquiera? ¿De qué nos valen las tierras que heredé de mis padres? ¿Y las tuyas? ¿Los arriendos? ¿Las casas de la capital? Por pobre no me tengo y no pienso entregar a mi hija al primero que pase por la puerta.

—Te entiendo, Marina,... te entiendo... no creas que no te comprendo, la que no entiende nada de nada eres tú. La verdad del asunto, es que ni pobre ni rico ha pasado todavía por la puerta. ¡A ver si te entra en la cabeza de una vez! ¡Que tu hija no ha tenido pretendiente alguno! ¡Que no estamos en posición de elegir! ¿Cómo te va a entrar en el caletre? ¡O pagamos a algún gañán y le damos un cargo, o la metemos en las dominicas!

—¡Santa Rita! ¡Escucha mis plegarias! Sabes que soy tu devota más fiel, recuerda las novenas y los dineros que me dejó en el cepillo de la iglesia para que don Anselmo no se olvide de los pobres. —¿A qué viene tanta martingala?

—Si la niña no ha tenido pretendientes, es porque es un recato de virtudes. No sale ni a la puerta. Y tiene un padre que es un zoquete de primer rango. ¿A qué hombre no se le ocurriría organizar algún evento con el objetivo de que vinieran los mejores mozos del lugar a conocer a su hija mayor? ¿Qué padre no se pararía a considerar el futuro de su primogénita? ¿Buscar entre los mejores del lugar un posible marido? ¿Es que tengo que estar en todo? ¿Alguna vez va a tener cabida en tu cabeza alguna cosa que no

sea del maldito ayuntamiento? ¡Maldita la hora que aceptaste el cargo! Y maldita la falta que nos hace el salario indigno que te dan, que si por tonta me tienes, andas errado. ¿Piensas que se me escapa que faltan dineros? ¡Dineros de tu familia y que destinas a menesteres que ni saber quiero! ¡O le buscas un buen marido a la niña! ¡O te juro por lo más sagrado que no catas mi cama en la vida!

—¿Y esa cabeza tuya se ha fijado en alguien? O quizá me las tengo que ingeniar yo solito.

—Tu hija tiene que ser la baronesa de Baldeaguas y no hay más que hablar.

—¿Estás insinuando que quieres a Manuel como yerno?

—Eso mismo.

—¡Estás loca, mujer! ¡Loca de remate!

—¿Vas a decirme que tu hija te parece poca cosa para ser la dueña de la baronía?

—Vamos a ser sensatos, Marina, y vamos a pensar cómo se debe pensar... con la cabeza, sin dejarnos llevar por los sentimientos hacia la niña. Manuel es un hombre hecho y derecho, por si no te has dado cuenta, el más codiciado no solo del pueblo, sino de toda la provincia. Hacendados y conocidos terratenientes hacen sus buenos kilómetros para visitarle, y casi siempre llegan acompañados de alguna hija en edad de merecer para que el barón se fije en ellas sin resultado alguno. Aunque no lo creas buena amistad me une a él, y te aseguro que no solamente desearía meterle en la familia por su título y sus dineros, sino por su buen hacer. Que buenas obras no le faltan y no he conocido mejor persona.

—¿Me estás dando la razón entonces?

—Ni por lo más recóndito, no es esa mi intención, sino todo lo contrario. Quiero que por un momento dejes a un lado tu pasión de madre y que no te dejes cegar por el cariño que le tenemos a Francisquita. Vamos a ser coherentes, si tu hija no ha tenido pretendiente alguno, no es porque no hayamos dispuesto agasajos, ni organizado eventos, ni porque no se sepa que

está en edad casadera.

Pues de sobra lo sabe todo el pueblo, que aquí nos conocemos todos. El problema... es...

—¡Vamos! ¡Suéltalo ya! ¿Cuál es el problema?

—Hay que ser realistas, Marina. La chiquilla muy agraciada no es, ni simpática, ni dulce. Alta como un poste y delgada como un palillo. Y si hablamos del carácter no habría por dónde empezar. Chillona, envidiosa, metomentodo, orgullosa y soberbia. Mira por encima del hombro a todo el que se le acerca, no tiene amigas porque a todas desprecia. No sabe coser, ni bordar, escribe de mala gana y casi no sabe ni leer. Trata a los criados como si fueran mulos de carga, y además se cree con el derecho de hacerlo. Y de todo eso eres tú la culpable, que la has criado como una princesa y la has hecho creer en cualidades que jamás ha poseído y ahora estamos pagando las consecuencias, porque te digo yo que la única manera de casarla sería dando un buen cargo en el ayuntamiento a alguno de los gañanes más ineptos del pueblo, a cambio del casorio, y con todo y con eso, no creo que alguno estuviera disponible a acceder al encargo.

—Es totalmente imposible razonar contigo, Gerardo, ¿cómo vamos a casar a la nena, si tú que eres su padre la pones pingando? No entiendo cómo puedes ser tan inútil y tener tan poca sesera. ¿Acaso no eres el mandamás del pueblo? ¿No eres tú quien crea los edictos y hasta alguna de las leyes que rigen el pueblo?

—Y seguro crees que puedo dictar una que diga que el barón se case con Francisquita.

—¡Deja de decir memeces! A mí no me haces ninguna gracia. No me refiero a eso, inepto, que eres un inepto. ¿Piensas que el dueño de Baldeaguas hace todo legal? ¿Qué no habrá comprado a unos y otros para conseguir lo que tiene? Las tierras de regadío, ¿no eran de secano hace solo unos años? ¿Dónde están los permisos de sus bodegas? ¿Los has revisado? ¿Está todo conforme a lo que mandan los cánones? ¡Comienza a pensar de una vez que cada vez te estás volviendo más tonto y más incompetente!

—¿Es que te ha dado el mal de la locura, mujer? Ni yo mismo cumplo la

legalidad.

—Te lo puedes permitir, para eso eres el alcalde. ¡Empieza a meter las narices en sus asuntos! ¡Indaga! ¡Acosa lo que puedas, hasta que no aguante más! Y entonces le metes a la niña por los ojos. Verás como cuando se vea acorralado, comienza a mirarla de otra manera. ¡Ponte cuanto antes! ¡En menos de seis meses, debe de estar la cosa zanjada!

Gerardo cerró la boca, como hacía siempre que su mujer se ponía en ese estado, dejó pasar la tormenta y pensó en la equivocación que había sido su vida y como se dejó arrastrar en aquel matrimonio totalmente desacertado. Nunca la había querido. ¿Y qué iba a hacer? Si lo que mandaban los padres se convertía en ley, callar y aceptar lo que viniera. Jamás sus ojos se habían fijado en ella, pues bien sabe Dios que era fea como un diablo, altanera y orgullosa. Le podían la envidia y la rabia hacia lo que ella creía que no podía poseer. Por muchos vestidos y joyas que comprara en la capital, “el hábito no hace al monje”. Sabe Dios que en su época de mozo, locos andaban todos por la

Edelmira, mujer trabajadora, de buena familia, lista como un rayo y más bonita que la virgen de la Roca, pobre, eso sí,... que dinero alguno poseyó nunca su familia y fregando suelos ganaba el sustento su madre. Si hubieran sido otros tiempos, muchos hubieran sido los mozos que se habrían pegado por llevarla al altar... Pero mandaban los dineros y la unión de tierras y capitales, que solo sabían hacerse a base de matrimonios forzados. Y le tocó Marina, la alta, como si fuera la tómbola, y cargó con el premio gordo y tendría que estibar con ello el resto de su vida. Hasta ahora la había llevado como había podido, sorteando sus insultos y su mala lengua con buenas y malas caras, aunque era incapaz de soltar una voz más alta que otra, pero la conversación mantenida pasaba de castaño oscuro. ¡Se había vuelto loca de remate! ¡Le cegaba la codicia! Una cosa era la rabia de saber que tendría que casar de malas maneras a la niña, pero llegar a esos términos estaba empezando a colmar su paciencia. Si había pensado que iba a cambiar su proceder hacia el barón andaba mal de la olla. Aunque cuidado debería tener con ella y vigilarla de cerca. Muy capaz era de inventar cualquier insidia, o envolver con malas artes alguna acción infame o perversa para llevar a buen término sus planes y poner en mala situación al pobre Manuel. Y no dudaba

que para ello contaría con la ayuda de Francisquita, que con tal de ser baronesa vendería su alma al diablo, al igual que su madre. Que distinta de Marinita, que a dócil y buena no la ganaba nadie. Tampoco era ninguna belleza, para qué se lo iba a negar, algo retaco y regordeta, al contrario que su hermana que era una patilarga, pero su cara reflejaba paz y aunque no fuera hermosa, su mirada reflejaba belleza. Dieciséis años cumpliría pasado el verano, y ya le tonteaban los mozos, que por tonto no se tenía.

Tan pronto la vio salir por la puerta recolocada y compuesta, con el sombrero nuevo y llevando de la mano a Francisquita, que sacaba a su madre dos cabezas, supo que se disponía a comenzar con algún plan elaborado por aquella testa que solo le servía para trazar las acciones más perversas que mente alguna pudiera imaginar.

Aunque le sabía mal, tendría que poner en antecedentes a Manuel y contarle los planes de su mujer.

Ni un cuarto de hora tardaron madre e hija en acercarse a casa de doña Patrocinio, hermana de don Mariano, el médico del lugar. Solterona y mal encarada. Totalmente distinta a su hermano y a Lucía la chata, la mujer de éste, que por buenas personas se les tenía en el pueblo. Honrados, trabajadores y socorredores de cuanto menesteroso asomara a su puerta. Más de una vez, y más de cinco, había trabajado el galeno a horas nocturnas para aliviar a los pobres, ayudado por su esposa, sin paga alguna, todo lo contrario, llevando condumio a unos y a otros a la vez que iba a amparar sus penares y enfermedades. Bien sabía Dios que no parecían hermanos, ella quedó con el domicilio familiar una vez fallecieron sus padres, que a bien tuvo el médico dejar a su hermana, aun sabiendo que al ser el primogénito, era a él al que correspondía la vivienda, y por buen hermano se lo cedió a la célibe, teniendo que hacerse con una casa del pueblo para él y su esposa una vez contrajeron nupcias. La paga y estipendio de los padres la dejó para que no quedara desamparada al quedar soltera su hermana. Sin embargo, dado su buen corazón, todo se lo cedió a aquella hermana a la que notaba desvalida y sola, que aunque no lo merecía, él siempre llevó a costas a modo de responsabilidad adquirida.

Al estudiar la carrera de medicina y establecerse en el pueblo que le vio

nacer, todos los vecinos le acogieron como galeno de buena gana y supo ganarse el jornal, limpia y sanamente, como hacen los hombres de bien. Cuando terminó los estudios casó con “Lucía la chata”, que no se debía el mote a su nariz, sino a la de su abuela, que más pareciera que tuviera dos agujeros que aberturas nasales, y ya se sabe que en los pueblos se hereda el apodo de padres a hijos aunque en nada se asemeje a los tiempos, pues en nada se parecía la esposa del galeno a su pobre abuela, sino más bien todo lo contrario. Mujer galana y de buena compostura. Morena de piel y pelo, que más bien andaluza pareciera que castellana pura, debido a que un bisabuelo había nacido en Jerez de la Frontera y de él decían las malas lenguas había heredado Lucía la chata el semblante agitanado y echado palante, porque esos negros rizos como el tizón, esas pestañas rizadas y ese pelo que caía en tirabuzones hasta más bajo de la cintura, pocas mozas del pueblo tenían, salvo la Edelmira, que de todos era sabido que entre Lucía la chata, y Edelmira la maldita, andaba la belleza de aquellos contornos. Al igual que el buen fondo, amistad y buen hacer que ambas compartían desde niñas.

La esposa del médico trataba de quitar importancia al mal carácter de su cuñada, que al saberla solterona, de semblante encarado y poco agraciada, se compadecía de ella echándole la culpa a la mala suerte, y a la propia mala leche de Patrocinio que no dejaba arte ni parte a las penurias que surgieran en el pueblo, y cargara con ellas a la pobre Edelmira: el granizo, enfermedades del ganado, pedrisca, falta de medios y cosas que por mala suerte y otras por poco sentido común, estuviera sometido cualquiera del pueblo que tuviera a bien dedicarse a la agricultura o a la ganadería.

—Ya lo decía yo, y nadie me hacía caso —solía rezongar—. ¡Culpa habrá de tener la mala suerte! ¡O quizá habrá que resentir de los problemas surgidos a la virgen de la Roca! ¡Qué culpa tendrá la pobre virgencita de esos menesteres, sabiendo los poderes tan malignos que se gasta la Edelmira! ¡Que Dios nos coja confesados! ¿No es sabido en el pueblo de las maldiciones que llevan dentro todas las mujeres de su familia? ¡Maldita sea su estampa y la de toda su estirpe! ¡Las maldiciones que se heredan de unas a otras del mismo Lucifer les vienen! Puedes decirme lo primero que te venga a las mientes, cuñada, pero como me llamo Patrocinio que la Edelmira lleva el mal metido en el cuerpo, al igual que la madre, la abuela y las antecesoras, y que Dios me

guarde, pero no comprendo como don Anselmo no pone remedio al asunto. ¡Qué miedo han de tener los del pueblo!

—Deja ya de decir tontunas, Patro, que por mujer cultivaba te he tenido siempre— contestaba la buena Lucía— La Edelmira es mujer de buena ley, al igual que su hija. Cada uno hemos de conformarnos con lo que nos ha tocado vivir. ¡Así lo ha querido Dios! ¡Y no has de quejarte! Que nada te falta, muchos son los agasajos que te ofrece tu hermano... y yo misma... que como familia te considero, pero bien está decirte que no te haces querer, piensa en los que pasan hambre y en los que no tienen techo, que bien te vendría hacer alguna obra de caridad de vez en cuando.

—Cómo se nota que te ha venido todo dado, cuñada, que ser la mujer del galeno del pueblo viene a ser como si de tener varias hectáreas de regadío se tratara. ¡Qué bien se habla desde una buena posición! Cerca del alcalde, de los terratenientes, del barón, del boticario y de las autoridades, otro gallo te cantarían de haber sido pobre.

—¡Pero no lo era! ¡Se acabó! ¡Que más que harta me tienes! Si me he ganado el lugar que ocupo es porque me lo merezco, y bien sabe Dios que además de la fortuna de tu padre, los ojos de tu hermano me conquistaron, sus lisonjas, su sonrisa y sus buenas obras, que bien sabe la virgen que no hay mejor persona en el lugar, y por si te queda alguna duda, buenas tierras aporté al matrimonio, y siento que duela, pero no puedes decir lo mismo, que después de Mariano, el primogénito, al que todo le corresponde y que de sobra supo ganarse con sus estudios de medicina, a ti, querida cuñada solo te quedó el beneplácito de tu hermano, y he de decir, que poco lo agradeces, ni una vez siquiera has preparado comida para los menesterosos del pueblo. ¿Qué digo para los menesterosos? Ni se te ha ocurrido una invitación a tu hermano, ni a mí, que de sobra sabes que soy la que te cuido cuando andas pachucha.

—No te sabía yo tan rencorosa, querida cuñada.

—Jamás ha entrado esa palabra en mi sesera. Y ahora me voy. Creo que tienes visita, por ahí se llega Marina la alta, con la Francisquita, y mucho me he de equivocar, sino tienen a bien llamar a tu puerta.

Tan pronto salió Lucía la chata, Marina se aposentó a la puerta para que la

dueña de la casa notara su presencia.

—¡Cuánto bueno por aquí! ¡Pasad, pasad y sentaros a la puerta! Voy a sacar una botella de vino y unas olivas.

—¿Qué tal andas, Patro? Mucho no te dejas ver, que tan solo sales para la misa de doce los domingos y para de contar.

—¿Y dónde he de ir que mejor esté?

—No andas equivocada, que para lo que hay que ver en este pueblo.

—Bueno, cuéntame, Marina, ¿qué tal andáis? Ya tenía ganas de verte, que hace mucho que no echamos una charleta a gusto y sin prisas.

—Has de saber que como amiga te tengo y por eso he venido... para desahogarme.

—¡Aquí me tienes para lo que sea menester! ¡No he de repetirlo! ¡Que de toda la vida como hermanas nos hemos llevado! Así que cuenta lo que te tiene tan acongojada y si en algo te puedo ayudar, ya sabes que solo tienes que pedirlo.

—Cuanto te lo agradezco, Patro. Ya sabes, hija mía,... lo de siempre.

—¿Tu marido?

—Como un pazguato sigue, Patro, como un verdadero pazguato, que te lo diga la niña, que me castigue santa Rita si te miento.

—Nada has de decir, Marina, que lo sabe todo el pueblo, que todo manga por hombro, que para todos tiene, que a todos da, que no sabe decir la palabra “no”, y así anda el consistorio, con las arcas vacías. ¿Cómo le van a quitar? ¡Si no le niega nada a nadie!

—Ahora es peor, Patro,... mucho peor.

—¿Pero qué me dices?

—Lo que oyes, que así como quien no quiere la cosa, andando por la casa y ordenando un poco su despacho me encontré unos papeles. ¡Pasmada me quedé, Patro,... pasmada! ¡Bien sabe Dios que no andaba removiendo nada,



que cayeron a mis pies sin venir a cuento! Y quiso la providencia, que segura estoy que fue ella la que me iluminó, que se me fuera la vista para aquellos escritos.

—¡Sigue... en ascuas me tienes!

—Dios me libre y me lleve al infierno si mentiras digo, Patro, que después de leer aquello se me quedó la cara como la grana y no paré de llorar en todo el día.

Pues la cosa pinta muy mal... pero que muy mal ¡Yo que me había pensado que el señorito Manuel era prácticamente el único fuera de toda sospecha! ¡Que no hay persona más querida en el pueblo! ¡Bien sabemos de sus buenas obras, siempre tan amable y con ese carácter tan abierto! ¿Quién lo iba a decir, amiga? ¡De piedra me quedé! ¡Como que me llamo Marina... que casi me convierto en una roca!

—¡Déjalo ya, Marina, cago en tó! ¡Ve al grano! ¡Que me voy a dejar las uñas!

—Está bien, Patro, está bien. ¡Me cuesta tanto hablar de ese hombre al que creía tan bueno! Ya voy... ya... Verás, aquello venía a decir, que la condecoración que le dio el generalísimo y que tan creídos estábamos era por su valor y por salvar a todos sus hombres de una muerte segura. ¡Todo mentira! ¡Mentira podrida! La medalla que le concedió nuestro generalísimo, a quien Dios guarde muchos años, fue una patraña, y la baronía de Baldeguas otra, Patro, todo falsedades, favores que le devolvió el caudillo por prestar dineros para la guerra, que aunque le tengan por valiente, fue todo lo contrario. Un cobarde, un rematado cobarde al que salvaron sus hombres de una muerte segura, que escondido lo encontraron metido en un hoyo que cavó él mismo, dejando a su gente a merced de los rojos que atacaban como buitres. Cinco de los suyos murieron por su canguelo, que observando cómo morían y teniendo un arma en las manos, incapaz fue de salir de aquel agujero para salvarles la vida. Un rematado pusilánime, Patro, eso es lo que fue, y callado quedó todo por orden de nuestro caudillo, no fuera que le pidiera los dineros que le prestó.

—¡No es de creer, Marina!

—Eso pensé yo, hasta que vi la firma de mi marido en ciertas cosas que avalaban la mentira.

—¡Como muerta me quedo Marina... como muerta! ¡Me pinchan y no sangro!

—Mira como tengo a la Francisquita... mírala, que no para de llorar desde que se enteró. ¿Qué culpa tiene la pobre de estar tan enamorada? ¿Y el pusilánime de Gerardo? Tapándolo todo.

—Ahí difiero algo contigo, amiga, ¿qué iba a hacer? Eran malos tiempos y prometida tenía la alcaldía en cuanto acabara la guerra, lo sabes tan bien como yo, y no se trata de Manuel, que aunque fuera su amigo, había más cosas de por medio. ¿Cómo contradecir al mismísimo caudillo?

—Razón llevas; sin embargo, ¿qué clase de esposa se ha pensado que soy? ¿Cree que voy a prender contra mí misma? Aunque no es ese el dilema, Patro, bien lo sabe Dios.

—¿Y cuál ha de ser, Marina? Callar y hacer como si nada supieras, que te ha de importar que sea un cobarde y un mentiroso. Sus buenos dineros gasta y su título, no has de olvidar que la niña sería la baronesa de Baldeaguas.

—¿Y casar a mi Francisquita con un desgraciado mentiroso y cobarde? Porque un hombre puede ser lo que sea, Patro,... lo digo como lo siento, ¿pero cobarde? Dios nos guarde.

—Deberías hablar con el Gerardo.

—Ni se me ocurre.

—¿Pero vamos a ver, Marina, don Manuel pretende a la Francisquita? ¿Has visto algún amago? ¿Os visita a menudo?

—Pues, alguna que otra vez, pero pretender, pretender... todavía no.

—Has de ser muy tonta para no ver que tienes un arma en tu mano.

—Mira si me he quedado pasmada con el asunto, que no caigo, Patro, estoy tan abrumada.

—Has de contarle a tu marido lo que sabes y jugar bien tus cartas. Yo me encargaré de difundir la noticia, no tienes que preocuparte, que en breve lo sabrá todo el pueblo.

—No te entiendo —comentó Marina haciéndose la ignorante.

—Después de que todo el contorno le tache de cobarde y de mentiroso, es el Gerardo el que debe actuar. Solo el ayuntamiento puede promulgar un edicto negando todo, incluso sacándose alguna carta de la manga donde se diga que la medalla y el título fueron por su valentía, y que salvó a sus hombres arriesgando su vida. Pero borrar la envidia tiene un precio. Y si quiere seguir teniendo la valía y reconocimiento que tenía hasta ahora y el cariño de los habitantes del pueblo en lugar del desprecio del que pronto se atesorará cuando yo me encargue, tendrá que casar con la Francisquita y darle la baronía de Baladeguas, que con tan buena mano sabrá llevar, contando con tu ayuda por supuesto.

—Me has abierto los ojos, Patrocinio, me los has abierto de par en par —contestó Marina, haciéndose la boba—. Aunque no creo que mi marido esté por la labor. Pese a que está en juego la felicidad de su hija, ya te he dicho lo pazguato que puede llegar a ser.

—Dios le da pañuelo a quien no tiene moco. Olvida a ese marido tan obtuso que tienes y actúa sola, nada ha de saber, sabes que cuentas con mi ayuda, que no descansaré hasta que no vea a la Francisquita casada con el barón. De momento voy a contar a unos y a otros el perfil tan equivocado que tienen del dueño de Baldeguas, y en cuanto todo el pueblo no tenga otra cosa de la que hablar, llegará nuestro momento. Le muestras los papeles y le pones a la niña en bandeja.

—Jamás habré de olvidar lo que estás haciendo por mí, Patro, jamás, lo que esté en mi mano realizaré en cuanto me necesites.

—No te sulfures que de sobra lo sé. Que ya sabemos que como hermanas nos hemos tratado de por vida.

—Y bendita sea la hora en la que te conocí... Y ahora he de irme, Patro, que se andará preguntando el Gerardo donde hemos recabado, que aunque sea un memo, a veces le da por pensar, y en lo tocante a la comida no perdona, y

horas son de poner la pitanza en la mesa.

—Espero haberte sido de ayuda.

—Y lo has sido, querida, lo has sido... No te doy más la lata... Queda con Dios.

—Con él quedéis vosotras también.

Marina comenzó el camino de vuelta a su casa, totalmente satisfecha. Tenía de su lado a una persona que más valía tener de amiga, porque de enemiga sería temible, y segura estaba que la ayudaría en tamaña labor. La Francisquita sería baronesa de Baldeaguas por encima de su cadáver, y que nadie se interpusiera en su camino porque lo pagaría caro. Patrocinio se había tragado de pé a pá la historia de la carta que autentificaba la falsedad del título y la baronía de don Manuel, carta inventada por ella, pero si la cosa se ponía mal, sería capaz de falsearla y copiar la firma de su marido y hasta el sello del Pardo. Nadie sabía lo que era capaz de hacer una madre por una hija. Ya se encargaría la Francisquita de enamorar al Manuel, al igual que hizo ella con su Gerardo, o amedrentarle si hacía falta, que tanto monta, monta tanto. Había ganado la primera batalla y segura estaba de ganar la guerra. Procuraría estar a buenas con el Gerardo no fuera que se delatara y sospechara algo de sus planes. ¡Bendita Patro! Segura estaba que pregonaría la historia a los cuatro vientos, ya tendría algún detalle con ella. No sería difícil de contentar, era una solterona fracasada y cotilla y con cualquier halago se vería pagada. Un buen mantón, alguna virgen pasada por el Vaticano, o quizá hacerle saber que había escuchado de la boca de Antolín, el capitán de la guardia civil, el buen físico con el que contaba, y de seguro que sería capaz de no conciliar el sueño en varias semanas. El futuro de sus hijas se había convertido en su prioridad.

El de Francisquita estaba trazado, y cuando su plan estuviera terminado comenzaría con el de Marinita. El de la pequeña de sus hijas, resultaría más fácil. Era dócil, buena moza, aunque algo bajita y metida en carnes, pero a los hombres les gustaba agarrarse a la carne magra, y lo más importante: era lista y estudiosa. En duda estaba si enviarla a la capital para realizar estudios. De sobra sabía que ese era su deseo. Tendría que tener una charla con ella, de mujer a mujer, su padre no tenía ni arte ni parte en esos menesteres, tonto

nació y tonto seguiría, y no estaba dispuesta a dejar la educación de sus hijas a su libre albedrío. Quedaba algo de tiempo para solucionar el futuro de Marinita, su prioridad era Francisca, y con solo una visita a la persona adecuada, parte de sus planes estaban realizados.

Entró directamente a la cocina y comprobó que el rabo de toro en salsa estaba terminado, al igual que la ensalada de patata que le había encomendado a la cocinera. Todo estaba en su punto, aun así puso las pegas necesarias que toda señora debía de poner a la servidumbre para corroborar ante sus servidores que era la señora de la casa.

Ya esperaban sentados a la mesa su marido y su hija pequeña, tomando un refresco, mientras Marina y su hija mayor tenían a bien cambiarse para la comida. Requisito indispensable en las casas de alta alcurnia, en las que Marina la alta se había incorporado, nada más nombrar alcalde a su marido.

Gerardo no quiso preguntar a su mujer sobre sus andanzas mañaneras, aunque su intuición le decía que sus malas artes habían hecho de las suyas y que pronto le sorprenderían las peores noticias, que tendría que arreglar, como ya había sucedido otras veces, y a las que estaba totalmente acostumbrado.

No tardó más de cinco días en ir pasando de boca en boca Patrocinio la noticia de la falsedad de la baronía de Baldeaguas, tal y como había prometido a su amiga. Más de quince días tuvieron que pasar para que en el pueblo no se hablara de otra cosa. Tan grave fue el infundio que Marina la alta, la mujer del alcalde se vio obligada a crear el documento en el que se acusaba a Manuel de cobarde, de soborno y de falsedad de linaje. Aunque buen cuidado tuvo de guardarlo bajo llave. Mejor sería no pregonarlo antes de tiempo, quizá bastara con las malas lenguas, sin necesidad de proceder a esas malas artes que pudieran inculparla de alguna manera.

Larga charla tuvo su marido con ella, haciéndole culpable de todos los males que invadieron de repente el pueblo, a lo que ella, con su tragicomedia esmerada se dejó llevar por el lloro fingido, los hipos estudiados y aquellos vahídos que bien sabía que asustaban tanto a su pobre marido.

Don Manuel se quedó estupefacto al enterarse por boca de Ignacia de las noticias que recorrían el pueblo y alrededores y no había que pensar mucho

para intuir que habrían llegado a Valladolid. Sin perder un segundo sacó del arcón de los papeles, la concesión de la medalla y el título otorgado por el caudillo de la baronía de Baldeaguas, por el deber cumplido y su valentía al salvar a más de veinte hombres de una muerte segura, defendiendo el honor de su patria.

No tuvo que indagar mucho para averiguar de dónde llegaban las malas intenciones, pues don Gerardo, el alcalde, con la cabeza baja, y asomando los rubores a sus mejillas le confesó sus pesquisas e indagaciones, haciendo totalmente culpable a su mujer, al igual que otras veces, por otros y distintos motivos. Sin reparo alguno, don Gerardo quedó en asumir la culpabilidad de los hechos y culpabilizar a su cónyuge, aunque Manuel no estuvo de acuerdo con que el alcalde cargase con la lastra que tanto le había costado asumir a lo largo de los años. Bastante tenía con cargar con semejante lacra. Le apreciaba, bien lo sabía, que ya en otros tiempos fue amigo de su padre, y es de buen amigo ser agradecido.

Entre los dos idearon una falsedad, culpando a un tercero de otra comarca —que ya había abandonado este mundo— sin causar perjuicio alguno y donando a su esposa una cantidad importante por parte de Manuel, para que el pobre finado cargase con las consecuencias, con lo que el barón de Baldeaguas, condecorado con una medalla, otorgada por Franco, por su valentía en combate, real como la vida misma, volvió al lugar que le correspondía, dejando en mal lugar a unos y otros, pues el pueblo se preguntaba: ¿quién había tenido el mal hacer de inventar aquel deficiente capítulo en la vida del insigne Manuel Figueroa Baltierra, barón de Baldeaguas?

La irritación de Marina la alta, no tenía límites. ¿Cómo era posible que se tuviera ganado a todo el pueblo? Bien sabía que aunque la Patrocinio se había encargado de pregonar la noticia, y que todo el pueblo era un comedero de comentarios, por nadie fue creída. Aquello se había vuelto contra ella. Todos los habitantes del municipio incurrieron en la misma pregunta: ¿quién habría sido capaz de crear semejante injusticia contra el barón de Baldeaguas?

—Si me entero de quien ha sido correrá la sangre —decían unos.

—Hay que tener poca ley para inventar tamaña mentira contra un buen

hombre —opinaban otros.

—Qué poca vergüenza, hacer correr por el pueblo una noticia que nadie creería, malas artes y mucha envidia es lo que tienen algunas —aseveraban las comadres, entre las que se incluyó ella, no fuera que alguien pensara que sus malas artes habían llegado tan lejos.

Don Gerardo estuvo más de quince días sin dirigir la palabra a su mujer. Ni tan siquiera hizo sus labores de hombre en la cama, y no sería porque Marina no puso todo su empeño en que su marido la montara, que hasta el camisón se quitó y como Dios la trajo al mundo quedó una noche, diciendo que el calor la estaba matando. Dios la perdonase, que jamás se le hubiera ocurrido tal sinvergonzonería sino fuera porque su matrimonio andaba en juego. Pues ni por esas entró en razón el alcalde, hasta que el ingenio de su mujer actuó hasta los límites más altos y una noche se cayó de la cama fingiendo que estaba más pallá que pacá gritando:

—¡Me mueroooo! ¡Me muerooooo! ¡Gerardoooo! ¡Que se me va la vidaaaaa! ¡la vidaaaaa.... que se me escapaaa!

Y las fuerzas del alcalde resistieron hasta ese momento, sabía que su mujer era una actriz de primera, pero su sesera no la veía capaz de un acto tan vil. Saltó de la cama y echándole agua en la cara le dio a beber un vasito de orujo de las dominicas que de todos era sabido quitaban los males del cuerpo, no quería él quedarse viudo tan pronto, que más valía lo malo conocido que lo bueno por conocer. Y ahí se acabaron los intentos de Marina la alta, de casar a su Francisquita con Manuel el de Baldeaguas. Y sintiendo que por mucho que sus mientes trazaran planes con unos y con otros, su conciencia le dijo que lo mejor era rendirse al plan de su marido, que no era otro que dar algún cargo por parte del ayuntamiento a alguno de los gañanes que rondaban por el pueblo sin nada que hacer, a cambio de que rondara a la Francisquita y casara con ella.

## CAPÍTULO XXVII.

*“Gente de sotana, logra lo que le da la gana”.*

De sobra sabía Edelmira que de nada le serviría atrasar la cita con el cura y con el farmacéutico. Y ni tan siquiera sabía si debía de contar al Marcial lo que roía su alma, o dejarle tranquilo con su trabajo y sufrir ella sola las consecuencias. Ya estaba acordado con la Matilde que cuando llegara el momento de la cita, con cualquier excusa se llevaría a su casa a la Rosita, para que ella junto con el cura y el padre de su hija pudieran fraguar el plan que llevase a buen término aquel desgraciado accidente a los que les había sometido la vida.

Buen momento serían las diez de la mañana. Le diría a su buena vecina que se llevara a la Rosita para hornear un bizcocho y aprovecharía para el evento que tenía pendiente y era primordial en su vida, no podía demorarlo más.

Aún no entendía como don Anselmo no le daba tanta importancia. Segura estaba que en la reunión que en dos horas tendrían, podría explicarle su desidia ante lo que parecía que para él poca enjundia tenía, y que sin embargo para ella se trataba de toda su vida. Pues eso era su hija: toda su vida.

Que poco imaginaba Edelmira que don Anselmo era conocedor de los secretos del pueblo entero, gracias a la confesión que le profesaban sus habitantes y de sobra sabía que Rosita en ningún momento podría cometer el pecado de incesto, aún en el caso de yacer con el hijo del boticario.

Matilde, como si de cosa sin importancia se tratara, traspasó la puerta despertando a la Rosita y haciéndole saber que había preparado chocolate con porras y sin más dilación habría de comerlas sino quería que fueran directas a la basura, además de hacerle saber que un montón de telas de otros tiempos guardaba en el sobrao, con las que tomando las medidas adecuadas podía convertir en tres o cuatro vestidos, que vistos tenía en la revista que su madre tuvo a bien comprar en la tienda de coloniales del tío Felipe. Sin embargo, prisa había de darse, pues no contaba con todo el día, y bastante esfuerzo



había hecho con tal madrugón para recopilar las telas.

La Rosita, no sin antes pedir permiso a su madre dio un salto de la cama, y simplemente con un lavado de cara y echando la toquilla por encima de los hombros, corrió a casa de la Matilde a degustar el maravilloso desayuno y a soñar como si de una princesa se tratara con los dibujos que le había mostrado la Matilde, pensando cómo quedarían en su cuerpo aquellos diseños maravillosos que en poco tiempo podría lucir.

Las diez pasadas eran cuando Edelmira llegó a la sacristía de la ermita de la virgen de la Roca, lugar elegido para el encuentro, dada la situación de aquella iglesia, más bien a las afueras del pueblo y a una hora en la que las comadres no sentarían en los poyos de alrededor para formar corrillos.

La hora preferida de las cotillas era la entrada de la tarde, una vez hubieran fregado los platos y dejado la casa reluciente, cogían la labor y se encaminaban a aquellos bancos de piedra para ponerse al día entre unas otras de las noticias acaecidas en el pueblo, a veces verdaderas, otras exageradas, y las más, inventadas por alguna de ellas. Casi todas viudas y beatas, que dedicaban su vida a tener sus casas como patenas de limpias, a las labores de punto, ganchillo y encaje de bolillos. Los sábados tocaba limpieza de la iglesia que con mucho gusto remataban entre todas, y a las novenas a la virgen de la Roca, a las que eran sumamente aficionadas, sin olvidar el rosario de los domingos, o encargarse de aviar a los finados que iban desapareciendo del pueblo, poblando sus casas con sus lamentos y acompañando a la familia en lo que fuera menester.

Y aunque los habitantes del pueblo se quejaban a don Anselmo de aquellas mujeres que levantaban calumnias, que a veces dejaban las vidas de algunos habitantes hechas polvo y difíciles de recuperar, este las defendía siempre, aludiendo al bien que hacían en la iglesia y la compañía que les quedaba a las viudas a las que acogían en su círculo en el mismo momento en el que Dios tuviera a bien llamar a sus maridos.

Al verla entrar en la sacristía, don Anselmo y el boticario se levantaron de ambos asientos, ofreciéndole una de las sillas que rodeaba la mesa. Sin tan siquiera preguntar, el cura le puso delante un café recién hecho, que la Edelmira agradeció, dejando calentar las tragaderas antes de comenzar con la

plática.

—No es de mi gusto estar aquí y no voy a andarme con saludos inútiles ni ringo rangos que no vienen a cuento —comenzó diciendo Edelmira, demostrando toda la seguridad en sí misma que pudo—. Todos conocemos el tema de sobra, y, si no me equivoco, coincidimos en que hay que ponerle remedio antes de que llegue a mayores. Para un hombre las cosas son más fáciles, pero mi hija es aún una niña, que nada sabe de la vida y es la que más tiene que perder en el asunto. Prefiero que se le rompa el corazón a que lleve de por vida la lacra del incesto.

—Cierto que todos sabemos lo que se traen entre manos —contestó el cura—, aunque es de mi parecer deciros que le estáis dando más importancia de la que tiene, y esto va por los dos.

—Mira, Anselmo, o te pasas o no llegas —comentó Hilario—. Deberías ser tú el más ofendido con el asunto y el que debería de poner final al tema. ¡Son hermanos! ¡Se quieren! Y están dispuestos a todo. Mucho me temo que mi hijo es capaz de llevársela lejos y no volvamos a saber ni del uno ni del otro.

—Aunque sea por una vez estoy de acuerdo con él, don Anselmo, y a mi parecer está usted actuando como si de un juego se tratara, así que al grano. Por muy encima que esté de la niña, que lo estoy, no puedo tenerla atada todo el día, y mucho me temo que tú, Hilario, mucho menos has de poder impedir las andanzas de tu hijo. Nada más tienes que recordar cómo eras tú a su edad, buen profesor ha tenido el chico, que estando en casorio todavía anda con unas y con otras.

—De toda la vida, meterte conmigo ha sido tu afición favorita, y que yo recuerde jamás te puse una mala cara ni nada hable contigo desde entonces.

—¡Déjalo estar! No es menester recordar el pasado, lo que pasó... pasó, pero la historia se repite y hay que ponerle remedio. Yo voy a atar corto a la niña, pero mucho me temo que tú no vas a poder con el sinvergüenza de tu hijo. Con lo que lo mejor será que don Anselmo tome partido.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—¡Bendito sea Dios! Parece como que le diera igual, teniendo delante un pecado de incesto. ¡Hablar con ellos! ¡Eso es lo que debe de hacer! ¡Y si hay que contarles la verdad... que la sepan! A fin de cuentas va a ser la única salida que podamos darle a este asunto.

—¿Y hacerle saber a la chiquilla que el Marcial no es su padre? ¿No crees que sería doloroso para ella? ¡Contarle la verdad después de tantos años! ¡Una crueldad me parece!

—¿Y no le parece una crueldad que se emparejen dos hermanos? ¿Puede saberse en qué está pensando don Anselmo? Me tiene perpleja, pareciera que más me importan a mí los pecados que puedan cometer los chicos que a usted, siendo miembro de la iglesia.

—Razón lleva Edelmira, Anselmo, estoy atónito, no te falta más que casarlos, es como si no te pareciera mal lo que está pasando entre ellos.

—Lo que a mí me parezca o me deje de parecer es cosa mía, estamos aquí para arreglar las cosas lo mejor posible. Y lo mejor es callar, ni ellos, ni nadie ha de saber lo que hubo entre vosotros y que la chiquilla es tu hija Hilario. Mándalo fuera hasta que esté en capilla, invéntate asuntos en la capital, o negocios en el Congo, eso es cosa tuya, pero sácale de aquí, hasta dos días antes de la boda. Una vez casado, las cosas cambiarán.

—¡Qué poco conoce a esta familia, don Anselmo! De tal padre, tal hijo, mucho me temo que en la sangre lleva el adulterio.

—¡Calla ya, Edelmira! ¿Qué sabrás tú lo que lleva el chico en la sangre? —replicó el cura, dejando ver su desagrado ante las palabras de Edelmira.

—El mujerío, eso es lo que lleva en la sangre, que hasta que no lleve a la cama a la Rosita no va a parar, y antes de que eso pase, soy capaz de todo. ¿Me oyes, Hilariooo? ¡¡De todo!!

—¡Cada día andas más loca, Edelmira! No hemos venido a insultarnos, si no a poner remedio al idilio que se traen los chicos. Trataré de enviar lejos a Hilario, tú no pierdas de vista a la Rosita, y tú, Anselmo, tienes que hablar con Hilario, con la chiquilla no procede, pero con él sí. Es un hombre hecho y derecho, no has de decirle nada de lo que le une a la niña, pero métele en la

cabeza, el daño que podría hacer a Pilar con sus amoríos y sobre todo a Rosita; insiste en que es casi una niña, y tú sabrás, leche, que para eso eres cura.

—Está bien, hablaré con él. ¿Tú qué dices, Edelmira?

—Solo he de decir que el día que le vea rondando a la niña, me va a escuchar, así que toma cartas en el asunto, Hilario, sino quieres que pase una desgracia.

—¡Haya calma! —dijo el cura, tratando de apaciguar la situación—. Ya está todo dicho, cada uno para su casa y Dios en la de todos.

Edelmira salió de la iglesia mostrando peor humor que con el que había entrado. Se notaba la poca importancia que le daba al asunto don Anselmo y sus entendederas andaban enredadas. Muy lista no tenía que ser para saber que en un cura no había peor pecado que el adulterio y, si a eso le sumaban el incesto, sería excomunión para toda la vida. ¡Hasta el tonto más tonto lo entendería! Tampoco es que fuera ella una beata como las comadres de las novenas, pero una cosa era una cosa, y otra tentar al diablo. ¿En qué testa cabía que iba a permitir que su hija yaciera con su propio hermano? Tendría chaladura de cabeza si lo permitiera, y si para eso tenía que contarle la verdad a su hija y al sinvergüenza del señorito, lo haría... como se llamaba Edelmira que lo haría, por mucho dolor que causara en uno y en otro, y hasta en el Marcial; peor sería dejar que continuaran con esa relación pecaminosa. ¿En qué estaría pensando el cura? ¿Estaría a falta de raciocinio? ¡No le había notado nada raro hasta ahora! ¡Pero si hasta el Hilario estaba de acuerdo con ella, y mira que eso era difícil! Todavía no le cabía en la cabeza como les miró al uno y al otro en la sacristía, sin casi hacer caso de sus palabras, como si estuviera pensando en otra cosa. ¡Don Anselmo se traía algo entre manos! ¡Quizá tuviera algo pensado y no sabía por qué había callado! Pero algo estaba pasando, lo presentía, lo sabía, como sabía que si el señorito se volvía a acercarse a la Rosita, la maldición que le echaría le iba a durar toda su vida, y no quería. Bien sabía Dios que no quería llegar a esos términos, habría que esperar acontecimientos y no dejar de su mano a la Rosita. ¡Maldita fuera su alma! Que tuviera que estar detrás de la niña, que pecado ninguno había cometido la criatura, solo dejarse engañar por la labia del señorito. ¡De tal

palo tal astilla! Y el condenado cura como si no pasara nada, pero por tonta no se tenía, que don Anselmo callaba algo estaba más claro que el agua, y como fuera tendría que adivinar de qué se trataba. Dejaría pasar un par de días y le haría otra visita con todas las de la ley, con la cabeza alta y llamándole al pan, pan, y al vino, vino.

Casi alcanzada su casa, la acometió el boticario y al no esperar su presencia, no pudo más que decir:

—¿Me estás siguiendo? Haz el favor de marchar a tu casa y dejarme en paz.

—¡Joder, Edelmira! ¡Qué burra eres! Tienes tanto de mula como de guapa y buena persona.

—Pues podías haber pensado en ello hace años, cuando me cogiste por las malas y no supe reaccionar.

—¿Por las malas? No te engañes, Edelmira... no te engañes... siempre me has querido, como yo a ti... Cuando el destino te puso en mis manos, no pude decir que no. ¡Hombre soy! Y tenía delante a la mujer que más quería en el mundo... Y voy a callar, y siempre callaré, y como me llamo Hilario que siempre cargaré con las culpas de aquello, pero bien sabes que no supiste salir de mis brazos y que no te obligué. ¿Cómo iba a hacerlo? Jamás he hecho algo así. Respondiste a mi abrazo y a mi amor, ese amor que deseabas tanto como yo, y que sigo deseando, que jamás olvidaré hasta que me muera, y no seré yo el que se meta en un matrimonio. Años han pasado y se te ha endurecido el carácter; sin embargo, debes pensar que una hija tenemos en común, y aunque no lo creas en el alma la llevo, igual que llevo al Hilario, que cada vez que la veo pasar me da un vuelco el corazón. Porque si no te has fijado, de ti tiene los ojos, pero el resto es mío, Edelmira. La veo y me veo a mí mismo a su edad, ni tan siquiera el chico se parece a mí de esa manera. No sabes lo que significa verla pasar y que ni tan siquiera pueda darle un abrazo y decirle lo mucho que la quiero. Bien sabe Dios que muchas veces he estado tentado de contar la verdad a los cuatro vientos, pero es tanto lo que te quiero y te he querido siempre, que jamás sería capaz de hacerte sufrir.

—¡Poco se notó cuando tuviste que darle respuesta a mi embarazo!

—Puedes tacharme de cobarde... lo fui... lo reconozco... Una chispa me faltó para enfrentarme a mi padre y llevarte fuera de aquí, y hacer otra vida, que el amor que sentía por ti me emborrónó la sesera... Sin embargo, al enterarme de que ibas a casar con el Marcial... me hundí, me comieron los celos y me quemó la envidia, y casé con Asunción, tal y como estaba programado. ¡Dios me perdone!  
No reaccioné a tiempo y ahora lo estoy pagando... Pero si tú quisieras...

—Más vale que me olvide de lo que acabo de escuchar. Nadie ha negado jamás que no te quisiera... Claro que te quise, tú lo sabías más que nadie. Pero quiso la virgen de la Roca que se cruzara en mi camino un buen hombre, un padre para mi hija, el que tú deberías haber sido y jamás serás. ¡Por cobarde! ¡Eso es lo que fuiste, un cobarde! No le llegas a mi Marcial ni a la suela de los zapatos. Y ahora anda para tu casona, con tus criados, tus tierras y tus caballos, y programa de una vez la boda de tu hijo y aprende a ser padre, ya que no supiste aprender a ser hombre cuando tuviste que serlo.

El boticario se paró en seco al escuchar las últimas palabras de Edelmira que le llegaron al alma. No podía negar la razón que llevaba y lo que habría sufrido. Por su cobardía había sido infeliz toda su vida. ¡Qué distinto hubiera sido todo de haber tomado la decisión de llevársela, con el consentimiento de su padre o sin él! Bien sabía el sagrado corazón que montones de notas le mandó con las criadas, y no recibió respuesta alguna y se acobardó por ello. ¡Que Dios le perdonase! ¡Quizá hubiera tenido que hacer de su capa un sayo y tener la valentía de cogerla de la mano y llevarla lejos! No lo hizo... Y esa fue la pena que envolvió su vida.

Dio la vuelta y volvió para la casona, dejando escapar las lágrimas que tanto tiempo había retenido en el alma.

Ni una vez volvió la cabeza Edelmira para mirar a aquel hombre atormentado. ¡Bien merecido lo tenía! Se hubiera ido con él hasta el infinito... Pero esperó... y esperó, hasta que al no tener noticias y saber de las intenciones del Marcial, no tuvo más remedio que tomar una decisión, por lo que aguardaba, por lo que llevaba dentro, por aquel hijo que nacería sin padre. Quizá si hubiera tenido un poco más de paciencia, si le hubiera visto una vez más, pues recados le llegaron de su parte. Todos los días recibía

cartas a manos de alguna de sus criadas, que ella, nunca leyó. ¿Y si le proponía escaparse juntos? ¡Y le tachaba de cobarde! Dentro de su alma sabía que no era verdad. Ella fue la cobarde, se quedó arrinconada, sin saber qué hacer. Cuando descubrió que llevaba un hijo en sus entrañas no supo el camino a tomar. ¡Le quería con toda el alma! Desde siempre le había querido, como él a ella, bien lo sabía, y para qué se lo iba a negar, si su corazón latía a cien cada vez que le veía... Le seguía queriendo, con toda el alma... más que al Marcial. Lo de su marido era otra cosa. Era su compañero, el hombre de su vida, sin él le faltaría hasta la respiración. ¿Era un cariño de hermano? Tampoco podría considerarlo así, ¡pues bien que gozaba en la cama cuando hacían los amoríos! Y le debía tanto... Sin, embargo en aquel rinconcito de su alma estaba él... el Hilario... el boticario, al que nunca había olvidado y al que jamás podría olvidar.

Esperó a la noche hasta que la Rosita durmiera para contarle a la Matilde lo acaecido en la sacristía y las dudas sobre don Anselmo.

—Me parece, Edelmira, que estás exagerando la nota. No veo motivo suficiente. Imaginar que el cura esconde algo referente al asunto solamente porque no le haya dado tanta importancia, o no le haya prestado la atención que tu pensabas debería haberle prestado... ¿Qué sabemos nosotras de sus problemas? ¿Si cada uno del pueblo le va con sus cuitas? De seguro que tendrá las mientes más liadas que la lana de una oveja.

—Puede que lleves la razón, Matilde, y que ofuscada esté por las circunstancias, pero hasta el Hilario lo ha notado, y bien sabe Dios que nunca estamos de acuerdo. Habrá que esperar. Otra reunión tendremos que tener en la sacristía una vez que el cura tenga una charla con el señorito. Sin embargo, como que me llamo Edelmira que un presentimiento llevo dentro de mi alma que me dice que don Anselmo se guarda un as en la manga, que el de arriba no me lo tenga en cuenta si ando equivocada por dudar del clero, que por buena persona he tenido al cura de toda la vida y siempre está al lado del que más lo necesita, por eso dudo. Desde que llegó ha sido un hombre justo y un clérigo de los que no se dejan comer la sesera por los obispos o por los de más alto escalafón, vamos, por esos que tienen a bien mandarle, y ese es el motivo por el que le quiere todo el pueblo, y le acosan con sus cuitas y con sus lamentos. Por eso mi duda, Matilde,... solo por eso. Y no he de

equivocarme si el Hilario no ha pensado lo mismo, que anonadado se quedó al ver el poco efecto que hizo en el cura que dos hermanos se besaran como si novios fueran.



## CAPÍTULO XXVIII.

*“A Dios rogando y con el mazo dando”.*

Aquel día Crista, superiora de las dominicas, se levantó antes del alba, sabía que antes de las nueve llegaría su madre, doña María de Humanes. Iban ya para tres meses que no se veían, y le habían llegado noticias de su maltrecha salud. Y, aunque la había mandado llamar por ese motivo, eran otros los que quería averiguar además de sacarle los dineros que pudiese para arreglar las goteras de las celdas y para las gafas de las hermanas, Dios no se lo tuviera en cuenta, que aunque algo de beneficio sacaría de la visita, no lo hacía de mala ley, que al fin y al cabo su madre era, y como tal la había querido siempre, aunque le hubiera quitado de las manos lo que más había amado en esta vida.

Tal y como se imaginó, vestida de negro de pies a cabeza y ondeando elegancia a cada paso que daba, la esperaba en su despacho. Con los años que tenía no había perdido un ápice de su belleza. Ni una sola arruga marcaba su cara. Un vestido de shantung con manga tres cuartos, con cuello alto de organza calada, de un largo hasta media pierna, dejando ver reflejos tornasolados, medias negras sin costura, y sombrero de la misma tela, escondiendo un moño perfectamente peinado, dejando caer sobre la cara una especie de redecilla negra, todo ello retocado con una mantoleta negra, adornada con unos bordados de color violeta. Zapatos negros, limpios con una pulcritud esmerada. Un collar de dos vueltas, haciendo juego con una sortija, eran su único adorno.

Sor María ya se había adelantado y colocado sobre la mesa del despacho de la superiora un juego de café que recordaba haber visto en tiempos de sor Luciana y que solo usaban cuando lo requería la ocasión, además de unos dulces que ellas mismas elaboraban en el convento

—Querida hija, no sabes las ganas que tenía de verte. Pero me parecía precipitado venir antes de los tres meses, no fuera a ser que las demás hermanas lo vieran como un acto de superioridad al ser la abadesa. Pero al

recibir tu nota, se me ha alegrado el alma.

—Yo también me alegro mucho de verla, madre, y andaba un poco triste al pensar que pudiera estar algo pachucha, pues no eran buenas noticias las que venían sobre su salud.

—De nada has de preocuparte, hija, es la edad que no pasa en balde, y los achaques lógicos que va dejando el tiempo, que cuando no me duele aquí, me duele allí. Además, que son muchas las tareas de la casa. Tus hermanos, que no me dejan ni una semana libre para el descanso. Siempre tienen algo que celebrar invitando a unos y a otros, como si nuestra casa fuera la fonda del sopapo. Con eso de que los negocios se realizan en las comidas, me tiene loca inventado menús de acá y de allá. Con decirte que he tenido que contratar dos pinches más para la cocina, pues Luisa, la cocinera me amenazó con largarse con viento fresco sino tenía ayuda, pues la pobre ya lleva más de veinte años con nosotros, y joven no es, y solo faltaba que me quedara sin cocinera. Cómo si ellos no tuvieran casa. Bueno vamos a dejar de hablar de mí... Cuéntame, hija, ¿cómo te va todo dentro de estos muros? ¡Es tanto lo que te echo de menos! ¡Mi única hija y tenerla tan lejos!

—Le recuerdo, como tantas veces, que no fue mi culpa lo que me hizo llegar aquí.

—¿Y crees que estuve yo de acuerdo? Que más de un empujón recibí de tu padre al hacer saber mi disconformidad. ¡Pero aquellos tiempos eran otros, hija! ¡Mucho he llorado todo aquello! ¡Que nunca has de saber lo que sufre una madre cuando la separan de un hijo! —Al acabar de decir la frase María de Humanes se tapó la boca, dándose cuenta de la metedura de pata y de cómo las lágrimas afloraban al rostro de su hija.

—Aquello pasó, Cristina, hija,... fue lo mejor, no has de sufrir por tu hijo... está bien, nada le ha faltado en esta vida, goza de buena salud y la vida se ha portado bien con él. Ha tenido los mejores padres que se puedan tener, y es uno de los mejores terratenientes que conozco.

—¡Quiero verle, madre! ¡Quiero verle! ¡No ha de negarme esta petición después de lo que me hicieron pasar! ¡Es lo único que le pido! Le juro por el santísimo que nada ha de temer, jamás he de contarle la verdad, como usted

bien sabe no podría, ni tendría el valor de hacerlo. ¡Dígame dónde vive! ¿Por qué parajes se mueve? ¡Tengo que saber si está en la provincia! ¿Va a dejar que me vaya al otro mundo sin conocer a mi hijo?

—¿Por qué te empeñas en hacerme sufrir de esta manera? ¿No te das cuenta de que se me revuelven las entrañas al verte aquí metida? ¿Crees que no sufrí con aquello?

—Claro que sufrí, madre, tan mala no la creo, pero también hizo las cosas a su libre albedrío, aquellas que menos perjudicaran a la familia. Hubiera podido mandarme lejos con mi hijo, hacerle creer a todos que había muerto en el parto, y solo usted y yo hubiéramos sabido la verdad.

—Las mujeres tenemos tan poca decisión, Cristina, no te imaginas lo que significó para mí aquello, tú eras mi niña, mi pequeña, mi única hija y se me llevaron los diablos cuando tuve que tomar la decisión, pero eran otros tiempos. Las malas lenguas, el qué dirán... Y no pienses que tu padre no se fue a la tumba con la pena de haberte tenido lejos, que muchas fueron las veces que le sorprendí llorando en tu habitación, mirando y remirando tus cosas.

—A lo que vamos, madre, ¿dónde está mi hijo? ¡Solo una vez! ¡Por caridad se lo pido! ¡Quiero verle aunque solo sea una vez! ¡Una sola madre! ¡No me lo niegue!

—Destrozarías tu vida, Cristina, ¡hazme caso! ¡La destrozarías, estoy completamente segura de ello!

Mientras su madre hablaba sin parar, negándole como tantas veces su petición, a Crista se le ocurrió una treta: sacar de mentira verdad, y se inventó una frase que fue providencial para sus planes.

—Está bien, madre, está bien... ya la dejo en paz, que sé que usted sufre al igual que yo con todo lo que pasó, pero no crea que porque cambie de conversación no voy a seguir la martingala por mi cuenta, que la sigo, estoy averiguando cosas, y creo que voy por el buen camino.

—Terminarás por quitarme la vida de pena, eso es lo que vas a lograr.

—¿Se acuerda de la mujer que asistió al parto? ¿A la que usted le dio a mi

hijo para que se lo llevara vaya usted a saber con qué familia? Aquella mujer me dejó tener al chiquillo en mis brazos unos cuantos minutos, y jamás se me ha de borrar del pensamiento aquella carita redonda y mofletuda, por lo blanquito que era, no hay que ser muy lista para saber que será rubio como la miel, y los ojos azules ha de tener, como los tenemos todos en la familia.

»Y no solo eso madre, sino que también he averiguado que aquella mujer no fue otra que Ignacia, el ama de llaves de don Manuel, el de Baldeaguas. Me lo puede negar si quiere, que caso no haré a sus negativas, que mi trabajo me ha costado averiguarlo, y no he de tardar mucho en sonsacar donde anda el chiquillo. Y no se moleste en ofrecerle dinero para que calle, pues más puede el altísimo al que yo represento que todo el oro del mundo.

La cara de María de Humanes se tornó blanca como la cera y sus manos rígidas se agarraron con rabia a los brazos del sillón, y como si le hubieran pinchado, comenzó a negar tal afirmación como si le fuera la vida en ello.

Crista no dejó ver ni un signo en su cara que negara lo que acababa de evidenciar, aquella mentira piadosa había tenido su recompensa. Si era verdad y la Ignacia fue el alma bendita que colocó a su hijo, Dios la estaba guiando por el buen camino.

—Estás dando palos de ciego, Cristina, y te estás metiendo en cauces ponzoñosos. Nada tuvo que ver Ignacia en aquellas cuitas, aunque para tu tranquilidad te diré que fue ella la que nos proporcionó a la mujer que se llevó al chiquillo y le colocó en una familia de bien, cristiana, decente y adinerada. Y no vayas a pensar que se le pasó por la imaginación a la pobre mujer pedir dineros, que mucho fue lo que le ofrecimos y lo rehusó, pensando solamente en la felicidad del chiquillo, aunque ni por un solo momento dejó de hacerme saber la canallada que estábamos cometiendo contigo.

»La otra mujer, la que se llevó el niño, para entregarlo a la nueva familia, fue bien recompensada por nosotros y por la futura madre, que lo esperaba como se espera el agua de Mayo. Años llevaban esperando un hijo, que Dios no les terminaba de conceder. Y por si te has pensado que va a ser fácil de localizar la mujer que trasladó al pequeño, murió hace muchos años. Y la madre juró ante la virgen de la Roca que jamás rebelaría lo acaecido, ni la procedencia del muchacho.

Crista no se podía creer el logro alcanzado y como su madre había caído en la trampa. No solamente había averiguado que Ignacia conocía a la persona que había entregado a su hijo que, aunque fallecida según su madre, bien pudo contarle a esta el destino del recién nacido.

Se le había escapado que la futura madre había jurado delante de la virgen de la Roca que jamás contaría la procedencia del chiquillo. “Tamaña metedura de pata”. Si juró en la ermita de la virgen de la Roca es que la madre era del pueblo. Y no se molestó en negar el pelo rubio y ojos azules del chiquillo, ni que llevaran esperando un hijo como agua de mayo: así fueron sus palabras, por lo que no había que ser muy tonta para deducir que era hijo único. Estuvo a punto de saltar de alegría, dejar a su madre allí plantada e ir a contarle a Teresita todas las averiguaciones que había logrado sonsacar en un momento. Ya tenían de dónde tirar, la próxima visita de su querida amiga a Baldeaguas no se haría esperar.

—Está bien, madre, bien sabe santa Rita que no quiero disgustarle, que bastante tiene usted con todo lo que ha pasado, tendré que conformarme.  
¡Deme un abrazo! Que es mucho lo que la echo de menos.

—Y hablando de otra cosa, quiero que conste que me canso de escribir cartas al obispado pidiendo remedio para este convento que pareciera dejado de la mano de Dios. Si no fuera por lo creyente que soy, hasta dudaría cuando me contestan que os envían dinero para esto y para lo otro. No quiero pensar mal, pero me parece a mí que hay una mano a mitad del camino que se queda con los dineros destinados a los arreglos. No sé cómo tienen tan poca vergüenza, ¡mantener en este estado el monasterio! De qué manera esperan hacer del pueblo un lugar de peregrinaje a la finca de Baldeaguas, y pasar por delante de una congregación que se cae a cachos.

—Si le contara, madre, que hay dos hermanas que llevan años esperando comprar unas gafas, que ni en el coro pueden cantar porque no leen la letra de las letanías.

—¡Dios me valga! ¡Pero eso no se puede consentir! Todo tiene arreglo en esta vida, hija mía... todo... menos la muerte, y creo que te traigo buenas nuevas, Cristina, no pienses que he venido de vacío, que nada más hacerme llegar tu petición de visita hice una recaudación. Me pasé por las haciendas

de cada uno de tus hermanos y les recopilé sus buenos dineros, dineros, que he traído yo en propia mano, no sea que si los hago mandar a través de las altas jerarquías se queden por el camino. Y no solo eso, hija mía. De sobra has de saber que vendí la casona grande. ¿Para qué quería semejante monumento para mi sola? Me dio por tantear el terreno y decidí comprar una hacienda pequeña a las afueras de Valladolid, cerca de la finca de la señora de Río Seco. No creo que te acuerdes, tiempos han pasado, y eras una niña, cuando los dos matrimonios nos juntábamos a comer y a celebrar más de una fiesta, y más de dos, hija mía, que todo hay que decirlo. Pues como te iba diciendo, la mala fortuna quiso que su marido falleciera dos años antes que tu padre, “que en gloria esté”. Ya te conté en la última visita y en las cartas que te envío, que es mucha la amistad que nos une, raro es el día en que no lo pasamos juntas. Sus hijos ya casaron y marcharon de la provincia, y aunque los ve de vez en cuando, sino fuera por mí, sola estaría en el mundo. Aunque también he de decir que patrimonio y caudales no le faltan, sino más bien lo contrario, que a veces me pregunto para qué querrá tanto de todo. Cómo verás se me va la chaveta, hija, me voy de una cosa a otra, a lo que vamos, que antes de hacer viaje, le saqué a Carmina, que así se llama la señora de Río Seco, un buen puñado de billetes, y no contenta con eso, mandó a uno de sus criados que la pusieran al artefacto ese desde el que se puede hablar a distancia.

—Teléfono, madre, se llama teléfono.

—Pues como se llame, la pusieron al habla con uno de sus hijos, de los medianos creo, pues tuvo doce, de los que viven siete, que murieron de chiquitos sin haber cumplido el año. Diego, se llama el interfecto. Pues mira tú por dónde el tal Dieguito, como le llama su madre, tiene una empresa de construcción de “arrima y no te menees”.

—Madre, por Dios, nunca la había escuchado hablar así.

—Los tiempos, Cristina, los tiempos, que van cambiando, y como no te adaptes, seas joven o vieja, te quedas desfasada.

—Siga, siga, madre, que me tiene en ascuas.

—Ahora viene lo bueno. El tal Dieguito, por lo visto andaba desde hace tiempo pensando en hacer una buena obra de caridad para agradecer al

santísimo su buena capacidad, suerte, buen hacer, o como lo quieran llamar, para con los negocios que han alcanzado su prosperidad máxima, alcanzando la empresa una capacidad de dos mil empleados, y se le había ocurrido donar una gran cantidad a los hermanos mercedarios descalzos de Valladolid. Sin embargo, la fortuna ha querido que se torcieran sus planes, y convencido por doña Carmina, ha decidido cambiar la decisión tomada por mandar tres cuadrillas a este convento, tomar nota de todas las obras que necesite el edificio y donarlas como gratitud al altísimo.

Así que, hija mía, avisa a las hermanas porque a partir de la semana que viene esto va a estar repleto de albañiles, utensilios de trabajo y toda clase de martingalas que se precisen para adecentar el convento. Antes de que digas nada y de que me lo agradezcas, te diré que inflés un poco las necesidades del monasterio, que estas suertes solo se suelen presentar una vez en la vida y hay que aprovecharlas.

»Y solo me falta comunicarte que, después de haber despellejado a tus hermanos, de sacarles todos los cuartos que he podido y traer un buen talego repleto de billetes de la señora de Río Seco, de mi parte están descargando en los corrales y porquerizas, cinco vacas, veinte ovejas, diez cochinos y cuarenta gallinas, además de un cargamento de semillas para que no falten hortalizas en el convento, y veinte árboles frutales que en este momento están trasplantando unos lugareños a los que ya me he encargado de entregar su salario.

—Sin habla me ha dejado, madre, sin habla... ¿Qué puedo decirle? ¡Dios la bendiga! ¡Cuánto he de echarla de menos madre... cuanto! Si no fuera por usted...

—Deja de lloriquear, Cristina, que pareces una novicia y eres la madre superiora de las dominicas y vas a tener el mejor convento de estos lugares, has de estar segura de ello, que por aquí he de pasarme con Carmina a vigilar las obras. ¡Y que ni se le ocurra a Dieguito desdecir en nada a su madre! Que vive para tenerla contenta. En cuanto se lleguen a tomar las notas de las obras, vendremos con ellos. ¡No sé si tu amor a Dios te tiene cegada! Pero, hija, a este convento le hace falta más que un arreglo de goteras. Tenéis una cocina que parece el pajar de un arriero, con la de artefactos nuevos que hay

en el mercado. ¿Sabes que existen unos aparatos que lavan la ropa? ¿Y que las cocinas llevan revestidas las paredes de azulejos para su fácil limpieza? ¿Qué existen aspiradoras y enceradoras?

—Pero, madre, ¿cómo se la ocurre? ¿Con las necesidades que hay por los campos y la de mendigos que paran a las puertas para llenar sus cuencos de sopa caliente? ¿Cómo voy a permitir semejantes frivolidades cuando tanta gente necesita de nuestra ayuda?

—Por eso mismo, alma de cántaro, por eso mismo. Con la cocina adecuada podrás preparar el doble de comida para tus mendigos, y hasta lavarles la ropa, y con unos buenos baños con agua corriente les darás el aseo que necesitan. ¿A cuántos chiquillos del pueblo podréis quitar la roña?

—En eso no le quito razón, madre.

—Pues claro que no, y además, “a caballo regalado no le mires el diente”.

—La de pesares que me ha quitado de encima, madre. ¡Dios la colme de bendiciones!

Entre unas cosas y otras, charlas del pasado y de cosas venideras se les hizo la hora de comer. Crista quiso que su madre compartiera la comida con ella y las hermanas, pero doña María no tuvo a bien acompañarlas, aludiendo el tiempo que llevaba fuera de casa y los kilómetros que le quedaban de camino, aunque el último modelo de Ford traído desde Alemania la esperaba a la puerta del convento, con el chofer sentado en el asiento delantero pulcramente uniformado.

Después de la comida, la madre superiora puso al tanto a sor Teresita de las buenas nuevas que llegarían la semana siguiente, aunque no era esa toda la alegría que invadía su mente, sino saber que los logros por encontrar a su hijo iban por buen camino, por lo que Teresita se ofreció de encandiladora para realizar una nueva visita a la Ignacia y con ese ingenio y gracia de la que estaba dotada, tuviera a bien sacar al ama de llaves de Baldeaguas, las noticias que necesitaban saber y que les dieran la pista que les llevase hasta el hijo de Crista.

A la memoria le llegaron a la superiora los primeros años en el convento,



con la única amistad de Teresita, a la que escuchaba llorar a través de la pared de su celda. ¿Qué hubiera sido de ellas si sor Luciana, la madre superiora, no las hubiera acogida como hijas? El sentimiento de haberlo perdido todo: criadas, ropas, mimos, juguetes, menús especiales y de repente encontrarte en aquella cárcel, donde el frío y la humedad lo invadían todo. Dónde los dineros llegados de las dotes de las novicias eran contabilizados por el obispado y el “Dios proveerá” eran las únicas palabras de consuelo con las que contestaban desde la diócesis, al referirle las necesidades del convento. Sin embargo, el tiempo corrió a su favor y supo jugar sus cartas. Aprendió a guardarse para sí misma las verdades que conllevan la pérdida de poder o de dinero, a guardarse para sí las mentirijillas que con tan buen acierto soltaba de vez en cuando sor Luciana y aprender de ellas. Sonsacar a unos y a otros y pedir a las nuevas novicias que trataran de no entregar la totalidad de la dote a la diócesis y que guardaran la mitad para el convento, refiriendo a las progenitoras de las novatas que aquel dinero iría en beneficio de sus hijas. Y así era, “bien lo sabía Dios”, que a las monjas iban encauzados aquellos dineros, si no hubiera sido así, ¿qué hubiera sido de ellas? Ciertamente era que con los años había aprendido una verborrea que más parecía que le saliera del centro del alma, y dejaba a las madres de las nuevas postulantes con tal remordimiento de conciencia que raro era el mes que no se apretaban el cinturón al escuchar el día de visita las desdichas de sus hijas.

Con los dineros de su madre, reformaría las celdas, les daría un nuevo aire, no se iba a limitar a cambiar el tejado, sino que compraría colchones de lana que pudieran mullirse cada mañana, nuevos armarios, uno para cada hermana, ropas de cama y mesa. La cocina la tiraría entera y le daría acceso al comedor, añadiendo el corral para que quedara mucho más grande, aunque tuvieran que construir un nuevo chamizo para las gallinas. Y todos los enseres y muebles para el hogar harían de sor María la más feliz de las hermanas, que de seguro daría rienda suelta a esa imaginación que Dios le había dado para el arte culinario.

Antes de que lo mencionara su madre, bien sabía ella que existían unos aparatos que lavaban la ropa, y no se iba a conformar con menos de cuatro, como también había escuchado en la radio que los ricos tenían secadoras para la ropa, y como que se llamaba Cristina, que a sus monjas no les iban a volver

a salir sabañones por tener que lavar y tender la ropa. Se acabó pasar frío, calderas para estar calentitas y agua caliente, tres baños más con agua corriente y bañeras, ya estaba bien de asearse con una palangana como si fueran gochas. Eso es lo que le diría al hijo de aquella benefactora vecina de su madre que estaba dispuesto a costear todo aquello, tiraría por lo alto no fuera que aquel protector les saliera algo agarrado y tirara por lo bajo, aunque ya se las arreglaría ella, junto a Teresita de llorarle y enseñarle las hinchazones de los dedos a causa del frío que pasaban en el convento.

Y con los dineros de su madre repondría la sala de costura, dotándola de máquinas de coser más modernas, hablaría con sor Ester y que le hiciera una lista de cuanto precisase para seguir con los bordados de las mocitas casaderas del lugar. Por supuesto, eran precisos dos aparatos de radio más, el único que tenían estaba en la sala de costura, y la pobre sor María entre quiso y guiso, pasillo arriba y pasillo abajo, se daba montones de paseos para enterarse de los noticiarios diarios a los que era tan aficionada, pues eso ya no iba a pasar más, uno iría a la cocina y otro al comedor. Y una nueva máquina de escribir para su despacho, que la que tenían no marcaba la “b” y les serviría para enseñar a las novicias a escribir en tan moderno aparato.

Lo peor de todo aquello sería como notificar al priorato las buenas nuevas. Tendría que comunicar a su madre que todo aquello se debía a una promesa por parte del hijo de doña Carmina, el constructor, y que no había manera de cambiarle de parecer. Y del dinero de su madre y los animales: chitón, ya reuniría a las hermanas para que ninguna de ellas se fuera de la lengua por la cuenta que las tenía.

No debería olvidarse de la mejora de la enfermería, un nuevo pabellón pedía a gritos el dispensario, que hombres y mujeres andaban juntos, separados solo por unos biombos viejos y ajados.

Iba para un mes la tardanza de la contestación del obispado pidiendo permiso para enviar a estudiar a Sor Nieves, Sor Eloísa y Sor Pazita a la escuela de enfermeras de Valladolid. ¿Cómo iban a cuidar sus monjas a los enfermos si las únicas nociones que tenían eran las que iban pasando de madres a hijas? Tres padres nuestros para fiebre, junto con agua del manantial de Baldeaguas, dos copitas del orujo que elaboraban las hermanas,

mágicas para el riñón; que dicho sea de paso, la mayoría de las veces lo único que lograban es que los pobres pacientes regresaran a sus casas con una cogorza de pilla y no te menees. Miel de la alcarria para las malas toses, un rosario para el mal de mes de las mujeres. Y empujones en la tripa a las parturientas junto con tres vasitos del mejunje de hierbas que también preparaban las hermanas con alcohol de noventa grados, y la mayoría de las veces el muchacho cuando salía a ver el mundo por vez primera, en vez berrear, lo hacía cantando el “Asturias, patria querida”.

Mucho se temía la nueva negativa del obispo, aunque la última vez la carta iba firmada por don Anselmo, cura muy bien considerado por las altas esferas, y buena persona donde las hubiera.

Deseando estaba que llegara la mañana. Mandaría a Teresita a visitar a la Ignacia con el cuento de que la enseñara a hacer ganchillo, y le llevaría agua bendita. De todos era sabido que la Ignacia era muy devota y que, entre ellas, profesaban una amistad sin límites.

## CAPÍTULO XXIX

*“Cada día que amanece, el número de tontos crece”.*

Antolín García García, sargento de la guardia civil, permanecía sentado en una mesa a la puerta de la taberna del tío Benito mirando a lo lejos. Las nubes se disipaban y la lluvia que barruntaba para llevarse los calores típicos de la época no quería alcanzar el pueblo.

El puñetero uniforme le estaba ahogando y como si de un tic nervioso se tratara, no paraba de pasarse el pañuelo algo mugriento por la frente y por el cuello.

Terminó por desabrocharse el botón de la camisa y quitarse la chaqueta que colgó tras la silla. ¿Quién iba a decirle nada? Si era la máxima autoridad en el pueblo, quitando al alcalde, y pronto sería parte de su familia. Con el palillo que siempre llevaba colgando de los labios, comenzó a limpiarse el sarro de los dientes, que después chupaba. Optó por coger uno nuevo del

palillero de la mesa, el que llevaba pegado a los labios ya tenía más de un mes. Apuró el chato de vino y le pidió otro al Benito, que raudo le sirvió junto a un plato de olivas y unas patatas fritas.

La gente del pueblo le saludaba al pasar con una especie de reverencia, agachando la cabeza. ¡Como tenía que ser! Demasiada paciencia tenía y con excesiva bondad los trataba, aun sabiendo que entre ellos se encontraba más de un rojo. Esa misma semana mandó encarcelar al hijo de la señora Angelita, la viuda de Fernando el guapo. A él no le iban a engañar así como así. Comunista el padre y comunista el hijo. Bien sabía que abastecía de comida a esos rojos de mierda que vivían escondidos en el monte. Le tuvo dos días sin comer ni beber, ni una gota de agua le dio. Y cuando le vio sin fuerzas, se metió en la celda. Tuvo que sacar de allí a Manolo, el del molino, vaya un guardia civil que estaba hecho, que no aguantaba ni ver morir a una mosca. ¡Valiente cobarde le había tocado de ayudante! Que más parecía una virgen, que un guardia.

Se agenció una guía de teléfonos y con ella le arreo más hostias que a una estera. Ya sabía por otros colegas que era una manera eficaz de sacar información. Después de un par de horas ininterrumpidas, salió a refrescarse y dio orden de que le dejaran según estaba: tirado en el suelo y chorreando sangre. Seguro estaba que el idiota de Manolo le habría dado agua a beber, incumpliendo sus órdenes.

Angelita, la guapa, acudió a pedir clemencia por su hijo, alegando que todo era una mentira... mentira... mentira. ¡Por sus muertos que le iba a sacar todo lo que sabía!

Mandó darle un cacho de pan y un vaso de agua, y arrearle un manguerazo para limpiar los golpes. Dejó pasar una hora y volvió a la celda. Esta vez no le iba a hacer falta la guía, él mismo se bastaba para brearle a hostias hasta que no le quedase un diente sano.

Cuando iba a comenzar la faena, se presentó el alcalde, seguro estaba que le había avisado el imbécil de Manolo, el del molino.

En principio no dijo nada, solo al rato preguntó de qué se le acusaba. Cuando le contó los pormenores, solicitó ver las pruebas. ¿Pero qué pruebas

ni qué pruebas? ¡Tonto la verga! Eso es lo que era el alcalde, un tonto la verga. ¿Pues no sabía que su padre había sido un comunista declarado? ¿Qué iba a ser entonces el hijo? Y aunque no le pareció mal su proceder, pues ni una palabra mal dicha le rebatió, ordenó asear al preso, darle de comer y soltarle, alegando que se estaban saltando las ordenanzas. No quedó otro remedio que obedecer, pues donde manda patrón, no manda marinero, pero que se anduviera el comunista de mierda con pies de plomo porque no le iba a quitar el ojo de encima.

Todavía no sabía quién había nombrado guardia al memo ese de Manolo, el del molino, pues eso es lo que había hecho en toda su cochina vida: usar el molino, molinero como su padre, tonto y sin dos dedos de frente, que hasta que le hicieron guardia civil hasta los chiquillos del pueblo le apedreaban al pasar. Pero por lo visto sacó del atolladero a algún capitán en la guerra; lo tenían asediado y el Manolo lo salvó jugándose la vida. Todavía no le entraba en la cabeza, pero gracias a eso le hicieron guardia civil de un plumazo, y se lo endiñaron a él, como si no tuviera ya bastante con lidiar con el maqui y los golfos del pueblo.

Ocho años desde que acabó la guerra, que gracias a la virgen de la Roca, pasó desapercibida en el pueblo, a no ser por los mozos que tuvieron que ir al frente reclamados por Franco, y por los comunistas que fusilaron en la tapia del cementerio, órdenes que tuvo que cumplir a rajatabla. ¿Cómo no iba a hacerlo? Eran preceptos de los de arriba, con la mismísima firma de uno de los sobresalientes de falange. ¡Traidores, eso es lo que fueron! ¡Unos traidores! ¡Bien merecida tuvieron la muerte! ¡Atajo de cobardes comunistas! Los buscó por cielo y tierra, por monte bajo y por montes altos. De arriba abajo se recorrió sierra Culebra, por la parte de Zamora, que le aseguraron con un chivatazo que le dieron, no sin antes comprarles con una carrillada de cochino. Y les cogieron. ¡Como que nació en el pueblo que los cogieron! Ni los llantos de las mujeres, ni las de aquellos andrajosos chiquillos que tenían por hijos, que mucho no les importó dejar abandonados bajo las faldas de sus madres sin nada que echarse a la boca. Un pobre cabo era por entonces, eso es lo que era, un pobre cabo, pero valiente, y si la patria te llamaba ¡pues ibas, coño! Aunque, maldita fuera su estampa, que algunos se le escaparon, los malditos maquis, que seguro estaba de que seguían escondidos, con el rabo

entre las piernas y más miedo que conejos agazapados Dios sabe dónde. Pero no se le iba a olvidar, por el santo de su nombre que no se le iba a olvidar cómo huyeron ayudados por algunos gañanes de puño en alto, vagos y maleantes fueron toda su santa vida. Y alguno más que de seguro pasaba por señorito y le sería más difícil de pillar. Ya se sabía que el dinero todo lo tapaba.

Virgilio, el cojo, que en el penal de Ocaña llevaba desde que acabó la guerra, ¡ojalá se pudriera de por vida detrás de los barrotes! Miguel, el pastor del señorito Manuel, que por mucho que hizo el barón por él, no pudo librarle de la cárcel. Sus buenos paquetes recibía, de parte de la Ignacia, que nada le pasaba desapercibido de lo que ocurría en el pueblo, ni la carta que había vuelto a enviar el dueño de Baldeaguas para que le dieran la amnistía como favor hacia él. Parecía mentira que un hombre de su calibre y su valentía quisiera librar de la trena a un traidor cobarde, a un rojo de mierda que solo traería revolución al pueblo.

Ya despuntaban los padres del ovejero, que bien que apoyaron a Azaña en la segunda república. ¿Qué pensaban? ¿Qué se iban a hacer señoritos de un día para otro? Debajo de tierra estaban, como debía ser, un obús les pilló en la capital y les dejó más aplastados que una losa. Y si esos pica piedras que protegían a los maquis que quedaban sueltos por los campos, metidos en cuevas como si fueran comadreja, pensaban que iban a salir bien librados... iban listos. ¡Por sus cojones que lo iban a pagar caro! ¡Tarde o temprano los encontraría, uno por uno! Y todavía había quien se preguntaba por qué le habían ascendido a sargento. ¡Maldita fuera su estampa! ¿Por qué iba a ser? ¡Por valiente! ¿O es que solo el señorito Manuel se iba a llevar los parabienes del pueblo? De alguna manera le tuvieron que compensar el tener la valentía de poner delante de la tapia del cementerio a todos esos malnacidos comunistas que cogió en Sierra Culebra.

A la orden de “fuego”, ninguno de sus hombres disparó. ¡Condenados pusilánimes! Por tres veces mandó disparar y, aludiendo que eran vecinos de toda la vida, se negaron en rotundo. Tuvo que quitarle el máuser a uno de ellos, y él mismo fue disparando uno por uno a todos los rojos que tantos quebraderos de cabeza le habían dado. ¡Por cerdos! ¡Por cobardes y por traidores al Generalísimo! Y por una orden firmada por el teniente Álvarez de

Castro, teniente falangista, conocido por su alto grado de valentía y su amistad con Pilar Primo de Rivera. Gerardo, el alcalde, se cagó por la pata abajo al enterarse de los fusilamientos, a punto estuvo de dejar el cargo, el pueblo y hasta las tierras heredadas de sus padres. Tuvo que cogerle aparte y de no ser alcalde, le hubiera dado dos buenas guantadas. ¡Se las merecía!

—¡Tú te quedas! ¡Y a cumplir con tu cargo se ha dicho, que para eso eres el alcalde! ¡Y no hay más que hablar! Tenía que haberle plantificado en la cara

Si no llega a ser por él, y por la Marina la alta, su mujer, habría salido corriendo del pueblo y todavía estarían buscándole. Esa sí que le echaba dos cojones. Lo decía siempre mi madre.

—Esa muchacha te interesa, Antolín, agraciada no es, pero tiene posibles, deberías de cortejarla como hizo tu padre conmigo, que aunque éramos primos y tuvimos que pedir dispensa al papa, buen casorio hicimos y que yo sepa tú de tonto no tienes nada.

—¿Y por qué habría de tenerlo? —le preguntaba él, ignorante.

—¿No ves lo que les pasa a los reyes? Se casan entre ellos y les salen los hijos retrasaos.

Pero había que tener muchas tragaderas para casar con Marina la alta, pues a fea y larguirucha no había quien la ganara, ni a lista tampoco, que bien sabía lo que le convenía, y lo que le cuadraba a su familia. Le habían ofrecido una buena subida de salario por casar con la Francisquita, una casa en la mejor zona del pueblo, en la mismísima plaza, tierras de labranza de regadío y unos buenos viñedos. Ciertamente le sacaba unos cuantos años, y que era más fea que la madre, y mira que ofrecía dificultad ser más fea que Marina la alta. Aunque le daba que además de repelente, era tonta. No obstante, quizá fuera algo que le interesara: que se ocupase de la casa, de tenerlo todo apañado pa cuando él llegara y le dejara hacer a él las cosas de envidia, que mucho no se había de equivocar ya que seguro estaba que cogía fuego y no se quemaba, y que teniendo a la hija, tendría agarrao al alcalde por los huevos, y en ese pueblo se iba a hacer lo que él dispusiera. Y de ponerse tonta, con un par de guantadas le arreglaría las tonterías. Es lo que más le convenía, que para

mozas guapas estaban los lupanares de Valladolid.

Esa misma tarde se presentaría en casa del alcalde, sin uniforme, con el traje de novio de su padre, que conservaba como un pincel y le estaba que ni pintao. Ya le había encargado al tío Felipe un buen ramo de rosas rojas, que para empezar el cortejo bastante gasto hacía, sin contar el corte de pelo que le hizo la Dominga que, aunque no tenía peluquería alguna, a la entrada de su casa cortaba el pelo a los varones del pueblo y no se le daba mal. Por unas pocas perras te apañaba.

Marina, la alta, le había referido que lo bien hecho, bien parece, y era de buen proceder pedir permiso al padre para comenzar a entablar relaciones, con lo que a eso de las cinco de la tarde se pasaría por su casa dónde le esperarían para tomar un café como mandan las buenas costumbres.

Bien sabía que le sacaba casi treinta años a la Francisquita, y ella a él dos cabezas o más, pero edad tenía para hacerle un par de hijos, o los que vinieran, que alguien tendría que heredar el patrimonio que con tan buena ley y tanto sacrificio se iba a ganar con ese matrimonio que jamás se le hubiera pasado por la imaginación.

Tendría una de las mejores casas de la plaza, y desde los soportales vería pasar a toda la vecindad, mientras él se tomaría un buen vino en una mecedora que no tardaría en comprar.

La vida se tornaba color de rosa, con su edad y la mierda de sueldo de sargento, no tendría mejor solución para pasar su vejez. Manejaría los hilos desde la sombra, el futuro daba muchas vueltas y se estaba forjando una nueva España de la que él pensaba formar parte. Dictaría edictos de búsqueda por cada rincón y cada cueva del lugar, pero daría con aquellos subversivos que abandonaron la patria cuando más se les necesitaba, y ya cogería por banda a sus familias, iban a cantar, como cantó el gallo de Morón y si para eso hacía falta encerrarlos en la comandancia y utilizar los métodos que había que haber utilizado antes, los usaría.

Pero lo primero era lo primero. Buena cara y buena marcha. No le costaba nada ser un poco zalamero con el palo tieso de la Francisquita, no le sería difícil enamorarla, con cuatro requiebros bien dichos y un par de besos a



escondidas la cosa estaba hecha. Tendría que aguardar unos seis meses antes de la boda, como estaba mandado, no pensarán las cuatro comadres que la había dejado preñada, aunque bendito lo que le importaban. Tendría que ir a casa a bañarse, iba para dos meses que no lo hacía y quería dar la mejor impresión, aunque el olor a hombre, siempre había sido olor a hombre y lo demás eran mariconadas.

## CAPÍTULO XXX.

*“Amar sin padecer, no puede ser”.*

Rosita no daba pie con bola, iban para tres días que no veía al señorito y los nervios se la comían. ¿La habría olvidado? Había tentado a la Matilde para que la llevara a la tienda del tío Felipe a ver las revistas recibidas de la capital, pero enseguida se le echaba madre encima. Iría... pero con ella, no la dejaba sola, ni a sol, ni a sombra. ¡Maldita la hora en la que le contó lo que le estaba pasando! ¿Cómo podría quitarse del alma aquellos ojos azules que la atormentaban sin parar? Aquella lucha interior la estaba matando. Madre la había obligado a confesarse con don Anselmo, y así lo hizo. Sabía que estaba haciendo mal, pues el señorito andaba en la puerta del casorio. Sin embargo, ¿qué iba a hacer ella? Si las mientes no la respondían, sino podía pensar en otra cosa, salvo en él, en aquel beso y en aquellas caricias. No le quedaba más remedio que idear algo. Empero, madre era lista, demasiado, pareciera que no tuviese otra cosa en mente que vigilarla. Sabía de sobra que el señorito no paraba de rondar su casa. Tenía cuidado de pasar desapercibido para que madre no notase su presencia, tan solo dos veces pudieron verse. Él detrás del árbol grande y ella asomando la cabeza por la cortina de la puerta, unos segundos bastaron, pero le llegó el beso que él, en un ademán con la mano, quiso enviarle.

Solo había una solución: a la noche, cuando madre estuviera profundamente dormida, tendría que levantarse y dejar una nota en el árbol grande, le citaría para la noche siguiente. Tendría que estar pendiente de las campanadas del reloj de la plaza y no dormirse. Si quedaban a las dos de la madrugada, tiempo tendrían hasta la cuatro. Madre había veces que se

levantaba a la amanecida y no debía de arriesgarse. Si la pillaba, nadie la libraría del convento de las dominicas. Si tan solo contara con la ayuda de alguna amiga, de alguien en quien confiar, pero eso era totalmente impensable. Tan solo le unía amistad con Marinita, la hija del alcalde, unas cuantas veces habían paseado las dos solas por la calle Real hasta la plaza, pero desde que pasó lo del señorito, su madre no la dejaba moverse de su lado. Si pudiera comunicarse con ella, de seguro que obtendría su ayuda. Pero lo veía más imposible que subir a la luna. Tendría que echarle agallas. Esa misma noche se levantaría a dejar la nota en el árbol grande y que Dios la ayudase.

La Matilde preparaba un buen gazpacho con los tomates de la huerta, mientras Edelmira hacía el aliño, machacando en el mortero migas de pan con cominos y vinagre. Rosita permanecía en el zaguán, sentada en el banco y leyendo una novela de segunda mano que por cuatro perras le había sacado al tío Felipe. *Moby-Dick*, escrita por Herman Neville, una historia de arponeros en busca de ballenas, donde el capitán Ahab estaba obsesionado por acabar con la ballena que le dejó sin una pierna. Era apasionante, por momentos creyó estar en el Pequod intentando matar al cachalote blanco. Eran los únicos momentos que podían resarcirla de la congoja que sentía. El calor comenzaba a hacer los estragos propios de la época y para estar en casa llevaba una bata de tirantes de cuando Edelmira era más joven y que todavía podía dar buen uso. Se había recogido el pelo en un moño, pues la sudadera del cuello no había quien la aguantara. El cielo estaba azul, ni una nube barruntaba lluvia y ni una hoja se movía en cualquiera de los árboles que llegaban hasta el camino del roncal, ni en el sendero que conducía hasta la calle Real. Su madre le había puesto sobre la mesa un buen vaso de limonada fresca que le estaba sabiendo a gloria bendita y en ese momento le llevo un cuenco de olivas.

—¿Qué tal vas con la lectura?

—Apasionante, madre.

—Pues hala, a disfrutar con lo tuyo y a olvidar los malos pensamientos.

—Deja tranquila a la chica —rezongó la Matilde, mientras seguía pelando tomates—. Que no ha dicho ni mu la muchacha en lo que va de mañana.

—Ya está la defensora de pleitos pobres; si no hablas, revientas.

—¡Calla ya, leche, y sigue majando el aliño!

La Rosita seguía a lo suyo, mientras entre página y página su mirada se trasladaba al árbol grande, donde la noche pasada había dejado una nota enterrada, dejando sobresalir el pico del papel para que no le pasara desapercibida al señorito. Rezaba para que su madre no le viera aparecer, y mucho menos recoger la nota, pues rápido barruntaría lo que tramaban.

Cuando escuchó los ronquidos de su madre, se levantó poniendo en cada movimiento todo el cuidado que pudo y escribió en el primer cacho de papel que encontró: *Esta noche a los dos de la mañana le espero tras la huerta.*

Ni tres minutos le costó enterrar el papel y volver otra vez a la cama, pensando que el corazón se le saldría por la boca. Más de dos horas tardó en volver a conciliar el sueño. ¿Estaría haciendo mal? ¿No sería una artimaña del señorito? De todos era sabido lo mujeriego que era ¿Por qué no había anulado el casorio con la señorita Pilar? Si tanto la quería, tendría que haberse enfrentado ya a su padre. Claro que no sabía nada. ¿Qué habría pasado? Aquello era un sin vivir, entre el miedo a su madre y el terror a lo que podría pasar, le temblaban hasta las piernas. No se concentraba en la lectura, y el señorito sin aparecer. Quizá había recogido la nota a la amanecida, tendría que enterarse de alguna manera, le separaban escasos metros del árbol grande. No se le ocurría excusa alguna para salir.

—Madre...

—Dime.

—Me voy a asomar un momento al camino del Roncal, que a esta hora suele pasar la Marinita con su madre a la compra.

—Te acompaño.

—Por Dios, madre, ¿qué se ha pensado? ¿Qué me voy a ir de casa?

—Te acompaño y no hay más que hablar.

—Está bien, será solo un momento, porque de verla, estará sentada descansando en cualquiera de los bancos de la calle Real, y desde la esquina

del camino se divisan muy bien.

—¿Y qué quieres tú de la Marinita?

—¡Madreeeee! Es mi amiga. ¡ quiere tenerme toda la vida secuestrada!

—Échate una toquilla por encima, que vas en tirantes y no quiero escuchar después a las malas lenguas.

Salieron desde el zaguán y al pasar por árbol grande, fingió que se le escapaba de las manos el libro. La nota no estaba, siguió andando con todo el disimulo que su atolondrada cabeza la dejaba y se asomaron a la esquina del camino del Roncal, desde donde se divisaba la calle principal del pueblo. En algunos de los bancos permanecían sentados los mayores del pueblo, observando las cigüeñas de la torre de la iglesia. Alguna vecina se veía pasar, con el capacho de la compra y un par de perros tumbados a la sombra de uno de los plataneros que daban sombra al paseo. Cinco o seis chiquillos jugaban a pídola y tres niñas de unos seis años lo hacían a la comba:

*“Al pasar la barca, me dijo el barquero, las niñas bonitas, no pagan dinero”*, se escuchaba como música de fondo.

—¡Qué! ¿Nos vamos a pasar aquí el resto de la mañana?

—Pues deje que me pase por su casa.

—Nada se nos ha perdido en casa del alcalde, y ninguna gana tengo de verle la cara a Marina, la alta. Dios nos libre, cuanto más lejos mejor.

—¿Me quiere contar entonces cómo voy a ver a mi amiga? Por si no lo sabe es la única que tengo, como me ha tenido toda la vida como si fuera una presa.

—Las cosas que tengo que escuchar. ¡Virgencita no se lo tengas en cuenta! —exclamó Edelmira—. Vale, ya está bien, no murmures tanto, mañana, a la que salimos a la huerta nos pasamos por su casa y la invitas a que venga por la tarde.

—Gracias, madre, ve como no es tan difícil complacerme.

—Anda, anda, zalamera, venga tira para casa, que hemos dejado a la

pobre Matilde con todo el tinglado del gazpacho.

Se volvió a sentar en el zaguán, y ya no dio pie con bola en todo el día. Menos mal que su madre a eso de las once la rendía el sueño. ¿Y si le daba por despertarse y buscarla? ¡Dios mío, ayúdame! Que todo salga bien, pensó. Si no podía verle se moriría, necesitaba que le contara lo que había pasado, averiguar si la quería de verdad. Sería sincera, aunque le pudiera la vergüenza, le diría que tenía que dejar a la señorita Pilar si quisiera amoríos con ella, que no era ninguna cualquiera con la que se podía jugar, como hacía con unas y con otras, eso es lo que decía madre. ¿Se atrevería?

—Me soltaré el pelo, lo cepillaré para que se ondule y me dará el brillo de labios de madre — dijo para sí—. Tendré que vestirme... No... no podré hacerlo, tendría que abrir el armario y madre despertaría. Dejaré la ropa preparada... ¿o madre se dará cuenta? Pues que sea lo que Dios quiera, me echaré la toquilla por encima del camisón y me calzaré las zapatillas.

Tomó un vaso de gazpacho por no levantar la liebre y puso la excusa de no tener más gana de comer por las olivas que había tomado a media mañana. Se echó una siesta para coger fuerzas para la noche, no fuera a ser que se quedara dormida, y esperó temblando por dentro y disimulando por fuera a que llegara la hora.

## CAPÍTULO XXXI.

*“Amigo en la adversidad, es amigo de verdad”.*

Marinita, la hija pequeña de alcalde y Marina la alta, estaba pronta cumplir los dieciséis. Una mocita era, ni alta, ni esbelta, algo regordeta y mofletuda, pero dos hoyuelos se dejaban ver en su cara y cada vez que esbozaba una sonrisa mostraba una dentadura blanca y perfectamente alineada. Los ojos grandes y la nariz recta, y una buena mata pelo negro como el azabache le caía formando bucles sobre la espalda. Aunque el cuerpo no la acompañaba, era agraciada de cara y de todos era sabido que había heredado el buen carácter del padre, diferente al de su hermana que era idéntica a su madre.

Al contrario que a Francisquita, no le faltaban buenos mozos para el cortejo. Desde chica habían hecho buenas migas la Rosita y ella, era con la única amiga que se veía y en ella solamente podía confiar.

Por tonta no se tenía, aunque ello le pareciese a su madre, que lo único que le importaba era casar a su hermana con el mejor postor, y de un año a esta parte se daba cuenta de la forma que la miraban los mozos del pueblo, que más bien era lascivia que curiosidad lo que reflejaban sus ojos. Bien sabía que no se iba a desarrollar más, había salido a su padre; bajita y regordeta, pero cuando se miraba al espejo no todo era disgusto. Los pechos le sobresalían por la blusa que su madre se apresuraba en cerrar hasta arriba, su cintura era fina y a partir de ahí redondeaban unas buenas caderas metidas en carnes, que por mucho que las apretara con las medias de lana no había manera de disimular, las gorduras eran las gorduras. Sin embargo, bien arreglada, con el pelo limpio cayendo en cascada hasta la cintura, los pendientes de perlas que la regaló madre para la comunión y la cinta de seda rosa en el pelo con una lazada a un lado de la cabeza, podría sacar un buen aprobado; y si sonreía y dejaba ver la dentadura que con la que dios la había dotado, blanca y bien alineada, casi estaba segura de poder alcanzar un notable. No se le escapaban los intentos de su madre por casar a la Francisquita con el barón de Baldeaguas, al igual que escuchando acá y allá sabía que aquello no había llegado a buen término y tendría que conformarse

con Antolín, el sargento de la guardia civil. Cierto era que no se llevaba demasiado bien con su hermana, pero pena le daba que acabara con aquel mastodonte, que era más viejo que Matusalén, feo como un demonio, con una barriga que ni se podía abrochar los pantalones y unos dientes repletos de sarro que se quitaba con un palillo delante de todo el mundo.

Prefería quedar soltera toda la vida como la Patrocinio, o ingresar en las dominicas antes de casar con semejante espantajo mal educado y sucio.

Solo la Rosita y ella sabían quién le quitaba el sueño. Desde bien pequeñas se contaban sus penas y sus cuitas, cuando ya mocitas de más de doce años sus ojos se posaron en Anicetín, el hijo pequeño del tío Felipe el del colmado, y no le pasaban desapercibidas las sonrisas ni miradas con las que la obsequiaba constantemente. Diez y ocho años cumpliría este invierno y de todos era sabido que heredaría el negocio de su padre. Contaba con dos hermanas mayores casadas viviendo en Valladolid. Sus maridos ayudaban al tío Felipe en los negocios de ultramar importando el café, sedas y zapatos de Italia y Portugal que después ellos mismos distribuían por la capital. No era mal partido, y no porque ella tuviera algún afán en sus dineros, sino por las pegas que pudiera ponerle madre a sus posibles pretendientes. Segura estaba que era correspondida. No tardaba ni dos segundos en situarse detrás del mostrador en cuanto la veía llegar acompañada por su madre y por su hermana, y mientras ellas hacían los encargos al tío Felipe o a su mujer, él se encargaba de mostrarle las cintas y pasamanerías recién llegadas, así como los botones de fantasía o los lazos para engalanar los zapatos y cuando los colocaba sobre el mostrador y ella posaba sus manos sobre aquellas maravillas con suave cuidado, a él le faltaba tiempo en posar las suyas sobre sus dedos. Ella no retiraba la mano, sabía que no estaba bien, pero no lo hacía. Anicetín la miraba como si viera a la mismísima virgen y ella abría y cerraba los ojos mostrando unas pestañas en forma de abanico que enloquecían al muchacho. Tan solo una vez se acercó a su oído para decirle:

—Es hora de hablar con mi padre y con el tuyo.

A lo que ella respondió:

—No es buen momento, están nerviosos con el casorio de la Francisquita, habrá que dejar un tiempo.

—¿Pero tú me quieres? —replicó Anicetín.

—Desde niños —contestó ella, sintiendo que se deshacía por dentro y que una especie de burbujas parecidas a las que forma el sifón al mezclarse con el vino, le recorrían el estómago y se avergonzó de que él pudiera escuchar los gases que le producían esos sentimientos. Su amiga sabía lo que le ocurría, al igual que sabía lo que ella sentía desde niña por el señorito Hilario. ¡Pobre amiga! A ella no le saldrían tan bien las cosas, pronto casaría con Pilar y tendría que olvidarse de los amores que por él sentía. Estaba deseando verla y contarle los últimos acontecimientos, que de seguro, ella tendría que contarle los suyos.

Su madre había salido con su hermana a rezar un rosario a la ermita de la virgen de la Roca, a pedir que saliera bien la merienda que iban a ofrecer al atardecer a Antolín para que pidiera la mano de su hermana y de paso comprar unas rosquillas y dulces en las dominicas para acompañar el café y el chocolate.

Su padre, sentado en su sillón de mimbre a la entrada de la casa, resguardado del sol de la mañana por los tejadillos de los soportales, sostenía la gaceta, que aunque llegaba al pueblo con un día de atraso, le tenía enterado de las últimas noticias del país. Para eso era el alcalde, la máxima autoridad del pueblo y debería tener a sus habitantes informados de los logros del caudillo. ¡Si supieran los habitantes del municipio las verdaderas ideas que se cocían dentro de su sesera! ¡Si alguien descubriera que la alcaldía era solo un cargo para expiar las andanzas que se traían los caciques! Ni tan siquiera su madre sospechó jamás nada... Solo ella. Lo descubrió una tarde de invierno cuando le dio por seguir a su padre monte arriba. Con solo doce años, le picó la curiosidad ¿Qué se le había perdido a su padre por aquellos andurriales? ¿Y por qué cargaba con dos sacos en la espalda que le iban a dejar desriñonado? Aunque no paraba de mirar hacia todos los lados, hacia atrás, incluso hacia arriba, como si algún aeroplano le estuviera espionando. Se le notaba el temor, podía escuchar cómo le chasqueaban los dientes, además de por el frío que le estaban congelando los pies a pesar de llevar dos calcetines que le había tejido el ama. Se iba escondiendo a cada paso detrás de cada árbol que encontraba y que le servían de protección, su padre no desistía de la escalada, y aunque era monte bajo, su trabajo costaba subir la cuesta y por lo



visto estaba empeñado en coronar la cima. Y así fue. Cuando llegó arriba, se perdió su figura al bajar por ladera de la espalda del monte. Ella siguió andando hasta que le volvió a ver desde arriba. Se dirigió a una vereda tapada por hojarasca y al fondo vio cómo se introducía en una cueva. Cada vez se encontraba más confusa. ¿Guardaría su padre los dineros en algún escondite? Llegó hasta la mismísima boca de la gruta, entró con todo el sigilo del que fue capaz y vio como su padre hablaba con cinco hombres mal vestidos, sucios y mal encarados, por lo menos eso le pareció a ella. Les entregó los capachos con los que había cargado a la espalda y los vaciaron en el suelo. Varios quesos, chorizos, bolsas de harina, dos jamones, bolsas de lentejas y garbanzos y botellas de orujo, que con afán echaron mano aquellos hombres y fueron colocando en una especie de alacenas que parecían estuvieran hechas por ellos mismos. Debajo, cacharros y ollas de barro formaban los únicos utensilios de cocina; y en el centro, una buena hoguera con leños y algo de carbón calentaba la estancia. A cada momento que pasaba estaba más confundida, su padre se sentó en el suelo y compartió con aquellos gañanes el licor de las dominicas que se iban pasando de unos a otros tomándolo del mismo cacharro de hojalata. Hablaban entre ellos, aunque a ella solo le llegaban palabras incoherentes, hasta que la mala fortuna quiso que un inesperado estornudo descubriera su presencia a la entrada de la estancia. Uno de los hombres se adelantó de un salto, echó mano a un arma y se la puso en la cabeza. No sabía por qué no sintió miedo, quizá por su padre, por la situación o porque intuía que nada malo se traían entre manos, pero, aunque en un principio pensó que las lágrimas acudirían prontas a sus ojos, no lo hicieron.

Su padre retiró el arma de las manos de aquel hombre con pinta de desalmado, y al ver la tranquilidad con la que avanzaba hacia el interior, la sentó a su lado y les contó a aquellos arrieros que era su hija. Le dio un cacho de chorizo y pan que partió con la navaja y un cuarto de vaso de orujo que compartió con todos ellos.

Ella permaneció lo más callada que pudo, aunque podía notar las risas de aquellos hombres. Pasó algo menos de media hora y su padre comenzó a hablar:

—Tienes siete años, hija, y sabes lo que es una guerra, aunque recién

nacida estabas y no te enteraste de nada, pero eres lista. No deberías haberme seguido, has puesto en juego tu vida, la mía y la de estos hombres. Sin embargo, no le podemos poner remedio y has de saber lo que está pasando, no sin antes jurar por tu vida que esto ha de quedar entre nosotros y que de ahora en adelante vas a convertirte en...

—En... en... en... nuestra mascota —se escuchó decir a los hombres seguido de una gran carcajada.

—Ella vale más que eso, es lista y apañada y llegará alto. Como me llamo Gerardo que lo hará.

Al cabo de una hora, su padre y aquellos hombres le pusieron al tanto de quiénes eran, le hablaron del maqui, de la guerra, de los fusilamientos, de los asesinatos, del golpe de estado, de las matanzas delante de la tapia del cementerio, de todos los hombres que todavía andaban escondidos por el monte, del peligro que corrían sus vidas, de que él siempre les había apoyado y de que solo aceptó el cargo de alcalde para poder inmiscuirse en los consejos de las altas jerarquías para sacar información. Le confesó que algunas personas del pueblo colaboraban con él sin saber dónde se encontraban los escondites, personas que ni ella misma podría creer, y por el momento y por su seguridad sería mejor que no estuviera enterada, solo le diría que contaba con la colaboración de don Anselmo que, aunque no lo hacía por propia convicción, sí por generosidad. Le hizo prometer que aquello era el secreto más sagrado que tendría en su vida, y que debería esconderlo, aunque su vida se viera en juego, sobre todo con su madre y su hermana.

En ese momento se sintió orgullosa de su padre, algo le ardió por dentro, recordó las palabras de su madre cuando le llamaba incauto, perezoso, imberbe y todos los improperios que le venían a la cabeza. ¡Si ella supiera que se había casado con el más valiente de los hombres! Se estaba jugando la vida por los demás, por sus ideales, por la libertad de las personas ¿Dónde había tenido la cabeza hasta ahora? ¿Cómo no se había dado cuenta?

—Quiero ayudar, padre.

—Bastante tienes con estar callada, ni se te pase por la imaginación.

—Tonta no soy, y he aprendido el camino. Si soy yo la que trae las mercancías que necesiten, y alguien me ve, pensarán que estoy jugando; a nadie se le pasará por las mientes que estoy con el maqui.

Se escuchó una carcajada general al oír las últimas palabras de la chiquilla.

—Pensándolo bien, no es mala idea, Gerardo, mucho será que nos traiga la pitanza, pesa demasiado, pero nos puede pasar los avisos y las noticias, los periódicos y algunas de las cosas que lleven poco riesgo.

—Eso está zanjado, mi hija en casa como debe de ser.

—Padre, no sea cabezón que lo voy a hacer de todas las formas, si usted no me deja, ya me pasaré yo por aquí de vez en cuando, que para eso me he aprendido el camino.

Y en aquel momento se convirtió en una especie de emisaria entre los maquis y su padre. “La mascota “, la llamaron. Desde entonces no había semana que no subiera dos o tres veces, engañando a su madre como podía, con la ayuda de padre. La enseñaron varias cavernas escondidas, incluso una casa en la que habitaba un matrimonio mayor, que por lo visto eran los encargados de pasar los avisos a Francia, donde ya habían hecho llegar muchos de los más buscados y que estaban en pena de muerte. Sabía que estaba salvando vidas, y eso la reconfortaba, aunque al saber que el sargento iba a formar parte de su familia fue como un mazazo. Su padre le dijo que no se inquietase, sino todo lo contrario, no había visto hombre más tonto en toda su vida, todo lo que deseaba era hacerse con patrimonio, y él se lo daría, en primer lugar para que tratara bien a la Francisquita y en segundo para que le tuviera al tanto de lo que se cocía por la comandancia. Les vendría bien tener un informador dentro de casa, pensando que el único inteligente y listo era él, y que iba a coger las riendas del pueblo en cuanto casara con la Francisquita, sin saber el muy tonto que ocurriría todo lo contrario.

## CAPÍTULO XXXII.

*“Lo que se aprende en la juventud florida, jamás se olvida”.*

La Matilde puso la cazuela con el gazpacho en la fresquera y salió al gallinero a por unos huevos para cuajar la tortilla de patata que serviría para comer las tres. Nada más abrir la puerta se encontró de bruces con el señorito Manuel, el de Baldeaguas.

—Señorito Manuel, cuanto bueno por aquí —dijo totalmente azorada sin esperar en ningún momento una visita tan digna a la puerta de la Edelmira — ¿A qué debemos el honor de su visita?

La Edelmira, al escuchar las últimas palabras de Matilde, pronta acudió a la puerta, llevándose la misma sorpresa que su vecina.

—Pase por Dios bendito, no se quede en la puerta, señorito. Siéntese en el zaguán que es el sitio más fresco de la casa, debajo de la parra, es un primor recibir el airecillo que viene del camino del Roncal. Ahí mismo está sentada la Rosita leyendo no sé que libro que se trajo de la tienda del tío Felipe. Ahora mismo le pongo un chato del que me trae el Marcial los domingos, que es gloria bendita y una miaja de olivas, que yo misma las aliño.

—Bien está, Edelmira, te voy a aceptar ese chato de vino. Te preguntarás qué hago aquí.

—Nada he de preguntarme, está usted en su casa, señorito.

—Pues si te digo la verdad, no veo el motivo que me ha traído hasta aquí. He salido de la finca y me he puesto andar por los andurriales del convento de las dominicas, he dado toda la vuelta, he subido hasta la plaza, he echado unos vinos con don Anselmo y, sin tan siquiera proponérmelo, me he llegado por la calle Real, hasta que he visto a la chiquilla leyendo y me he dicho: “Voy a saludar a esa familia, que tiempo hace que no nos vemos”. Más que nada por si andáis necesitados de cualquier cosa, que ya me llegó que el

Marcial anda fuera durante la semana, y no sería yo de buena cuna si no viniera a ofrecermé para lo que gustéis.

—Qué bueno es usted, señorito. Dios ha de tenerle en cuenta todas las obras caridad que ha hecho por el pueblo.

—Anda, anda, Matilde, no digas bobadas, no hago más que cualquier otro. Y tú, Rosita, estás muy callada. ¿Qué es lo andas leyendo que te tiene tan entretenida?

—*Moby-Dick*, señorito, como que ayer la comencé y creo que la acabo esta misma noche, me tiene en un sin vivir.

—¿No sabía yo que fueras tan aficionada a la lectura?

—Me apasiona, pero ando a cuestras con cinco libros que son los únicos que tengo, y me los sé de memoria, ya me gustaría a mí tener una biblioteca como la que tiene don Gerardo en el ayuntamiento.

—Esa, precisamente, no creo que fuera de tu gusto muchacha, son libros de leyes. Pero sabiendo que te gusta tanto leer, en la hacienda tengo la biblioteca entera repleta de las mejores obras que se hayan escrito y que seguro han de gustarte. Voy a hacer una selección y te las traeré para que tengas hasta que te hartes.

—¿De verdad me lo dice, señorito?

—Qué chiquilla esta, si me sacará la risa. ¿Cómo te iba a decir mentira, bobiña? Y casi mejor será que vengas conmigo hasta la casona, te mostraré todos los libros que poseo, te iré explicando los que creo que te van a ir bien y después te acerco de nuevo en el coche.

—¿En el coche? ¿En ese que ha traído de Alemania?

—En ese mismo.

—Ay, señorito, le quedo agradecida —comentó Edelmira—, pero daremos que hablar a las malas lenguas.

—¿Y cuál ha de ser el motivo?

—¿La niña con usted paseando y a la vuelta solos en el coche?

—Todo tiene arreglo, llevaremos carabina, te vienes tú o la Matilde y todo arreglado.

—Siendo así, no seré yo quien le ponga pega alguna al paseo.

El barón de Baldeaguas había salido de su casa una hora antes porque su mente no paraba de dar vueltas, los oídos le repetían una y otra vez el nombre de la chiquilla que ya hacía varias noches que le quitaba el sueño. Tenía que verla, como fuera, pero tenía que verla. Medio desquiciado comenzó a andar por la finca, hasta salir del cercado que la delimitada y rodear el convento de las dominicas. Se adentró en el pueblo con toda intención, por si la casualidad le hiciera verla por la plaza, pero al no ser así, sus pasos le llevaron hasta la misma puerta de Edelmira. Aunque de vez en cuando hacía por girar los ojos hasta el árbol grande, la verdad era que no podía apartar la vista de aquella figura angelical. ¡Se estaba volviendo loco! ¡Estaba actuando como un chiquillo en lugar de hacerlo como un hombre hecho y derecho! Tenía que enamorarla, poner todas sus artes en ella. Hasta ahora no le había costado ningún trabajo que cualquier moza cayera a sus pies, pero con la chiquilla se veía incapaz.

—¿No vas a contarme nada más del libro? Hace muchos años que lo leí y casi no se me viene a la memoria el argumento.

—¿De verdad que le interesa?

—Claro que sí, todos los libros me interesan.

La Rosita volvió hacia Manuel el sillón de mimbre quedando justo delante de él, la toquilla se le había resbalado hacia la cintura dejando ver aquellos hombros suaves y blancos, solamente tapados por unos finos tirantes. El cuello alto y firme, y el pelo recogido con una goma en lo alto de la cabeza, dejando escapar algunos rizos, que tentado estaba a retirárselos de los ojos.

Matilde le hizo una seña a Edelmira y la apartó hacia la cocina.

—¿No te parece un poco rara esta visita?

—Sí me lo parece, Matilde, sí que me lo parece. Será mejor que volvamos al zaguán, no pase alguien y los vea de charla y comiencen las comadres a hacer de las suyas.

—¿Si serás tonta? ¡Haz el favor de quedarte quieta aquí conmigo! ¿No te das cuenta que vigilados los tenemos a través de la ventana? El señorito se ha llegado a tu casa por algo, y ese algo se llama Rosita.

—Tienes cada cosa, Matilde.

—Y tú a veces parece como si tuvieras la sesera vacía. ¡Echa el ojo desde aquí! Observa como la mira, mientras la niña le va contando las cosas del libro. Parece que se haya quedado extasiado. Dios nos ayude, no tendríamos esa suerte.

—¿De qué estás hablando, Matilde?

—¿De qué va a ser? De que el señorito Manuel pretenda a la Rosita, porque otra explicación yo no le veo a lo que está pasando.

—Aunque así fuera, que no lo es, porque te da por pensar tontadas, la Rosita está enamorada del hijo del boticario, y por mucho que pretendiera el barón, con lo cabezota que es, seguro que se negaría a las relaciones.

—Pues si se niega, ya estás tú para hacerla entrar en razón. Ya se olvidaría del botarate ese. No hay mejor partido en la región, sería la dueña de Baldeaguas, además de baronesa, por si no habías caído.

—¡Jesús qué trasiego, Matilde! ¡Me estás poniendo la cabeza loca!

—Todo lo loca que quieras, pero a la chiquilla le están saliendo los colores, alguna cosa bonita le está relatando. Te digo yo que esto no es normal, que al barón se le ha metido la niña en la sesera como me llamo Matilde, y esta misma tarde me paso a ver a la Ignacia, que mejor que ella nadie ha de saberlo. Y aquí te quedas preparando la mesa que me marchó de carabina con los dos a ver qué puedo sonsacar, que voy a estar pendiente y como que esta noche hay luna llena que no se me ha de pasar nada.

Salieron los tres como si de un paseo se tratase, y aun con carabina, al paso por la calle Real, las comadres no quitaron ojo al trío, mirando la

entretenida charla que se traía el señorito Manuel con la Rosita, mientras que Matilde caminaba dos pasos detrás como si estuviera cumpliendo de verdad su labor de carabina. Una de las cotillas se levantó del banco y llamó a dos o tres puertas de la calle. De una a otra iban pasando la nueva noticia que correría por el pueblo como corre la pólvora el día de la fiesta. A Matilde no le pasó desapercibido el gesto de las comadres, ya se imaginaba que sería el nuevo cotilleo del pueblo y tendrían para varios días; pero en lo más hondo se alegró, mejor que hablaran del señorito Manuel, que de los amores de la niña con el hijo del boticario.

Una vez llegaron a la finca, Ignacia se deshizo en piropos para con la niña y le faltó tiempo para sacar una jarra de sangría que había preparado muy de mañana para que se conservara fresquita, con el hielo que traía el Ferminillo y que guardaba en la bodega.

Después de tomar un pisco, Manuel tomó a la Rosita de la mano y la condujo a la biblioteca de la casa. Ya se levantaba Matilde, cuando la Ignacia le hizo una seña para que siguiera sentada.

—Aquí nadie ha de verles, Matilde, solo estamos tú y yo. El señorito Manuel es un caballero, a ver si tenemos suerte y de esta visita comienzan a forjarse amoríos.

—¿Pero tú crees que el señorito anda por la labor?

—Jamás le vi así, que parece que va atontao de un sitio a otro. Desde que estuvisteis a traer el licor de las dominicas, no da pie con bola. Le escucho dar vueltas por la habitación a las tantas de la noche, o sale a la fuente a las tres o las cuatro de la mañana a echarse un par de pitillos. Le preguntas alguna cosa referente a la finca, o a la comida y te sale por peteneras, como si anduviera en otros lares. Él lo niega, porque se lo he restregado por los morros unas pocas de veces, incluso le he empujado al cortejo de la niña. Figuraciones mías, las llama, como si no le conociera, y más parece hijo mío que de su madre, “que Dios tenga en su gloria”. Se muere por la chiquilla, y muerto de vergüenza anda de un sitio a otro porque le hayan entrado los amoríos por una chiquilla y no los pueda remediar, como un colegial se porta y no da una a derechas. Bendita sea la Virgen de la Roca, que mira que se lo he pedido veces, porque estoy segura que el cabezón no dará el paso como no



vea algo de interés en la Rosita.

—Pues será cosa de meterle ese interés en la sesera a la niña, porque segura estoy de que no se ha percatado de nada.

—Por lo menos se habrá fijado en lo buen mozo que es. Guapo como un san Luis, alto y con una gallardía que muchos quisieran, por no hablar del porte que le ha dado Dios, y las anchuras de hombros, que trae locas a todas las zagalas del pueblo, y hasta de la capital llegan continuamente terratenientes con la disculpa de hablar de negocios, trayendo a sus hijas como si se trataran de un reclamo.

—Nadie te quita razón, Ignacia, que es un verdadero apolíneo, pero me da que le ve como a un padre.

—Pues habrá que quitárselo de la mollera.

—Razón llevas, habrá que hacerlo, que ni la Edelmira ni el Marcial habrían de negarse a un casorio como ese. Y ya sabes que no les llevaría a las mientes el dinero y el título del señorito, sino lo buena persona que es. De momento nosotras chitón, que no llegue a nadie del pueblo nuestros planteamientos, aunque ya te digo que mañana sabrá toda la comarca que entre la niña y el señorito hay algo. Al vernos pasar por la calle Real, se han descompuesto y han llamado puerta por puerta para que todas las comadres salieran a ver como paseaban conmigo detrás haciendo de carabina.

—¡Que hablen! ¡Mejor será! Mal no nos ha de venir. Ya sabes que muchas veces solo con los cotilleos de esas brujas se han realizado noviazgos basándose en el que dirán; así que un favor nos harían.

A Rosita se le pusieron los ojos como platos cuando contempló tamaña biblioteca, si hasta escaleras corredizas tenía para alcanzar los libros de la parte de arriba. Solo había leído cinco libros en toda su vida, además de las cartillas del colegio. Aquello la dejó sin habla. Jamás había pasado de la cocina de la hacienda del señorito Manuel. Él tuvo la amabilidad de hacerla entrar por la puerta grande, por dónde entran las visitas de posibles. Después de pasar por varios corredores y galerías repletas de cristaleras tintadas en colores, le mostró el salón de invitados y sin querer hacerlo le entró la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia, muchacha?

—Ay, señorito, solamente este habitáculo es como treinta veces mi casa.

Al verla reír, algo se le removi6 por dentro. Los ojos le parecieron aún más verdes y aquella boca que pareciera estar hecha para besar sobresali6 con aquella hilera de dientes blancos y totalmente alineados. Le parecía imposible que Dios hubiera creado un ser tan perfecto. Incluso en la manera de andar, en la forma de mover las manos y en la delicadeza de sus movimientos cada vez que intentaba alisarse la falda.

Le recomend6 comenzar con alg6n t6tulo que seguro le iba a gustar.

—Comenzaremos con *Cumbres borrascosas* de Emily Bronte y *Los Miserables* de V6ctor Hugo, son dos joyas de la literatura y que creo que te van a encantar.

—No sabe c6mo se lo agradezco, señorito, estoy ansiosa por comenzar a leerlas.

—Voy a arrimar la escalera, las tengo catalogadas en el estante superior.

—Deje, deje que yo me subir6, me encanta trepar por los 6rboles y as6 veo como se ve la biblioteca desde arriba.

—Como quieras, pero 6ndate con cuidado no sea que resbales.

Cuando lleg6 al 6ltimo escal6n, cogi6 los libros, se los tir6 desde arriba al señorito y se volvi6 para contemplar aquella maravillosa librer6a, que a ella se le hac6a el mejor de los paisajes.

Manuel sujetaba la escalera, por miedo a que la chiquilla diera un paso en falso y pudiera caer.

—Es maravilloso, la vista es m6s bonita que la que se ve desde la torre de la iglesia.

—¡Qu6 cosas tienes! Anda baja, que me est6 dando miedo verte por esas alturas.

—Nada ha de pasarme, estoy acostumbrada.

Si antes lo dijo, antes paso.

Sin querer se pisó el bajo de la falda que llevaba descosido y profiriendo una especie de lamento cayó escaleras abajo, sin percance alguno, pues Manuel estuvo a la zaga y la recibió en sus brazos con una especie de abrazo, que aún sin preparar hizo que le vibraran todas las fibras de su ser. En la caída Rosita notó como sus labios habían rozado los del señorito y la forma en que se había abrazado a él con todas sus fuerzas. Ella no retiró sus labios y él tampoco, permanecieron con los labios juntos unos cuantos segundos. Así, con las bocas cerradas, y abrazados, como si no pudieran separarse.

En ese momento al escuchar el grito de Rosita, entraron Ignacia y Matilde, momento en que la pareja se separó como si hubieran sufrido una descarga.

—Si no llega a ser por el señorito me espanzurro en el suelo, Matilde.

—Bueno, nada ha pasado —comentó Manuel—, os la devuelvo sana y salva.

—Gracias, señorito Manuel, sino llega a ser por usted buen tortazo me habría dado.

—No le demos más vueltas que nada ha pasado.

—Mira, Matilde, dos libros me ha dejado el señorito. Los empezaré nada más llegar a casa.

—Con cualquier cosa es feliz esta chiquilla —rechistó la Matilde.

—Con cualquier cosa no —contestó Manuel—, que no es cualquier cosa lo que se va a meter en la cabeza; son dos obras de arte de la literatura y muy inteligente hay que ser para descubrir la lectura. Y Rosita lo ha hecho. Se la veía feliz al contemplar la biblioteca y ese gesto lo he visto en pocas personas.

—Muchas buenas artes tiene esta chiquilla, señorito, se lo digo yo —dijo Matilde—, que lo mismo hace un guiso que te chupas los dedos, que avía la casa en diez minutos. Y no digamos cómo cuida los animales.

—Y la educación que le dieron sus padres —rezongó Ignacia—, que se le

nota por los cuatro costados. Que además de bonita, pareciera que hubiera nacido en una familia de posibles. Solo hay que verla los ademanes que emplea al sentarse, o al alisarse la falda, o al recogerse algún mechón de pelo que se haya salido de su sitio, ni una princesa sabría hacerlo con tamaño primor.

La Rosita al escucharlas le dio un ataque de risa, con el que contagió a Manuel.

—Habrase visto, ¡ni que hubiera nacido en la cuna de un castillo! ¡Queréis parar de una vez! Pareciera que estáis vendiendo una oveja en el mercado.

Manuel continuaba sonriendo al ver la reacción de la niña.

—No tenéis que alabar los encantos de Rosita, los sabe todo el pueblo, bueno... todo el pueblo menos ella, en eso reside su encanto. Todavía no ha descubierto su belleza, ni la exterior, y mucho menos la interior.

A Rosita le brotaron los colores como al capullo de la rosa encarnada que comienza a abrir.

—No has de ponerte colorada, chiquilla, eres bonita por fuera y por dentro, y has de saberlo, que de seguro muchos pretendientes tendrás ya — comentó Manuel.

—Nunca me he fijado en eso, señorito —contestó fijando la vista en Matilde. Y notando su mirada de complicidad.

—Bueno, ha de ser momento de irnos. ¡Que tu madre andará echando sapos y culebras por la boca!

—Voy sacando el coche.

—No se ande molestando, señorito, que no nos cuesta nada echar un paseo a la casa, que ni media hora hemos de tardar.

—Lo prometido es deuda, Matilde, a la chiquilla le hace ilusión y a mí no me cuesta trabajo alguno.

La Rosita tomó asiento en la parte delantera al lado de Manuel, mientras

que Matilde lo hizo en la parte trasera. Cuando aquel artefacto arrancó, Manuel observó como la sonrisa de Rosita se abría de oreja a oreja.

Antes de tomar el camino de la plaza para alcanzar el camino del Roncal, Manuel les dio una vuelta por las dominicas, y tomó camino para la aldea de al lado.

Rosita no cabía en sí de gozo, con los libros en la mano, notaba como el recogido se le despeinaba por momentos y su pelo se desbarataba sintiendo el aire del camino y se sentía como una princesa. ¿Quién le hubiera dicho a ella que iba a subir en el automóvil? Que ella supiera en el pueblo solo había dos, el del señorito Manuel y el del boticario, que siempre estaba guardado, como escondido en un habitáculo que llamaban garaje. Sabía lo que le esperaba a la noche y lo que tendría que hacer para dar esquinazo a su madre, y los nervios le consumieron hasta que llegó a casa.

Cuando el señorito Manuel había cogido su mano para mostrarle la casona, algo se le removió por dentro, parecido a cuando la miraba el hijo del boticario. Y cuando entró en aquella sala llena de libros, que descansaban sobre maderas nobles recién barnizadas, creyó estar en un palacio, y ya no pensó en el señorito Hilario, ni en aquel beso que le llegó tan hondo, ni en sus palabras, ni en sus requiebros, pareciera como si se le hubiera borrado de la memoria y hubiera entrado en un cuento de hadas como los que le contaba madre cuando era pequeña y el señorito Manuel fuera el príncipe del castillo, en el que ella era la princesa. Y cuando cayó de la escalera y la cogió en sus brazos, grandes y potentes, más que los de Hilario. Y cuando sintió su boca en la suya y tuvo la desvergüenza de no separarse. ¿Qué esperaba? ¿En que estaba pensando? ¿Se le había trastornado la mollera? Tendría que haberse separado a la mayor rapidez posible, sus besos eran para el señorito Hilario, y sus abrazos y sus pensamientos y toda su vida, desde que era una niña, él cultivaba todos sus pensamientos. ¿Cómo había podido dejarse llevar por un sentimiento absurdo? Si podía ser su padre. ¡Santa María! ¿Dónde andaría su mente, para dejar su boca posada en la suya? Y sentir aquel calor que le llegó hasta dentro. ¡Pensar que hubiera seguido así con él, de esa guisa, pegada a su cuerpo! ¡Jamás pensó percibir esos sentimientos con un hombre tan mayor! ¡Estaba loca! Eso es... es lo que estaba pasando. Los últimos acontecimientos estaban dejando huella en ella y la sesera se le estaba retorciendo de tanto

pensar. El señorito Hilario era su hombre, su amor, el que le quitaba el sueño y todas las horas del día, el que pertrechaba sus pensamientos y por el que se moría de amor. La había besado, y aquel beso se introdujo en lo más hondo de su alma. ¿Y los labios del señorito Manuel? Solo su roce, su abrazo, la cara de angustia que puso al verla caer, sus ojos mirándola fijamente. Mejor no pensar en ello, aquello no era para ella. ¿Se estaría volviendo loca? ¿Cómo podría pensar que el señorito Manuel se iba a fijar en ella como mujer? Lo hacía por pena, porque era un buen hombre y la estaba considerando como a una hija. Desecharía aquellos malditos pensamientos y ya en casa pensaría en la cita de la noche, que era lo verdaderamente importante.

Al pasar por la calle Real, el pueblo era un hervidero de cotilleos, las comadres estaban sentadas esperando el acontecimiento de la vuelta de la niña. Las ventanas abiertas de par en par y cada vecina asomada a la suya. Al contemplar tal expectación, Matilde se santiguó.

—¡Válgame, santa Rita! ¡Vamos a ser la comidilla del pueblo! ¡Que Dios nos guarde, señorito, que de seguro le han casado ya con la Rosita!

Manuel se echó a reír, transmitiendo la risa a Rosita, que alzó los brazos a modo de saludo para que la vieran todas las cotillas del pueblo.

—¡Jesús que papo, muchacha! ¿Es que te has vuelto loca? ¡Serás desvergonzada!

Al escuchar a Matilde, Manuel imitó a Rosita y comenzó a saludar con el brazo a todos los habitantes que pasaban en ese momento por la calle Real.

—¡Madre bendita, vamos a ser la risión del pueblo! Cuando llegue a oídos de tu madre le va a dar un pasmo.

—Vamos, mujer, saluda tú también —comentó Manuel, muerto de risa.

—¿Saludar? Esconderme... eso... esconderme bajo el asiento es lo que voy a hacer.

Rosita y Manuel no podían dejar de reír, con lo que el barón optó por dar otra vuelta hacia la salida del pueblo, para tener que volver a recorrer la calle Real, y así causar verdadero estupor a los habitantes del pueblo.

Rosita reía y reía, no recordaba habérselo pasado nunca tan bien. ¡Menos mal que era Matilde y no su madre la que le había acompañado como carabina! Si no, otro gallo hubiera cantando.

Nada más aparcar delante de la casa de Edelmira, esta salió a la puerta. Manuel saltó de su asiento y abrió la portezuela de Rosita para que pudiera salir, y después hizo lo mismo con Matilde. En una caja había metido varias hortalizas de la huerta, un par de botellas de aceite del Tomás el de Fuente Clara y dos docenas de huevos.

—¡No tenías que haberte molestado, Edelmira!

—Molestia ninguna. Molestia es la que le ha dado la chiquilla esta, que no nos deja en paz con la lectura.

—Contenta deberías de estar. A ningún sitio llegará sin la afición de leer. Bueno, me voy, que Ignacia estará a la espera con la comida, y si no es molestia, me pasaré otro día para que me cuentes qué tal con los libros, Rosita.

—Cuando usted quiera, señorito, nunca me cansaría de hablar de libros. Poco me falta para terminar *Moby-Dick* y deseando estoy ponerme con *Los miserables* que le echado el ojo al argumento y ya me tiene desconcertada.

—Entonces, en unos días me daré un paseo y charlaremos sobre lo que te ha parecido el libro.

—Contaré los días, señorito.

Al escuchar la última frase Edelmira y Matilde se miraron la una a la otra sin poderse creer lo que acaban de oír y, por lo visto, ni la misma Rosita, porque nada más escucharse le subieron los colores mientras que Manuel profería una espectacular sonrisa.

## CAPÍTULO XXXIII.

*“No críes hijo ajeno, no sabes si te saldrá bueno”.*

Sor Teresita permanecía sentada bajo la parra que cubría la mesa de la finca de Baldeaguas, mientras tomaba un vaso de vino, acompañado de unas olivas y charlaba con Ignacia sobre cosas banales, aludiendo que iba camino del pueblo y había hecho un alto en el camino para saludarla, visita que el ama de llaves agradeció de corazón, pues mucho era el aprecio que le tenía a las hermanas del convento de las dominicas.

La pobre monja, que no sabía por dónde comenzar a meterse en terrenos oscuros, veía que se iba el tiempo y todavía no se le había ocurrido nada con lo que comenzar el tema que realmente le había traído a la finca.

—Pues como te iba diciendo, Ignacia, la última vez que estuvimos charlando, me quedé yo así... como te diría, pues como un poco... no sé... no sé cómo explicarme.

—¡Suéltelo ya, hermana!

—Desconcertada... eso, esa es la palabra que no se me venía a la cabeza... desconcertada.

—¿Y puede saberse a qué viene el desconcierto?

—Pues verás, Ignacia,... verás, no sé si recordarás que la última vez que anduve por estos lares me encontré con Antonia, la pajarera, que sabe de arte, parte y milagros del pueblo, vamos, que está enterada de todo lo que pasa y ha pasado por estos contornos.

—En eso no se equivoca, hermana.

—Desde aquel día, como que casi no puedo dormir, vamos, que no pego ojo.

—¿Y eso a qué es debido?



—A varias cosas que salieron de su boca y que yo, con estos oídos que Dios me ha dado, escuché perfectamente, es más, tú también la escuchaste, y cuando se marchó y quise seguir hablando contigo del tema, cambiaste de trama y te fuiste por las ramas.

—¡Dios nos asista! ¡Si ni tan siquiera recuerdo de qué iba la cosa!

—No tengas reparos que ya te lo recuerdo yo. Se habló de como antaño llegaban chiquillos recién nacidos al convento y las hermanas los repartían en familias necesitadas de hijos. Sin embargo, no es eso lo que no me deja pegar ojo, sino lo que siguió después. Tu misma referiste escuchar cómo metían en el convento a una niña que no pasaría de los quince años, a base de empujones, y que desde aquí se escuchaban sus lamentos.

—¿Y eso es todo? ¿Por eso no duerme? Sabe bien que esa chiquilla, quien quiera que fuera, que no lo sé, no es ni la primera ni la última a la que su familia ha metido en el convento a la fuerza, y muchas veces he escuchado lamentos de mocitas que obligadas se veían a ejercer de monjas por mandato de sus familias.

—Razón llevas, pero no es eso todo.

—Pues tú dirás.

—Antonia, la pajarera, dijo que varias de aquellas niñas eran obligadas al convento de por vida, por haber parido algún hijo no deseado, y que aquellos chiquillos acababan en casas de buenas familias.

—Tampoco eso es nada nuevo, sor Teresita, lo sabe usted, al igual que yo.

—Pero lo que no sé, y qué Dios me mande un rayo si miento, es con qué familia quedó el hijo de la chiquilla a la que tú misma escuchaste sollozar, y qué según Antonia quedó con una familia del pueblo.

—Antonia, la pajarera, habla mucho... mucho, más de lo que debe, y ni ella misma sabe lo que dice.

—Pero tú sí, tú sí sabes lo que dices y cuando ella comentó que sabías quien era esa familia, cambiaste de tema como el que huye de la peste.

—¿Y puede saberse quién le ha dado a usted vela en este entierro? ¿O es que de repente las monjas dominicas se han vuelto como las comadres del pueblo?

—Si te lo pregunto y quiero saber de la cuestión es porque para la madre superiora y para mí es un tema de envidia, y bien sabe el altísimo que nadie más lo conoce. Y para que vayas haciendo memoria te voy a contar algo tan secreto, o más que la santísima trinidad, y que el espíritu santo tenga a bien perdonarme lo que acabo de decir. Aquella muchacha que escuchaste sollozar, y que no ha dejado de hacerlo durante toda su vida porque le quitaron de los brazos a su hijo nada más parirlo, era sor Crista, nuestra reverenda madre, y desde entonces no ha tenido paz ni consuelo.

—¡Dios nos guarde! ¿Pero cómo pudo esa madre consentir encerrar a su hija en un convento y quitarle a su hijo? Me consta que doña María es buena persona y buena cristiana. ¿No podía haber escondido a la chiquilla en alguna parte con su hijo?

—Tiene más meollo de lo que parece. Sor Crista fue violada, como ya te habrás imaginado. Si aquello llega a saberse hubiera significado la ruina de la familia, por eso el recién nacido tenía que desaparecer, con todo el dolor de corazón de la familia y sobre todo de Crista, que desde entonces no ha vuelto a levantar cabeza, ni la levantará a no ser que encuentre a su hijo. Y con esa cantinela lleva años y años. —Hizo una pausa—. Ahora ya lo sabes todo, me presupongo por la virgen bendita que esto va a quedar entre nosotras como si de secreto de confesión se tratara.

—Eso nunca has de dudar, y lo sabes de sobra, por algo me lo has contado.

—Ahora espero que hagas lo mismo, pues segura estoy que tú eres la persona que mandó a la comadrona a asistir el parto y a entregar ese hijo a la familia que lo había solicitado.

—¿Qué es lo que tiene en mente la superiora? ¿Cree que va a recuperar ahora el hijo perdido? ¿Es que se le ha ido la chaveta? Destrojará una familia, una familia que nada sabe de todo esto, y volverá patas arriba la vida de unas personas que ninguna culpa tienen de lo que pasó.

—¿Qué tonterías son esas, Ignacia? ¿Cómo no va a saber la familia que ese hijo no es suyo? Sus buenos dineros le dieron a la comadrona. Y no es del parecer de Crista destrozar familia alguna, de sobra sabe que si hablara el primer perjudicado sería su propio hijo. Lo único que quiere es verle, verle, aunque solo fuera por una vez, y con eso podría vivir en paz.

—No he errado al decirte que la familia de nada está enterada, fue la madre la que urdió todo. Pon atención a lo que te voy a contar y has de jurar por la virgen de la Roca que nada vais a contar a nadie ninguna de las dos, y mucho menos destrozar la vida de esa familia.

—Te lo juro, Ignacia, aunque esté cometiendo pecado, te lo juro.

—Lo que va a salir de mi boca no voy a repetirlo jamás, pero si con eso consigo que la superiora deje de sufrir, creo que es mi deber contarlo —claudicó—. Se trata de un matrimonio del pueblo, de buena ley, buena gente son, y de posibles, nada le ha faltado nunca al chiquillo, que se ha criado como un buen mozo y jamás ha carecido de demanda alguna.

»Tiempo llevaba el matrimonio procurando que Dios les mandara un retoño, durante años lo intentaron, médicos pacá, y médicos pallá. Las aguas de Carabaña, las hierbas del nacimiento del Ebro, novenas a la virgen de la Roca, y aquella buena mujer desesperaba por días, todo lo que ansiaba era darle aquel hijo a su hombre que tanto deseaba.

No sé por qué, ni por qué no, llegó a sus oídos que tenían escondida a la hija de una de las mejores familias de la región, en uno de los mejores balnearios de Portugal, para ocultar un embarazo no deseado y perjudicial para la familia. Ni corta ni perezosa le pidió permiso a su marido para ir al balneario, sosteniendo que había llegado a sus oídos que aquellas aguas eran milagrosas y que más de una había logrado el embarazo por aquellos lares, no hay que decir que el marido rápidamente preparó el viaje deseándole la mejor de las suertes. Nada más llegar no le costó trabajo alguno investigar un poco y contactar rápidamente con la familia que andaba buscando, que lógicamente se encontraba allí precisamente escondiendo el embarazo que tanto deseaba aquella mujer. Entre ella y la madre de la chiquilla prepararon la trama, para lo que ella se puso en contacto conmigo solicitándome una comadrona de buena ley, diciéndome que era para ella. Aquellas aguas

habían hecho el milagro y por arte de birlibirloque se había quedado preñada. El pobre marido no cabía en sí de gozo, creyendo a pie juntillas que su esposa había quedado embarazada, pues nada sabía de lo que ésta había urdido, y rápidamente la noticia se extendió por todo el pueblo.

Escribió varias cartas comentando que por requerimiento del médico del balneario era totalmente preciso reposo absoluto y una verdadera tranquilidad, que por supuesto en el pueblo no tendría. El marido quiso ponerse inmediatamente en marcha, pero la negativa de ella fue absoluta, la alegría de verle podría ser causa de desprendimiento fetal y aquel pobre hombre no quiso arriesgarse. Nada le costó fingir un embarazo inexistente, estudiar mareos, cambios de humor, o caprichos inesperados, que con todo primor eran requeridos por los médicos de tan solemne lugar, sobre todo los de uno de ellos, que por necesidad tuvo que entrar en el engaño para que aquello no se fuera al garete, gastando parte de su fortuna en lograr aquel embarazo fingido con el que colmaría de felicidad a su marido.

Nunca me he tenido por tonta y desde el primer momento sospeché el teatro que se traía la buena señora, y cuando llegó el momento del parto, recibí un telegrama para que la comadrona se pusiera en marcha en uno de esos aeroplanos que pagaron con sus dineros. Todo salió bien, esperaron a que la niña se repusiera del parto y sin tan siquiera pasar por su casa la llevaron al convento. Siempre he sabido que se trataba de sor Crista, pues la comadrona me contó que la niña se llamaba Cristina de Umbría. Y que fue muy triste ver como la separaban de su hijo, que incluso engañó a la madre para que saliera y poder dejar en los brazos de la verdadera madre al chiquitín que era su vivo retrato. Desde varios kilómetros contaba que se escuchaban los sollozos de la niña llamando a su hijo. Pasadas dos semanas después del alumbramiento, aquella madre que había fingido la preñez llegó al pueblo con aquel precioso niño rubio y regordete en los brazos. No me llega la memoria recordar una fiesta tan grande y que durase casi una semana entera, que hasta fuegos artificiales contrató el padre.

Pero nunca es oro todo lo que reluce, y después de la tempestad llega la calma, aquella pobre mujer pagó con rédito su mentira. Ni dos años tenía el chiquillo cuando se la llevó Dios, víctima de la tisis, dejando solos a don Hilario, el boticario, y a su hijo, del que jamás pensó no fuera su hijo

biológico.

—¿Don Hilario has dicho? ¿El boticario? ¿El hijo del boticario es el hijo de Crista?

—Como que me llamo Ignacia, y ahora ya sabes porque esto no puede salir de aquí; y te pensarás muy bien si contárselo o no a la superiora, no sea que con sus instintos de madre deje deshecha a una familia, que a punto está el chico de entrar en casorio.

—Dios nos ayude, si le ha tenido cerca durante toda su vida, cuántas veces ha bajado al pueblo, ha acariciado su pelo y le ha repartido caramelos sin saber que era su hijo. Hasta creo recordar que le tuvimos en el convento dos días en los que su padre tuvo que viajar a Madrid. Con razón el chiquillo no quería separarse de Crista, ni ella de él, a veces Dios hace que sintamos la llamada de la sangre.

»No has de preocuparte Ignacia, que solo he de contarlo a Crista y así contribuiré a quitar el sufrimiento que lleva dentro después de tantos años. Dios nos proteja, la alegría que se va a llevar, que bien merecido lo tiene después de lo que hicieron con ella.

—Has de prometerme, hermana, que no haréis tontería alguna, que ninguna de las dos somos madres y nunca se sabe tratándose de esos sentimientos que se llevan tan arraigados al alma. Capaz sea de volverse tarumba y armar la mari morena.

—Nada de eso va a pasar. Estate tranquila, Ignacia, todo lo contrario, se le van a tranquilizar las ansias que lleva metidas en el cuerpo y dejará por fin de darle vueltas a la sesera. Queda en paz y que Dios te guarde, no sabes la obra de caridad que acabas de hacer.

## CAPÍTULO XXXIV.

*“El que se casa por todo pasa”.*

Antolín, el sargento, se miró al espejo. Como un pincel diría su madre, el

traje de boda de su padre parecía hecho para él. Un poco estrecho de cintura y no se podía abrochar la chaqueta, por lo que la dejaría suelta; no sería cosa de extrañar, pues el calor apretaba y ya se sabía cómo pegaba a principios de junio en las llanuras de castilla. Metidas en agua tenía la docena de rosas rojas que, junto a la bandeja de pastelillos que compró el día anterior a las dominicas, llevaría a casa del alcalde. Manos privilegiadas tenían esas mujeres, aunque alguna estaba más desaprovechaba de lo que debía. Sor Teresita, sin ir más lejos, tenía un buen polvo, y de seguro que jamás lo había catado; a esa la pondría él mirando pa Cuenca. Le entró una risa repentina que dejó caer la baba en la solapa del traje. ¡Maldita fuera su estampa! Agarró la punta de la toalla y lo restregó con un poco de agua. No se notaba, como nuevo, en un pis pas se secaría. Solo de pensar que tendría que besar a la Francisquita se le abrían las carnes, jamás habían visto sus ojos una mujer tan fea, si al menos fuera la hermana pequeña, esa sí estaba para un buen revolcón. ¿Quién sabía? Siendo de la familia no sería de extrañar que se dejara hacer un favorcillo de vez en cuando. Lo que más le dolía era tener que darle a esa mujer tan poco agraciada el anillo de su madre, si no quería gastarse en otro los pocos dineros que tenía. Lo conservaba en la misma cajita donde ella lo guardaba. Tuvo a bien de meterlo en una bolsa de tela que encontró en uno de los camaranchones y envolverlo con un papel con dibujos de margaritas. No sabía la tonta esa con quien iba a casarse, la suerte que iba a tener. Si no llega a ser por él, como la Patro, para vestir santos, o de monja para toda la vida.

Se dio el último toque de *Varón Dandy* y se echó gomina en el pelo. Lo peinó hacia atrás según la última moda creada por los falangistas y se recortó un poco el bigote. Las cinco campanadas habían dado en el reloj de la iglesia. Mientras llegaba, pasarían diez minutos. No estaría mal hacerse esperar, que lo desearan y se atacaran un poco de los nervios, que él no era cualquier cosa y tenía que darse a valer.

Eran las cinco y cuarto cuando Antolín llamó a la puerta del señor alcalde. La misma Francisquita salió a abrir la puerta, ataviada con un vestido rojo con flecos en el bajo, que más parecía que fuera a bailar un charlestón que a recibir a un novio. Los zapatos negros sin tacón y chatos en la punta, aunque eso no quitaba que tuviera unos pies que por menos gastaran un cuarenta y

tres. El pelo recogido en un moño con unos pasadores y, por primera vez, se dio cuenta de que se había maquillado. Lo mismo daba, pensó: “Aunque la mona se vista de seda, mona se queda”. Las ventanas y las puertas de las casas colindantes y hasta las de enfrente permanecían abiertas, y al lado de la fuente de san pedro Regalado, que años y años llevaba clavada a la plaza, hacían cola hombres y mujeres para llenar los botijos sin apartar la vista de la puerta de la casa del alcalde. Ya se habían encargado las comadres de pregonar por el pueblo la pedida de mano de la Francisquita, y nadie en su sano juicio iba a perderse el evento.

—Bienvenido a esta, su casa, Antolín.

—Muchas gracias, Francisquita, por el honor que me hace.

—El honor es mío.

Antolín antes de entrar echó un ojo y contempló cómo la familia entera, además de don Anselmo, le esperaban sentados en el saloncito que lo mismo servía para entrada, cómo para recibir a los invitados.

—Pasa, pasa, muchacho —dijo el alcalde, echándole un brazo por encima del hombro, como si ya le considerase su yerno, cosa que agradó al sargento—. Estás en tu casa. De sobra conoces a los que estamos dentro, con lo que no pasaremos a las presentaciones.

—Muchas gracias, señor alcalde, me he permitido traer estos dulces que elaboran con tanto mimo las hermanas dominicas, y este ramo de rosas, para otra bella rosa. —Y se lo entregó a Francisquita simulando la mejor de sus sonrisas. A la chiquilla le subieron de golpe los colores, que bien visto, le hacía algo más agraciada, siendo esto último bien difícil.

—Que amable es usted, Antolín —comentó Marina, la alta—. Siéntese, hágame el favor, ahora mismo le digo al servicio que prepare un té. ¿O prefiere otra cosa? Considérese en su casa.

—Sino fuera de mucha molestia prefería café con leche.

—Por dios bendito, ¿cómo va a ser molestia? ¿Y usted, padre?

—El té está bien, Marina, mejor será que nos vayamos acostumbrando a

esas costumbres inglesas. ¿Qué opina usted, Antolín? Después de que han ganado la guerra a Hitler tendremos que ir amoldándonos a las usanzas que vienen de fuera sino queremos quedarnos rezagados.

—Yo soy fiel a mi patria, don Anselmo, y me importa un cuerno las modas de esos países comunistas que crean esas modernidades que en nada nos benefician. ¡Escuche al caudillo! Los rojos andan metidos en todos los sitios, son como la carcoma, van minando y contaminan todo lo que tocan.

—¡Ya está aquí la merienda! —cortó don Gerardo antes de que don Anselmo tuviera tiempo a responder.

—¡Que ricos los pasteles de las dominicas! —dijo Marina—. Pero pruebe también el bizcocho de pasas que ha hecho Francisquita, es una verdadera obra de arte.

—Lo certifico —rezongó el cura.

—Me van a poner colorada entre unos y otros.

—Lo que usted merece, Francisquita —comentó Antolín—, que con el consentimiento de los presentes le diré que a buena moza, cristiana, decente y mujer de su casa no hay quien la gane.

—Marinita, acércate a la cocina y trae las yemas de santa Teresa que ha preparado tu hermana, no vaya a creer Antolín que Francisquita solo sabe guisar una sola cosa, que capaz es mi hija de que cualquier paladar goce de sus labores para con la cocina. ¡Qué digo para con la cocina! Y lo primorosa que es bordando, y hay que ver como sabe llevar una casa, que ni yo misma después de tantos años de casada tengo el don que a bien ha tenido Dios otorgarle. Parte del ajuar que va a llevar lo ha hecho ella misma. ¡Qué muchas quisieran! Hasta la canastilla lleva preparada para cuando nazca el primer retoño.

—¡Madre, por favor! —comentó Francisquita con el rubor en las mejillas.

—Soy consciente de que una joya me llevo, la mejor del lugar, si es que ella tiene a bien aceptarme, que bien sabe Dios que estoy en un sin vivir. Solo de pensar que la hermosura que tiene usted por hija me rechace, me entran ganas de irme del pueblo —dijo solemne—. Así que aprovechando que están



aquí ustedes y don Anselmo, como debe de ser, quiero decirle a Francisquita que me encantaría que me aceptara por esposo, para toda la vida, para lo bueno y para lo malo.

A continuación, se arrodillo delante de Francisquita que permanecía sentada al lado de don Anselmo y sacó del bolsillo la cajita envuelta con el papel decorado con margaritas.

Don Anselmo y el alcalde esbozaron una sonrisa, a Marina, la alta, se le saltaron las lágrimas y Marinita miró hacia otro lado barruntando el desastre en el que se iba a convertir la vida de su hermana al aceptar como esposo a ese petimetre.

Francisquita comenzó a abrir el papel con toda la parsimonia que pudo y, al contemplar la cajita, miró con amor a su galán. La abrió y cuando sus ojos contemplaron aquella sortija de oro decorada con un rubí, se le saltaron las lágrimas.

—Por supuesto que le acepto, Antolín, es preciosa, espero que me valga.

Antolín comenzó a sudar, en eso no había pensado, con lo grande que era Francisquita podría ser que la sortija de su madre le quedara pequeña.

Sujetó la sortija y trató de colocarla en el dedo anular de la mano de la que desde ese momento sería su novia, con tan buena suerte que entró sin ningún problema.

—¡Mire, madre, mire! ¿No le parece preciosa? Mis amigas morirán de envidia. En seis meses nos casaremos, Antolín, puedes tutearme. ¿Le parece bien, padre?

—Por supuesto, incluso me atrevo a insinuar que podrías dar una vuelta por la plaza los dos solos, cogidos del brazo, que por si no os habéis dado cuenta sois la comidilla del pueblo, y se merecen saber en qué ha quedado la cosa. ¿Das tu permiso, Gerardo?

—Si solo se trata de dar la vuelta a la plaza y subir y bajar la calle Real, no pondré objeciones. Aunque no estaría mal que les acompañara Marinita.

—De eso nada, padre, a mí déjeme de esas historias, los tiempos están

cambiando, si los ven acompañados parecerá que usted no se fía de Antolín. Además, va a venir Rosita a tomar el té conmigo, que me lo dijo esta mañana su madre. Espero que no les importe. Saben que es mi mejor amiga desde que éramos niñas.

—Está bien, parte de razón llevas.

—Pero prepara el té en la cocina, y llévate las sobras que han quedado — dijo Marina—; al fin y al cabo ella está acostumbrada a no tener salón. Esta chiquilla me pone de los nervios, qué poco te pareces a tu hermana, siempre tan dócil y tan sensata.

—Tranquilízate, cariño, por eso Dios nos creó distintos.

Francisquita se colgó del brazo de Antolín. Con una sonrisa de oreja a oreja y tratando de exhibir el dedo anular vestido con la sortija de pedida, salió de casa para voltear la plaza y recorrer de arriba abajo la calle Real. Le sacaba tres cabezas a su recién estrenado novio, y cada paso que trataba de dar se contabilizaba en dos para Antolín, que procuraba alargar la pierna para llevar el ritmo. Las ventanas se abrían a su paso y los moradores saludaban con un: “Que sea en hora buena”. A lo que los novios contestaban con un: “Gracias”, y un saludo de mano y una sonrisa. Francisquita sonreía sintiéndose como una princesa, mientras observaba como las amigas susurraban por lo bajo desde los bancos de la iglesia. ¿Qué se pensaban? ¿Que se iba a quedar solterona como la Patro? Que hablaran, que en seis meses estaría casada con el sargento de la guardia civil y ya se encargaría ella de que su padre le ascendiera lo antes posible. Ahora lo primero era arreglar su futura vivienda. Ya estaban pedidas las cortinas, y los muebles al llegar de la mejor ebanistería de Zamora y ni qué decir de la loza y los enseres. Su madre ya le había echado el ojo a lo mejorcito de la capital y no escatimaba prenda en que fuera la moza mejor casada del pueblo.

Cuando se quiso dar cuenta, habían dado la vuelta a la iglesia y Antolín la tenía medio arrinconada contra la pared trasera.

—¡Por Dios bendito, cariño! ¿Qué estás haciendo?

—Nada malo, somos novios y tenemos la bendición de don Anselmo.

—¡Estate quieto que pueden vernos!

—Nadie ha de vernos si te estás quieta.

—¿Es que quieres aprovecharte de mi antes del matrimonio?

—Dios me libre, amor mío, un beso, solo un beso de tus labios es lo que quiero.

—Está bien, pero no te embales, solo uno.

Antolín tuvo que subirse a una piedra, entreabrió los labios de Francisquita con su lengua y notó como ella comenzaba a temblar, aprovechó y deslizó su mano bajo su falda y comenzó a arrastrar sus dedos por sus muslos. Ella seguía temblando, hasta que notó los dedos de Antolín donde no los había introducido nadie, ni siquiera ella misma.

—Ay por Dios, cariño, ¿qué me está pasando?

—Lo normal, mi vida, lo normal, ya verás cómo te gusta. Esto lo hacen todas las parejas.

Y mientras el sargento seguía accionando sus dedos, colocó la verga en la mano de su novia.

Así, cielo, así, sube y baja, como si fueran los chorizos de la matanza.

—Ayyyyy, santísimo corazón de Jesús, esto no me puede estar pasando, mi amor, creo que voy a morirme.

—No te vas a morir, no pares, cariño, tú no pares, sigue, así, arriba y abajo.

—Tú tampoco pares, no pareeeeeees, no pareeeeeees.

—Calla, mujer, que se va a enterar todo el pueblo.

—Ayyyyyy, qué explosión. ¿Qué es estoooooo?

Antolín tuvo que teparle la boca, mientras las manos de su novia soltaban su verga totalmente descargada.

—¿Qué hemos hecho, cariño? ¿Me voy a quedar embarazada?

—¡Qué embarazada ni que ocho cuartos!, anda, quédate aquí, y dame tu pañuelo que me acerco a la fuente para que nos limpiemos un poco, no sea que vaya a notar tu madre lo que hemos hecho.

Se abrochó el vestido y se colocó las medias, se estiró las arrugas de la parte de la falda y se colocó el pelo, hasta que llegó Antolín y pudo quitarse aquella mangarria pegajosa de las manos.

—Cógeme del brazo y demos la vuelta a la iglesia como si no hubiera pasado nada.

—Ay, cariño, tendré que ir mañana a confesar.

—Ni se te ocurra, tú calladita, y a hacer lo que yo te diga, que para eso soy casi tu marido. ¿Lo has entendido? —dijo alzando la voz, hasta que al ver los ojos algo llorosos de su novia, pensó que debía de bajar el tono no fuera a arrepentirse de la boda.

—No me tengas en cuenta, cariño mío. Lo digo por ti, no quiero que don Anselmo vaya a pensar que eres una fresca, una ramera de esas que andan por ahí por los burdeles.

—¿Tú crees que pensaría eso de mí?

—Sin ninguna duda, en los hombres estas cosas no están mal vistas, pero ya sabes lo que pasa con las mujeres es sabido que en el género femenino “no hay que serlo sino parecerlo”. Bien lo decía mi madre. Tienes mucho que aprender, eres todavía una niña, ángel mío. Si quieres para que no te quede mal cuerpo, te confiesas de lo que hemos hecho cuando ya seamos marido y mujer.

—¡Ah! Pues razón llevas, no se me había ocurrido. Creo que es hora que regresemos, no sea que madre vaya a pensar mal.

—Pues vamos. Mañana en cuanto salga del cuartel daremos otro paseíto por las cercanías de la virgen de la Roca.

—Lo tu mandes, cariño.

Cuando llegaron, Marina, la alta, se fijó en su hija como quien remira los piojos en la cabeza de un soldado en plena guerra.

## CAPÍTULO XXXV.

*“Que espléndida inocencia muestra un ser humano,  
cuando no teme que le hagan daño”.*

Rosita y Marinita se sirvieron el té en la cocina con las pastas sobrantes del ágape preparado para la merienda de la pedida de mano de Francisquita. Después de ponerle al día de todos los pormenores de tan feliz ocasión para la familia, Rosita le contó a su amiga todos los últimos acontecimientos relacionados con el señorito Hilario. Faltaba solo una hora para la cita y ya le temblaban las piernas. Entre las dos habían ideado la trama que cubriera a Rosita ante su madre. Se marcharía diez minutos antes de las siete para acudir puntual a la zona de las huertas, y volvería a las ocho, hora en la que calculaba que su madre acudiría a recogerla. Por si acaso a Francisquita o a Marina se les escapase que Rosita se había ausentado una hora, tendrían que marchar las dos, aludiendo a que iban a dar una vuelta por la plaza. Estaba todo preparado al detalle, aunque Rosita aún seguía con la tembladera de piernas. Su madre tenía la vista de un lince y nada se le escapaba. Era capaz de hacer guardia en la puerta del alcalde por si se le pasaba por la sesera que algo tuviera preparado.

Mientras tanto, Hilario, después de darse un buen baño y perfumarse, se vistió con un pantalón de algodón verde y camisa blanca de manga larga remangada hasta el codo. No se le quitaba de la mente la chiquilla. No debía verla, lo sabía de sobra, estaba empezando a inquietarle lo que sentía por ella, y bien es sabido que cuando un hombre no es capaz de conseguir a una mujer no sabe quitársela de la cabeza, y eso es lo que le iba a pasar a él con Rosita. O tiraba todo a la basura, su capital, su boda, la buena fama de su familia, y se largaba con ella a buscarse la vida, o se olvidaba de ella definitivamente, y eso era como pedirle a una hormiga que se comiera un elefante. Bien sabía Dios que no quería hacerle daño, pero se le había pegado al alma, como se pega la rama al árbol. Ni tan siquiera sabía cuál iba a ser su reacción cuando la tuviera cerca.

Rosita y Marinita salieron de casa del alcalde diciendo que darían una vuelta por la plaza y se llegarían hasta la ermita de la virgen de la Roca. Al ver que su madre no ponía buena cara, a Marinita se le ocurrió inventar:

—Pero, madre, ¿no le gustaría saber lo que andan diciendo las vecinas sobre el noviazgo de la Francisquita? Ya sabe usted que tengo el oído muy fino.

—Por una vez vas a servir para algo, ándate rauda y entérate de todo lo que puedas.

Salieron cogidas de la mano y dieron la vuelta a la plaza hasta adentrarse por la calle Real, donde algunas vecinas aparecían sentadas en los bancos del paseo protegidas por las sombra de los plataneros. El sol todavía calentaba, ya estaba al caer el mes de Julio y por aquellas llanuras apretaba el calor. En los portales de algunas casas varias mujeres hacían labor, bordaban el ajuar de alguna hija, incluso varias de ellas se manejaban perfectamente con el encaje de bolillos que aprendían de madres a hijas. Al llegar a la ermita se separaron y tomaron caminos distintos, prometiendo volver a verse en el mismo rincón en una hora.

Rosita echó a correr todo lo que pudo intentando hacer el camino por recodos poco poblados, atravesando las calles donde la mayoría de los vecinos habían hecho los corrales e incluso algún almacén que otro donde guardaban el grano. Quizá se topara con algún hombre que estuviera a la faena en alguna corraliza, pero los hombres eran menos dados a hablar, lo que ella temía era a las comadres o a alguna vecina que otra, y si llegaban a su madre sus correrías por esa zona, de seguro no sabría responder.

Vislumbró al señorito sentado en el suelo y le dio un vuelco el corazón. Jamás habían contemplado sus ojos hombre más guapo. Nada más verla, se adelantó, la cogió de la mano y la llevó tras unos chaparrales detrás de la huerta.

La besó lentamente saboreando sus labios, después separó la cara de la de ella, la miró fijamente y la volvió a besar, esta vez más profundamente. Sintió como su lengua jugaba con la suya, mientras con una mano le acariciaba el cuello y la otra entraba por la espalda debajo de la blusa.

Ella le rodeó entero con sus brazos y se dejó hacer. Después del tercer o cuarto beso la tumbó en el llano y comenzó a acariciarla, todavía sus labios no habían dicho palabra alguna, se moría porque le dijera cuánto la quería, que dejaría todo por ella, que ya estaba todo hablado, que se anularía la boda o, incluso, que huirían juntos a cualquier lugar. Daba lo mismo con tal de estar uno al lado del otro. Pero él no decía nada, solo la besaba, en el cuello, en el pecho. Sin darse apenas cuenta desapareció la blusa y le desabrochó el sostén acariciándole los pechos. Ella creyó morir, se le salía el corazón por la boca, hasta que sintió sus dedos entre sus piernas. Nunca pensó que pudiera sentir algo así. Él, en un segundo, se bajó el pantalón y se colocó sobre ella. Seguía sintiendo su boca en el pecho y sus dedos entre sus piernas, hasta que algo duro como una vara se colocó donde hacía un momento le acariciaba con sus dedos. Dentro de la locura y la excitación que sentía, pensó que aquello debía de ser su verga inflamada. Le notaba como enloquecido, estaba comenzando a asustarse, todavía no sabía si aquello la podía dejar embarazada como le había pasado a otras mozas del pueblo. Madre le contó el día que hablaron del tema que los hombres se ponen como locos y no atienden a razones, y el señorito Hilario estaba como poseído, lo malo era que a ella le gustaba lo que estaba pasando. Le restregó su falo por el pubis e intentó introducirse. Ella lo deseaba, estaba a punto de entrar en el éxtasis en el que él se encontraba, pero por un segundo le vino a la mente los consejos de madre. El hombre no puede pensar en esos momentos, es su naturaleza y sabe embaucar a la mujer, que nosotras tampoco somos de piedra hija mía. Te prometerán cualquier cosa, te dirán que te quieren.

Sin embargo, el señorito no había pronunciado palabra alguna. Sus manos ya recorrían todo su cuerpo, sabía que estaba totalmente desnuda bajo él. Intentaba por todos los medios introducir su falo dentro de ella. Fue un solo segundo de lucidez, uno solo, un destello que se fue transmitiendo por sus neuronas hasta llegar al centro del pensamiento que domina la razón. Sin tan siquiera obedecer a sus deseos, ni dejarse llevar por sus hormonas que la dictaban todo lo contrario, de un empujón le separó de ella.

—Esto no está bien... No podemos seguir, señorito,... no podemos.

—Calla, prenda, calla y déjate llevar, que nada va a pasarte, tendré cuidado, te lo juro.

—Cuando se hacen estas cosas se puede tener un hijo.

—Calla, mi amor, no pienses en bobadas. ¿O es que no te gusta lo que te estoy haciendo?

—Sí... me gusta... me gusta mucho, porque yo le quiero, señorito, pero usted no me quiere a mí. Por eso no está bien.

—¿Quién te ha dicho que no te quiero, mi vida? ¿De dónde sacas esas bobadas? —siguió diciéndole Hilario, muy bajito, mientras sus manos seguían acariciándole el cuerpo—. Dime que me quieres, anda dímelo, prenda, y dime que te gusta esto, que te gusta mucho.

—Me gusta... me gusta tanto, que pareciera que fuera a explotar.

—Abre las piernas, mi amor, así, ábrelas más, será un segundo, te dolerá un poco, pero después te gustará, te lo prometo, te gustará mucho.

Ella volvió a sentir aquello empujando, queriendo entrar dentro de ella, y ya no pudo más, todo su cuerpo le pedía facilitarle la labor, sus manos, sus besos en sus pechos, su lengua en su oído, que no paraba de decirle cosas bonitas. Subió la cintura todo lo que pudo, se agarró fuerte abrazándole y cruzó las piernas en su espalda.

Un dolor fuerte, intenso y repentino le cubrió todo el abdomen. Chilló tan fuerte que él tuvo que taponarle la boca mientras cabalgaba sobre ella de una forma exacerbada, diciendo su nombre y dejando caer su sudor con olor a hombre excitado sobre ella. Después se relajó y se dejó caer sobre ella, dejando que todo su peso se posara sobre su cuerpo.

Rosita comenzó a llorar. El arrepentimiento, la culpabilidad y el dolor que sentía en todo su cuerpo hicieron que se abrazara a él con todas sus fuerzas, mientras él la besaba absorbiendo sus lágrimas y tratando de consolarla.

—No llores, prenda, no llores más, te prometo que nada ha de pasar. Eres muy joven para entender de estas cosas, pero te prometo que me he salido a tiempo, no he dejado que entrara nada en tu cuerpo. No has de quedar embarazada, te lo juro. Sé que te dolerá un par de días, pero después gozarás como yo, niña. Esto es el amor que sentimos el uno por el otro. Así es como se manifiesta el verdadero cariño. Este es el momento en el que un hombre y



una mujer están más unidos, mi vida.

—¿Pero tú me quieres?

—¿Cómo no habría de quererte? Si ni vivo ni duermo pensando en ti.

—¿Y nos casaremos?

—Ten paciencia, mi amor, en ello ando, tratando de que mi padre entre en razón, que comprenda que tú eres la única mujer de mi vida, con la que quiero casarme y tener todos los hijos que Dios quiera enviarnos.

Rosita comenzó a vestirse. Hilario le limpió los restos de semen y sangre con su propia camisa, para que nadie pudiera notar lo que había pasado. La observó mientras se vestía. Cosa más preciosa jamás habían visto sus ojos. Tenía que tomar una decisión, volvería a hablar con su padre a la noche y le pondría las cosas claras.

—Me voy, tengo que ser rápida, sino madre puede sospechar, y Marinita me espera tras la ermita.

—Dame un último beso, prenda, te dejaré un nuevo mensaje en el árbol grande para que podamos volver a vernos.

Se besaron con tanta pasión que a punto estuvo Hilario de volver a hacerle el amor.

Corrió de nuevo atravesando los senderos que menos estaban a la vista de las comadres y de las vecinas, hasta que observó a Marinita que la esperaba sentada en un poyo de piedra de los que bordeaban la ermita de la virgen de la Roca.

Se sentó a su lado, la abrazó y rompió de nuevo a llorar. Le relató el episodio pasado, contándole con todo detalle los momentos, sentimientos y excitaciones vividas.

—Se nota que te quiere —le dijo su amiga—, además es un hombre hecho y derecho, no hubiera llegado tan lejos sino te quisiera, y seguro que está dispuesto a casarse contigo.

—¿Pero cuándo?

—Mujer, primero tendrá que dejar a la señorita Pilar, y eso requiere tiempo, además deberá de hablar después con tu padre.

—¿Y si me he quedado preñada?

—¿No te ha dicho que es imposible? Los hombres saben de esas cosas, tú eres la que no tienes ni idea.

—Pero madre dice que los hombres prometen y prometen con tal conseguir a la mujer y son capaces de decir las peores mentiras.

—Pues no entiendo porque dice eso tu madre, al fin y al cabo ella dio con un hombre bueno.

—Eso sí que es verdad.

—¿Te duele?

—Sí, me duele, aunque cada vez menos, el señorito me ha dicho que un par de días estaré como nueva.

—Anda, boba, alegre esa cara, que en nada vas a ser la mujer del hijo del boticario, te vas a convertir en toda una señora.

—¿Tú crees?

—¡No he de creerlo! ¡Pues claro que lo creo! Y vámonos, que andamos mal de tiempo, que tu madre de seguro está a punto de asomar por mi casa.

A la hora acordada Edelmira se llegó a casa del alcalde a recoger a Rosita. Marina la alta, la saludó haciendo un ademán con la cabeza y llamó a las niñas. Después de dar las gracias, Rosita y Edelmira se fueron a la casa.

—No te veo yo muy buena cara, niña

—Ya estamos con sus tonterías, madre. Acabará por atarme una cuerda y llevarme como a un perrillo.

—Anda, anda, deja de decir tonterías. Si lo has pasado bien es lo principal, y a poner la mesa que vamos a cenar.

## CAPÍTULO XXXVI.

*“¿Qué tiene mi hijo feo, que no lo veo?”*

En el convento de las dominicas, ya las hermanas sentadas a la mesa para la cena, esperaban a que la madre Crista bendijese la mesa. Unas buenas sopas de ajo y tortilla de patatas les esperaban, con sus buenas ensaladas de lechuga, tomate y cebolla que les abastecía el huerto que tan bien cuidaban. Un segundo antes de que la madre se pusiera a dar gracias al altísimo por los alimentos que iban a recibir, apareció sor Teresita, que tuvo a bien pedir disculpas al resto de las hermanas por su tardanza.

Después del rezo, degustaron con gusto aquella cena exquisita que había elaborado la hermana María, encargada de la cocina, a la que todas alabaron por su buen hacer, por las horas que dejaba en el fogón y por lo que tenía que darle a la sesera, para con poco condumio dar de comer a tantas mujeres muertas de hambre, además de la buena mano que tenía para elaborar cualquier guiso con pocos ingredientes. El cielo ganado se tenía solo con eso, comentaban las hermanas.

Una vez comenzaron la cena, se levantó el silencio del rezo y aquello se convirtió en uno de los momentos más gratos del día. Incluso alguna de las hermanas se atrevía a hacer bolas con la miga del pan, y tirárselas a la cabeza de la monja que se sentaba de frente. Aquel guirigay nocturno era uno de los momentos más divertidos del convento, gracias a la madre Crista que lo permitía. Seguras estaban que si llegaba a oídos del obispo, otro gallo cantaría.

La madre superiora se percató enseguida de los gestos que le hacía sor Teresita. Eso quería decir que algo había averiguado en Baldeaguas y que Ignacia había soltado la lengua. Rápidamente se le quitaron las ganas de echarse nada a la boca, aunque sin gana se lo tuvo que comer todo para dar ejemplo a las hermanas. Los bienes terrenales, incluso la comida, venían de Dios y no podían rechazarse.

Los nervios se iban apoderando de ella cada vez más, deseando estaba

que se acabara la cena para poder llamar a su celda a sor Teresita y que le pusiera al tanto de las averiguaciones. Dios quisiera que fueran buenas noticias y que esa noche durmiera en paz, conociendo de una vez la identidad de su hijo.

Una fuente de natillas sacó sor María de postre y muy tonta habría de estar o con alguna promesa encomendada al altísimo para no comerse un buen plato de aquel manjar, que tan buena pinta tenía. Hasta ella misma, que deseando estaba que acabase la cena, no tuvo más remedio que echarle al buche un plato acompañado de sus galletas adornadas con canela. Dios bendijera a sor María por su buen hacer y por el cariño que le echaba a sus guisos; de no ser así, ninguna de las hermanas reuniría las fuerzas suficientes para realizar las labores que tenían encomendadas.

Después de la cena y volver a dar gracias a Dios por los manjares recibidos, la hermana María sacó una botella de aguardiente de hierbas, para que la digestión fuera más fluida, al igual que cada noche, para que el mal del mes no fuera doloroso y para que el estómago y los riñones funcionaran como Dios manda. Receta que había tomado de sor Luciana, la anterior madre superiora y esta a su vez de su predecesora y así se había transmitido de generación en generación. Que sus apañíos hacía al convento y sus buenos dineros recaudaban gracias a la fama de las hierbas que ya habían llegado hasta las provincias colindantes.

Al cabo de una media hora y de varios chupitos por parte de las hermanas, que a decir de alguna de ellas, llegaban a su celda algo mareadas, después de dejar su cuerpo a merced de aquel licorcillo que también sentaba, la madre Crista, una vez puesto su camisón y cepillado el largo pelo, que se había negado a cortar, llamó a su celda a sor Teresita, siempre en secreto y sin que se percataran las demás hermanas.

—Suelta ya, Teresita, que estoy que “vivo sin vivir en mí”, como escribió santa Teresa de Jesús.

No dio tiempo a seguir hablando. La monja abrazó a Crista con una sonrisa que quería decir que todo había salido bien.

Teresita se sentó en la única silla que había en la celda, mientras la madre

superiora lo hacía en la parte superior de su cama, abrazando la almohada como si de una chiquilla se tratase.

La luna dejaba entrar sus rayos en la pequeña estancia, a través del pequeño ventanuco enrejado. El calor de finales de Junio apretaba y los cristales permanecían abiertos, aunque sabían que era una prohibición del convento desde que se fundó, aunque ninguna de las hermanas hacía caso a aquella absurda exclusión.

El pelo algo rizado de Crista rozaba su cintura, la luz del exterior dejaba ver como las lágrimas rodaban por sus mejillas escuchando a Teresita, a la vez que ella hacía dos trenzas de sus largos cabellos.

No fue capaz de despegar la boca, ni una sola palabra escuchó la monja mientras relataba con pelos y señales la historia que le estaba contando su amiga, que más bien pareciese una novela de Corín Tellado, que su propia vida. Como si con ella no fuese, siguió trenzando la melena, hasta que recogió las dos coletas con unas gomas elásticas.

Algo de aire se coló por aquel único ventanuco de la celda y Teresita aprovechó para acercarse a al hueco y recibirlo en el cuello, tras levantarse el pelo, que ya llevaba recogido con unas horquillas en alto de la cabeza. Siguió y siguió hablando, sin dejarse en el camino ni tan siquiera un punto o una coma de las palabras que le relató Ignacia con toda veracidad.

Más de tres cuartos de hora pasaron hasta que, sirviéndose un poco de agua de la jarra de la mesilla de la superiora en el vaso de esta, acabó con la historia que la había llevado a esas horas a la celda de sor Crista.

—¿No me vas a decir nada? ¡Pareciera que te hubiera dado un pasmo! Sé que la noticia es fuerte y las pesquisas han dado el resultado que estábamos esperando, pero no me imaginaba que te lo fueras a tomar como si no hubiera pasado nada.

—¿Cómo dices eso? Me encuentro como si tuviera un desmayo interior, sin fuerza alguna, ni levantar los brazos puedo, Teresita.

»¿Cómo es posible que le haya tenido tan cerca? La de veces que le habré dado dulces y acariciado el pelo cuando era chiquito. ¿Cómo no voy a

recordar cuando su padre andaba de viaje y él prefería quedarse con nosotras en lugar de estar en su casa con las niñeras, o con las criadas cuando fue algo mayor? ¿Cómo voy a olvidar que fui yo misma la que le enseñó el abecedario y le leyó los primeros cuentos? ¿Será posible Teresita? ¿Será que Dios ha pensado que todavía tengo derecho a ser feliz? Si hasta le acosté en mi cama de niño, cuando murió la madre, y le dormía en mis brazos. Dios se ha apiadado de mí, Teresita.

—Te conozco, Crista,... te conozco. Desde que entramos en la misma fecha en este convento jamás nos hemos separado, nos queremos como hermanas, porque en realidad la ley de Dios dicta que hermanas somos. Espero que no hagas ninguna tontería y que de tu boca no salga palabra alguna, con ese secreto te irás allá donde Dios nos espere al igual que yo. Estropearías la vida del muchacho y hasta truncarías su próxima boda. Por no decir los males que le traerías a tu propia familia.

—¿Es que me has tomado por tonta? O te gusta que repita las cosas veinte veces ¿Crees que sería capaz de fastidiar la vida de mi propio hijo? Nunca sería capaz de hacerle mal, con verle feliz me conformo, sin embargo eso no quita aunque te parezca mal, que de vez en cuando realicemos alguna visita a su hacienda con cualquier motivo ¿De dónde van a imaginar que porque visitemos al boticario con el afán de la limosna o de la venta de dulces y aguardiente, se les llegue a las mientes que soy la madre de su hijo?

—Razón llevas, Crista, siempre y cuando la cosa quede solo ahí.

—Ahí quedará, te doy mi palabra, y se la daré a don Anselmo en la confesión de la misa de mañana.

Se dieron un abrazo y llorando como dos niñas se despidieron hasta el día siguiente, mientras las ráfagas de la poca luz que emitía la luna a través del ventanuco seguían reflejando las lágrimas de Crista.

## CAPÍTULO XXXVII.

*“Alegrías y pesares, te vendrán sin que los buscares”.*

Rosita no pegó ojo en toda la noche, cierto era que el dolor casi se le había pasado, pero era otra angustia la que la atormentaba. No estaba bien lo que había hecho, tonta no era y sabía que había perdido la virginidad, nadie querría ya casar con ella, aunque poco le importaba, era con el señorito con quien ella quería matrimoniar. Él estaba dispuesto. Se reconcomía por dentro, las sensaciones que sentía no la dejaban vivir desde el momento que percibió dentro de ella parte de él.

Antes de acostarse se lavó y se relavó y notó que ya no sangraba. Si madre llegara a notarlo la mandaría al convento de por vida. Se estaba haciendo la dormida, con los ojos cerrados. La claridad ya entraba hasta la mesa de la cocina y escuchaba a su madre preparar el desayuno.

Había encendido el hogar para calentar la leche y el calor le llegaba hasta la cama. ¡Maldita casucha en la que vivían! ¡Que hasta en verano tenían que sufrir la tortura del calor con la chimenea encendida para hacer los guisos! No podían ni tener una cocina de gas como gastaban los señoritos y hasta un ventilador de techo, para no pasar la calorina del verano. Si llegara a casarse con el señorito, no pasaría penuria alguna, ni sus padres, sobre todo ellos, ya se ocuparía ella de que desempeñaran el lugar que les correspondía y no tuvieran que hacer trabajo alguno.

Tenía que pensar en cómo volver a dejar una nota en el árbol grande, tenía que volver a verle esa misma tarde y poner las cosas en claro. Pareciera como si al quitarle la virginidad se le hubiera revuelto la sesera y pensara con más raciocinio. Se las tenía que ingeniar para buscar la colaboración de Marinita, le diría a madre que la acompañaría al campo santo a poner flores a la tumba de su abuela, doña Marina, la madre de Marina, la alta. No pondría pegas. Aunque de sobra sabía que la acompañaría hasta la casa del alcalde, pues no la quitaba ojo. Sin embargo, ya se las arreglaría ella para hacerle una seña a su amiga para que no se fueran al traste sus planes. Había llegado la hora de dejar de hacerse la dormilona, desayunar y contar a su madre que salía al corral a por los huevos de la última puesta, y en una carrera, y rogándole a la virgen de la Roca que no la pillara, llegarse hasta el árbol grande y dejar enterrada la nota. Sabía que el señorito pasaría antes del ángelus, por si ella había resuelto el encuentro de la tarde.

Su madre llenó el barreño grande y le ayudó a lavarse, cerró bien la ventana para ahuyentar a los posibles mirones y dejó la pila llena de agua caliente para echarle por encima a la Rosita, mientras se iba restregando y lavando el pelo con el jabón de lavanda que ella misma preparaba. Después le aclararía con un buen chorro de vinagre para darle brillo, y antes del último aclarado, la crema de caléndula que preparaba. Ya desde tiempos de su bisabuela que el secreto se había quedado en la familia. Un descubrimiento fue de algún antecesor, que nadie le dijo de quién se trataba, pero que se fue transmitiendo de mujer a mujer de la familia al igual que las maldiciones, y debía de ser por eso que todas ellas tenían esa mata de pelo cobrizo, casi rojo, con ese brillo que envidia daba hasta la mismísima luna. Por eso las mujeres de la familia gastaban siempre la melena hasta más bajo de la cintura, para lucir aquel pelo que Dios había tenido a bien otorgarles y ese color rojizo, jamás visto en otra familia, no solo en toda la provincia, sino que ella supiera en el mundo entero. Risa le dio sin querer el último pensamiento, acordándose de aquella frase con la que la conquistó el Marcial: “Tienes un color de pelo que nadie lo tiene en el mundo entero”, y una carcajada le sacó al escucharlo. Secreto era el mejunje y secreto seguiría, ni tan siquiera la Rosita lo sabía, ni la Matilde. Lo tenía guardado, como le había dicho su madre: “Nadie ha de saberlo hasta el día de la boda”. Y eso haría, se lo transmitiría a la Rosita el día en el que Dios tuviera a bien fijar su casamiento. Otra cosa eran las maldiciones propias de las mujeres. No era ella quien para explicar nada, salían solas. ¡Ojala no tuviera que usarlas! Pero bien sabía que llevaba el don dentro de sus entrañas, al igual que la Rosita, que aunque todavía no lo hubiera descubierto, ya llegaría el día. Dios quisiera que no lo necesitara nunca.

Le pasó el cepillo y comprobó el color que le había quedado después de la crema que tanta envidia producía a las comadres del pueblo. Le recomendó que saliera a desayunar al zaguán, antes de recoger los huevos del corral, para que el frescor de la mañana secara el pelo, que fácil no era derretir el agua del lavado con aquel cabello tan poblado que le había dado Dios.

Casi no pudo la Rosita meter al buche la leche azucarada que tenía a bien preparar su madre todas las mañanas, con el pan tostado a la lumbre del hogar empapado en el aceite que de sobra sabían que era su perdición, pero por más



que intentaba, no le entraba bocado.

Tuvo que hacer de tripas corazón para echarse al buche el desayuno. Dejó en la pila la taza y el plato, y una vez que lo hubo fregado, hizo su cama y se encaminó al corral a recoger los huevos. Miró hacia la puerta y, abriendo lentamente el portillo del corral para que no chirriara, corrió al árbol grande y enterró la nota, citando a su novio hacia la seis de la tarde, pues si la disculpa iba a ser encaminarse al cementerio con Marinita. No podría hacerlo más tarde de esa hora, pues además de que no estaba bien visto visitar a los muertos a la noche, corrían siempre a partir de las ocho las ánimas en pena por el campo santo. Muchos eran los vecinos que las habían visto penando, salir del cementerio camino de la era, para adentrarse por detrás del monte pasando por el bosque de las ánimas, que se encontraba a mitad de camino del pueblo de al lado, en busca del cementerio de la aldea aldeaña, padeciendo de sepultura en sepultura, buscando las de sus antecesores, para que rogaran por sus almas y las dejaran subir al cielo. Porque las almas en pena no se encuentran ni este mundo, ni en el otro, eso le había escuchado decir a su padre desde que era chica, contra el mal decir de su madre, a la que no le gustaba que contara esas historias que ella creía falsas y de mal agüero.

## CAPÍTULO XXXVIII.

*“La buena educación conviene, para usarla con quien la tiene”.*

Manuel Figueroa Baltierra, barón de Baldeaguas, recorría a caballo sus terrenos. Hacía días que no contemplaba el monte bajo, ni revisaba los animales que con tan buena mano se encargaba de cuidar el capataz de la finca. La uva de ese año sería magnífica, y los vinos embotellados ya llevaban tres años de crianza para etiquetar como reserva.

El año anterior tuvo a bien enviar al Pardo unas cuantas botellas de gran reserva de Baldeaguas, que llevaban en reposo los quince años requeridos para dejar boquiabierto cualquier paladar que se preciara de catar un buen

vino. Buen agradecimiento tuvo del caudillo, anunciándole una visita con varios de los ministros del gobierno y sus esposas, exponiendo que sería de su agrado preparara una jornada de caza.

Ignacia casi se volvió loca de los nervios cuando le dio la noticia. Hubo que contratar mano de obra, criadas, doncellas y servidores. Durante la semana de la visita pareciera que hubieran retrocedido a la época de Carlos III. Mayordomos, cinco cocineros de buena fama, pinches, treinta y cinco muchachas del pueblo para ayudar en la casona. Se cambiaron colchas, juegos de sábanas y hasta hizo construir en un abrir y cerrar de ojos tres cuartos de baños en los campos de caza.

Carniceros que destriparan las piezas, coches de alquiler a disposición de las damas para conocer los contornos, jardineros para cuidar de los muchos arriates de la finca. Mesas de juego en los apartados del salón para las partidas de cartas que organizaban las damas y algún que otro caballero.

Y para que todo saliera como debía salir, solicitó la ayuda del jefe de protocolo del Pardo, que le mandó por escrito todo lo que necesitaba para que la estancia del jefe del estado y su señora, ministros y personalidades gozasen de una semana espléndida sin carecer de nada y que todo resultara un éxito.

Todo aquello le costó un dineral y casi un ataque al corazón. Poco amigo se consideraba de fiestas, lujos inadecuados y fingimientos exagerados.

Después de aquello su nombre se situó en el listado de amistades importantes del generalísimo.

Recibió invitaciones a varias cenas celebradas en el Pardo, incluso en el palacio real, a las que por supuesto no pudo negarse, y aguantar haciendo de tripas corazón la charla que según el protocolo lleva incluida la sobremesa. Pasear por los jardines del brazo de doña Carmen, que insistía en presentarle a algunas señoritas de buena familia que, según ella, debería cortejar.

Siguió al paso sobre su fiel caballo, pensando en por qué le venían a la memoria aquellas andanzas que le resultaban tan desagradables. Quizá fuera por si Rosita estaría dispuesta a pasar por todo ello. ¿Sería capaz de resistir una invitación a cenar al Pardo con todas las amistades del Caudillo? Ya se encargaría él de convertir a la muchacha en toda una señora. Porte y señorío

no le faltaban, lo único que le faltaba a su pesar era quererlo. Quererlo como él la quería a ella, que ya no había momento en el que pudiera apartarla del pensamiento. Tendría que confesarse con Ignacia y dar su brazo a torcer, era su única ayuda, y sabía que la chiquilla le había entrado por el ojo derecho. Algo había ganado al llevarla a pasear en el coche por el pueblo, sabía que las comadres no hablaban de otra cosa, y si tenía que recurrir a las habladurías recurriría. Pero, ¿cómo enamorarla? ¡Si le veía como a un padre! ¿Cómo hacerse con su amor? ¿De qué manera despertar en una chiquilla ese sentimiento que a él le embargaba y no le dejaba ni respirar? No podía esperar, en cualquier momento se le podía adelantar cualquier chiquillo y llevarse su amor; a esa edad, no se sabía todavía lo que significa un amor verdadero, para toda la vida, y podría ser capaz dejarse seducir por cualquier mozo que resultara agraciado físicamente a sus ojos.

Que poco se imaginaba el barón de Baldeaguas las correrías que se traía Rosita y hacia dónde se encaminaban sus pensamientos.

La Ignacia se persignó arrodillada en uno de los bancos de la parte delantera de la ermita de la virgen de la Roca. Una miaja arrepentida estaba, y algo le corría por las entrañas, como si hubiera hecho algo malo. De sobra sabía que sor Teresita le había ido con el cuento a la madre Crista, la superiora de las dominicas. La tenía por buena persona, buena monja y gente de buena ley, al igual que a la madre superiora, pero eso no quitaba que estuviera algo inquieta. Cierto era que la pobre mujer necesitaba saber que el hijo del boticario era su hijo, porque lo era, como ella se llamaba Ignacia que lo era; sin embargo, quizá debió de dejar el secreto bien guardado. Pero al pensar en la alegría que le causaría a la madre, con los sufrimientos que estaba pasando, según le refirió sor Teresita, se sintió algo mejor. Que la virgen de la roca se lo premiase si había hecho bien, y si no fuera así, ya le vendría el castigo por algún lado.

El señorito Manuel todavía no había dejado la cama cuando llegó la Ignacia del rezo. Las ocho iban a marcar las campanas de la iglesia de la plaza. Hacía bien en no madrugar, bastante tenía encima. Mucho era el trabajo que llevaba a cuestras con tanta finca, tanto secano y tanto regadío. Y el tiempo que le quitaban los vinos denominados de la Ribera del Duero, los de Baldeaguas, que buena fama estaban cogiendo, hasta en el extranjero, que

bien sabía ella que los mandaba por barcos a ultramar, que hasta Franco los había degustado. Bien merecido se tenía el sueño, aunque últimamente le escuchaba caminar por la habitación, bajaba a la cocina, salía al porche, se sentaba al refugio de la parra a fumar un cigarrillo. Que algo le rondaba la sesera estaba más que mascado, que ella no era tonta y le conocía más que si le hubiera parido. Otras veces había tenido problemas con los múltiples negocios que le traían a mal traer, pero ninguno de ellos le había quitado nunca el sueño. Esto era otra cosa. Era la chiquilla, la Rosita, que le tenía comido el seso, por mucho que lo negara, incluso que se lo negara a sí mismo. Ya se le había metido en el alma y se le había enganchado a las tripas, y esos males los hombres no los llevaban bien. Como se les metiera una mujer entre ceja y ceja, no habían de parar hasta conseguirla o se morirían de pena. Las mujeres lo llevaban de otra manera, porque era mucha la faena que se traían entre manos. Pero a los hombres una mujer les dejaba sin cerebro, les nublaba la mente y les comía las entrañas. Y así es como veía ella al barón, con las entrañas reconcomidas, y ella no iba a parar hasta que lo admitiera. ¿Dónde iba a estar la muchacha mejor que en Baldeaguas? Con un hombre tan bueno, tan guapo y tan sagaz, y con la cabeza tan bien amueblada. Ella sabía de sobra que problema con los padres no tendrían. Buena gente eran la Edelmira y el Marcial, solo barruntaba en problema la edad de la chiquilla. Con dieciséis años en esos tiempos en que les había tocado vivir y habiendo pasado una guerra, todavía era una niña. No como antes que con esa esa edad ya estaban casadas y más que casadas. Pero en la maldita guerra se mimaron mucho a los hijos y hasta se pasaron en la protección, pero quién les iba a decir que se les iba a echar encima que se enfrentasen hermanos contra hermanos.

Dios la tenía que ayudar, y tanta misa que con sus ahorros había pagado al cepillo de don Anselmo en la ermita de la virgen de la Roca para que el señorito Manuel convirtiera en su esposa a la Rosita. Pensado tenía hablar con la Edelmira y hacer como una especie de pacto entre las dos, pues no era moco de pavo que la familia del Marcial, que al fin y al cabo era un pastor, emparentara con el barón de Baldeaguas. No era cosa fácil. Y por otro lado le tocaría convencer al cabezón del señorito, que mucho le costaría confesar que estaba enamorado como un colegial de la chiquilla. Menuda la que se le venía encima, Dios tuviese a bien echarle una mano.

Le sintió bajar. El día anterior estuvo recorriendo la finca, no sabía a son de qué, que falta no hacía. Asalariados tenía a los mejores mayorales de la región para que tuvieran a los animales atendidos, pero donde hay patrón no manda marinero. Mucho había madrugado, habiéndole sentido caminar casi toda la noche y bajar al porche de la casa a echarse algún cigarrillo, y hasta alguna copa de orujo, que a primera hora encontró en la cocina.

Le puso en la mesa su café con leche y el pan que acostumbraba a tomar cada mañana con el aceite que le había traído la Edelmira, ese que le enviaba su hermano, que por muchos que hubiera probado, no existía otro mejor en la provincia. Un platillo con tomate, que ella misma preparaba, machacando con el mortero y añadiendo una miaja de cominos, sal y una chispa de azúcar para quitar la acidez.

—Buenos días, Ignacia, qué bien huele. ¿Qué haría yo sin ti?

—Tontás, eso son las cosas que dice nada más levantarse, ¡tontás! Que mucho ha madrugado esta mañana, con lo poco que ha dormido.

—¿Y qué has de saber tú de lo que yo duermo o no duermo?

—Ayyy, señorito Manuel, no se olvide que le he criado como a un hijo, y lo que a usted le duele a mí me duele más.

—Ya salió la sabionda. ¿Y qué es lo que me duele?

—Mucho no he de pensar y por lista no me tengo. La Rosita, eso es lo que le duele señorito, ya puede recitarme el catecismo en verso y hasta los diez mandamientos que obligados tenemos que saber según los curas, que como me diga otra cosa no he de creerle.

—No andas desencaminada, Ignacia, no lo andas, y ese es el motivo por el que me echado temprano de la cama. Sabes que como una madre te considero y no sé qué camino tomar. Se me ha metido en la sesera, como entra el gusano de la tierra en la patata. Cierto que me escuchas en la noche, pues no puedo dormir, ni pensar, ni leer, que es mi afición favorita, ni cavilar en la finca, ni en los negocios. No he de decirte que con muchas mujeres me he regocijado, y hasta con alguna que otra he iniciado relación, para luego arrepentirme y dejarlo. Sin embargo, esto es otra cosa. La chiquilla se me ha

metido en el alma, y Dios sabe que no quiero jugar con ella, lo único que desearía es hacerla mi esposa.

—¿Piensa que no lo sabía? Si hasta he marchado muy de mañana hasta la ermita de la virgen de la Roca para pedirle que se hicieran ciertas las relaciones. Necesito que sea sincero, señorito, y ya que como a una madre me considera y yo a usted como al hijo que nunca tuve, ha de contarme lo que pasó el día que quedaron solos los dos en la biblioteca, pues al salir la niña traía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y qué he de saber yo, Ignacia? Una chiquilla es, solo sé que al cogerla entre mis brazos para ayudarla a bajar de la escalera de la biblioteca se me abrieron las carnes, la apreté contra mí, soy hombre, no pude hacer otra cosa, me lo pedía el cuerpo y el alma, y he de contarte que pensé que me iba a dar una bofetada, y no fue así, no se retiró tan siquiera. Se dejó hacer, sintió mi cuerpo junto al suyo, despacio, como hacen hombre y mujer cuando se desean. Por lo menos, así lo sentí yo.

—¡Demonios, señorito! ¿Cómo no me lo había contado?

—¡Por Dios, Ignacia! No voy a ir contando mis sentimientos a diestro y siniestro. Es hoy cuando ha salido el tema y he decidido sincerarme contigo y solicitarte la ayuda que necesito, porque Dios es testigo que no tengo ni la más remota idea de qué hacer. Estoy acostumbrado a tratar con mujeres hechas y derechas, que saben disimular sus sentimientos, que saben preparar los argumentos que necesitan para enamorar a un hombre, y a esas las veo venir. ¿Pero cómo hago con esta chiquilla? Me siento perdido, como un niño, como un idiota, que después de enamorar a un montón de mujeres teme fracasar con la que quiere de verdad, con la que desea que forme parte de su vida, y sea la madre de mis hijos.

—Vamos a pensar, señorito, según dice, el otro día en la biblioteca no le rechazó.

—Bueno, eso es mucho decir.

—Pues explíquese que no le entiendo.

—Ignacia, hay cosas que me cuesta decirte. Cuando fui a ayudarla a bajar

de la escalera de la biblioteca donde admiraba los libros, le agarré con mis manos a modo de abrazo en la cintura, y dejé resbalar su cuerpo contra mi cuerpo, hasta que sus pies se posaron en el suelo. Ella sintió mis instintos de hombre, sabes a lo que me refiero, y sin embargo no hizo ademán de retirarse. Aunque puede que ni sepa lo que significa... ya sabes... la forma de reacción de un hombre al notar el contacto de una mujer.

—Puede que esté en lo cierto. Y no ande con vergüenzas a estas alturas, que aunque no me haya casado, yo sí que soy una mujer hecha y derecha. Vamos a ponernos en la edad de la chiquilla. ¿Le arrimó su cara contra la de ella?

—Así fue, mejilla junto a mejilla, y casi si me dejo llevar la beso, pues mis labios rozaron algo

los de ella.

—Entonces, señorito, eso es que la muchacha algo sintió en sus adentros, hay que ser muy tonta para no sentir el gorjeo de tripas que se nos pone a las mujeres cuando se nos arrima un hombre, y más a esa edad, que es cuando más se siente el cosquilleo.

—¡Qué cosas dices, Ignacia! ¿El gorjeo? Ni que se os metiera un pájaro en el estómago.

—Que borricos son los hombres a veces, a ver como se lo cuento, es una especie de retumbar nervioso en las mismísimas entrañas, como si se parara el mundo y no quisieras que aquello acabara nunca.

—Pues al igual que los hombres.

—Pues eso, leche, no sé porque me ando entonces con tanta explicación —rezongó la mujer con un suspiro, para luego continuar con el tema abordado—: Pues verá usted, señorito, según venía de la ermita de poner la vela a la virgen de la Roca, se me ha ocurrido que se debería acercar a casa de la Edelmira.

—¿A pedirle matrimonio?

—Parece mentira que sea usted tan listo para unas cosas y tan borrico

para otras. Deje de meter baza hasta que acabe —le reprendió—. Ha de hablar con la madre de la chiquilla y contarle que ha notado la ansiedad de la chiquilla por aprender, y que no tendría usted inconveniente en darle clase todos los días aquí en la casona, que “siempre es mejor comenzar el ataque en el terreno de uno”.

—Qué cosas se te ocurren.

—¿Me va a dejar seguir? Le cuenta que la chiquilla lo vale, y que sería una pena que se desperdiciaran sus estudios y que, aunque no fuera a secundaria, usted le podría enseñar lo más básico, ya que la chiquilla lo único que entiende es algo de cuentas, leer y escribir, y dado su interés por los libros, apreciado por usted el otro día, estaría dispuesto a ayudarla. Siempre es bueno y el saber no ocupa lugar.

»De esa manera la tendría a su disposición un par de horas diarias, en las que usted le tendrá que dar al tarro para enamorarla como hace con las demás. Y aunque sea más joven, creo yo que todas las mujeres andamos por el mismo tramo y a todas nos gustan las mismas cosas, que se nos trate bien, que nos digan cosas bonitas, miradas de esas que echan los hombres en el cinematógrafo y un regalo de vez en cuando.

—Dios pensó solo en mí el día en el que te puso a mi lado, Ignacia.

—Ayyyyy no me diga esas cosas, señorito.

—Deja de lloriquear, de sobra sabes que por una madre te tengo. Además aquí van a cambiar muchas cosas. De momento no quiero volver a escuchar de tu boca la palabra “señorito” y si dices que me quieres tanto como a un hijo, así debes de tratarme, como a tu hijo, y me vas a tratar de tú. Vamos a contratar una cocinera y una pinche, y tú vas a ordenar como si la casa fuera tuya y solo tuya. Y mañana mismo nos vamos a Valladolid a comprarte buenos ropajes, y te voy a llevar a una peluquería a que te arreglen esas greñas que llevas siempre recogidas con esas horquillas tan feas.

—¡Santa María bendita, no le hagas caso! ¡Se le han metido los amoríos en la sesera y ya no sabe lo que dice!

Se levantó habiendo terminado el desayuno y no pudo remediar una



carcajada al escuchar la última frase de Ignacia.

—Me voy a casa de Edelmira y voy a proponerle lo que me acabas de decir.

—Voy a encender una vela a santa Rita, señorito, para que lleve la suerte pegada al costado.

—¿Y por qué al costado?

—¡Anda, mira! Porque la suerte siempre se lleva en el costado. Pregúntele a cualquiera de las comadres del pueblo y ellas se lo dirán.

—Las bobadas que se te ocurren. Y no vuelvas a llamarme señorito.

—¿Y cómo le llamo entonces?

—Pues por mi nombre, ¿cómo vas a llamarme?

—No me saldrá, de seguro que no me saldrá.

—Pues inténtalo.

Manuel subió a lavarse los dientes y aprovechó para echarse algo de colonia y pasarse el peine. Se encaminó andando despacio para disfrutar del sol mañanero hasta que llegó a la plaza de la iglesia. Ya estaba abierta la taberna de Benito y los comestibles del tío Felipe, donde Anicetín sacaba las cajas de fruta a la puerta. Una tabla sujeta con dos borriquetas estaba repleta de zapatillas de esparto, capachos, una caja con retales de tela de varios colores, que las mujeres que se acercaban revolvían constantemente, percheros con sombreros y unas mesas con sus respectivas sillas, por si algún vecino tenía a bien tomarse un chato a la sombra. En el escaparate, unos figurines con ropas finas, que la mujer del tío Felipe se encargaba de cambiar diariamente para que las mujeres del pueblo disfrutaran con los modelos que venían de la capital.

Siguió su camino. Atajó por el Roncal, hasta llegar al árbol grande. Divisó a Matilde en su puerta, sentada en un sillón de mimbre cosiendo. Tenía los pies apoyados en lo alto de un taburete no demasiado grande, a modo de descanso. La puerta de Edelmira permanecía abierta, resguardada de las moscas por una cortina de loneta de rayas en tonos grises. El zaguán con

una mesa que tapaba un mantel de plástico blanco, rodeado de sillas, con unos cojines, todos ellos del mismo color, y un par de sillones de mimbre adosados a la pared. Sobre la mesa un plato con higos y otro con tomates y pepinos, dándoles la sombra que dejaba caer el tejado de madera recubierto de teja vieja, en cuyas vigas se había enredado una parra con hojas todavía verdes, que ya dejaban ver algún racimo al que daban ganas echarle el tajo.

Matilde se levantó como si hubiera recibido un pellizco en las posaderas al ver llegar al señorito Manuel. Después de saludarle, le invitó a sentarse y le ofreció un chato de vino, de los que todavía guardaba en el chiscón y que su marido había cuidado como si de oro de trataran.

Manuel, que en ningún momento había dejado ver a nadie lo que era la mala educación, accedió gustoso.

Matilde abrió una de las botellas más añejas que guardaba y en un vaso de cristal sirvió a Manuel aquel manjar exquisito sin tan siquiera saber lo que estaba echando en aquel vaso guardado durante tantos años y que estaba algo rayado. Como una flecha, volvió a la cocina y sirvió unas cazoletas de olivas de distintos aliños, y un pepino aliñado con una miaja de ajo, zanahoria, tomate y cebolla.

—Bueno... pero muy bueno este vino, Matilde, ¿dónde lo compraste?

—No lo compré, señorito, que ni yo misma sé de dónde ha salido, en lo más fresco de la casa, en el sótano los guardaba mi marido, que Dios tenga en su gloria, y los daba vuelta tras vuelta mimándolos como al hijo que nunca tuvimos.

—Pues si tienes alguna botella más te la compro, Matilde, que vino como este queda poco en la región.

—¡Santa María las cosas que se ocurren al señorito! ¿Cómo habría de cobrarle al que tanto favor me hizo?

—Que yo recuerde, no hay favor que valga.

—Ay, señor barón, que por tonta no me tengo, que cuando me quedé sin una peseta el día que pagué el entierro del marido, se llegó la Ignacia con un buen sobre repleto de billetes de cien pesetas, que dijo que un anónimo había

dejado en Baldeaguas con mi nombre. Pasado un año, cuando me recobré de aquello tan malo que me entró por dentro, después de la muerte de mi hombre, mil veces fui a agradecer a la finca sus desvelos y aquellos dineros, y la Ignacia, erre que erre, que usted no había sido. Pues como quieras, le dije, que van para veinte veces las que he venido a agradecer al señorito la bondad que siempre ha llevado en el corazón. Ya no volveré a agradecerlo más, pero que sepas que en el fondo de mi alma sé que fue él quien me dio los billetes que me han hecho salir adelante. Digas lo que digas y niegues lo que niegues.

—Está bien, mujer —contestó Manuel—, agradécelo si quieres, como si quieres también bailar una jota en las fiestas de la virgen de la Roca, que yo no he de impedirte nada, pero que sepas que en mi casa estará siempre la tuya, y en cualquier momento de necesidad serás bien recibida.

—Se agradece. ¿Y qué le trae por aquí, señorito? ¿En qué puedo servirle?

—Pues ya que lo dices, sí que puedes, echa unos pasos a casa de Edelmira y tráetela para acá, que pereza me da dejar de degustar este vino, y si le sabe a bien que se traiga a la Rosita con ella. Tengo algo que proponerles, y no es menester que te vayas, pues ya sé que eres como familia, y a ti también te interesa escuchar lo que tengo que decirles.

De dos zancadas se llegó la Matilde a casa de su vecina. Secándose las manos con el delantal salió la Edelmira, acompañada de Rosita, que llevaba una bata marrón de manga corta que le pasaba las rodillas, abrochada con botones por la parte delantera y unas zapatillas de esparto. El pelo recogido en dos trenzas que le pasaban la cintura, tirante la frente, dejando ver aquellos ojos verdes que parecieran reflejar más que nunca. Manuel se revolvió en la silla y tuvo que echar un trago de vino del que le había servido Matilde. Ni la voz le salía al ver a esas horas de la mañana semejante belleza.

Edelmira sacó a la mesa de Matilde una bandeja de embutidos que colgados tenía en el sobrao con unas rebanadas de pan horneado en la tahona el día anterior. Se sirvieron ellas sendos vasos de vino y a Rosita le pusieron un vaso de agua fresca que sacaron del botijo.

Pasada una media hora el barón ya se había explicado con toda claridad y les hizo comprender el motivo de su visita.

A Rosita al escuchar la causa que había llevado al señorito Manuel hasta su casa, se le puso una sonrisa de oreja a oreja, pues toda su vida había deseado aprender y los libros eran su pasión.

—Pero, señorito, qué cosas se le ocurren, con la de ocupaciones que tendrá con todos sus negocios, los vinos, la finca.

—La clave está en rodearse de buenos trabajadores, Edelmira.

—¿Y tú qué dices, Rosita?

—Madre, sería lo mejor que me haya pasado en la vida.

Todos se echaron a reír al escuchar la ocurrencia de la chiquilla.

—Pues no se hable más, no tienes que llevar nada. Ya tengo yo suficiente material de oficina que ha de servirte, y de libros ando bien servido. ¿Qué te parece empezar esta misma tarde?

—¿Esta tarde?

—Sí, esta misma tarde, pero si te viene mal podemos comenzar otro día.

—Es que había quedado con Marinita, y era por no hacerle el feo de no acudir a la cita.

—Está bien, entonces lo dejaremos para mañana. A eso de las cinco te espero en la finca. O quizá sea mejor que venga a buscarte.

—Hasta ahí podríamos llegar —dijo Edelmira—. Ya la llevaré yo, señorito, que otra cosa no tengo que hacer.

—Como queráis, Edelmira, pero si el tiempo se pone feo y amenaza lluvia, ya vendré yo a por la chiquilla, o a por las dos si lo ves necesario.

—No sé cómo agradecerle lo que hace por nosotros, señorito Manuel, siempre tan pendiente de las necesidades de los vecinos del pueblo, tan amable y tan honesto, el cielo ganadito se tiene.

—Anda calla ya, Edelmira, he de irme, mañana os espero; y a ti Matilde lo mismo te digo, en mi casa siempre serás bien recibida, si te quieres dar la caminata y acompañar a tus vecinas, es de seguro que Ignacia os lo va a

agradecer, a veces se pasa varios días sin ver a nadie la pobre mujer. —No se va de aquí sin llevarse unas botellas del vino que ha catado.

—No te andes molestando, Matilde.

—Que molestia, ni que molestia. ¿No irá a hacerme el feo?

—Está bien, que sepas que te lo agradezco de corazón.

—Para corazón el suyo, señorito, y mañana nos tendrá allí a las tres como clavos.

## CAPÍTULO XXXIX.

*“Mira de quien te fías, que hay en el mundo mucha falsía”.*

A la hora convenida, Edelmira acercó a Rosita a casa del alcalde. Nada más verlas, salió Marina, la alta, con porte altanero, y detrás de ella Marinita, con un vestido azul marino con las mangas y el cuello rematados con puntillas blancas. El pelo recogido en una cola de caballo con un lazo blanco y unos zapatos también azules con cordones. Rosita, se había puesto un vestido de hacía dos años, que su madre le había alargado los bajos con una especie de volante de otro color, que también usó para el borde de las mangas y el cuello. El pelo con sus dos trenzas y los zapatos nuevos que recién habían comprado en el colmado del tío Felipe.

—Andar derechas, y no dejéis que pase la hora que ya sabéis que las ánimas salen cuando menos se espera —dijo la mujer del alcalde.

—Pierda cuidado, madre, regresaremos pronto. Nada más salir del cementerio daremos una vuelta por la plaza y vendremos para casa.

—Vendré a buscarte, Rosita, ándate con cuidado, que el demonio la enreda donde menos se piensa.

—Ahí llevas toda la razón, Edelmira —contestó Marina.

Echaron a correr cogidas de la mano, atravesaron la plaza de la iglesia con menos prisa y cogieron la calle Real, que camino arriba llegaba hasta la ermita de la virgen de la Roca, donde a más o menos un kilómetro reposaban las almas de los fallecidos en aquel cementerio que contenía las tumbas de los ricos y de los pobres. Algunas daba gusto verlas, arregladas y siempre adornadas con flores frescas, y otras llenas de tierra y con una pobre cruz de hierro, que por compasión había puesto don Anselmo. Adosado a este, asomaba el cementerio civil, donde se encontraban los librepensadores, los rojos y los agnósticos, donde las lápidas eran pedazos de piedras con los que los familiares tapaban las tumbas de las pobres ánimas.

Nada más llegar a la ermita, Marinita se sentó en un banco en la parte trasera mientras Rosita echaba a correr por entre las calles menos frecuentadas del pueblo para coger el atajo que le llevaría a la parte de atrás de la huerta, donde la estaría esperando el señorito Hilario.

Y allí estaba, sentado sobre su chaqueta de pana, con una camisa de manga corta blanca y un pantalón de loneta de color marrón.

Se levantó de un salto y se llegó hasta ella, la cogió por debajo de los brazos y la alzó en el aire dando vueltas mientras ella reía y le abrazaba. La sentó encima de él y sin decir nada comenzó a besarla, en los ojos, en la cara, en el cuello, hasta que llegó a la boca donde se entretuvo jugando con su lengua. Ella comenzó a acariciarle el pelo y el señorito ya no pudo más, la posó sobre la tierra y se puso encima. Ella se separó de repente, su cuerpo la pedía más y más, pero tenía que saber, necesitaba calmar aquel malestar que le producía la ignorancia del futuro.

—¿Te pasa algo, prenda?

—Sí, sí me pasa, señorito. No he pegado ojo en toda la noche.

—Yo tampoco, mi alma, no pudo dejar de pensar en ti.

—Entonces si me quiere tanto como dice, ¿qué va a pasar?

—No sé de qué me hablas, mi amor

—¿Se va a casar con la señorita Pilar?

—Qué más quisiera yo que casarme contigo, vida mía, si me muero por ti.

Y mientras le decía cuánto la quería siguió besándola. Le desabrochó el vestido hasta que logró quitárselo. Sus manos la recorrieron el cuerpo. Ella solo escuchaba:

—Te quiero, te quiero, prenda mía, nadie va a separarnos. ¿Qué nos importa a nosotros Pilar? Si lo que tiene que importarnos es el amor que nos tenemos.

Le acariciaba el pecho, la cintura, hasta que sus dedos comenzaron a jugar

con lo más íntimo de su ser. Aquello no era como el primer día, no dolía, el sentimiento era otro, pensó que la subía al cielo, necesitaba que siguiera, que siguiera y no parase. Jamás había sentido algo así.

—¿Te gusta, prenda? Sé que te gusta, mi vida. Este va a ser nuestro amor, nuestro verdadero amor, porque yo te quiero. Dime que me quieres, dímelo.

Sé quitó el pantalón y la penetró. Comenzó a moverse de forma acompasada. Ella no podía más, le besaba, le acariciaba. Aquello que sentía dentro de su ser era algo que nunca hubiera imaginado. Él seguía hablándole al oído, diciéndole lo preciosa que era y cuánto la quería. Rosita no podía pensar, ya le daba todo igual, él la quería, la quería mucho, sino fuera así no se lo diría y no le haría sentir lo que estaba sintiendo. De repente arqueó su cuerpo, cruzó sus piernas sobre la cintura de él y sintió una especie de explosión interna que la hizo gritar. Hilario la tapó la boca, mientras le seguía diciendo que aquello era amor, el amor que sentía por ella.

Él comenzó a moverse más deprisa y Rosita notó como su cara cambiaba, como cerraba los ojos y reprimía una especie de gesto de felicidad absoluta. Después quedó rendido sobre ella unos segundos, respirando fuerte, sudando y apretándola contra él.

La besó y se retiró de encima.

—Vístete, debemos andarnos con cuidado, no sea que alguien nos vea.

Ella obedeció callada, hasta que cogió su mano y le dijo.

—¿Entonces no vamos a casarnos?

—Ya quisiera yo, prenda. Se lo he insinuado a mi padre y es capaz de matarme. Pero tú tranquila,

que aunque no nos casemos, yo no voy a dejar de quererte.

—¿Y si nos vamos juntos?

—¿Y a dónde crees que llegaríamos?

—A cualquier sitio lejos de aquí, yo tengo dos manos para trabajar, y usted también, señorito.



—Deja de llamarme señorito de una maldita vez. ¿Y quién iba a darme trabajo? ¿Qué quieres que vivamos en cualquier covacha? ¿De albañil? ¿De labrador? No digas más tonterías. Las cosas son como son y si están establecidas así por algo será. ¿Qué pasaría con tus padres? ¿Les darías ese disgusto? Nosotros nos queremos y es lo que importa, no tienes que pensar en cosas que no te corresponden. Tú sigue con tu vida, al igual que yo seguiré con la mía, prenda, que eso no va impedir que nos sigamos viendo y nadie va a hacer que deje de quererte.

—¿De verdad me quiere?

—¿No te lo estoy demostrando? Mira lo que te he traído, mi vida.

—¿Un regalo?

—Todo se me hace poco para ti.

Rosita abrió una caja de cartón y sacó una especie de cajita dorada, que al abrirla sonaba una música preciosa y una bailarina vestida de ballet comenzaba a dar vueltas.

—Es preciosoooo. Gracias, muchas gracias, nunca había tenido algo así.

—Esto no es nada para lo que tú te mereces, te voy a cubrir de oro prenda mía.

—Qué cosas dice.

—Ahora vete, no sea que a tu madre le dé por salir y descubra que no estás con la hija del alcalde. Mañana espero tu nota donde siempre.

—No va a poder ser.

—¿Y eso por qué?

—El señorito Manuel se ha ofrecido a darme clase de cinco a siete todos los días.

—¡Vaya... vaya... con el señorito Manuel! No pierde el tiempo, parecía tonto.

—¿Por qué dice eso, señorito?

—No me hagas caso, tontunas mías. Cambiaremos de hora. Nos veremos antes, o por la mañana. No te preocupes, tú arréglalo, que yo vendré, aunque tenga que venir a las cuatro de la mañana.

—Qué cosas dice, señorito.

—Anda tira prenda, que llegarás tarde.

Rosita volvió al lugar donde la esperaba Marinita. Todavía tenían algo de tiempo para sentarse

en algún banco de la plaza. Así creerían las comadres que habían estado juntas.

—¿Cómo te ha ido? ¿Le has dicho todo lo que habías pensado?

—Sí, se lo he dicho.

—¿Entonces os vais a casar?

—No, dice que no puede ser, que su padre no lo consiente, y que como íbamos a huir y dar ese disgusto a mis padres. Él me quiere, me lo ha dicho, que me quiere más que nadie ni a nada, y si no te lo crees, mira lo que me ha regalado.

—Halaaa, es precioso.

—Hoy ha sido especial, Marinita, ha sido precioso, he sentido algo maravilloso, debe de ser lo que hacen los padres en su habitación cuando se quedan a oscuras. Yo escucho gritar a madre a veces y oigo como se mueve el somier de la cama.

—Hacer el amor, así se llama Rosita, eso se llama hacer el amor.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo ha contado la Francisquita. Lo hacen los matrimonios, pero no se puede hacer hasta que no te casas, si lo haces antes es que tu novio no te respeta, eso dice mi hermana.

—Vaya tontería, a mí me quiere, el señorito me quiere.

—No lo sé, Rosita, yo creo que si te quisiera se casaría contigo.

—¿Pero no ves que no se puede? A madre le daría un pasmo, es casi mejor así, que nos veamos a escondidas. Nos queremos y es lo único que importa, eso dice el señorito. ¿Y sabes lo que me ha dicho? Que no le vuelva a llamar señorito.

—Si tú lo dices, aunque creo que te deberías de confesar con don Anselmo, lo que hacéis es pecado y además mortal.

—¿Cómo va a ser pecado si nos queremos?

—No seas boba, Rosita, ni trates de justificarte conmigo, hagas lo hagas sabes que siempre te voy a apoyar, para eso eres mi amiga, pero eso es pecado, hasta besarse es pecado sino estás casada.

—Está bien, me confesaré con don Anselmo, pero ¿y si me dice que no lo vuelva a hacer?

—Pues lo haces, y te vuelves a confesar.

—Bien pensado, Marinita. Sí, creo que eso es lo que voy a hacer.

## CAPÍTULO XL.

*“De oportunidades perdidas, se encuentra llena la vida”.*

Diez minutos antes de la hora pactada llegaron las tres mujeres a Baldeaguas. Ignacia ya las estaba esperando en la mesa bajo la parra con una botella de licor de hierbas de las dominicas.

Al verla con un vestido nuevo de seda azul marino, con falda plisada, medias, zapatos de medio tacón y el pelo tan compuesto, Edelmira y Matilde se miraron entre ellas.

—Ya, ya, no me digáis nada, que ni yo misma me he reconocido en cuanto me he visto en el espejo —dijo resignada—. Culpa es del señorito, que se le ha metido en la sesera llevarme esta mañana a una peluquería de

Tordesillas, me han echado un tinte y ni una cana me ha quedado, después me han puesto un líquido al que llaman permanente y al cabo de un rato, toda la cabeza llena de rulos. Cuando me han colocado delante del espejo pensaba que era otra. Y no es eso todo, que después hemos ido a unos almacenes y con cinco bolsas de ropa, zapatos y un montón de tontás que se ha empeñado en comprarme hemos llegado en el coche. Y yo en la parte delantera, como si fuera de verdad la señora de la casa. Y me ha dicho que mañana comienza a trabajar una cocinera y una ayudante, y que como vuelva a verme metida en la cocina y vestida de cualquier manera me manda con las dominicas. Yo no sé qué bicho le habrá picado a este hombre, pues le ha dado por decir que tengo que ser la señora de esta casa. ¿Yo? ¡La señora! Estoy por llamar a don Mariano el médico, no sea que tenga el mal de la sesera y le tengan que meter en un sanatorio de esos donde meten a locos. Pero... sentaros aquí un ratejo conmigo, que na tengo que hacer... Como mañana voy a tener criadas para mi sola... —y según hablaba, le dio un ataque de risa contagiando a las demás.

—Anda, Rosita, entra a la biblioteca que te está esperando con un montón de cuadernos, lapiceros y cachivaches de esos que sirven para los estudios.

Cuando la vio entrar, la hizo sentar frente al sillón donde él se acomodaba en la mesa del despacho.

—¿Qué tal, moza? ¿Con ganas de aprender?

—De esas no me faltan, señorito.

—¿Qué tal se te da escribir?

—Bien.

—Vamos a verlo, sino te importa quiero que copies en este cuaderno estos textos del Quijote.

Rosita comenzó a escribir poniendo todo su empeño en sacar una letra bonita.

Desde su sillón, Manuel no podía dejar de mirarla. ¿Qué tendría esa criatura para hacerle perder

la razón? No era solamente la belleza, era su encanto personal, sus movimientos, su cuerpo, su voz, la forma en que movía las manos o las colocaba sobre el escritorio, la dulzura que irradiaba y esos ojos que había heredado de su madre.

Ella levantó la vista del cuaderno y le miró como si hubiera hecho algo malo.

—¿Pasa algo, señorito?

—¿Qué ha de pasar?

—¿Cómo no para de mirarme?

—Las cosas bonitas se han de observar detenidamente.

Al escuchar ese halago por parte del señorito, Rosita sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo y enseguida notó como le había subido el sonrojo.

Manuel le acarició la mano al notar su azoramiento.

—Vas a tener que acostumbrarte a escuchar cosas bonitas, Rosita. Eres una muchacha preciosa y seguro que has de ir levantando pasiones.

Al sentir el roce de su mano, otra vez volvió a notar aquel escalofrío y un vuelco en el estómago. No era lo mismo que sentía con el señorito Hilario, aquello era otra cosa, era una especie de pasión que no podía sacarse de dentro, que la llevaba desde niña, como si le perteneciera, como si él fuera su dueño. Él la quería, la quería de verdad.

Siguió escribiendo, notando la mirada de Manuel. Estaba logrando ponerla nerviosa. Hasta ahora jamás había pensado en él como hombre, había sido inexistente para ella. Sin embargo, no le veía como a Hilario. Manuel para ella era un hombre hecho y derecho, como si todo dentro de él fuera verdad, no podía haber duda en el interior de un hombre así. Su mirada era íntegra. No la desnudaba con los ojos como hacía el señorito cuando la miraba, sino que era limpia. Jamás se había fijado en sus ojos, azules, no demasiado claros, el pelo castaño corto por la parte de atrás y algo largo hacia la frente, con raya al lado, que hacía que sin darse cuenta se separase constantemente el pelo de los ojos, como si de un tic nervioso se tratara. Era

alto, quizá demasiado, fuerte como un roble y con aquella voz tan varonil debía de resultar muy atractivo a las mozas del pueblo. Qué tonterías le daba por pensar, ella tenía novio, era un secreto, pero era su novio. ¿Por qué no se le quitaba aquella sensación en el estómago? Cada vez que acercaba su mano a la de ella, se hacía más patente, era como si deseara que la tocara, que rozara sus manos como había hecho un minuto antes. No se estaba concentrando.

Le entregó el cuaderno en el que había invertido casi media hora en copiar solo la primera página del Quijote.

—Tienes una letra preciosa. Tardas un montón en escribir, pero ha merecido la pena esperar.

—Ahora vamos a comprobar la lectura, ¿te apetece leer El Quijote?

—¿Sabe lo que me gustaría leer?

—Tú me dirás, si está en mi mano complacerte.

—*El lazarillo de Tormes.*

—Anda, coge la escalerilla y en el alto de la librería de la derecha lo encontrarás, están por orden alfabético. ¿Sabrás encontrarlo?

—Por supuesto que sabré.

Subió casi hasta el último peldaño, y se puso a revolver algunos libros buscando la letra correspondiente del archivo. Manuel sujetó la escalera, por miedo a que la zagala pudiera caerse. Al alzar los brazos la falda subió por encima de sus rodillas, casi podía rozarla las piernas con sus labios, no sabía si podría aguantar un minuto más en ese estado, tenía que haberlo pensado, sabía que Rosita podía mover el mundo y volverlo del revés.

—Lo encontré.

Se dio la vuelta.

—¿Me ayuda a bajar?

Le rodeó con sus brazos la pequeña cintura dejando que su cuerpo se

pegara a de él, ella pasó sus brazos por detrás de su cabeza a modo de abrazo. Poco a poco fue dejando que su cuerpo se escurriera rozando el suyo. Notó sus pechos, su cintura, aquellas piernas tan largas y perfectas y sus ansias de hombre salieron a luz, provocando en su interior una ráfaga de erotismo que ella debería de estar notando. Cada vez estaban más juntos. La chiquilla no separaba su cuerpo del suyo, y cuando sintió su cara con la suya toda su razón se apagó. Cualquier razonamiento fue extinguido por sus instintos de hombre. La acarició la cara sujetándola el mentón y la besó, la besó como no había besado a nadie, poniendo en aquel beso todos sus sentimientos y toda el alma. Acarició sus labios con la lengua, la fue mordisqueando poco a poco y notó como ella respondía a su beso, y le acariciaba el pelo con sus manos. ¿Sería posible que sintiera algo por él? ¿O sería solamente un capricho de niña? Siguió jugando con sus labios y con su lengua, se apretaba contra ella, y comenzó a acariciarle la espalda. La escuchó gemir. Tenía que parar, tenía que dejar de besarla o no podría responder de él mismo. A punto estuvo de retirar todo lo de la mesa, tumbarla y hacerla suya.

No pudo, no debía, no podía dejar llevarse por su instinto animal. Se separó de ella, la miró y le dijo:

—Perdona... no sé qué me ha pasado.

Ella no contestó, se volvió a sentar, y con la cara roja como la grana y el impulso a flor de piel, comenzó a leer *El Lazarillo de Tormes*.

Él no podía seguir así, tenía que desahogar su cuerpo. Pidió permiso para ausentarse un momento.

Se quedó desconcertada con el libro en la mano, lo cerró y se echó a llorar. ¿Qué la estaba pasando? Se estaba convirtiendo en una cualquiera, en una ramera de esas que andan por los caminos ofreciendo su cuerpo. ¿Por qué se había dejado besar de aquella manera? Había estado a punto de hacer el amor con el señorito Manuel. Estaba perdiendo la cabeza, ella tenía novio, Hilario era su novio, su amor, con el que había soñado toda la vida, desde que era niña. Pero ese beso le había quitado la razón. No podía rechazarle, no era un beso como los de Hilario, poniendo la pasión que le pedía su cuerpo, sin dejarle a ella intervenir.

El señorito Manuel había sido dulce como la miel, había sentido en su boca como una caricia de la cual no se podía apartar. Pareciese como si en sus labios hubiera sentido todo el amor del mundo. Él había dejado que acariciase su pelo y que le besara a su manera, como a ella le gustaba, con ardor, pero poniendo cariño en cada caricia. Se estaba volviendo loca. ¿Besaría a todas las mujeres igual? ¿Por qué a ella? No podía seguir allí, la cabeza le daba vueltas de tanto pensar.

Escuchó la puerta. Sin decir nada, Manuel se sentó y le dijo que comenzara a leer. Ella lo hizo, nerviosa, pero lo hizo, procurando que él no notara el azoramiento que le producía su mirada, sostuvo el libro con una mano y posó la otra sobre el escritorio. Sin decir una palabra Manuel le cogió la mano y se la acarició, y se la tuvo cogida hasta que terminó la segunda página. Ella no hizo nada por rechazarle. ¿Estaba loca? Seguro que sí, mañana mismo iría a confesarse con don Anselmo, que de seguro le aconsejaría entrar en el convento de las dominicas, pues estaba perdiendo la razón... la razón, los sentimientos y el alma.

Después de la lectura, comenzaron con las matemáticas. Cuando comprobó que hacía perfectamente las divisiones, comenzó con problemas fáciles que ella solventó sin dificultad alguna.

—Ya son la siete, señorito, madre se estará cansando de esperar.

—Que esperen un poco más —dijo Manuel, cogiéndola de la cintura y volviendo a besarla poniendo en ese beso todos sus sentimientos—. Eres preciosa. ¿Te has planteado los hijos tan guapos que podríamos tener?

A Rosita le dio un ataque de risa, dejando ver su blanca dentadura perfectamente alineada.

—Hemos estado a punto de cometer un pecado, señorito.

—Jamás te haría daño, jamás, antes preferiría morir a dañarte, solamente te haré mía cuando te cases conmigo. Nunca me aprovecharía de ti.

Cuando salieron al jardín, Edelmira y Matilde se levantaron a modo de reverencia hacia el señorito Manuel.

—Sin prisas, terminar de tomaros las hierbas, yo marchó a terminar unas



cuentas que he dejado a medias, mañana seguiremos con la clase, Rosita.

Rosita no despegó palabra, se sentó al lado de Matilde y esperó a que acabaran la charla.

En el camino de vuelta no paró de darle vueltas a la sesera, se sentía como una maldita pecadora y además las palabras del señorito le machacaban las mientes como un mazazo: “*Nunca me aprovecharía de ti, te haré mía cuando te cases conmigo*”.

¿Eso significaba que el señorito Hilario se estaba aprovechando de ella? Si la quería tanto, ¿por qué no se casaba con ella en lugar de hacerlo con la señorita Pilar? ¿Cómo no había tenido el suficiente valor de enfrentarse a su padre? Que distinto había sido todo con el barón, la manera de tratarla, de besarla, ¡qué tonto! Incluso había hablado de boda y la había respetado. Segura estaba que de haber querido la hubiera hecho suya, ella no hubiera podido resistirse.

—Muy callada vas, Rosita, ni que te hubiera comido la lengua el gato — dijo su madre.

—Cosas mías, madre, andaba liada con la cabeza en las cuentas que me ha puesto el señorito Manuel.

—Eso está bien, que buena persona es, no hay otro como él en el pueblo.

Cuando se quisieron dar cuenta ya atravesaban la calle Real, donde se cruzaron con Hilario y Pilar.

Le agarraba del brazo y no le pasó desapercibido a Rosita como el señorito la besaba tras un árbol, pensando en que nadie les miraba, hasta que con algo de azoro Pilar se dio cuenta de que las tres se encaminaban hacia ellos.

Alisándose la falda y tratando de arreglar de manera rápida el pelo, se acercaron hacia ellas.

—Cuánto bueno por aquí —comentó Pilar—. ¿Dando una vuelta?

—Camino de la casa —respondió Matilde—, que ya va siendo hora de recogerse, hay que preparar la cena.

Rosita se dio cuenta de que Hilario ni siquiera la miró, sino que aferró con más arraigo su brazo al de Pilar. Ella miró con envidia el bonito vestido que lucía y aquellos zapatos de tacón alto y fino. Bajó la mirada como aparentando decoro, sabía que lo que habían hecho no estaba bien y le remordía la conciencia. En menos de quince días se convertirían en marido y mujer a no ser que el señorito cambiase de opinión y dejara a la señorita Pilar, pero segura estaba que no lo haría. Las palabras del señorito Manuel la habían dejado muy pensativa. Quería decir que Hilario no la estaba respetando, por mucho que dijera que la quería y que lo demás no importaba. Tendría que volver a verle y no sucumbir a él como cada vez que le veía, le dejaría las cosas claras: si no se casaba con ella, no volvería a verle.

Pasados dos días se las arregló para dejar la nota en el árbol grande y con la complicidad de Marinita se encontró con él en el lugar de siempre.

No sabía si fue porque el señorito Manuel siguió agasajándola como si de una princesa se tratara, si eran aquellas caricias y esos besos tan dulces, diciéndole que no tardaría en hablar con sus padres para hacerla su mujer, cosa que ella todavía no creía cierto, pero cuando llegaba la acariciaba y le decía esas cosas tan bonitas, y sus besos la cegaban de aquella manera, él se retiraba diciendo que jamás se aprovecharía de ella sin estar casados, que ella se merecía un respeto, y que él la quería, la quería de verdad, que su razón comenzó a cambiar. Comenzaba a sentir algo muy adentro por el barón y se arrepentía con todas sus fuerzas de haber dado su cuerpo al señorito Hilario, la estaba engañando, había sido una tonta pensando en que sus palabras eran verdaderas.

Sentía el corazón hecho cisco, anhelaba los besos de Manuel, pero le dolía en el alma que el señorito Hilario se estuviera aprovechando de ella.

Cuando llegó al camino de la huerta y le vio haciendo sitio detrás de los matorrales, preparándose para hacerla el amor, ni se sentó siquiera, le miró y le dijo a la cara todo lo que llevaba guardado desde hacía tiempo, todas sus dudas y le acusó de aprovecharse de ella, le llamó mentiroso, abusador y desaprensivo, le dijo que no creía en sus mentiras de amor y no estaba dispuesta nunca más a dejar que sus manos la tocaran ni una sola vez. Durante más de diez minutos dejó que salieran por su boca todas las palabras

que llevaban retenidas en la sesera y que solo había sido capaz de referir a Marinita.

Una vez escuchado el sermón de la niña, Hilario se levantó, limpió la culera de sus pantalones, se mesó el pelo con toda la tranquilidad del mundo le dijo:

—Eres una niñata tonta y consentida, no sé en qué estaría pensando para liarme contigo. ¿Qué piensas, boba, que la belleza lo es todo? ¿Qué te has creído? ¿Qué podías ser mi esposa? Eres una inculta inútil, que lo único que vas a conseguir en la vida es ser la criada de alguien, al igual que tu madre y toda tu familia. Deberías de estarme agradecido solo por haber pensado en hacerte mi amante, no te hubiera faltado de nada. ¿Has creído en algún momento que podías compararte con Pilar? Ella va a ser mi mujer, ¿lo oyes? Mi mujer, la madre de mis hijos, algo que tú jamás serás. En algún momento pensé que quizá pudieras ocupar ese lugar en mi vida, pero razón llevaba mi padre, eres una mema creída y tonta. Más vale que bajes la cabeza y me pidas perdón si en algo estimas tu futuro, déjate de tontadas y ven aquí cada vez que te lo pida, saldrás ganando y nada te habrá de faltar. Volveré en un par de días y, si no vienes, daré por zanjada nuestra relación. ¡Piénsatelo bien! Es a lo único que puedes optar.

Salió de allí llorando y corriendo, entrando por las calles menos habitadas del pueblo, cruzando algún que otro establo para que nadie la viera. Se encontró con Marinita, que como siempre la esperaba en un banco tras la ermita de la virgen de la Roca. Al verla en ese estado, su amiga la estrechó entre sus brazos y sin decir nada la dejó llorar, hasta que pudo hablar y desahogarse con ella.

Marinita la besó en la frente y le dio todas las palabras de consuelo que pudo, dándole por completo la razón, ella sabía que no estaba bien lo que había hecho con ella el señorito Hilario. Le dijo que un par de semanas se olvidaría de él, que siguiera con su vida, tenía mucho por delante, sobre todo ahora que el barón le estaba dando clase y que quería hacerla su esposa.

—¡No digas bobadas, Marinita! ¿Cómo voy a saber si eso es verdad?

—Esperando... Espera a ver si dice algo. Si le va con el cuento a tus

padres es que te quiere.

—En eso llevas razón. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si lograra ser la esposa de don Manuel?

—¿Qué problema tienes ahora, es que no le quieres ni siquiera un poquito?

—Pues claro que sí, es tan fácil quererle, pero no me refiero a eso. ¿Cómo justificaría que no soy virgen?

—¡No había pensado en ello! Déjalo estar, todavía no sabemos si es verdad lo que dice el señorito Manuel para que le des a la sesera más de lo normal, bastante tienes con lo que te ha pasado hoy. Vámonos, es tarde, procura descansar, y olvidarte de ese botarate, al final de cuentas tu madre tenía razón, no son buenos, vienen de mala casta. Mi padre también lo mienta alguna vez cuando habla del boticario, creo que fue muy mala la vida que le dio a su mujer, el poco tiempo que le duró como esposa, que se iba con unas y con otras.

—Debería hacer más caso a madre.

—Pues hazlo, y no se te ocurra volver a las andadas, porque mucho me temo que si el señorito Hilario te llega con mil perdones, capaz eres de perdonarle y seguir en las mismas.

—¡Jamás! Eso no lo haría nunca.

## CAPÍTULO XLI.

*“Nadie se puede evadir de lo que está por venir”.*

Habían pasado seis meses desde que la boda del señorito Hilario con Pilar se celebró con toda la pompa y boato requerido para la ocasión. Llegaron personalidades de toda la provincia y hasta algunas de Madrid. El buen tiempo acompañó, y la celebración después de la ceremonia, que acabó a la una, se alargó hasta más de las cinco de la madrugada, con toda clase de manjares, servicio impoluto, contratado en varios pueblos a la redonda, y baile que duró toda la noche amenizado por una de las mejores orquestas de Madrid.

El traje de la novia causó sensación entre sus amistades, y los padres de ambos no cabían en sí de gozo. Acordaron que vivirían en la hacienda de Peñas Albas, perteneciente a don Alfredo, padre de la novia, empeño de Pilar que se negaba en rotundo a abandonar la casa que la había visto nacer. Don Hilario el boticario dio su beneplácito a cambio de que los novios pasaran a verle al menos dos veces a la semana.

La vida seguía en el pueblo. Ese invierno fue frío y hasta la nieve se dejó ver por los contornos. Más de una covacha tuvo que ser restaurada y algún chenil que otro recompuesto para que a los animales no les cayera el agua encima. Marina, la alta, dio el visto bueno para que Marinita iniciara relaciones con Anicetín, el hijo del tío Felipe; al fin y al cabo, habían de pasar al menos dos años para que se llevara a cabo la petición de mano, y mal partido no era el chiquillo, de sabido era que su padre buenas perras tenía. Francisquita ya le iba a dar su primer nieto, y al alcalde se le caía la baba solo con pensarlo. Aunque no por eso el padre y la hija dejaran de jugarse la vida y el prestigio al atravesar los montes para llevar los avisos al maquis, que todavía seguía escondido en la sierra cercana.

Antolín, el sargento, marido de Francisquita parecía haberse conmovido al saber que iba a ser padre, pero no por eso dejó sus juergas en todos los lupanares que se encontraban camino de la capital, y acabó por conformarse

con lo que en la cama le ofrecían las ramerías, ya que era incapaz de pedirle a su mujer lo que aquellas mozas eran capaces de darle. Dentro de lo que cabía, se portaba como un buen marido, y procuraba guardar el genio para cuando salía de la casa, al fin y al cabo su suegro era la mayor potestad del pueblo y más valía tener contenta a la hija.

Don Anselmo recibió en confesión a Rosita y al saber cuál era su situación se alegró que la relación con aquel botarate, que en sus adentros sabía que no era su hermano, se hubiera terminado.

Marcial iba y venía cada domingo, dejando todo el dinero que podía en manos de su esposa para que a las dos mujeres no les faltara de nada.

El boticario siguió con su vida anhelando un nieto que no terminaba de llegar, mientras veía que su hijo seguía igual de vago que antes de la boda y que todos los viajes que requería la hacienda de su suegro los hacía con gusto con tal de separarse de aquella mujer a la que no quería. Por su parte, Pilar sufría en silencio aquella soledad a la que la tenía sometida su marido con tanto viaje, y cuando permanecía en la finca mandó instalar una cama para él en el vestidor, alegando el desasosiego que sentía su mujer ante sus ronquidos, hecho que desagradó totalmente a Pilar.

Don Manuel se presentó un domingo en casa de Edelmira y le pidió la mano de su hija, como mandan los cánones. La madre de Rosita no se extrañó de nada, pues su hija ya le había contado las intenciones del barón para con ella. Marcial, llorando, dio su beneplácito a aquella unión que consideraba una bendición para su hija.

Sin embargo, solo Marinita y Rosita sabían la verdadera historia y lo que estaba por llegar, los demonios acechaban y Dios la estaba castigando por su mal hacer en el pasado.

Desde que Rosita se dejó hacer el amor por el señorito Hilario, ya iban para ocho meses, no pasando ni siquiera un mes se dio cuenta que algo no funcionaba en su cuerpo como debiera. Sus pechos se hacían cada día más grandes y cualquier cosa que comiera le sentaba mal. Marinita enseñada se dio cuenta de que tenía el mismo mal que su hermana la Francisquita, no cabía duda de que estaba embarazada. Durante los últimos meses lo disimuló

como pudo, vendándose la tripa lo más apretada posible, además de los pechos. Echando sangre de gallina o de cualquier animal muerto que encontrara en el campo en los paños del mes, para que su madre apreciara como los lavaba y tendía. Pero aquello ya no se podía sostener. Ni tan siquiera sabía cuándo nacería lo que llevaba dentro, aunque calculando con un poco de sesera barruntaba que no faltaría más de mes y medio.

Se desesperaba. ¿Cómo iba a afrontar lo que se le venía encima? Padre moriría del disgusto y de su madre no quería ni pensar. No se le venía a la mente por donde podía salir, lo mismo le arreaba una paliza de muerte, que podría sacar el cariño a relucir; con madre nunca se sabía. Necesitaba una solución urgente, y antes de comunicarlo en su casa, debería de saberlo el señorito Hilario y conocer su opinión sobre aquel chiquillo que estaba por nacer. Admitirlo como padre y pasar los dineros que fueran menester. No sabía cómo podría reaccionar el barón a su estado, por buena persona le tenía, pero al final de cuentas era hombre y temía su temperamento hacia el señorito Hilario. Hasta quizá quisiera deshacer el casorio con ella, sería lo más normal, ya que llevaba dentro el hijo de otro. En su casa no sobraba nada y la cosa no estaba para mantener otra boca. Marinita le había dicho que mucho estaba tardando en decirlo, tendría que presentarse en Peñas Albas con cualquier motivo y hacerle saber al hijo del boticario que iba a tener un retoño, amenazarle incluso con contárselo a la señorita Pilar si no quería hacerse cargo, y una vez lo hubiera arreglado con el padre del chiquillo, sería más fácil contarle en casa.

Siempre con su fiel Marinita de la mano, a eso de las diez de la mañana se encaminaron dando un paseo hasta la finca de Peñas Albas, que distaba unos dos kilómetros del pueblo. A la Francisquita le había dicho don Mariano que era bueno andar para el estado en el que se encontraba, por lo tanto, mal no le iba a hacer una caminata de vez en cuando.

Con los nervios a flor de piel y cansada como una meca, se sentó en un banco de la entrada del jardín de la casa mientras Marinita llamaba al timbre.

Una de las criadas las recibió con cara de amargada, y al comunicarle que querían ver al señorito Hilario, les contestó que la señorita Pilar andaba en la capital con su padre, y quizá el señorito no quisiera recibirlas. Rosita se

levantó de la bancada y le dijo que le avisaba o se ponía a gritar su nombre.

La criada las hizo pasar a una salita y las invitó a acomodarse en el sofá.

Rosita se alegró de que la señorita no estuviera en casa, con lo cual podría hablar con toda la libertad del mundo.

—Cuánto honor, Rosita y compañía, no sabes lo feliz que me hace que te hayas llegado a verme.

—Muy feliz no va a seguir cuando sepa a lo que he venido, señorito.

—No será para tanto, prenda. ¿Queréis tomar algo? Enseguida le digo a Rosaura que traiga un tentempié.

—No se ande molestando, señorito, me he llegado con la Marinita que es la única que sabe lo que he venido a comunicarle.

—Bueno, ya veo que vienes con prisas, pues tú dirás.

—Voy a tener un hijo, y no hay que pensar mucho para saber que usted es el padre.

—¿Estás loca, muchacha? ¿Cómo lo sabes? ¿Crees que un hijo viene así, por el aire? Hace más de ocho meses que tú y yo no nos vemos, a no ser que nos hayamos cruzado por la plaza, y que yo sepa solo lo hicimos un par de veces y puse todo el cuidado del mundo.

—¡Señorito! ¡Le digo que voy a tener un hijo! Y si se considera un hombre tendrá que admitirlo y hacerse cargo, como me voy a hacer yo.

—¿Te ha visto algún médico?

—¿Se ha vuelto loco? Solo lo sabemos los tres que estamos en esta sala.

Hilario casi no se tenía en pie y tuvo que tomar asiento, sabía que Rosita no mentía, y mucho le extrañaba que la chiquilla hubiera estado con más hombre que él. Se rumoreaba que andaba tonteando con el barón de Baldeaguas y que la había pedido en matrimonio, pero él no era tan tonto como para creerse esas patrañas. Ningún hombre con esa posición, estando en su sano juicio, se casaría con la hija de una criada pudiendo hacer un buen



casorio. No debía perder la calma, tendría que convencerla para que permaneciera callada, menos mal que no lo había pregonado en su casa, la Edelmira hubiera sido capaz de matarle. Tendría que serenarse y pensar en algo rápido, sobre todo que no llegara a oídos de Pilar, si se enterase su suegro le echaría de Peñas Albas. Lo primero era deshacerse de Marinita, no pintaba nada en el asunto y podría irse de la lengua y convencer a Rosita de no volver a decirle nada.

—Está bien, prenda, esto es algo que nos corresponde solamente a ti y a mí, así que si no te importa Marinita, espéranos en la mesa del jardín que ahora te sirven un refresco.

—No tengo nada que ocultarle a mi amiga.

—Rosita, si quieres que arreglemos este asunto, va a ser a mi manera.

—Está bien, tranquila, Rosita, ya me salgo.

—Vamos a ver, niña, lo primero es lo primero. Tiene que verte un médico, una matrona, o alguien que entienda de estas cosas. ¿Te has planteado que en vez de un embarazo sea alguna enfermedad?

—No, esas cosas se saben.

—¿Tú qué vas a saber, alma de cántaro? Te crees que porque tomes clases con relamido ese de Baldeaguas ya eres una licenciada? No vas a hablar con nadie de lo que voy a decirte, ni tan siquiera con tu amiga. Se le podría escapar algo, y si luego resulta que no es un embarazo, ya no te quita el san Benito de las comadres ni la virgen de la Roca. ¿No te das cuenta de que todo esto lo hago por tu bien?

—Está bien, no diré nada.

—Mañana vas a poner cualquier disculpa a tu madre, que ya debe de estar más tranquila que cuando tenía la mosca detrás de la oreja con lo nuestro, y te voy a llevar a la comadrona de Villabeza. Te espero a las nueve tras la ermita de la virgen de la Roca. Tenemos que saber si estás embarazada, y en caso de estarlo, nos dirá si todo va bien, y después nada has de temer, que yo me haré cargo de todo. No voy a consentir que pases por esto sola. Si tengo que pregonar a los cuatro vientos que soy el padre, lo haré. Todo antes de que

cargues tú sola con todo esto. Alegra esa cara, prenda, que siempre estaré contigo. Al principio seremos la comidilla del pueblo, pero después todo se pasa, al fin y al cabo un hijo siempre es una alegría.

—¿De verdad piensa así? ¿Y qué pasará con la señorita Pilar?

—Lo que tenga que pasar, habrá de aguantarse, al igual que su padre. Y si no les viene bien, soy capaz de volverme a mi casa con mi padre. Ahora marcha y prométeme que vas a callar y no vas a decir nada de nada, ni tan siquiera a tu amiga. Ya lo diremos, cuando lo tengamos que decir. Y si es verdad que andas de tonteos con el de Baldeaguas, lo tendrá que aceptar, como tendrá que hacerlo Pilar.

—Está bien, señorito, no me esperaba que iba a reaccionar así.

—Si supieras cuanto te sigo queriendo, no dirías eso, prenda.

—Marcho ya, mañana nos vemos.

Según observó salir por el portón del jardín de la finca a las dos muchachas, tiró para las cuadras y arreció con el mejor de sus caballos hasta la botica, donde a esa hora debería de encontrarse su padre.

—Bueno, ¿me vas a contar o no? —preguntó Marinita.

—No te lo vas a creer, me ha dicho que se hará cargo de todo, que no diga nada de momento, y que esté tranquila, que aunque se tenga que enterar el mundo entero, no me dejará sola.

—Hemos hecho bien en venir, Rosita, ahora es cuando puedes contarlo en casa. Ya sé que vas a pasar un mal rato, pero tienes que hacerlo, o va a nacer el chiquillo y les va a pillar a todos por sorpresa.

—Lo haré el domingo, cuando llegue padre.

Rosita se calló la cita que tenía el día siguiente en Villabeza para que la examinara la comadrona tal y como le había pedido el señorito Hilario, si él había pensado que era mejor así, sus razones tendría.

Una vez hubo terminado de hablar Hilario con su padre, este pegó un portazo al portalón de la botica y dijo:

—Ese hijo no puede nacer, bajo ninguna circunstancia. No será porque no te lo había advertido, siempre has sido un imbécil, un vago, y nunca jamás has hecho nada de provecho, pero no me imaginaba que llegarías tan lejos.

—Padre, no hace falta que me insulte, ¿o es que usted no ha dejado su semilla en algunas mozas del pueblo? Que me han llegado los rumores, y que después tuvo que soltar sus buenos dineros para que no saliera su nombre en el asunto.

—Claro que lo hice, siempre he sido un mujeriego y nunca voy a negarlo, pero jamás he sido tan idiota de dejar embarazada a mi propia hermana. ¡¡Idiota!! ¡¡Más que idiota!! Rosita es tu hermana. Me enamoré como un loco de la Edelmira y ella de mí, y hasta que no la dejé preñada no paré. A punto estuve de dejarlo todo por ella, pero cuando vi que llegaba el Marcial con buenas intenciones y sabiendo que iba a cargar con un hijo que no era de él, y que no le importó, reulé, eché para atrás y siguiendo los consejos de mi padre no volví a hablar del asunto. Siempre he querido volcar mis dineros a la Edelmira para que a mi hija no le faltara de nada, que se me cae la baba cada vez que la veo pasar, pero es orgullosa como un roble, y desde que casó con su hombre y tuvo a la niña no quiso saber nada más de mí.

Deja de poner esa cara de tonto y vámonos a darle un buen dinero a Flora, la matrona de Villabeza, y a dictarle lo que ha de hacer, no será la primera vez que se lo he pedido, ya te he dicho que ese hijo no puede nacer de ninguna de las maneras.

## CAPÍTULO XLII.

*“Hijo eres, padre serás, cual hicieras, te harán”.*

En el convento de las dominicas celebraban el cumpleaños de la superiora. La madre Crista no cabía en sí de gozo. Asistió a la boda de su hijo, junto a sor Teresita. Se presentó por sorpresa sin que nadie la hubiera invitado, recibiendo los parabienes de los novios y sus padres por aquella visita inesperada y que celebraron de todo corazón.

Ella abrazó a su hijo, con aquel abrazo en el que puso toda el alma, y aunque intentó disimular, no pudo dejar de llorar en toda la ceremonia, recibiendo pataditas debajo del hábito por parte de sor Teresita, que un color se le iba y otro se le venía. Intentaron marchar de vuelta al convento después de los esponsales, pero los novios insistieron que se quedaran a tomar algo y les dieran ese gusto.

Crista se quitó la medalla de la virgen de la Roca que de niña le puso su madre al cuello y con el mismo gesto se la puso a su hijo, diciéndole:

—No te la quites nunca, hijo, ella cuidará siempre de ti.

A Hilario por un momento se le hizo un nudo en la garganta. No se esperaba ese gesto tan íntimo de la madre superiora de las dominicas y a poco se le saltan las lágrimas.

Cuando quisieron darse cuenta ya habían pasado más de dos horas en la mesa de los comensales y, dejando sus sentimientos a un lado, se retiraron al convento deseando a los novios y a la familia sus más prósperos deseos. No dejó de llorar en todo el camino de vuelta, aunque más bien era de felicidad. Su hijo había contraído santo matrimonio, era un buen muchacho y se había criado con una buena familia.

Tres visitas hizo después de la boda a la finca donde vivían los novios, con la excusa de llevarles alguna medallita o alguna estampa de la virgen. Siempre había salido Hilario a recibirlas y, no sabiendo porqué, notaba que su mirada hacia ella era distinta, como si su alma barruntase algo, aunque bien sabía que eso era del todo imposible. Pero marchó contenta al contemplar que seguía llevando al cuello la medallita que le regaló el día de su boda.

En aquel cumpleaños la felicidad le salía del alma, no sólo celebraba un año más, también agradecía a Dios que su hijo estaba sano y salvo y era feliz, solo le pedía a la virgen que le concediera un hijo. Ya iban para varios meses y todavía el señor no les había dedicado ese favor.

La hermana cocinera se había esmerado en una comida especial. Sopa de menudillos y rabo de vaca guisado, buenos dulces de los que elaboraban las hermanas y una tarta de castañas y nata que sabía a gloria bendita.

No recordaba haberse sentido tan feliz. El convento no iba mal y las obras habían quedado de guinda. Las hermanas ya tenían hábitos de quita y pon, a ninguna le salían sabañones por lavar a mano, ya que habían conseguido a muy buen precio las máquinas de lavar, y con los aparatos de radio, se reunían a escuchar los seriales tras la comida, que después comentaban haciendo una buena sobremesa. Hasta habían comprado una especie de tapón para la hermana Lucrecia, que la pobre estaba sorda perdida, y desde que le pusieron ese aparatejo de nueva creación andaba como loca, sin tener que usar la vieja trompetilla de su padre.

No había habido problema alguno con el obispo al saber de las modernidades que había hecho colocar en el convento, ni por el cambio de colchones y el arreglo de las celdas, ni tampoco por ampliar la salida a la calle de la clausura. Ni que decir tiene que la boca del obispo permanecía cerrada y sin protestar gracias a don Anselmo que siempre sabía echarlas un buen capote.

## CAPÍTULO XLIII.

*“El malvado la pena dilata, pero de ella no escapa”.*

A las nueve de la mañana, Rosita esperaba sentada en el banco más escondido de la plaza de arriba, tras la ermita de la virgen de la Roca. A esa hora, los gañanes ya habían salido a las tierras y era algo pronto para que las mujeres asomaran su cuerpo serrano por los caminos, andaban aviando las casas y preparando la comida para cuando llegaran sus hombres. Escuchó chistar y al volver la cabeza vio al señorito Hilario en el asiento del conductor de su coche nuevo, uno que le habían traído de Alemania, regalo de su suegro, con el que se paseaba con la señorita Pilar al lado todos los domingos para llegarse a la misa. Y para después marchar al aperitivo a la taberna del tío Benito. Pero no era la señorita Pilar la que ocupaba el asiento delantero al lado del conductor, sino el boticario don Hilario su padre. ¿Qué diantres pintaba en el asunto? ¿Él mismo le había dicho que permaneciera callada? El tema era de mucha importancia, como para habérselo referido a su padre. Abrió la puerta trasera y se introdujo en aquel coche, que era blanco como las nubes y más largo que un tranvía.

El coche se puso en marcha, ella bajó la cabeza, pero don Hilario el boticario se volvió y la miró:

—No has de avergonzarte por nada, niña, Hilario me ha contado el estado en el que te encuentras. Y ha hecho bien en pregonármelo. Nada has de temer que vamos a ayudarte, si es menester yo mismo hablaré con tu madre y si alguien se tiene que llevar la culpa, se la llevará mi hijo. Vamos a cuidar de ese hijo que viene en camino entre todos, no te dejes vencer por el miedo, ya se nos ocurrirá algo, incluso podríamos hacerle pasar por el hijo de alguna de las criadas de la finca.

—De ninguna manera, ese hijo es mío y nadie me lo va a quitar.

—Pues anda tranquila, que nadie habrá de quitártelo, serán un par de días de enfado de tus padres y quince de habladurías de las comadres del pueblo, luego todo pasará y se verá como cosas del pasado, no has de ser ni la

primera ni la última que trae un hijo al mundo sin haberse casado, y que yo sepa andas en capilla con el señorito Manuel, y por si fuera poco vas a convertirte en baronesa.

—A mí eso me importa poco, don Hilario, yo quiero de veras al señorito Manuel y yo misma le diré que llevo dentro el hijo de otro. Él es un hombre bueno y habrá de comprenderlo.

—Y lo hará, hija, lo hará, tú ahora no te preocupes por nada, lo primero es lo primero, hay que averiguar cómo andas de salud, y como está ese chiquillo, que las ciencias avanzan y Flora, la de Villabeza, ha traído muchos bebés al mundo y es versada en esos menesteres.

Ni quince minutos tardaron en aparcar el coche en la puerta trasera de la casa de Flora, tras unos árboles, para que nadie se percatara de su presencia. La curandera fue a recibirlos y mirando hacia un lado y a otro les hizo pasar. Metió a Rosita en una habitación que olía a formol. Las paredes recién pintadas de blanco, una camilla con una sábana limpia y en una mesa unas bateas con aparatos y pinzas que no sabía para qué servían. Sobre una silla toallas apiladas, en una esquina un fregadero con palanganas y en otra mesa, enseres de esos que tienen los médicos en las consultas, bolsas de algodón, alcohol, agua oxigenada, gasas y frascos con líquidos de colores. Rosita se tumbó en la camilla tal y como le había dicho Flora y esperó.

Mientras tanto en el salón de la vivienda, los dos hombres y la curandera charlaban al tiempo que don Hilario depositaba sobre una mesa un buen fajo de billetes.

—¿Están ustedes seguros de lo que van a hacer? Quiero que sepan que es peligroso, el embarazo está muy avanzado, y no es que vayamos a producir un aborto, sino que vamos a matar a una criatura que incluso podría nacer. ¿Han pensado que le diremos después a la chiquilla? ¿Cómo se lo va a tomar? Tonta no se la ve, y de seguro que se hará preguntas, y yo, la verdad, por unos billetes no quisiera meterme en ningún lío.

—Qué lío ni que lío, si es por el dinero no se hable más, aquí va otro fajo, de seguro que nunca habrás visto tanto dinero junto, y no es la primera vez que me haces estos recados y nada ha pasado, y bien que siempre te lo he

recompensado.

Has de tenerla dormida para que de nada se entere y no sufra, y cuando despierte, le cuentas que ha tenido una hemorragia, se quedó sin conocimiento y perdió el hijo que nació muerto, y si es menester se lo enseñas. Es lo mejor para ambos, no solo para mi hijo, sino también para ella. No tendrá que enfrentarse a las malas lenguas, ni a las palabras ponzoñosas de las cotillas, ni darle el disgusto a sus padres. Por no hablar del barón, que aunque la gente piensa que son habladurías, sé de buena tinta que ya ha hablado con los padres de Rosita para empezar a cortejarla y en el tiempo que consideren hacer casorio. ¿Cómo habría de sentirse el de Baldeaguas sabiendo que lleva el hijo de otro?

—Don Hilario, poco me importan las cosas de cada cual, los problemas que me está presentando míos no son, yo solamente quiero que sepan que lo que vamos a hacer conlleva su peligro para la Rosita, y además sería menester que quedara conmigo un par de días para su recuperación completa.

—¿Estás loca, Flora? ¿Y qué le cuento a la Edelmira? ¿Que me la llevo de vacaciones? No digas más tontadas, procura hacer bien tu labor, que para eso te he dado sus buenos dineros. Seguro que no te lleva más de media hora y otras dos para que se recupere y nos vamos para el pueblo. Has de darle a la muchacha algún reconstituyente para que se reponga lo antes posible y sobre todo para que su madre no note nada.

—Está bien, pero del entierro del crío se ocupan ustedes, no sea que el demonio la enrede y me vea alguien haciendo una zanja y piense lo que no es.

—No has de preocuparte por eso, ya nos encargaremos mi hijo y yo, tu a lo tuyo, y recuerda lo que te he dicho. No tenemos más de tres horas para que la muchacha eche a andar como si nada hubiera pasado.

Flora entró en la consulta, mientras Hilario y su hijo esperaban en la habitación contigua.

—¿Qué me va a hacer?

—Nada niña, tu tranquila, solo quiero ver que todo anda bien, tengo que auscultarte por dentro, habrá que subir ese vestido hasta la cintura y doblar



las piernas. No quiero hacerte daño, ni hacérselo al pequeño, así que voy a echar unas gotas en ese algodón, has de aspirar todo lo que puedas.

—¿Para qué?

—Para qué va a ser mujer, para que no sientas dolor alguno.

—Cierra los ojos y piensa en algo agradable.

Cuando Rosita estuvo profundamente dormida, Flora pensó que lo mejor era adelantar el parto y precipitar las contracciones, quizá sin llegar a los ocho meses de embarazo, el chiquillo naciera muerto, y de no ser así, ella misma se ocuparía de acabar con su respiración enrollando fuerte el cordón umbilical en cuello del retoño el tiempo que hiciera falta para que dejara de respirar. No era plato de buen gusto, ni pizca de gracia le hacía meterse en aquel embrollo. Una vez pasara todo habría de pedirle más dineros al boticario, se estaba jugando todo el prestigio que tenía en el pueblo y en todas las villas a la redonda. Si los huesos de la pelvis no estiraban se vería obligada a partarlos para sacar la cabeza del crío, podría hacer una cesárea, pero su madre lo notaría.

Mientras tanto, padre e hijo casi ni respiraban. El boticario quería entretenerse con una revista que encontró en la mesa, pero los nervios estaban a flor de piel. Ya había liado más de diez cigarrillos y la Flora no salía. No era bueno emprender un paseo para aflojar las piernas, malo sería que alguien les viera. ¿Qué pintaban dos hombres en casa de la Flora? Enseguida comenzarían a regar el terreno las malas lenguas.

Más de una hora llevaba la Rosita dentro con la curandera y ni tan siquiera había salido un segundo a darles los parabienes.

En ese momento se abrió la puerta y vieron a una Flora con cara llorosa y compungida con la bata blanca bañada en sangre.

—¡Se nos va! ¡La niña se nos va, señorito Hilario! ¡Ha entrado en hemorragia! Le he puesto de todo y no se corta ¡Se nos va! ¿Me escucha? Esto huele muy mal, la niña no despierta, ya no sé qué hacer, tenemos que llevarla al sanatorio de la capital, si es que no se nos queda en camino. Tenga preparado el coche y entre el señorito y yo le ayudamos a meterla en la parte

de atrás, no podemos esperar ni un minuto más.

—¿Qué coño has hecho para que esté pasando esto? ¿Es que no sabes hacer tu trabajo como es debido? ¿Cómo ha podido pasar? Entra ahí y solúcionalo. ¡Despierta a la Rosita inmediatamente! ¿Me has oído? ¡Inmediatamente! Si es que no quieres sufrir las consecuencias.

El hijo del boticario daba vueltas por la sala sin dejar de fumar, aquello no podía estar pasando, él jamás había querido el mal para la chiquilla, bien lo sabía Dios. Comenzó a llorar, las manos comenzaron a temblarle y se le cayó el cigarrillo al suelo.

Su padre reaccionó dándole un cachete.

—¿Ves la que has liado, imbécil? Vamos a acabar todos en la puta trena por tu culpa.

Flora se esforzaba por despertar a Rosita, pero la niña, yacía como muerta bañada en sangre. Dos sábanas habían quedado totalmente empapadas.

El boticario entró en la consulta y casi cae al suelo al encontrarse tal panorama. Se acercó a ver al bebé que estaba envuelto en una toalla sobre una silla, su carita se veía totalmente morada y su respiración era nula. Destapó la toalla, era una niña, más bien pequeña, volvió a taparla y se le revolviéron las tripas, no le quedó más remedio que vomitar en una esquina del habitáculo.

Rosita permanecía en la camilla. Yerta y pálida, las piernas totalmente abiertas, dobladas y sujetas con unas correas a dos varas enganchadas en la camilla, dejaban ver la pelvis con los huesos totalmente rotos; la sangre caía mientras Flora seguía esforzándose por taponar aquello con toallas y trozos de sábana.

—La Rosita no dilataba, he tenido que romper los huesos para que saliera la cabeza, y he utilizado más anestesia, quizá por eso no despierta. Pero no puedo cortar esta hemorragia. He metido las manos hasta el fondo y he tratado de realizar un raspado, pero ni con esas, no tengo ni idea si se habrá roto el útero, pero no estoy preparada para esa clase de operación. Su latido es muy débil, yo no puedo hacer otra cosa, la chiquilla se está muriendo.

La cabeza le daba vueltas, tenía que hacer algo inmediatamente, ponerle solución a todo aquello. ¡Era su hija! ¡Maldita su estampa! ¡Jamás se iba a perdonar lo que estaba haciendo! Pero no estaba dispuesto a que su hijo acabara en la cárcel.

—Hilario, trae el coche inmediatamente y lo arrimas cercano a la puerta, y tú, Flora, ayúdame, coge a la Rosita y a la niña y vamos a meterlas en la parte trasera.

Envolvieron a madre e hija en una sábana y la depositaron en los asientos traseros del coche.

—Flora, coge la placenta y algún instrumento de esos que utilizas para los abortos, embadúrnalos de sangre y échalos también dentro de la sábana. Limpia con afán la consulta. A todo el que pregunte, no nos has visto. Mañana me pasaré y te doblaré el dinero que te he dado. Si hablas caeremos todos, ya lo sabes.

—Por la cuenta que me trae, señorito.

El boticario estaba seguro de que Rosita había muerto, se acercó y no notó latido alguno.

—¿Qué vamos a hacer, padre? —dijo Hilario llorando con un hipo que no le dejaba articular palabra.

—Conduce un kilómetro por el camino que va de Villabeza hasta el monte de los cazadores. Es monte bajo, pero también es bosque, está repleto de alimañas. Vamos a dejarlas ahí, le llenaremos las manos y brazos con su propia sangre, al igual que a la niña, que todavía anda con la placenta colgando, pondremos esos pinchos que nos ha dado Flora en la mano de Rosita y haremos creer que ha sido ella misma la que ha querido hacerse un aborto y matar a su hija. Todos creerán que se ha desangrado, si es que no se encargan de hacerlas desaparecer las alimañas y algún que otro lobo que dicen haber visto por los contornos. Y si algo falla, ya me encargaré de que Antolín esté callado, por la cuenta que le trae. Será él mismo el que lleve la investigación y no tiene porqué sospechar de nosotros y si así fuera, todo se arregla con dinero. ¡Y haz el favor de callarte y dejar de llorar! Pareces un maricón. ¡Era mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi propia hija! Y Dios habrá de tenérmelo

en cuenta, de eso estoy totalmente seguro. Que la Virgen nos perdone por lo que hemos hecho.

## CAPÍTULO XLIV.

*“Los grandes sufrimientos, ni tienen lágrimas ni lamentos”.*

Edelmira se encaminó a casa de su vecina Matilde.

—¿No habrás visto a la Rosita por el pueblo?

—Por allí anduve, comprando un poco de pescado para la noche, pero no me la encontré, y además he de decirte que tampoco es que me fijara mucho.

—Salió antes de las nueve, se encaminaba a poner una vela a la virgen para dar gracias por lo bien que le están entrando en la sesera las clases de Manuel, según ella lo tenía prometido, después iba a verse un rato con la Marinita y volvía para casa. Van a dar las dos de la tarde. ¿No te parece que debería haber vuelto?

—Es mejor que nos lleguemos a casa del alcalde, no le haya dado por quedarse a comer allí.

—Eso es del todo imposible, Matilde, ya sabes lo responsable que es la niña para todo, de haberlo pensado se habría pasado a pedirme permiso.

—Razón llevas, pero no andes con cuidado que te conozco y haces un castillo de un grano de arena, se les habrá ido la sesera con tontás de esas de novios, y ya sabes que con el noviazgo que se la viene encima, muchas cosas tendrán que contarse las dos. Y todavía no hemos hablado del asunto, por si no te has dado cuenta, vas a ser la madre de una baronesa.

—Anda y calla ya, Matilde, tontunas y nada más que tontunas son. Cierto es que el señorito ha venido a pedir relaciones con la chiquilla, y que ella no se las ha negado, y si me alegro es porque se ha quitado de la cabeza al botarate del señorito Hilario, no por los dineros que vaya a tener, sino porque si al final hace casorio, lo hará con un buen hombre. Yo no necesito na de na, Dios lo sabe, lo único que quiero es que mi Rosita sea feliz y me dé nietos. Y

mucho me alegro por el Marcial, que no cabe en sí de gozo al saber que la zagala va a caer en buenas manos, aunque ya te digo que mucha responsabilidad es llevar esa casa. Con la de amistades de esas de alto copete que debe de tener el señorito Manuel, imagínate lo que le va a costar a la niña aprenderse todas esas cosas de postín. Menos mal que está la Ignacia de por medio y ha de ayudarle, y que sé lo mucho que la quiere, y eso me deja mucho más tranquila, porque no seré yo quien pueda ayudarla en los comportamientos esos que hay que tener, con todos esos remilgados que irán a la casona.

—No pienses que has de librarte, Edelmira, que también te tocará aprender buenos modales y comportamientos en las comilonas que se celebren, que de seguro os invitarán al Marcial y a ti.

—¡Dios del amor hermoso! Vas a hacer que me entre la risa, a mí que me dejen como estoy, que ya soy mayor para que me entren cosas nuevas en la sesera.

Entre charla y charla llegaron a casa del alcalde, donde comprobaron que Marinita estaba sentada en el porche de la casa leyendo un libro, a la par que escucharon la voz de Marina la alta, llamándola para comer.

Edelmira se adelantó y dando las buenos días le preguntó por Rosita.

—Hoy no la he visto, no habíamos quedado

No sabía cómo salir de aquella, puesto que lo único que sabía es que se iba a llegar temprano a cumplir la promesa a la ermita.

—Me dijo que os acercaríais juntas y después os sentaríais un rato en algún poyo de la plaza.

A Marinita le subieron los colores y se quedó callada, no se le venía a las mientes qué decir y cómo sacar de aquella a su amiga, pues de seguro había quedado otra vez con el señorito Hilario sin comentarle nada. ¡Ya le valía a la muchacha! ¡Qué poca sesera gastaba a veces! ¿Qué trabajo le hubiera costado ponerla al tanto, para que pudiera sacarla del apuro?

—O sea que me ha mentido —rezongó Edelmira.

—Andará de seguro todavía en la ermita, seguro que anda de confesión y habrá mucha gente esperando.

—¿Cinco horas para confesarse? Bueno, vamos a dejarlo, me voy a encaminar a la ermita no sea que le haya pasado algo, además lleva un tiempo en que no le veo buena cara. ¿Tú no le has notado nada raro, Marinita?

—¿Yoooo? No, por supuesto que no.

—Está bien, subo para la ermita.

—Cuénteme cuando sepa algo de ella, Edelmira, por favor, que me quedo preocupada.

—No sufras, en cuanto la encuentre, ella misma bajará a contártelo, después de escuchar la regañina que le va a caer encima.

Tomando prisa en el andar, pues ya la preocupación estaba haciendo mella en Edelmira, se llegaron a la virgen de la Roca, cuando se dieron cuenta que la ermita permanecía cerrada. Llamaron a los dos portones que daban entrada a la iglesia con los dos llamadores en forma de patena de hierro, y por más ruido que hicieron nadie salió a abrirles.

Matilde abogó por acercarse a la iglesia del pueblo, puesto que en los laterales se encontraba la casa de don Anselmo, que de seguro la había visto cuando por la mañana se había llegado a cumplir su promesa a la ermita.

Le dieron a los aldabones de la iglesia y se encontraron con el mismo resultado, con lo que decidieron acercarse a casa de don Anselmo.

El cura del pueblo juró y perjuró que desde las ocho de la mañana había permanecido en la ermita y la Rosita no había encaminado sus pasos en la virgen de la Roca; desde luego, él no la había visto en toda la santa mañana.

Edelmira comenzaba a asustarse y aunque no lo quería aparentar por no asustar a su vecina a Matilde un color se le iba y otro se le venía, pensando que aquello ya pasaba de castaño oscuro.

—Edelmira, mejor nos volvemos a la casa, que de seguro la Rosita anda esperando, preguntándose por qué no estás allí con la comida puesta.

—Tienes razón, Matilde, vamos a tomar camino.

Eran cerca de las ocho de la tarde y habiendo recorrido todo el pueblo y alrededores Edelmira, Matilde y don Anselmo pensaron que aquello no era nada normal, con lo que decidieron dar parte a la guardia civil.

Antolín, el sargento, al igual que Manolo, el cabo, los recibió con todo cariño, y rápidamente dieron la alerta para que todo el cuartel se pusiera a la búsqueda de la chiquilla.

Dieron las campanadas de las diez y la niña seguía sin aparecer. Matilde preparó una tila, para su amiga y para Marina la alta, Patrocinio, Lucía, la mujer de don Mariano el médico, y la Ignacia, que al enterarse no habían tardado ni media hora en pasarse por la humilde casa de Edelmira para hacerla menos penosa la espera con su compañía. Cuatro de las comadres más cotillas del pueblo se sentaban alrededor de la mesa camilla del pequeño saloncito de Edelmira, rezando el rosario, pidiéndole a la virgen que la niña apareciese lo antes posible.

Don Anselmo y casi todos los hombres del pueblo se habían ofrecido a ser partícipes de la búsqueda de la Rosita.

Antolín y don Gerardo, el alcalde, organizaron partidas de búsqueda, enviándolas de cuatro en cuatro a distintos lugares de la zona.

Marinita lloraba, con la cabeza en el regazo de su madre, mientras Francisquita permanecía en su casa, ya que aquella pena podría perjudicarla en su embarazo.

Matilde no dejaba de pasar bandejas de bollos recién horneados, café y tila a todas las mujeres del pueblo que se habían congregado en casa de Edelmira, mientras esta permanecía con los ojos fijos en la ventana, sentada en la mecedora, bebiéndose cada café que le ofrecía su vecina. Ni una lágrima eran capaz de echar sus ojos, pero nada más había que fijarse en su semblante para sentir el sufrimiento que le estaba rasgando las entrañas.

Llegó la amanecida. Algunas mujeres habían echado alguna cabezada y otras, iban y venían a apañar sus casas, para después volver a ayudar en lo posible a la pobre madre a la que ya consideraban prácticamente con el luto



puesto.

Edelmira se negó a que avisaran a Marcial. Hasta que no tuvieran alguna noticia, no quería hacerle pasar sufrimiento en balde, no fuera que todo quedara en alguna tontá de la chiquilla. Aunque para sus adentros, ella sabía que a su niña le había pasado algo.

Antolín, el sargento, dio orden de descanso a los hombres que habían buscado durante toda la noche y ordenó a otros tantos que siguieran rastreando.

Manolo, el cabo, sugirió adentrarse en zonas más lejanas, puesto que la zona del pueblo ya había sido escudriñada. El sargento abrió un mapa de la zona y ordenó a los hombres que comenzaban el rastreo, que se alejaran hacia las zonas de Villabeza y pueblos colindantes. En ese mismo momento las campanadas de la iglesia daban las nueve de la mañana.

Hilario y su hijo fueron los primeros en ofrecerse voluntarios para la búsqueda de la chiquilla, y la señorita Pilar se acercó a eso de las once, con varias bandejas de bocadillos y jarras de café recién hecho al punto en el que salían los hombres a comenzar la búsqueda. A continuación, con varias bandejas de dulces, se dirigió a casa de Edelmira por si podía servir de ayuda.

Las mujeres dejaban tres horas y volvían a comenzar un nuevo rosario, pidiendo a la virgen que la chiquilla apareciera sana y salva.

Matilde aconsejó a su vecina que ya era momento para avisar al Marcial, no podía ni debía estar el pobre hombre ajeno a lo que le estaba sucediendo a su hija, con lo cual, el señorito Manuel envió a su capataz en un coche ordenándole que no viniera sin él.

El barón puso en guardia a todos los trabajadores de la finca, les ordenó dejar la labor que estuvieran haciendo y les puso a patear los alrededores. Él, por su parte, lo hizo a caballo. Desde que Ignacia le vino con la noticia no podía con la pena que le invadía las tripas. De seguro aquello pintaba muy mal. Más de veinticuatro horas sin aparecer. Eso no era propio de Rosita, a la chiquilla le había pasado algo, y nada bueno. O bien se había caído y perdido el conocimiento, aunque el recorrido hasta la ermita se había hecho más de veinte veces por los hombres del pueblo, al igual que habían buscado por casa

esquina, o cada recoveco, en el pudiera estar caída y no fuera fácil encontrarla. Antolín había mandado ampliar la zona y había enviado a varios guardias a patear el monte bajo de los alrededores del pueblo, aunque no tenía ningún sentido que la chiquilla anduviera por esos lares. No tenía escuchado que hubiera pasado jamás algo así en el pueblo, pero el mundo está repleto de mal nacidos, y no sería malo pensar que algún gañán con mala sangre hubiera podido atacarle de camino a la ermita y llevarla por otros caminos escondidos.

El pueblo entero se turnaba pateando los caminos. Ya habían recorrido el monte bajo y se llegaron hasta Villabeza, donde al llegar a oídos de sus vecinos se unieron a las partidas buscando a Rosita.

Las mujeres no daban de sí preparando ollas de comida que repartían en la plaza del pueblo, junto con varias botellas de vino que habían sacado el tío Felipe y Benito para que los hombres fueran con el buche lleno.

Muchas de las mujeres se reunieron en la iglesia, encendiendo velas a todos los santos y se escuchaban grupos rezando el rosario.

La ermita abrió sus puertas a de par en par, para los vecinos que tuvieran a bien pasarse para rezar por la aparición de Rosita.

Dieron las seis de la tarde y Marcial se apeó del coche del señorito Manuel que conducía el capataz. Entró en su casa como un basilisco y se abrazó a Edelmira dejando que las lágrimas le resbalasen por la cara. Al notar el llanto de su hombre, Edelmira no pudo contenerse y contaban en el pueblo que sus lamentos se escuchaban hasta la plaza de la iglesia. Matilde la sentó en el pequeño diván y viendo que se le escapaba de las manos, mandó que trajeran un vaso con el licor de las monjas. Se lo hizo beber a trompicones y una de las vecinas comenzó a darle aire con una revista. Le echaron agua en la cara y Edelmira, que por un momento pensó que todo aquello era un sueño, volvió a la realidad y siguió su llanto, esta vez en silencio, abrazada a su marido, dejándose mecer por él, sintiendo que se le ahogaba el alma.

Las partidas de búsqueda iban y venían, se sentaban a ratos a descansar en la plaza o a comer un plato de la pitanza que hubieran preparado las mujeres, echándose al cuerpo un buen trago de vino o agua fresca del botijo y seguían.

El frío arreciaba y pronto caería la noche, aunque no por eso dejaron de buscar abasteciéndose con todas las linternas de la tienda del tío Felipe.

A las diez de la noche se presentó uno de los trabajadores del señorito Manuel a buscar a Ignacia que era demandada por su jefe en la finca, diciendo que se diera prisa que la cosa era urgente.

—¿No habrá encontrado el señorito a la Rosita? —preguntó Marcial.

—No, no es eso, lo siento de corazón, siento no ser yo el portador de buenas noticias, es por una avería grave de la casona, por lo visto una de las trabajadoras de la hacienda se ha puesto de parto, y como La Ignacia le atendió los dos anteriores, la está llamando a gritos.

—Lo siento Edelmira, cuando nazca lo tenga que nacer me vuelvo, sea la hora que sea.

—Agradecida —contestó Matilde, ya que a la pobre Edelmira no le salía la voz.

Pasó la noche, las mujeres se quedaban traspuestas en las sillas a ratos. El café no faltaba sobre la mesa central del pequeño habitáculo de la casa de Marcial. Y la chimenea ardía sin cesar; ya se ocupaban las mujeres de abastecer de leña el hogar, para que ninguna persona pasara frío. Nadie sabía si la cosa iba para largo.

La olla del hogar de Edelmira hervía constantemente con caldo caliente para las demandas de las mujeres que acudían a la casa a servir de ayuda en lo que podían. Una llevaba castañas asadas, la otra arroz con leche, las demás licores y vinos, guisos de carnes de la zona que dejaban calentar al lado de la chimenea, embutidos y hogazas de pan recién horneadas, que la dueña de la tahona metía en su horno sin cobrar dinero alguno, incluso poniendo masa de la que ella misma elaboraba para que no faltara nada. Muchos de los hombres acercaron sillas a la casa de Edelmira, para que las mujeres estuvieran acomodadas en el rezo.

El padre Anselmo se desesperaba y se dividía entre el rosario de las mujeres y la búsqueda de los hombres. Encendió todas las velas de la iglesia de la plaza y las de la ermita.

Eran las nueve de la mañana del día siguiente y Rosita seguía sin dar señales de vida. La madre Crista junto a su inseparable Teresita hizo acto de presencia en casa de Edelmira, y no lo hizo con las manos vacías, en varios capachos traía múltiples de dulces elaborados por las hermanas que habían decidido no dormir para obsequiar a todas las mujeres del pueblo con aquellas delicatesen y así poder hacer más corta la espera. La hermana Teresita sacó de una caja repleta de licor de hierbas, que en el acto abrió y ofreció a las mujeres. De todos era sabido que aquel licor era santo, ya que estaba elaborado por las manos de las hermanas, y con un par de ellos las penas se quedaban rezagadas fuera del alma. Y bien sabía la madre Crista que aquellas mujeres necesitaban el licor, como necesitaba el recién nacido el pecho de su madre.

Ya iban para cuarenta y ocho horas y la niña seguía sin dar señales de vida. Antolín, Manolo y el alcalde, junto al teniente de la guardia civil de Villabeza y hasta el capitán del cuerpo de Tordesillas, se reunieron en el cuartel del pueblo. Determinaron que no habían recorrido bien la zona, faltaban esquinas y recovecos, había que registrar las casas del pueblo, para lo cual ya tenían en sus manos la orden judicial, y ya que contaban con la colaboración de todo el pueblo, incluso la de las aldeas de los alrededores, había que ampliar el mapa. Si la niña había sido raptada, en alguna casa andaría metida, y poniéndose en lo malo, “no lo quisiera Dios”, hubiera sido asesinada por algún mal nacido, tendrían que ensanchar los andurriales, ya que contaban con la ayuda de todos los vecinos de los alrededores.

El capitán de la guardia civil de Tordesillas dibujó una circunferencia en el mapa, haciendo aquel contorno más grande. Había que llegarse hasta las lomas altas, los pueblos próximos y sobre todo recorrer la zona de los cazadores por el camino de Villabeza, donde sabido era por todo el pueblo que era el refugio de alimañas, incluso se habían visto algunos lobos por la zona, después de que algún colono hubiera denunciado la desaparición de sus ovejas, encontrando después los huesos pelados y mondados.

Cada uno de ellos ocupó su puesto y comenzó la ronda ordenada por el mandamás de Tordesillas.

Se colocaron varios tablones en la plaza sujetos con borriquetas, encima

de los cuales, las mujeres, bien abrigadas, colocaron bandejas de bocadillos, ollas con caldo caliente y varias botas de buen vino, licores y algunas botellas de coñac para que entraran en calor. Los habitantes de los pueblos iban y venían, turnándose en el descanso y a la vez llenaban el buche para coger fuerzas en la próxima batida.

Don Hilario, siempre al lado de su hijo, recorrió los andurriales como el que más, viendo que a cada paso que daban, el mozo se le desmoronaba. Más de un cachete tuvo que arrearle cada vez que notaba que las lágrimas a punto estaban de llenarle las mejillas.

—¡Tienes que estar sereno! ¡Vas a hacer que todo el pueblo desconfíe de ti! ¡Y de paso de mí! ¿Es que te has vuelto maricón de repente? Más penoso debía de estar yo, al fin y al cabo era mi hija.

Decidió que marchara a su casa y se echara a la cama, necesitaba dormir más que el comer, no fuera a ser que estropeará la comedia que había elaborado y acabaran los dos en la trena.

—No vayas a Peñas Albas que te puede ver Pilar, y con lo sagaz que es, rápido te lo va a notar, marcha para la mía y échate en tu cama de soltero, si alguien pregunta, ya diré yo que nos hemos separado, que has tirado para el camino de la vega.

Ya habían dado las once de la mañana y pasaban de las cuarenta y ocho horas de la desaparición de la zagala. Edelmira se mantenía con los pocos sorbos de caldo que le hacía tomar Matilde, obligándola como si fuera una chiquilla. Marcial estaba echando una cabezada en su cama y las mujeres se dividían, unas hacían tandas de caldo y el resto seguían rezando el rosario. Llamaron a la puerta y entró en capitán de la guardia civil de Tordesillas, con Antolín y Manolo el cabo.

Rápidamente se hizo el silencio, las comadres salieron de la cocina y Edelmira se puso de pie de un salto.

El capitán, como máxima autoridad preguntó:

—¿Quién es la madre?

Enseguida Edelmira se echó a llorar temiendo lo peor. Matilde se asomó a

la pequeña alcoba y despertó a Marcial, que como si le hubieran puesto un cohete y con los pelos alborotados salió al comedor.

—Por favor, salgan todos, menos los padres y don Anselmo.

Edelmira se agarró a Matilde como si se tratara de un lazarillo al que se necesita casi hasta para respirar.

—Ella no, por favor.

—Está bien, vayan saliendo.

Una vez quedaron solos los padres, don Anselmo, Matilde y las autoridades, hicieron sentar a Edelmira.

—La hemos encontrado —dijo el capitán con voz profunda y afectada. Manolo, el cabo, no pudo remediar las lágrimas.

—¿Está muerta? ¿Mi hija está muerta? ¡No me diga eso capitán! ¡Por la virgen bendita no me lo diga! ¡No me diga que la Rosita está muerta! ¡Dígame que está herida! ¡Que la han violado! ¡Que está enferma! ¡Que quería escaparse! ¡Cuénteme una mentira! ¡Pero por favor no me diga que mi hija está muerta, por Dios se lo pido! —gritaba Edelmira mientras lloraba a lágrima viva.

Marcial se mareó y cayó en el sofá. Matilde fue en su auxilio y le dio a beber un vaso de agua.

El capitán abrazó a Edelmira y le acarició el pelo mientras a ella se le salía el alma por la boca. Matilde se secaba las lágrimas con el delantal, mientras que don Anselmo no era indemne a la escena y se limpiaba el lloro con la manga de la sotana tratando de consolar a Marcial. Antolín mandó traer a Manolo una de las botellas de hierbas de las dominicas y le ordenó servir unos vasos para los presentes, sobre todo para los padres y Matilde, que pareciera se le fueran a desmayar de un momento a otro. El sargento, aún con la mala leche que le corroía casi siempre en sus adentros, por primera vez en su vida estaba empezando a angustiarse. ¡Maldita sea! Una chiquilla era y no merecía morir así.

Los lamentos de Edelmira se fueron sustituyendo por sollozos silenciosos,

que se tradujeron en el sufrimiento de una madre que acaba de perder a su hija.

Con voz templada, el capitán de Tordesillas comenzó a contarles el hallazgo.

—Hemos encontrado en el camino de los cazadores, pasado Villabeza, los restos de un cadáver. Tiene toda la pinta de ser de mujer, junto a los restos había una placenta y mucha sangre. Los lobos y las alimañas han dejado poco que ver, por lo tanto no sabemos si se trata de su hija, pero hay restos de pelo cobrizo y un vestido azul marino totalmente desgarrado, unas enaguas que se suponían blancas, pero están teñidas de sangre y unos instrumentos tipo pinchos y hasta una aguja de esas que utilizan las mujeres para tejer, todos esos enseres están totalmente llenos de sangre. Entre los restos de los huesos que quedan, también hay huesos de un bebé, están totalmente roídos.

No podemos levantar lo que queda del cadáver hasta que no venga el juez de Valladolid, que ya ha tomado camino, pero antes de que se hagan ilusiones, todo indica que los restos son de su hija.

—¿De mi hijaaaaa? —preguntó Edelmira sollozando—. Eso es imposible, imposible, ¡díselo tú, Marcial! ¡Esa no es nuestra hija! ¿Qué pinta una placenta y los huesos de un niño al lado del cadáver? ¡Dígaselo, padre! ¡Cuéntele usted como es mi Rosita! ¡Matilde, tú que la quieres como una hija! ¡Dile a estos hombres que están locos! ¡Están totalmente equivocados! ¡Locooooos! ¡Locooooos! Así es como están todos, ¡locoooooos! ¡Decir que a mi niña se la han comido los lobos? ¡Blasfemos! ¡Eso es lo que son, unos blasfemos! ¡Dios mío ayúdame! ¡Tú sabes que esa no es mi hija! ¿Lo sabes, Dios mío? Tú eres el único que lo sabes, ¡díselo a ellos! ¡Díselo! Están insinuando que mi hija estaba embarazada, ¡mentiras podridas! ¡¡Mentiraaas! —gritaba Edelmira, sollozando y soltando alaridos fuera de sí, mientras trataba de agredir al capitán de Tordesillas, a la vez que este evitaba como podía los manotazos de la madre y trataba de abrazarla, porque Marcial se había quedado sentado en el sofá sin mover un músculo, semejante a una figura de cera, blanco como la cal, sin tan siquiera llorar.

Antolín y Manolo le dieron otro trago de las hierbas de las dominicas, obligándola mientras el licor le volvía a caer por los lados de los labios como

si no se enterara de lo que estaba pasando.

La reacción de Edelmira no se hizo esperar. Del primer manotazo estrelló el vaso contra la cómoda del pequeño comedor, mientras sus lamentos eran cada vez más agudos y sus insultos contra todos los presentes que querían controlarla en su desvarío se hacían cada vez más potentes. El dolor la estaba dominando, y sacaba fuerzas de donde no las tenía.

Los llamó perros traidores, embusteros, embaucadores, asesinos, les acusó de haber abusado de su hija y, a continuación, comenzó a tirar por los suelos todo lo que encontraba a su paso, los platos, los vasos, las ollas de la cocina, mientras desde un rincón Matilde lloraba al notar también dentro de ella el sufrimiento de su amiga. Había perdido a su única hija y el dolor la estaba consumiendo y volviendo loca por momentos. Ese calvario que te agarra los sentidos y se mete en las tripas, hasta desgarrarte el alma, esa angustia que parece que te invade todos los poros de la piel. Un hijo no puede morir antes que sus padres, no es ley de vida, y la congoja se queda a vivir en el centro del corazón como una amargura que nada ni nadie puede paliar. Ese sufrimiento que pides a Dios con toda tu alma que te quite o que te lleve con él.

—¡Quiero morirreee! ¡Virgen santísima de la Roca llévame contigo! ¡Deja que muera! ¡No permitas que mi hija descansa sola en una lápida fría! ¡Deja que la abrace! ¡No quiero que te la lleves, llévame con ella! ¡Tendrá frío, don Anselmo! ¡Mi niña tendrá frío! Usted que está más cerca de Dios, pídale que la tape, que no pase frío en esa sepultura lóbrega y sola donde quieren meterla.

Marcial seguía sin reaccionar, ni tan siquiera era capaz de abrazar a su mujer, ni de rezar. Tan solo acariciaba al canelo, que de vez en cuando dejaba escapar un aullido, como si barruntara lo que estaba pasando.

En ese preciso momento hizo entrada en la casa don Mariano, el médico del pueblo, al que Antolín se había encargado de avisar para que acudiera a la casa cuando le dieran la noticia a la madre.

Ya llevaba la jeringa cargada dentro de su estuche. Entre los tres hombres no podían con ella. Sollozaba, lloraba, los llamaba asesinos, locos, y todos los improprios ilógicos que mente alguna pudiera imaginar salieron de su boca,



mientras el galeno le administraba el calmante que la dejaría dormida durante unas horas.

Pronto se corrieron las voces por el pueblo y alrededores. Las mujeres lloraban, todos sentían de verdad la muerte de la niña. Las comadres de los bancos de la ermita hicieron recolectas para las misas. Y todo el pueblo se volcó al enterarse de la forma tan horrible en la que había muerto la chiquilla.

El juez hizo acto de presencia y dictaminó que se trataba del cadáver de Rosita, sin embargo para esclarecer las causas de la muerte se aposentó en el ayuntamiento y llamó a declarar a varias personas del pueblo. El interrogatorio duró un par de días, en los que se tuvo a Edelmira medio inconsciente, sabiendo que el sufrimiento que sentía era casi inhumano. Ignacia y Manuel, totalmente descompuestos, iban y venían a casa de Marcial y se ocuparon de todo el tema del entierro, misas y todos los gastos que conlleva una muerte.

Según el juez, en esa muerte se escondía algo oscuro; estaba claro que la chiquilla estaba embarazada y quiso deshacerse del chiquillo, pero no tenían prueba alguna para confirmarlo. El alcalde sugirió dejarlo así y tapar cualquier emborronamiento que pudiera dañar la fama de Rosita, hasta que el juez llamó a declarar a Marinita, la mejor amiga de la fallecida.

Marina, la alta, le aconsejó que dijera que no sabía nada, que no se metiera en líos no fuera a ser que la culparan de complicidad. Marinita acudió rota de dolor a la cita con el juez. Casi no podía contestar a las preguntas, pues el hipo del sollozo no la dejaba.

Cuando el juez iba a dar por concluido el interrogatorio de la hija pequeña del alcalde, agarró una biblia de la biblioteca del consistorio y le hizo jurar a la chiquilla que si mentía en la siguiente pregunta, se jugaba la condenación eterna. Marinita temblaba, sabía que si mentía iría al infierno y además no podía dar falso testimonio, seguro que había sido cosa del hijo del boticario, ella sabía que era el padre, la Rosita se lo había dicho, y eso lo tenía que saber el juez.

Marinita en menos de diez minutos le contó al juez todo lo que sabía, el embarazo, quién era el padre, así como que Rosita había ido a comunicárselo

y la seguridad de ella ante su respuesta. Hilario, el hijo del boticario, la iba a ayudar y se haría cargo del hijo que iba a tener.

Ante tales acontecimientos, el boticario dictó a su hijo que negase totalmente relación alguna con la chiquilla, y mucho menos la paternidad que se le atribuía en caso de que el juez le tomara declaración.

El juez, por supuesto, llamó a declarar a Hilario, que se hizo de cruces ante las acusaciones que había recibido por parte de Marinita, aludiendo que no negaba que alguna vez la hubiera cortejado al ser tan bonita, como cualquier gañán del pueblo, pero que a partir de su noviazgo con la que era su mujer, no había mirado a mujer alguna. Declaración que corroboró Pilar, contando que en las horas que se atribuían la muerte de Rosita, su marido no se había despegado de su lado.

El veredicto fue de suicidio, atentando contra su propia vida y asesinato del bebé que llevaba en sus entrañas.

Don Anselmo intercedió con el juez, para que cambiara aquel dictamen que no dejaría descansar en el campo santo a un alma pura como la Rosita, alegando que siendo así, debería de enterrar sus huesos en el cementerio civil junto a los suicidas y los rojos.

Con los dineros de Manuel, quedó todo arreglado. El alcalde dio orden de que ese mismo día estuvieran todos los papeles en orden para poder dar sepultura a la chiquilla cuanto antes, y así ir acabando con el sufrimiento de sus padres, y por qué no decirlo, con el de su propia hija, que no dejaba de sollozar desde que desapareció su amiga.

Todo el pueblo al completo, además de dos aldeas de los alrededores, los jefes del Marcial, el amo anterior, todas las monjas del convento de las dominicas y las autoridades acudieron al sepelio. El campo santo se llenó de coronas con mensajes de cariño a la chiquilla y a sus padres, que no tenían consuelo. Don Anselmo se deshizo en palabras bondadosas para con la chiquilla y su familia, además de elegir el salmo adecuado para la misa de córpore insepulto que se realizó antes del entierro.

Nadie salió del campo santo antes de que la losa quedase bien colocada, grabada con el nombre de la niña. Una fotografía y un cincelado que decía:

“Tus padres no te olvidan”, sobre la cruz que presidía la losa. El boticario había mandado traer de la capital una paloma tallada en mármol, en conmemoración al acto, simulando que la Rosita fue en vida una paloma que había alzado el vuelo hacia el cielo.

Una semana después, por más que Marinita le repitió a ella la misma versión que le dio al juez, Edelmira no podía creer como había podido ser tan tonta y no intuir el embarazo de su hija, y lo que más le atormentaba era el sufrimiento que había pasado la chiquilla, ella sola, sin el apoyo de su madre, y eso le dolía en el alma. Pero lo que no entraba de ninguna manera en su sesera era que su chiquilla hubiera querido deshacerse del hijo que llevaba dentro. ¡Eso jamás! Aunque lo hubiera tenido que jurar ante la biblia, su hija nunca hubiera sido capaz de una cosa así. Alguien mentía, y no era Marinita, su amiga la quería con el alma.

Si la Rosita se había dejado preñar por el señorito Hilario y se lo había dicho, lo más seguro es que él y su padre hubieran tomado las medidas oportunas. Nadie le iba a quitar de la sesera que ellos habían matado a su hija. ¿En qué lugar quedaría el señorito si se hubiera sabido que le había hecho una tripa a la Rosita? ¿Y el boticario? ¿Sabiendo que eran hermanos? Conociendo que aquello había sido un incesto, ¿se había quedado quieto sabiendo que su hijo se había ganado la condenación eterna al dejar preñada a su propia hermana?

La cabeza le daba vueltas, el sufrimiento la mataba y estaba perdiendo el alma. Pero como que se llamaba Edelmira que aquello no se iba a quedar así.

Dios le había dado un arma, al igual que a su madre y a su abuela, y tarde o temprano, en cuanto estuviera completamente segura la iba a utilizar, poco le importaba acabar en el infierno. Su vida ya estaba acabada sin su hija.

Ignacia acudía todos los días, y junto a Matilde le aviaban la casa y le dejaban la pitanza hecha para ella y para el Marcial, que en poco tendría que volver a incorporarse al trabajo con todo el dolor de su corazón. No quería dejar a su mujer sola. Sabía de lo que era capaz y no quedaba tranquilo marchando a distancia y no poder estar pendiente de ella.

Manuel se llegaba cada tarde a charlar un rato con ella y la consolaba contándole que una mujer creyente como ella debería de rezar por su hija,

nadie sabía lo que podía suceder de ahora en adelante, puede que la niña fuera más feliz.

La Edelmira, aun no estando en su pleno razonamiento no comprendía como el señorito Manuel podía hablar de milagros, de felicidad y de tontás, porque eso era lo que decía a todas horas: tontás. Pareciese como si desde la muerte de la Rosita se hubiera quedado sin sesera. Quizá si estaba tan enamorado, le hubiese afectado tanto que hasta el raciocinio hubiera perdido.

La Ignacia, que no faltaba un solo día para llevarla aunque fuera una botella de la fuente de Baldeaguas y darla dos besos, también parecía se hubiera vuelto mochales, hablando de milagros, de rezos y de fe. Más que harta la tenían. Su hija se había muerto, ¿es que nadie se daba cuenta? ¡¡Muerta!! ¡¡Muerta estaba!! ¡¡Sola en el campo santo!! Con los pocos huesos que dejaron las alimañas dentro de una caja, tapada con tierra y cubierta con una losa y con unas flores que ya estaban marchitas, como marchita estaba su alma. Le habían quitado lo que más quería en el mundo, se lo habían arrebatado, y después de hablar largo y tendido con Marinita, tenía la seguridad de que el boticario y su hijo se habían encargado de matar a su hija. Todo lo habían premeditado al enterarse de que la niña estaba embarazada; le hicieron creer que la iban a ayudar y la mataron, y no solo la asesinaron sino que la dejaron a merced de las alimañas y de los lobos del bosque de los cazadores, que de todos era sabido que abundaban por la zona.

Los dineros lo tapan todo, bien lo sabía Edelmira, y el boticario andaba sobrado.

Le llegó de buena tinta por parte de alguna de aquellas comadres que todo lo sabían, que Flora, la curandera de Villabeza, había dejado de ejercer. Vendió su casa y con algo de dinero que nadie sabía a ciencia cierta de dónde había salido se compró un pisito de esos modernos en la capital.

—¿Y de qué va a vivir? —pregunto Edelmira.

—Hablan de una herencia recibida de una tía lejana que no tenía más parentela que a ella —le contestaron las comadres.

Nada más escuchar los cotilleos, puso al tanto a la Matilde de todo lo que llevaba encerrado en la sesera desde que enterraron a la Rosita. Su buena

amiga no tuvo por más que darle la razón, mientras que el Marcial era partidario de dejar las cosas como estaban, que bastante sufrimiento le estaba consumiendo el cuerpo.

Desde el fallecimiento de la niña, ya iba por la cuarta vez que habían tenido que visitar a don Mariano, pues los mareos consecutivos le hacían perder el conocimiento y caer al suelo desmayado sin remedio.

Mucho se temió el galeno que el corazón de aquel hombre no marchaba como debía y le envió a la capital a que le hicieran pruebas, recomendándole que no lo dejara, pues la cosa parecía grave, y solo faltaba que a él le pasara cualquier cosa y tuviera que dejar sola en el mundo a su mujer. Pero aquel buen hombre, con todo el dolor de su corazón, tuvo que volver a las labores que le retenían lejos de su casa, si quería seguir trayendo el jornal que tanta falta hacía.

Con el corazón en un puño, lágrimas en los ojos y la pena a flor de piel, se despidió de la Edelmira, rogándole, por Dios, que no fuera a hacer alguna tontería, cosa que él barruntaba desde que murió la Rosita.

## CAPÍTULO XLV.

*“Los malvados siempre creen, que todo les saldrá bien”.*

El boticario y su hijo trataban de disimular delante de Pilar y su padre la preocupación y el remordimiento que les reconcomían las entrañas. Sin embargo, había que ser fuertes. Nada tenían que temer. Los acontecimientos se habían volcado a su favor. Le habían dado otro buen fajo de billetes a Flora, la curandera, recomendándola se marchase del pueblo, no fuera que el interrogatorio del juez llegara hasta ella y no supiera poner el disimulo que hacía falta en esas situaciones.

Sin embargo, su cabeza le decía que Edelmira no era tonta y que barruntaba lo que había pasado. La declaración de Marinita les puso en la punta del cañón. Gracias al juez y a los dineros que le dieron la sentencia fue favorable al suicidio de la niña.

Se daba cuenta de que había gente en el pueblo que ya les miraban con mala gana y en su interior les hacían culpables de la tragedia, pero eso a él poco le importaba, un juez era un juez, y nadie podía contradecir su palabra y mucho menos su firma.

Pero como Dios le había hecho hombre inteligente y precavido, pensó que de ninguna manera podía dejar las cosas como estaban. Reunió a sus hombres de confianza, a los que llevaban años en la finca, incluso a los que le debían favores y les puso a patear los alrededores, no fuera que la chiquilla se hubiera salvado. La sangre era de ella, como la placenta, y colocaron al bebé ya muerto sobre los huesos casi abiertos del todo y prácticamente destrozados de la pelvis.

Cuando el capitán de la guardia civil de Tordesillas encontró los restos roídos por los lobos y fieras que por allí andaban sueltas, sintió que su hijo estaba a salvo de dimes y diretes y de cualquier insinuación sobre su implicación en el tema. Lo peor fue la declaración de la hija pequeña del alcalde acusándole de ser el padre. El juez no dio importancia a las declaraciones de una chiquilla y más con el fajo de billetes con los que le

había llenado el bolsillo.

Pero no contento y seguro de los acontecimientos, siguió al acecho y al amparo de sus peones, que no paraban de hacer el trabajo de investigadores, incluso en las aldeas cercanas, no fuera a ser que se la hubieran jugado y la Rosita estuviera viva, para lo cual tenían órdenes tajantes de callar la boca y deshacerse de ella de la manera que mejor les viniera en consonancia para después enterrarla en algún sitio poco visible. Al notar que los días iban pasando y no hallaba rastro de Rosita, se sintió algo más tranquilo, pero no por eso levantó la guardia, sino que envió más empleados de confianza a cumplir la labor que les había encomendado. El que la Rosita estuviera viva era cosa poco probable, más bien totalmente imposible, ya que él mismo comprobó el latido inexistente, al igual que Flora la de Villabeza, que a su vez se había encargado de ahogar a la niña con el cordón umbilical, y en un par de segundos cesó su respiración. Bien sabía Dios que no había sido cosa de su gusto, y convencido estaba que se merecía el infierno, pero no podía dejar a su hijo a merced de los alguaciles del pueblo, incluso podrían dictaminar garrote vil, y eso él, no podía consentirlo.

## CAPÍTULO XLVI.

*“Permita Dios que te mueras con la pena, y que camisa en tu cuerpo se te llene de gangrena”.*

Más de dos meses habían pasado desde el sepelio de Rosita. La vida cada vez se le hacía más cuesta arriba a Edelmira, y aprovechando que su marido emprendió el tajo la última semana y se encontraba sola, sin más compañía que la de Matilde y a veces de Ignacia, o el señorito Manuel, emprendió la investigación a modo de detective que llevaba impregnada en las tripas, puesto que no se creía las patrañas que habían declarado el boticario y su hijo, teniendo en cuenta la coincidencia de que Flora la curandera hubiera marchado del pueblo. Se puso ojo avizor y comenzó con una labor de sondeo, que aunque no le correspondía, si le dejaba más tranquila para lo que tenía pensado hacer y le pedía el alma.

Con la ayuda de su amiga y vecina Matilde, se acercó a la casa que Flora la curandera había dejado libre para irse a vivir, Dios sabría donde, y se adentraron en la misma rompiendo uno de los cristales de la ventana, ya que todavía no estaba ocupada por los nuevos dueños.

Comenzaron el registro de la vivienda, causando el menor ruido posible y sin darle a ninguna luz. Valiéndose de una linterna que guardaba Matilde de las que se utilizaron para la búsqueda de la Rosita, registraron toda la vivienda. Se dieron cuenta de que Flora la había dejado más limpia que la patena. Entraron en el habitáculo que usaba a modo de clínica para realizar los partos que ejercía como matrona. Todo estaba en su sitio, las toallas limpias y las sábanas de un blanco inmaculado. No había instrumental ni objetos que usaban las curanderas, ni gasas, ni vendas ni nada por el estilo.

—Hemos venido en balde, Matilde. Aquí no hay prueba alguna que incrimine a la partera.

—Pues ya llevamos más de una hora buscando, no te hagas mala sangre, que de seguro que no tienen nada que ver en el asunto, Edelmira.



—Está bien, vámonos, que nos queda un buen camino hasta el pueblo.

—¡Espera un momento, que se me ha venido una cosa a la sesera! ¿Has mirado en los cubos de basura que hay fuera pegando a la casa?

—Pues ahora que lo mencionas, no me han dado las mientes para tanto.

—Vayamos a echar el ojo.

—Aunque no sé qué decirte, dos meses han pasado, y ya los habrá vaciado el barrendero del pueblo.

—Acudamos de todas maneras, puede que no se hayan pasado al saber que la vivienda anda vacía.

Tres cubos de latón mediados de basura se apoyaban en la parte trasera de la vivienda a la espera que los mozos del ayuntamiento fueran a recogerlos. Sin ninguna clase de miedo las dos vecinas volcaron los cubos en el suelo de tierra, enfocaron la linterna y comenzaron a remover la inmundicia que contenían con las manos.

Después de revolver algunas cáscaras de huevos, naranjas, restos de comida podridos, papeles, huesos de pollo y residuos que despedían un aroma hediondo, Matilde, encontró varios papeles a modo de revoltijo, que asemejaban a páginas de la gaceta de Castilla. Los sacó con todo el cuidado que pudo, los colocó uno a uno a distancia del otro paquete hecho un rebuño que olía a perros muertos, un trozo de cordón umbilical; y en el tercero, la ropa interior que llevaba Rosita el día que le dijo a su madre que iba a poner la vela a la virgen de la Roca. Unas bragas altas de algodón blancas con remates de puntillas que rápidamente reconoció Edelmira, puesto que ella las había confeccionado a ganchillo, y un sostén también blanco, para que los pequeños pechos de su hija no se notaran al trasluz de la ropa, además de colillas de puros de la marca que fumaba don Hilario.

—¡Aquí me la mataron, Matilde, aquí mismito! La Flora está implicada, por eso se ha ido cagando leches con el dinero que le habrá soltado el boticario.

Todo cobra sentido, mi Rosita se dejó embaucar por el señorito Hilario y el muy sinvergüenza le hizo una tripa. Y cuando mi niña fue a pedirle ayuda

la engañaron, él y el sinvergüenza de su padre, sabiendo a ciencia cierta que se trataba de su hija, no tuvo dudas en deshacerse de ella.

He sido una mala madre, Matilde y he de pagar por ello, mi Rosita tenía que haber confiado en mí, y cuando lo hizo, cuando me dijo que estaba enamorada del hijo del boticario, yo no supe actuar como debiera haberlo hecho una madre que quiere a su hija. Me puse frenética por el pecado de incesto que podían cometer y eso me importó más que mi propia hija. ¡Que Dios me perdone! No supe actuar como debía y Dios me ha castigado por ello. Pero este sufrimiento no he de llevarlo yo sola. Ya que las autoridades por un fajo de billetes son capaces de mentir, voy a hacer que paguen lo que han hecho.

—¿Y qué piensas hacer, Edelmira? Todo está más que controlado y nadie va a hacerte caso.

—Lo sé, pero se te olvida una cosa... En el pueblo me llaman la maldita porque llevo el don dentro de mis entrañas al igual que todas la mujeres de mi familia, y aunque algunos crean que no es cierto, como me llamo Edelmira que siempre se ha cumplido, al igual que se va a cumplir esta vez. No tengo medios para convencer a las autoridades de que mi hija ha sido asesinada, ni aunque llamáramos al juez y le hiciéramos ver todo lo que acabamos de ver. Con el dinero que le habrá untado el boticario tiene bastante para taparnos la boca. Pero por Dios te juro, Matilde, y por mi hija que está bajo tierra, que lo van a pagar muy caro. Me da igual quien caiga con ellos, pero lo van sufrir, más de lo que yo he sufrido. ¡Te lo juro por la virgen de la Roca!

A la semana, se celebró la cuarta misa por el alma de la chiquilla, de las cinco que pagadas estaban para que su alma reposara en el cielo. Con los dineros reunidos por los habitantes del pueblo y el resto por la cantidad donada por el señorito Manuel, quien quiso que no faltara nada en la iglesia, ni oración que quedara en vano. Las puertas de la ermita quedaron abiertas, pues la afluencia de personal era tanta, que muchos quedaron fuera, escuchando las palabras del cura desde la fuente de la plaza.

La misa se alargó más de lo normal, pues en el sermón de don Anselmo salieron a relucir las buenas cualidades de Rosita y las bondades de la familia, los agradecimientos a los vecinos del pueblo y alrededores, y los dineros que

habían dispuesto sus habitantes, sabiendo lo costoso que les había sido rebañar alguna moneda de sus bolsillos, sobre todo a esa pobre gente que se sostenía de sueldos míseros y hasta en algún caso de ninguno, pues no tenían trabajo, ni sustento alguno, ni pitanza que llevarse a la boca.

Nada más bajar el cura las escaleras del púlpito, después de haber terminado el sermón le dio paso a Edelmira, pues le había comunicado con anterioridad que quería dar unas palabras de agradecimiento por la colaboración de sus vecinos ante lo sucedido a su hija y por las atenciones que habían tenido para con ella.

La iglesia se quedó completamente en silencio, no se escuchaba ni el sonido de una mosca. El Marcial estaba totalmente sereno, mientras que Matilde se restregaba las manos pues sabía de buena tinta lo que iba a pasar a continuación.

Edelmira, desde lo alto del estrado de la iglesia, vació el contenido de la bolsa que llevaba con ella y en el suelo se desparramaron los ropajes repletos de sangre que Rosita llevaba el día de su muerte, junto con un trozo de cordón umbilical, un trozo de placenta y los restos de los habanos de la marca de don Hilario.

Se escuchó un murmullo general. Todos se miraban entre sí, y el padre Anselmo intentó subir al púlpito pues se estaba temiendo lo peor.

Las palabras de Edelmira sonaron firmes y contundentes. Subió el tono de voz, para que hasta los que habían quedado fuera pudieran escuchar sus palabras.

—No suba, padre, le pido por favor que me deje hablar para que todo el pueblo escuche lo que tengo que decir.

Sin saber por qué, el padre Anselmo se quedó en mitad del camino, al escuchar aquella voz desgarrada, pero a la vez segura de sí misma.

Retrocedió y volvió al altar.

—Os preguntaréis que son esos harapos manchados de sangre que acabo de esparcir por el pavimento de este lugar sagrado —dijo serena Edelmira—. Son las ropas que llevaba mi hija el día que desapareció, un trozo de la

placenta y del cordón umbilical del que podría ser mi nieto, que hemos encontrado en los cubos de basura de la casa de Flora, la curandera de Villabeza, además de varias colillas de los puros que tiene por costumbre fumar el boticario, y que le traen expresamente de Cuba, y por si alguien lo duda, es la única persona que gasta esa marca. Para que crean lo que digo, tengo de testigo a la Matilde que me acompañó para investigar lo que tenía y todavía llevo dentro de la sesera.

Mi hija murió a manos de Flora, de todos es sabido que siempre ha hecho negocios turbios con algunas de las muchachas vecinas de pueblos aledaños, y eso es lo que quiso hacer con mi hija. Solo que mi pequeña no fue sola, mi Rosita jamás se hubiera deshecho de su hijo, a mi chiquilla la llevaron engañada.

En la primera fila, la de las autoridades, el boticario y su hijo se miraban, sabiendo que no iban a quedar indemnes a la charla de la Edelmira. Pilar no podía esconder las lágrimas que la cubrían el rostro, para lo cual sacó un pañuelo bordado con sus iniciales del bolso, mientras su padre le decía palabras de consuelo al oído. Era una muchacha de corazón noble y no podía comprender que alguien hubiera podido hacer una cosa así.

—Nadie ha tenido en cuenta las palabras de Marinita, la hija menor del señor alcalde. Era la mejor amiga de mi hija y ambas compartían todos sus secretos. Mi hija fue a ver al hijo del boticario, al señorito Hilario, para contarle que era el padre del hijo que estaba esperando, y él le dijo que se encargaría de todo. Y ya lo creo que se encargó. Se encargó de llevar a Villabeza a matar a mi hija, junto con su padre que debió de ser el urdidor de todo.

—¡Basta ya de mentiras! —dijo don Hilario, dejando que su voz se escuchara en toda la iglesia—. El juez ha investigado durante mucho tiempo el asunto, y lo siento por ti, Edelmira, pero tu hija intentó quitarse de en medio al hijo que llevaba dentro, bastante hemos hecho con callar y dejar que la entierren en terreno cristiano.

—No creo que tu intención fuera matarla, Hilario, y solo tú y yo sabemos el porqué, pero se os fue de las manos, la Rosita se os desangró en casa de la Flora y la abandonasteis como si fuera un perro callejero, y por si fuera poco,

matasteis a mi nieto.

—Don Anselmo, le ruego que tome cartas en el asunto, si esta mujer está dispuesta a hundirnos en la inmundicia que lleve sus pruebas al juez de Valladolid y que pida volver a abrir el caso, que por si alguien no lo sabe ya está cerrado.

—¡Maldito seas, Hilario! Sabes muy bien que el juez va a seguir con el mismo veredicto, como lo sabe todo el pueblo, todos conocen tus maldades desde que eras joven, tus embustes y tus sobornos, pero jamás habías llegado tan lejos. Sé a ciencia cierta que el asesinato de mi Rosita quedará indemne, nadie hará caso de mis pruebas, pero hay una cosa que se te olvida y es la justicia divina, esa que de vez en cuando le concede algún favor a las mujeres de mi familia. Y desde aquí te digo para que lo escuche todo el pueblo, que no has de tardar mucho en quedar en la indigencia, comerás con los menesterosos y morirás de una enfermedad en la que todo el mundo te rechazará. Hasta tu propio hijo querrá deshacerse de ti. Todos los que te han ayudado en esta injusticia lo han de pagar caro, sus mujeres han de quedar viudas antes de un mes y a tu hijo le deseo la peor de las muertes, morirá abrasado sin dejar descendencia en este mundo para que ese apellido vuestro se acabe y no haga más daño a nadie.

No tengo nada más que decir.

La iglesia quedó en el más absoluto silencio, y aunque don Anselmo quiso hacer saber a los fieles que eran las palabras de una madre que llevaba el dolor en el alma por la pérdida de su hija, todos los vecinos fueron saliendo poco a poco de la iglesia, mientras miraban fijamente al boticario y a su hijo, que fueron los únicos junto a Pilar y su padre que quedaron para acabar la misa.

Algunos, ya en la plaza la abrazaban y otros se separaban de ella, pensando que llevaba al mismísimo Lucifer dentro, pero ella caminaba altiva, incluso cogió a su marido de una mano y a la Matilde de la otra y se sentó en una de las mesas del Benito, pese al frío que calaba los huesos y pidió una frasca del mejor vino para los tres. La mujer del tío Felipe se acercó y le dio un abrazo, y lo que nunca hubiera esperado, y por eso le pareció lo más sorprendente del mundo, fue el acercamiento de Marina, la alta, que junto a

su marido, el alcalde, sus dos hijas y Antolín, su yerno, acercaron unas sillas a la mesa y pidieron otra frasca de vino para acompañarles en aquel tentempié que lo único que tenía por objeto era hacer saber al pueblo que ella no tenía que esconderse de nada y de nadie. Solo había que esperar, porque tan segura estaba que se iba a cumplir la maldición, como de que se llamaba Edelmira.

## CAPÍTULO XLVII.

*“A todo cerdo le llega su San Martín”.*

Cuando en menos de un mes fallecieron más de quince peones del boticario por causas totalmente naturales, el pueblo comenzó a sentir miedo y a preguntarse qué era lo que tenía dentro aquella mujer que sus palabras se hacían verdad cuando soltaba alguna maldición, al igual que su madre y su abuela lo hicieron en vida.

Los habitantes del pueblo dejaron de ir a comprar sus medicinas a la botica del pueblo y las encargaban en el pueblo de al lado. Don Mariano, el médico, hizo lo mismo, pues sabía que las palabras, al igual que las pruebas que la Edelmira mostró en la iglesia, eran totalmente verdaderas, con lo que en menos de quince días la botica se quedó completamente vacía de clientela, y en menos de un mes se vio obligado a echar el cierre.

Sin saber por qué, a los vagones de legumbres que daban las tierras de don Hilario y que después mandaba por barco a ultramar, les entró el gorgojo y así perdió cuatro envíos de trenes. Como todo estaba pagado por adelantado, los comerciantes le pidieron la devolución de los dineros; dineros que el boticario ya había invertido en otros negocios.

Los mercaderes se le echaron encima uno tras otro, hasta que incluso había días en que Hilario tenía que esconderse y dar orden a los criados que salieran a decir que no se encontraba en casa.

Tal fue la pérdida en sus negocios, que las arcas comenzaron a vaciarse, y sus nervios le estaban superando. Comenzó con unas raras lesiones cutáneas que cada vez iban a más, las mucosas de la nariz y de la boca llegaron a ser prácticamente inexistente, sufría dolores y don Mariano mandó que le cogieran una muestra de sangre y de tejidos para enviarlo a analizar a la capital, diciendo que los resultados tardarían unos quince días.

Los dolores en brazos y piernas eran cada vez más fuertes y el negocio se le iba de las manos. Comenzó por dejar a deber los salarios de todo su

personal, que al ver el panorama que se venía encima, y nada debían al amo, le fueron abandonando hasta quedar completamente solo en aquella casa que al ser tan enorme se le caía encima.

Su hijo y su nuera iban a atenderle dos veces por semana. Pilar le hacía las curas y se llevaba a un par de criadas para que le adecentaran la casa.

Llegó un momento en el que su propio hijo le llevaba algún dinero para que el tío Felipe le llevara los mandados y Pilar comenzó a dejar en la fresquera tarros con comida recién hecha de las que hacía la cocinera de Peña Albas.

Cuando llegaron los resultados de su enfermedad, al abrir el sobre don Mariano el galeno del pueblo, a poco se cae de la silla: *Mycrobacterium Leprae*. Su mujer al notar la palidez de su rostro le preguntó a qué se debía su estado.

—He jurado como galeno guardar la confidencialidad entre médico y paciente, pero a ti no te lo voy a ocultar, el boticario tiene la lepra. Y aunque de nuestra boca no salga ni una palabra, por encontrarme obligado al hacer el juramento hipocrático, ya sabes cómo son las comadres del pueblo, no tardarán ni un solo día en descubrirlo, y esto se puede convertir en una matanza. Si es cierto que ha hecho algún mal, desde luego, lo está pagando con creces. Es menester antes de que corran las voces pedir una plaza en el centro de leprosos de Santander. Todavía, y aunque era mucha la investigación, no se había hallado cura para la enfermedad que, además de ser horrible para el paciente, también le hacía sufrir el rechazo de la sociedad.

Razón tenía don Mariano al predecir que en una semana ya sabría todo el pueblo en qué consistía la enfermedad del boticario.

El pueblo se volvió medio loco pensando en el contagio, cerraron la escuela y nadie pasaba por el camino que llevaba a la finca de don Hilario, hasta su propio hijo dejó de ir a visitarle, siguiendo el consejo de su suegro, que se lo prohibió terminantemente a su hija.

Ya se hacían corrillos en el pueblo y más de una cuadrilla había tirado piedras a las ventanas de don Hilario.



La leprosería de Santander tardaba en dar la contestación de la reserva de plaza para que ingresara el enfermo y el pueblo estaba cada vez más alborotado. Tan solo don Mariano le visitaba dos veces por semana, protegido con guantes y mascarilla.

Las provisiones de comida se le agotaban y sabiendo la enfermedad que tenía, su sesera le decía a ciencia cierta que su vida estaba llegando a su fin. Dios le estaba castigando a través de la maldición de Edelmira, había matado a su hija y a su nieto, y no solo lo pagaría con aquella muerte que le estaba deshaciendo la carne de su cuerpo y causando los dolores más horribles que había sentido jamás, sino que seguro estaba de que iría derecho al infierno, y aunque pedía a Dios perdón todos los días por las fechorías que había realizado en su vida, no veía ninguna señal de que Dios estuviera dispuesto a perdonarle.

El pueblo estaba cada vez más agitado, no había día en los que no se formaran corrillos dispuestos a lo que fuera con tal de terminar con el boticario que en cualquier momento podía llevar el contagio por el aire a los vecinos del pueblo. Los chiquillos seguían sin salir a la calle pues sus madres vivían asustadas, y los hombres acudían a la faena con pañuelos tapando la boca a modo de mascarilla. Ya más de una vez Antolín, el sargento, tuvo que pedir ayuda a Tordesillas para que mandaran más hombres, temiendo que las revueltas callejeras se llevaran a cabo.

Los guardias civiles armados se paseaban por las calles principales del pueblo, protegiendo con las armas las sublevaciones callejeras.

No se recordaba en memoria alguna de ningún vecino, lo que estaba pasando en el pueblo, y en jamás de los jamases, habían estado tan asustados y aprensivos

Y sucedió lo que tenía que suceder y que estaba predestinado por la Edelmira y en la mente de muchos de los vecinos del pueblo.

Aquella noche de sábado, después de que los gañanes se hubieran dejado parte del sueldo en las frascas de vino en la taberna del Benito, se reunieron en la plaza provistos de antorchas, como si el tiempo hubiera retrocedido hasta la era medieval.

Marcharon en manada hacia la casa del boticario y atrancando puertas y ventanas le prendieron fuego.

Al enterarse el señorito Hilario de que su casa estaba ardiendo por los cuatro costados, tomó el caballo más veloz, no con la intención de salvar a su padre, sino para recoger los dineros que este guardaba en una caja fuerte tras uno de los cuadros del salón. Dejó el caballo apostado en un árbol a la parte trasera y como pudo desatasco una de las ventanas de la planta baja. Se escuchaba a su padre pidiendo socorro desde su alcoba. Sin hacer caso alguno de sus lamentos se dirigió al salón, tapándose la nariz con la chaqueta que se había quitado a modo de protección, pues el humo ya comenzaba a hacerse tan denso que tenía que reconocer el camino tocando los muebles. Desenganchó el cuadro y ayudándose con el tacto puso la clave de la caja fuerte para coger los dineros y las joyas de su madre, sabiendo que valían una verdadera fortuna. Conocía que su padre moriría de cualquier forma, la enfermedad le mataría; quizá era mejor dejarle morir de una vez y que dejara de sufrir. Él no se iba a enfrentar al contagio. Era joven y tenía derecho a vivir. Estaba seguro que él no recibiría el castigo de Edelmira, el promotor había sido su padre, incluso en un principio se hubiera casado con ella sino llega a ser por los impedimentos que le puso su progenitor, y bien mirado, era merecedor de la muerte.

Llenó sus bolsillos con todos los billetes que pudo y por entre los pantalones introdujo en todos los recovecos las joyas de su madre que fue capaz de recoger. Ya no veía absolutamente nada y las llamas lanzaban bocanadas de fuego desde la puerta de entrada. ¿Por dónde saldría? Intentó tirar de la ventana y romper los cristales, pero las contraventanas cerradas por la parte de fuera se lo impedían. Pidió socorro con todas sus fuerzas, pensando que al escuchar su voz los vecinos le reconocerían, pero nadie vino en su ayuda y el último socorro quedó ahogado por la viga del techo que le cayó encima totalmente envuelta en llamas. En menos de cinco minutos quedó totalmente calcinado, junto a los billetes y las joyas de su madre, que quedaron totalmente fundidas por el fuego.

Edelmira permanecía sentada en su mecedora, dejándose mover por esta, oscilando hacia atrás y hacia adelante. Sabía lo que estaba pasando, como sabía que el boticario y su hijo ya estaban muertos. La muerte de su hija y de

su nieto estaba vengada.

En el convento de las dominicas corrió la noticia, lo mismo que corrió el fuego en la casona del boticario. Los bomberos habían apagado las llamas y encontraron los cadáveres de don Hilario y su hijo casi irreconocibles.

Los autores de los hechos habían corrido a esconderse en sus casas como corre la pólvora para hacerse estallar. El juez levantó los cadáveres y dictó que el incendio se debía a un accidente causado por el boticario al dejar caer el brasero y prenderse las faldas de la mesa camilla.

La madre Crista no podía creer lo que la estaba pasando. ¡Su hijo muerto! ¡Su pequeño! Al que tan solo había podido besar en la frente un par de veces. ¿Qué pecado había cometido para recibir tal pago? Su hijo no podía haber sido capaz de lo que le acusaba la Edelmira, su niño era bueno ¡Había rezado tanto por el!

Ahora que las cosas se estaban encauzando, la vida le gastaba esa mala jugada. Se dirigió a la capilla y se postró ante la cruz del santísimo, pidiendo la bendición del alma de su hijo y el perdón de sus pecados, haciendo la promesa que jamás saldría del convento cumpliendo la clausura a la que había dedicado su vida.

Y allí falleció, sin haber pisado la calle, cinco años después víctima de la tisis.

## CAPÍTULO XLVIII.

*“Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas”.*

La primavera anunciaba su llegada con los cánticos de las aves que regresaban de su emigración anual. Los brotes de las hojas de los árboles asomaban a las ramas y, a veces, sobraba la chaqueta que la Edelmira y la Matilde se ponían a la mañana cuando salían a barrer sus puertas o cuando iban a recoger las hortalizas de la huerta. El Marcial iba y venía domingo tras domingo, con poca gana y el alma rota y Edelmira no dejaba de maltratar su cabeza por las noches, cuando nadie la sentía.

Pecado era el suicidio, y por eso tenía que dejar que su vida transcurriese en aquel sin vivir, en aquel crudo infierno en el que se había convertido su existencia.

Por el día hacía de tripas corazón y comía lo que con tanto afán le preparaba la Matilde para rellenar los huesos en los que se había convertido su cuerpo, y hacía la promesa de no echar una lágrima. Más que nada por la Matilde, que tanto se estaba esforzando en quitarle esa pena que ya siempre llevaría dentro del alma.

—En cuanto nos lleguemos de la huerta, acuérdate que tenemos que ir a ver a la Ignacia.

—Ni pizca de ganas tengo, solo quiero echarme en la cama, Matilde.

—Si la Ignacia nos ha llamado por algo será, no sea que necesite algo el señorito Manuel, al que debemos estar más que agradecidas.

—Razón llevas, haré un esfuerzo por ellos, que aunque no haya dicho nada, de sobra sé lo que se ha tragado el señorito Manuel y lo que ha sufrido, pues de veras quería a mi Rosita y dispuesto estaba a celebrar la boda, y hasta me juego el infierno que no le hubiera importado criar como suyo al hijo de otro, aunque de incesto se hubiera tratado.

—No pienses más en eso, Edelmira, que se te va romper la sesera. El incesto o lo que sea bien se lo habrá perdonado Dios a la Rosita, que de seguro a su lado está llevándola de la mano.

A eso de las doce entraron por el portalón de la entrada al jardín de la finca de Baldeaguas. Se sentaron debajo del porche, donde vestida y peinada como una señora les esperaba la Ignacia, que ya no hacía trabajos en la casa, sino que daba órdenes. Se había acostumbrado a mandar y decía que era lo mejor que la había pasado en toda su vida.

Aquel comentario le sacó a la Edelmira una leve sonrisa, dentro de la pena que siempre le invadía.

Ya presidía la mesa una buena jarra de sangría, una tabla de embutidos y una hogaza que a diario traían de la tahona del pueblo nada más hornearlas.

—No tendrías que haberte molestado, Ignacia, de sobra sabes que no trago bocado y ná me pasa por la garganta, a no ser el agua fresca o el café que me prepara la Matilde.

—Pues hoy deberías llenar algo el buche, pues la ocasión lo merece.

—¿A lo mejor se nos casa la Ignacia? —dijo Matilde, y ante tal ocurrencia volvieron a sacarle otra sonrisa a la Edelmira.

—Ni aunque me hicieran reina de las Indias me casaba yo, con lo ricamente que vivo —sentenció risueña—. Os he hecho venir, porque ya es hora de que sepas cosas que has ignorado toda la vida, Edelmira, y por las que te has atormentado. Hora es que las conozcas. Nada te dije para que tuviéramos la fiesta en paz, pero con todo lo que ha ocurrido, lo menos que debo hacer es contártelas.

—Pues suelta ya, que en vilo me tienes.

—Siempre has tenido en mente que tu hija y el señorito Hilario eran hermanos.

—¡Jesús de alma! ¿Y tú cómo has de saber tal cosa?

—Calla y deja que siga, no me interrumpas hasta que haya terminado, que aún te quedan muchas cosas por saber.

Después de una media hora, Ignacia le contó a su amiga todo lo que sabía de la procedencia del señorito Hilario, que Dios le guardara en su gloria, aunque bastante imposible le parecía. Don Hilario no era su padre, ni la Asunción fue su madre, sino la madre Crista, la superiora del convento. Le refirió con pelos y señales todo lo que sabía y que había tenido guardado hasta ahora por no levantar el polvo, ya que el refrán dice: que la mierda, cuanto más se remueve, más huele.

—Has de estar tranquila que tu hija no pecó de incesto.

Edelmira se quedó blanca como la cal y se echó al buche todo el contenido del vaso de vino de la frasca de uno de los mejores y más cotizados vinos de Baldeaguas.

—No sé cómo podré agradecerte todo lo que habéis hecho por mí, Ignacia, ni aun viviendo mil años y paseando de rodillas por la plaza de la virgen de la Roca os lo podría agradecer.

—Echa para el cuerpo un poco de jamón, Edelmira, que llevas dos vasos de vino y vamos a llegar piripis a casa, y solo nos faltaba que las comadres nos vieran de luto y beodas —dijo Matilde.

—Quizá nos lo puedas agradecer solo con ver tu cara cuando veas salir por la puerta al señorito Manuel.

Al escuchar tal frase, repentinamente volvió la cabeza hasta el zaguán de la entrada a la casona.

El señorito Manuel salió en ese momento por la puerta grande empujando una silla de ruedas, donde se sentaba una chiquilla con pelo corto y rojizo. Vestía un camisón bordado que era un primor y calzaba unas zapatillas de raso del mismo color. Las piernas vendadas y en la zona que cruzaba de la cintura hasta encima de las rodillas, una especie de sujeción realizada en cuero que hacía que sus piernas permanecieran abiertas, tapadas con una especie de mantón bordado. En los brazos llevaba algo escondido envuelto en una especie de arrullo. Escuchó una especie de lamento, hasta que la chiquilla que se sentaba en aquella silla le arrimó el pecho a la boca. Aquel bebé solo asomaba la cabecita, con algo de pelo color cobrizo, semejante al de la que parecía su madre. Tenía heridas en la cara que llevaba tapadas con gasas y

esparadrapos.

La Matilde se echó a llorar y Edelmira no comprendía lo que estaba pasando, solo sentía una especie de nudo en el estómago que le subía y le bajaba y no la dejaba pensar con claridad.

—¿Quién es? —dijo totalmente confundida.

—¡Madre! ¡Madre! ¿Ya no me reconoce?

A Edelmira se le pusieron los ojos como platos, se acercó y contempló a su Rosita. ¡Era ella! ¡Era su pequeña! ¡Su niña! ¡Su hija del alma!

Se arrodilló y dejando que sus lágrimas se mezclaran con las suyas la abrazó, en un abrazo que dejó sentir todo el su sufrimiento de madre y toda la congoja que había sentido hasta entonces.

Quedaron así, abrazadas y juntas hasta que la niña comenzó a rezongar porque no la dejaban mamar a gusto.

—Es mi hija, madre, es una niña.

Edelmira no podía hablar, no le salían las palabras, llevaba la voz de su hija prendida en el alma, todavía no se creía si lo que estaba viendo era un sueño, si todo su calvario tenía arreglo, o si la virgen de la Roca la había escuchado y había hecho el milagro que tantas veces le había pedido.

Los miró a todos haciendo la eterna pregunta: ¿Cómo fue? ¿Qué ha pasado?

Después de una hora, cuando los ánimos, los besos y los lloros estuvieron algo más calmados, Manuel les contó cómo nada más enterarse de la desaparición de Rosita, se pateó a caballo todos los contornos de la zona. Ignacia no quedó conforme con que la desaparición de la niña fuera una casualidad y le puso al tanto de lo que le dictaba la sesera. Ella ya se barruntaba el embarazo. Comenzó a atar cabos y se lo contó al tanto al señorito Manuel.

Fue entonces cuando sin tan siquiera esperarlo recibieron la visita del alcalde, que sigiloso y pensativo les contó que no sabía cómo relatarles lo que estaban a punto de escuchar; y aunque sabía que se estaba jugando su cargo, e

incluso su honor ante la política con la que gobernaba el pueblo, y sabiendo naturalmente que podía acabar en la cárcel, no tenía más remedio de ponerles al tanto de lo que llevaba callando desde esa misma mañana.

Manuel siguió relatando a las mujeres lo que sucedió aquel día en su casa, poniendo en sus labios lo que el alcalde les refirió aquel día.

Cuando por fin Manuel lo hubo serenado, le hizo sentar en el salón y le ofreció una copa de orujo. Jamás había notado a su buen amigo Gerardo tan nervioso y agitado. Cuando este hubo echado un buen trago, se cruzó de brazos como si estuviera rezando el rosario y haciendo sentar enfrente al barón y a la Ignacia comenzó con lo que por fin había venido a relatarles.

—Quiero que me escuchéis atentamente porque es muy grave lo que he venido a deciros. ¡Tan grave que está en juego todo lo que poseo, mi dignidad, mi puesto y hasta mi vida!

—¡Por Dios, alcalde! ¡Habla ya! ¡Que para tanto no ha de ser!

—Lo es, lo es, querido Manuel. ¡Ya lo creo que lo es!

Comenzaré diciendo que la persona que tenéis delante no es el mismo sujeto que conocéis. El alcalde serio, honesto y franquista hasta la muerte y querido por su pueblo no es quién parece ser; ese individuo es un actor que inventé hace tiempo para conseguir que las verdaderas ideas que se guardaban en mi sesera salieran adelante.

Ignacia, rellena el vaso de orujo, que de seguro no voy a poder seguir hablando.

—¡Jesús María y José! —exclamó la mujer, sin comprender todavía a lo que se estaba refiriendo Gerardo, pero con tal tembladera en las manos que por dos veces derramó el licor.

—Es de todos sabido que desde que empezó la guerra los montes de la zona y las cuevas que en ellos se albergan son frecuente escondite de maquis y milicianos que lucharon en el ejército rojo; montes que con tanta vehemencia se recorre el sargento para darles caza, sabiendo que incluso hay gente en el pueblo que no duda en ayudarles, y que loco le tienen entre unos y otros haciendo que su labor no tenga nunca resultado alguno, y le haga



llevarse siempre las manos a la cabeza preguntándose cómo es posible que, con el empeño que pone en tan ardua labor, jamás su suerte haya sido recompensada. A pesar de dejar siempre a varios guardias de vigía, de registrar aquellas viviendas que por todos es sabido que sus moradores tuvieron conexión con el ejército rojo durante la guerra, además de presentir que les llevan la pitanza diaria, así como ropajes y mantas para que se protejan del frío de la sierra, nunca ha logrado dar con ellos.

—Razón llevas, Gerardo —comentó Manuel—, ya se sabe que todavía queda algún rojillo que trae a mal traer al pobre sargento, que se deja la vida en ello.

—Perdonen que les corte —exclamó la Ignacia, llevándose un pañuelo a los ojos y secándose las lágrimas, que aunque atenta había estado al relato del alcalde, su cabeza estaba constantemente puesta en la Rosita—. No sé a qué vienen esas paparruchadas y esas bobás de rojos, de maquis y del sargento, con la que está cayendo en el pueblo. ¡Que no sabemos siquiera si la chiquilla de la Eldelmira andará viva! Y esos padres se están consumiendo de la pena, y aquí estamos nosotros oyéndole contar historias que en este momento no interesan a nadie, y no me lo tenga en cuenta, señor alcalde, pero parece como si no se hubiera dado cuenta de la gravedad del asunto.

—Razón lleva Ignacia, Gerardo, creo que no es el momento adecuado de monsergas ni relatos, cuando la mujer a la que amo puede andar muerta por esos caminos de Dios.

—Si me dejáis terminar, os daréis cuenta que todo está relacionado con la desaparición de Rosita.

—Sigue entonces —susurró Manuel.

—En el pueblo viven un grupo de personas cómplices a la causa republicana que presta su ayuda constante a los milicianos, encargándose de que su vida no corra peligro y estén a salvo de la cacería del sargento. Y quiero que sepáis, aunque me vaya la vida en ello, que el principal informador y partícipe de tal ayuda es la persona que tenéis delante de vuestros ojos.

Manuel e Ignacia se miraron fijamente sin dar crédito a lo que acababan

de escuchar.

—Vamos a ver, Gerardo, es muy pero que muy grave lo que nos acabas de contar, no sé si de repente te has vuelto majara, y la verdad tampoco entiendo la conferencia que nos estás dando, y que no me termina de entrar en la cabeza, con el peligro que corre en estos momentos la Rosita, y el alboroto que hay en el pueblo. Y has de saber, que de ser verdad, en efecto, todo eso puede costarte la vida.

—Si me dejáis acabar os daréis cuenta rápidamente que todo lo que os estoy relatando es efectivamente más importante que mi propia vida. Y no solo eso, habréis de acompañarme los dos al monte Perales y jurarme por vuestra existencia que lo que vais a contemplar va a quedar entre los tres.

—¿Es que de repente te has vuelto loco, Gerardo?

—Cuando termine, si es que dejáis de cortarme, habréis de comprender el porqué de todo esto.

—¡Pues suéltalo ya! ¡Que no respondo!

—Los maquis han encontrado a la Rosita viva, se encuentra entre la vida y la muerte; y no solo a ella, sino que la han hallado junto a una niña, que no pesará ni el kilo y medio y en este momento apenas respira.

—¡Bendito sea Dios! ¡Llévenos rápido, alcalde!

—¡Maldita sea, Gerardo! ¡Haber empezado por el principio! Que ha de importarme a mí tus relaciones con los rojos, los milicianos, los maquis y toda la historia que me has contado, estando en juego la vida de Rosita. Por supuesto que callaré todo y que nadie habrá de saber la que tienes liada con la política y con tus ideas, como si hubieran de importarme. ¿O no has de saber que estoy intentando sacar de la trena a todos los rojos de la zona que cazaron en la guerra?

—Tenéis que contar con que la chiquilla os va a impresionar, ha sido atacada por las bestias del campo y de su cuerpo sale una placenta medio comida por los animales y todavía no me barrunto cómo el bebé todavía puede emitir sonido alguno, que pareciera un gatito pidiendo ayuda.

Por la cara de la Ignacia caían las lágrimas y los suspiros que salían de su pecho contagiando al barón y al alcalde.

Cuando llegaron a la cueva, la Rosita estaba prácticamente muerta y no daban un céntimo por la niña. Las dos mostraban mordiscos de las alimañas. Un cacho de placenta salía de sus entrañas y le habían mordido trozos de pelo.

Manuel la llevó a su hacienda, no sin antes dar las gracias a los milicianos que, jugándose la vida, habían albergado a la chiquilla.

Rápidamente se puso en contacto con uno de los médicos más afamados de la capital que había servido en el ejército a su mando, dando la casualidad que era un teniente a los que él, con su arrojo, había salvado la vida.

En menos de una hora se trasladó a la casona con dos enfermeras de su equipo y no se separaron de la Rosita. Diez días estuvieron la madre y la hija entre la vida y la muerte, y diez días en los que creía que a él también se le iba la vida si la perdía. Una vez que llegó y la dejó a buen recaudo entre médicos y enfermeras, cabalgó hasta el lugar donde la había encontrado. Estaba de acuerdo con los temores de Ignacia y sabía que aquello había sido cosa del boticario y que aquella niña era de su hijo, como sabía que el maldito asesino no quedaría tranquilo hasta que la encontraran. Llevó al pinar de los cazadores huesos corroídos por la alimañas, al igual que tampoco le fue difícil conseguir la placenta de un recién nacido, pelo de Rosita, y se le ocurrió dejar los harapos que quedaban de la ropa de la zagala, manchadas como estaban con su sangre en la basura de la que él creía que fue la artífice del asesinato: Flora la de Villabeza. No le fue nada difícil dejar también colillas de la marca de puros que fumaba el boticario, a él también le enviaban los cohíbas desde la Habana, aunque solo los deleitaba de vez en cuando.

Sabía que la investigación llegaría hasta la partera y atarían cabos, aunque nunca se le ocurrió pensar que Matilde y Edelmira se adelantasen a las pesquisas; pesquisas que nunca llegaron a establecerse, puesto que Hilario sobornó al juez.

De ahí el secretismo con el que llevaron la acogida de Rosita. Se le partía el alma cada vez que veía el sufrimiento de Edelmira, pero por el bien de la chiquilla no se atrevía a decir nada. Sabía perfectamente que no podía impedir que la madre se llegara a Baldeaguas a ver a su hija, y solo un par de visitas podrían alertar al boticario. Tampoco sabía si la Rosita llegaría a restablecerse del todo, o al final su fallecimiento fuese inevitable y no quería que Edelmira pasara por el mismo sufrimiento dos veces.

El cirujano tuvo que emplearse a fondo y reconstruir el cuerpo de la Rosita quitando piel de varias partes de su anatomía y colocándolas en otra. Llenaron de aparatos traídos de los Estados Unidos la habitación de la chiquilla para que respiraran por ella, pues sus pulmones no lo hacían y todo en noche oscura, fuera de la vista de las comadres y de los trabajadores del boticario. Aquello se convirtió en una labor casi imposible y él aún se preguntaba cómo había salido con el éxito deseado.

Manuel sabía que los hombres de Hilario seguían recorriendo los andurriales de los alrededores del pueblo, aunque ya habían hecho la pantomima del entierro de Rosita.

Él se mantuvo totalmente alerta. Ignacia no se separó de la cabecera de Rosita y tuvieron que contratar un ama de cría de toda confianza para que cada hora y con toda la paciencia del mundo diera de mamar a esa chiquilla que, cada vez que la cogían, pareciese que se les iba a quedar entre las manos. Los médicos metieron a la niña en una caja de doble cartón, envuelta en algodón, situada justo debajo de una lámpara de calor de las que les ponen a los cochinos cuando nacen muchos y la madre no da abasto con todos.

Ignacia padeció lo indecible al ver el sufrimiento de Edelmira, pero la hice jurar por lo más sagrado que iba a permanecer callada, de eso dependía la vida de Rosita.

Aunque no creyó absolutamente nada de la maldición que hizo Edelmira en la misa, al pasar el tiempo se fue convenciendo de que de verdad esas mujeres llevaban el don en la sangre. Era imposible que todos los que ayudaron a Hilario murieran en un mes, y que se fueran cumpliendo palmo a palmo las predicciones de Edelmira.

—Y eso es todo. Han tenido que venir varios traumatólogos de Madrid a reconstruir toda la pelvis de Rosita y tendrá que llevar ese aparato fabricado por uno de los más prestigiosos ortopédicos de Canadá durante un año. Pero está viva y me han dicho que quedará bien, incluso podrá tener más hijos, el útero no está dañado.

Edelmira no pudo dejar de llorar al pensar en el sufrimiento que tenía que haber pasado su hija. No podía dejar de besarla y abrazarla.

No pudo remediar coger a aquella nieta en sus brazos y acercársela a la cara. Era la viva imagen de ella misma. Los ojos ya dejaban asomar el tono verdoso de su madre, y el pelo tiraba a cobrizo. La chiquilla le correspondió con un lloro, como queriendo decir que se había quedado con hambre, a lo que todos respondieron con una sonrisa.

Eldelmira dejó aviso por el teléfono del señorito Manuel para que el Marcial regresara urgentemente a casa.

Su nieta seguía mamando del pecho de su hija, mientras esta cogía la mano de Manuel, que la besaba en los labios.

Matilde bebió otro vaso de aquel vino que ahogaba las penas.

Ella no necesitaba ahogar las suyas, ya estaban superadas así como cumplida la maldición, que bien sabía ella que ese don lo llevaban los ojos de aquella nieta con la que la estaba premiando la vida.

La maldición estaba cumplida. Sabía que él altísimo no se lo tendría en cuenta ya que era una capacidad con la que había dotado a las mujeres de la familia y que pasaba de generación en generación. Dios había hecho justicia y estaba segura de que jamás condenaría su venganza.

“La mentira es justa cuando, por hacer bien, la verdad se  
oculta.”

Y así de aquella manera acabó mi madre la historia en la que tantos meses tuvo mi mente ocupada, dejándome un buen sabor de boca, aunque hubo

momentos en los que me desesperaba y no encontraba el sueño, concentrando mi mente, en cómo aquellas almas desdichadas percibían aquella vida de forma reverencial, acatando y llevando a buen fin su día a día, sin percibir nada anormal en los acontecimientos que minuto a minuto conformaban su existencia.

Me he seguido preguntando si la creación artística de mi madre para que me quedara dormido, inventó lo que acabo de relatarles, o si de ser verdad, su narración contaba con tan notable final, para que mis sueños de niño fueran siempre impolutos. Y me atrevo a contarles esto último, porque este relato que ocupó varios meses de mi vida, a veces me ha tenido en vilo, y he sospechado que aquel malvado boticario y el lechuguino de su heredero se salieron con la suya, gozando siempre de una existencia maravillosa, dejando a la pobre Edelmira hecha una calamidad toda su vida.

Ustedes juzgarán.

# AGRADECIMIENTOS.

Esta es la parte más difícil del libro. Les debo tanto a tantas personas que tendría que escribir otro libro solamente para agradecer tanta ayuda.

Le debo a mi marido su perseverante tesón para animarme a escribir, por no desanimarse nunca, y pensar que escribo mejor que nadie. A mis hijos su constante mimo, y sus consejos en las tramas de mis libros. A mis queridos nietos, por la música de fondo de sus dibujos animados y sus bailes, que escucho siempre mientras escribo. A los sabios empujones de Dulce Rioboó, que cuando me ve baja, sabe subirme a las nubes con sus sabios consejos. A mi hermano por su ánimo constante y por resolver mis dudas. A mis amigas las brujis, maravillosas críticas de mis escritos, escuchadoras de mis alegrías y mis penas y siempre firmes seguidoras y, en especial, a Eloísa Miralles, sin ella este libro no habría visto la luz. A mis Marys por aguantar mis chorradas y por dejarme que les de la brasa todos los jueves con mis libros. A Angelines por ser mi mejor vendedora y a Elena por ayudarme en su corrección. A la creadora de la portada Alexia Jorques, por ser una pedazo de artista, A Esmeralda Baena por sus fotos y vídeos, a Gloria Males por dejarme utilizar siempre sus fotografías sin pedir nada a cambio. A Ainhoa Arpide por saber hacer que mi libro aparezca en todas partes. A mi ángel de la guardia Luis Manuel Zorrilla, de Impulso Literario, por seguir abriéndome las puertas a este mundo tan difícil, por estar ahí en todo momento y por sus sabios consejos.

Mi agradecimiento de todo corazón a la gran escritora Verónica Martínez Amat por su ayuda en la corrección de estilo de este libro. A mi preciosa Ros Pegy por seguirme siempre. A mis queridas lectoras y lectores que me siguen a diario en Facebook, ¿qué haría yo sin ellos? Sin su apoyo, sin sus charlas diarias, sin sus comentarios y sin su amistad, porque ya las considero amigas, a los grupos literarios de Facebook donde dejan que me exprese con toda libertad y a Rafael Espigares por creer en mí. Gracias de corazón... Muchísimas gracias a todos.